

**TIEMPOS MIMÉTICOS**  
**De la II Guerra Mundial al**  
**desmembramiento de la URSS**

**Jorge Federico Márquez Muñoz, Coordinador**









# TIEMPOS MIMÉTICOS

De la II Guerra Mundial al desmembramiento de la URSS

DIRECTORIO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Luis Graue Wiechers  
*Rector*

Leonardo Lomelí Vanegas  
*Secretario General*

Luis Agustín Álvarez Icaza Longoria  
*Secretario Administrativo*

Alfredo Sánchez Castañeda  
*Abogado General*

Socorro Venegas  
*Director General de Publicaciones y Fomento Editorial*



FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Carola García Calderón  
*Directora*

Patricia Martínez Torreblanca  
*Secretaria General*

Juan Manuel López Ramírez  
*Secretario Administrativo*

Elvira Teresa Blanco Moreno  
*Jefe del Departamento de Publicaciones*



# TIEMPOS MIMÉTICOS

## De la II Guerra Mundial al desmembramiento de la URSS

Jorge Federico Márquez Muñoz, coordinador



México, 2022

Esta investigación, arbitrada a "doble ciego" por especialistas en la materia se privilegia con el aval de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Este libro fue financiado con recursos de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México, mediante el Proyecto "Interpretación desde la Teoría Mimética de Tiempos Modernos de Paul Johnson" , con número de registro PE303819 del Programa de Apoyo a Proyectos para la Innovación y Mejoramiento de la Enseñanza (papime), coordinado por Jorge Federico Márquez Muñoz .

*Tiempos miméticos. De la II Guerra Mundial al desmembramiento de la URSS*

Jorge Federico Márquez Muñoz

Primera edición, 2022-09-19

Diseño de portada: Ma. Teresa Camacho Sandoval y Natalia Kiehnle Montejano

Edición: Gabriel García Jolly y Juan Manuel Escamilla González Aragón

Diseño editorial: Juan Antonio García Trejo

Reservados todos los derechos conforme a la ley.

D.R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Circuito "Maestro Mario de la

Cueva" s/n, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México.

Oficina del Abogado General

Dirección General de Asuntos Jurídicos

ISBN: 978-607-30-6515-3

"Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales".

Impreso y hecho en México / Made and printed in Mexico



# CONTENIDO

## CAPÍTULO I

<b>VEO A HITLER CAER COMO EL RELÁMPAGO</b>	11
1.1 Alemania avanza	14
1.2 Titanismo supremo	24
1.3 La ingeniería social defensiva de Stalin	30
1.4 Occidente pacta con el diablo... y pacta mal	32
1.5 Hitler desconfía... hasta de Japón	34
1.6 El suicidio de Japón	35
1.7 El mundo contra Japón y Alemania	46

## CAPÍTULO II

<b>EL SIGLO XX EN LOS EXTREMOS</b>	49
2.1 La inteligencia en la caída de los titanes	50
2.2 La moral de la ofensiva aliada	54
2.3 El descenso del <i>Führer</i>	59
2.4 Víctimas del genocidio hitleriano	60
2.5 Crueldad extendida	71

## CAPÍTULO III

<b>TOTALITARISMO Y DEMOCRACIA ENVUELTOS EN LOS FUEGOS DE LA ENVIDIA</b>	77
3.1 Roosevelt vs. Churchill, Stalin avanza	82
3.2 La Doctrina Truman	85
3.3 Jiang y Máo	94
3.4 Las consecuencias inmediatas del ascenso de Máo	99
3.5 Los últimos años del titán rojo	103
3.6 La cacería de brujas en EE. UU.	106

## CAPÍTULO IV

<b>EL OCCIDENTE EXPIATORIO</b>	111
4.1 Los laboristas al poder: de prosoviéticos al club atómico	116
4.2 Los titánicos líderes de la India	118
4.3 El charlatanismo internacional de la generación Bandung	121
4.4 Indonesia y sus titanes	123
4.5 Petróleo y antisemitismo en Medio Oriente	125
4.6 El embrollo del Canal de Suez	132
4.7 EE. UU. como chivo expiatorio de la ONU	133
4.8 La guerra de Argelia	134

## CAPÍTULO V

LA VIOLENCIA Y EL CALIBÁN	141
5.1 Del colonialismo al constitucionalismo	143
5.2 Ghana, Nigeria y el Congo	144
5.3 El <i>apartheid</i> sudafricano	148
5.4 Guerras civiles <i>ad intra</i> y <i>ad extra</i>	149

## CAPÍTULO VI

EL INFIERNO DE LA MITAD DE LA HUMANIDAD	157
6.1 Mão, la política como teatro	160
6.2 ¿Acotar al titán?	164
6.3 China liberada del titán sacrificial	169
6.4 Liminalidad en la India	171

## CAPÍTULO VII

EUROPA: DE LA VIOLENCIA AL ORDEN	179
7.1 El radicalismo filosófico: violencia, pero...	180
7.2 La moderación política	184

## CAPÍTULO VIII

LA TRAICIÓN DE LA OPULENCIA Y EL SACRIFICIO DE ESTADOS UNIDOS	193
8.1 La <i>hybris</i> de Kennedy	194
8.2 El populismo como <i>katéchon</i>	196
8.3 El totalitarismo tropical como <i>katéchon</i>	198
8.4 Competencia entre titanes	201
8.5 La Guerra Fría destruye Vietnam	203
8.6 Se debilita el <i>katéchon</i> de la prosperidad	205
8.7 La revolución de las expectativas como liminalidad	212
8.8 El sacrificio estéril de Indochina	216

## CAPÍTULO IX

EL COLECTIVISMO, ¿UNA INVENCION?	227
9.1 Las finanzas internacionales: <i>katéchon</i> y liminalidad	228
9.2 La liminalidad de Medio Oriente se mundializa	230
9.3 La proliferación armamentística: <i>katéchon</i> y liminalidad	231
9.4 La riqueza, señal de culpabilidad	238
9.5 Estados Unidos, el <i>katéchon</i> débil	240
9.6 La aparente estabilidad de la URSS	241

## CAPÍTULO X

TRANSFORMANDO LA LIMINALIDAD EN <i>KATÉCHON</i>	245
10.1 ¿El anticonocimiento mina el <i>katéchon</i> ?	245
10.2 ¿Y la religión...?	247
10.3 La liminalidad del fundamentalismo islámico	252
10.4 La explosión demográfica como liminalidad	271
10.5 África, ¿terminar con la liminalidad?	274
10.6 La violencia banalizada en el Lejano Oriente	276
10.7 Imitar a Japón	281
10.8 Chile supera el colectivismo	283
10.9 Gran Bretaña y Europa occidental superan el colectivismo	285
10.10 El mercado social en América del Norte	289
10.11 Estados Unidos y Reino Unido, ¿policías del mundo?	291
10.12 La crisis del <i>katéchon</i> soviético	294
10.13 El comunismo en crisis	296
10.14 El final de Tiempos Modernos	306
NOTAS	313
BIBLIOGRAFÍA	335







## CAPÍTULO I

# VEO A HITLER CAER COMO EL RELÁMPAGO

Palmira Arias López

El capítulo 11 de *Tiempos Modernos* de Paul Johnson, “El año decisivo”, se concentra en dos acontecimientos liminales: el inicio de la invasión de los nazis a la URSS, en junio de 1941, y el ataque japonés a Pearl Harbor, en diciembre. Llama la atención el enorme poderío que habían acumulado alemanes y japoneses desde los años previos al inicio y durante los primeros meses de la guerra. En ambos casos, sus líderes, dominados por la *hybris*, pensaron que sus imperios podían ir más lejos, conquistar más territorios, explotar a poblaciones más numerosas, someter a más ejércitos enemigos... y los dos obtuvieron el mismo resultado: lograron crear una poderosísima coalición en su contra.

Este capítulo también es la descripción de la formación de dos diadas: Estados Unidos-Reino Unido en contra de Japón en Asia y el Pacífico y URSS-Reino Unido-Estados Unidos en contra de Alemania-Italia en Europa y el Mediterráneo.

Johnson nos habla del enorme poder adquirido por los nazis durante los primeros meses de la guerra. Victorias fáciles y rápidas presagiaban un éxito total. Mas había una piedra en el zapato: Mussolini no avanzaba de acuerdo con lo proyectado y Hitler debió de ir a rescatarlo en África y los Balcanes. Una distracción que retrasó las operaciones en la URSS.

De por sí, luchar contra la Unión Soviética no tenía ningún sentido militar ni estratégico; fue un capricho ideológico del líder nazi. El gran almirante Raeder recomendó terminar de una vez por todas con el Reino Unido. Parecía un plan lógico, pero Hitler estaba obsesionado con su doble mimético, Stalin. Las tropas alemanas se dirigieron al Este y la Gran Bretaña tuvo un respiro.

El avance de los nazis sobre la Unión Soviética fue una gran sorpresa... para los soviéticos. Poco antes, Hitler había fingido que las cosas iban de maravilla con los bolcheviques: a finales de 1940, el NKVD y la Gestapo estrecharon vínculos al tiempo que se actualizaba el pacto nazi-soviético.

Para Hitler, Stalin siempre fue un modelo-obstáculo, pero, por increíble que parezca, el “Zar Rojo” había creído cada palabra de alianza al *Führer*. En el terreno militar, por otra parte, ambos imperios tendían a chocar por cuestiones territoriales, pues ambos estaban en expansión. En diciembre de 1940, Mólotov presentó a Hitler las exigencias territoriales de Stalin, lo cual llevó a éste afirmar la “inviabilidad del pacto nazi-soviético, incluso como matrimonio por conveniencia”. De la admiración mutua entre los titanes totalitarios pasamos a la envidia mutua o, peor aún, a la demonización mutua.

En junio de 1941, comenzó la invasión nazi de territorio soviético. Se trató no sólo de una misión fallida, sino también del inicio del fin para el Tercer Reich. Paul Johnson enfatiza dos errores de los nazis: de cálculo logístico y de concepción de los objetivos a alcanzar; ambos, derivados de una visión errónea del propio *Führer* respecto a los soviéticos. El primero, porque los subestimó; y el segundo, debido a su absurda concepción de guerra de humillación, sometimiento e, incluso, en ocasiones, de exterminio. Los alemanes calcularon mal las capacidades del ejército de Stalin al tiempo que plantearon la guerra como una ingeniería social brutal sobre unas poblaciones que, en algunas regiones, estaban dispuestas a cooperar con los nazis para quitarse de encima el yugo comunista. Hitler no pensó en una guerra de liberación, sino en el modo de esclavizar aún más a los pueblos sojuzgados por Stalin. El líder alemán no pudo ver con claridad la heterogeneidad de los habitantes de la Unión Soviética. Por el contrario, el *Führer* los demonizó y los convirtió en chivos expiatorios. En 1942, cuando era evidente que la *Blitzkrieg* había fracasado en la Unión Soviética, la psique del líder nazi se descompuso; se aisló y comenzó a tomar decisiones cada vez más ajenas a la realidad. El titanismo supremo que puede funcionar bien para un filósofo de academia se convirtió en una tragedia de millones de vidas sacrificadas en manos del poderoso Hitler.

Stalin, otrora doble mimético del *Führer*, demonizó a los alemanes. La brutalidad de los nazis y sus errores de concepción de la guerra le permitieron al “Zar Rojo” un grado de cohesión de su población que la URSS nunca había logrado. Stalin demostró ser mejor estrategia que Hitler. Logró inflamar el valor patriótico y ocultar las fortalezas de su ejército para sorprender, tanto a los nazis como a sus propias tropas, en momentos decisivos. Lo cual elevaba la moral de su pueblo y ejército.



Occidente, por otra parte, encontró una gran oportunidad. Dejó de ser el enemigo principal de Alemania y eso le dio tiempo para reorganizarse y reunir fuerzas. Churchill y Roosevelt decidieron apoyar a Stalin. Los soviéticos obtuvieron del Reino Unido y Estados Unidos armamento, financiamiento, avituallamiento y secretos de inteligencia. Considera Johnson que toda esta ayuda podía haberse dado condicionando a Stalin a seguir ciertas políticas. Después de todo, estaba desesperado. Sin embargo, los mandatarios estadounidense y británico decidieron apoyar incondicionalmente al carnicero georgiano. Pensaron que la situación era ya suficientemente favorable. En la lógica sacrificial de los nazis, Reino Unido había dejado de ser la presa, gracias a que la URSS se había convertido en la víctima sustituta.

La segunda parte del capítulo trata de Japón. Comienza con la incapacidad de Hitler de coordinarse con los nipones, porque no confiaba en ellos: ni siquiera sabían los planes nazis de invadir la URSS. Hacía poco, los japoneses habían firmado su propio acuerdo de paz con los soviéticos. Más aún, Hitler ofreció apoyo a los japoneses si decidían atacar a los estadounidenses en el Pacífico. Sin embargo, el ataque a Pearl Harbor ocurrió meses después de la invasión a la Unión Soviética. Los nazis no pudieron cumplir su compromiso.

De cualquier manera, después de Pearl Harbor, el gobierno alemán declaró la guerra a EE. UU.. El Presidente Roosevelt se vio entonces apoyado por el Congreso ante el inminente peligro. La posición de importantes congresistas, antes del artero ataque a Pearl Harbor, había sido titubeante. La agresión japonesa inflamó el nacionalismo estadounidense.

Paul Johnson establece un paralelismo entre el ataque de Japón contra Estados Unidos y el de Alemania contra la Unión Soviética. En ambos casos, despertaron a gigantes y, en ambos casos, el raciocinio se vio ofuscado por la rivalidad mimética. El alto mando militar japonés sabía sus limitaciones para sostener una guerra prolongada, pero parecía peligroso dudar del poderío del Imperio del Sol Naciente; recordemos que privaba un ambiente de fanatismo temerario y toda crítica se consideraba antipatriótica. El sistema político japonés se había vuelto intolerable y la guerra se convirtió en un modo de escape. En un sistema súpercompetitivo, donde, además, la competencia era muy violenta, para no matarse entre ellos, a los gobernantes japoneses les pareció razonable buscar un chivo expiatorio en el exterior. Encontrarlo en Estados Unidos... nada tuvo de razonable.

Así como Hitler se fue aislando, también importantes líderes nipones mostraban inestabilidad emocional. Los militares en el poder no solamente parecían enloquecer, sino que ni siquiera eran capaces de coordinarse en cuestiones cruciales. Había un clima de anarquía heroica en el cual los gene-

rales desconfiaban unos de otros. Las conferencias de enlace se convirtieron en rituales de hipocresía. Nadie tomaba decisiones, todo parecía fluir acorde a un “plan superior”. En realidad, los japoneses nunca elaboraron un plan general de la guerra ni establecieron sus fines últimos; parecían, simplemente, esperar que los estadounidenses buscaran una paz pactada.

En el terreno geopolítico, en tanto Alemania derrotó a Francia y a Holanda, Japón exigió de sus aliados territorios e instalaciones estratégicas en Asia y el Pacífico. Gran Bretaña y Estados Unidos lanzaron sendas advertencias a los nipones si tomaban las posesiones otrora francesas u holandesas.

Dos momentos liminales en la Guerra del Pacífico fueron el ataque a Pearl Harbor y la batalla de Midway. El primero, además de ser un fracaso militar de los japoneses, pues los daños no fueron devastadores, consiguió despertar al gigante americano, cohesionado y furioso. El segundo momento liminal, la batalla de Midway, fue donde Japón perdió el control marítimo y aéreo del Pacífico y comenzó el repliegue hacia su zona de influencia inmediata. Entre estos dos momentos, hubo dos victorias importantes de los japoneses, en Malasia y Singapur, derivadas de la sorpresa, la buena fortuna y la pusilanimidad de británicos y australianos.

La conclusión del capítulo parece una lección mitológica donde los titanes enfermos de *hýbris* son puestos en su lugar por Némesis. Alemania y Japón, poderosísimas en los primeros meses de la guerra, se estaban convirtiendo en potencias medianas. Lograron tal descenso al agrupar una coalición de enemigos en su contra. En términos bélicos, económicos, demográficos y tecnológicos, los aliados eran muy superiores a los germanos y los nipones.

## 1.1 Alemania avanza

Desde octubre de 1940 hasta 1941, Hitler había logrado poner en jaque a los británicos, no obstante que no había sido su plan inicial, pero Mussolini y su incompetencia habían forzado al ejército nazi a combatir en Europa del Este:

Alemania se había visto llevada a la guerra del Mediterráneo a causa de la codicia y la incompetencia de Mussolini. Había invadido a Grecia el 28 de octubre de 1940, pero los griegos, con la ayuda británica, humillaron y rechazaron a los invasores. El 9 de diciembre, los británicos iniciaron una ofensiva en Libia y ocuparon Bengasi, el 6 de febrero de 1941.

Tres días después, con furiosa renuencia, Hitler acudió en ayuda de su maltrecho aliado, y envió al Afrika Korps a Libia bajo la dirección del general Rommel. Una vez que entraron en acción, los alemanes

actuaron con terrorífica rapidez. El 28 de febrero, los nazis, que ya habían convertido en títeres a Hungría y Rumania, entraron en Bulgaria. Tres semanas más tarde, obligaron a Yugoslavia a aceptar condiciones y, cuando un golpe de Estado en Belgrado eliminó al gobierno pronazi, los alemanes enviaron ultimátums tanto a Yugoslavia como a Grecia. La primera victoria de Rommel en África del Norte le exigió sólo once días, y determinó que los británicos retrocedieran desordenadamente hacia Egipto. Yugoslavia se derrumbó después de una semana de lucha, el 17 de abril, y Grecia se rindió seis días después. En ocho días de desesperados combates librados en mayo, los británicos, que ya habían sido expulsados de Grecia, fueron avergonzados en Creta por los paracaidistas alemanes. Hacia fines de mayo, El Cairo y el Canal de Suez, los yacimientos petrolíferos del norte de Irak, Persia y el Golfo, la refinería más grande del mundo instalada en Abadán y, no menos importante, las rutas marítimas y terrestres hacia la India, comenzaron todos ellos a parecer vulnerables.<sup>1</sup>

Después de dichas victorias, parecía que el plan más sensato para los alemanes era dirigirse a Medio Oriente, formar una alianza con Japón y darle el golpe final a Gran Bretaña:

El almirante Raeder y el alto mando naval le rogaron [a Hitler] que desencadenara una ofensiva importante en Medio Oriente, un objetivo que en ese momento estaba perfectamente al alcance de las posibilidades alemanas. El poder naval, aéreo y militar británico estaba muy extendido sobre una dilatada área, y era vulnerable por doquier. Japón, aliado de Hitler, ya contemplaba un ataque en Lejano Oriente. Parece casi seguro que los alemanes hubieran podido atravesar la barrera de Suez y continuar hasta el Océano Indico, para unir fuerzas con los japoneses cuando éstos llegasen desde Asia sudoriental y entrasen en la Bahía de Bengala. La opinión de Raeder era que un golpe semejante representaba para el Imperio Británico “una derrota más mortal que la ocupación de Londres”. Hitler tenía 150 divisiones y la mayor parte de la Luftwaffe distribuidas a lo largo de Europa oriental. Bastaba una cuarta parte de estas fuerzas para sostener la ofensiva hasta India.<sup>2</sup> Además de que era un plan estratégicamente alcanzable y que necesitaba pocos recursos nazis, el avance hubiera implicado la negociación entre Hitler y Churchill y, según Johnson, el triunfo nazi en la guerra:

La unión de las fuerzas alemanas y japonesas en India habría conferido al plan bélico japonés un ingrediente de lógica estratégica de gran alcance que nunca tuvo. La influencia y el poder anglosajones habrían sido eliminados de Asia, seguramente por años, y quizá para siempre. Incluso Australia habría corrido peligro y, tal vez, hubiese tenido que pedir la paz. África del Sur, con sus grandes recursos minerales, no habría quedado fuera del alcance de Hitler. Gran Bretaña y Estados Unidos, en lugar de extraer recursos de cinco sextas partes del mundo y sus océanos, en general se habrían visto limitados a la esfera de operaciones del Atlántico. En estas circunstancias, la victoria habría aparecido una meta fatigosamente lejana cuando no inalcanzable, y los argumentos a favor de un acuerdo con Hitler hubieran parecido, incluso a los ojos de Churchill, casi irresistibles.<sup>3</sup>

Sin embargo, Churchill se benefició de la mimesis que sustituyó el plan en Medio Oriente por la invasión a la URSS y afectó la relación entre Hitler y Stalin. Johnson relata que todo parecía ir bien entre los titanes totalitarios, pues el pacto nazi-soviético (Mólotov-Ribbentrop) había favorecido a ambos líderes. Hitler apoyaba a Stalin en sus planes de exterminio étnico a través de la clase. Meses antes había declarado que “todos los polacos eran kulaks”, a la vez que Hitler se veía beneficiado con la intervención de la policía secreta bolchevique:

[que,] durante la primavera de 1940, ordenó liquidar a 15,000 oficiales polacos, un tercio de ellos en Katyń, cerca de Smolensk, y el resto, en los campos de concentración de Ostashkov o en sus proximidades. Es posible que estas masacres masivas fueran realizadas por sugerencia de la Gestapo. Las fuerzas de seguridad nazis y soviéticas cooperaron estrechamente hasta el 22 de junio de 1941. El NKVD entregó a varios centenares de alemanes, principalmente comunistas y judíos, a la Gestapo durante este período. A su vez, los nazis ayudaron a Stalin a capturar a sus propios enemigos.<sup>4</sup>

Los términos del pacto habían avanzado perfectamente: los dos titanes cooperaban para fomentar el terror en sus respectivas sociedades. Además, la mimesis llevó a ambos a organizar sus tropas de forma idéntica. Sin embargo, Stalin sabía de los planes de Hitler por conquistar Medio Oriente, así que aseguró su expansión:

Stalin se alegró del triunfo de la Wehrmacht sobre Francia, y se apresuró a reorganizar sus 13,000 tanques de acuerdo con el esquema alemán. Creía que la caída de las democracias venía a fortalecer su reclamo de compensación adicional en Europa oriental y septentrional, a cambio de otorgar a Hitler mano totalmente libre en el Oeste y África, y quizá también en regiones de Medio Oriente. Por lo tanto, cuando Mólotov viajó a Berlín, los días 12 y 13 de noviembre de 1940, con el propósito de actualizar el pacto nazi-soviético, Stalin le ordenó que reclamase, como cuestiones principales, a Finlandia, Rumania y Bulgaria, más los estrechos del Mar Negro, que serían asignados a la esfera soviética de influencia, así como, en una etapa ulterior, Hungría, Yugoslavia, Polonia occidental, Suecia y una parte de las vías de salida del Mar Báltico. En conjunto, esta nómina no es muy distinta de todo lo que Stalin reclamó —y en la mayoría de los casos consiguió— como despojos tras la victoria al final de la II Guerra Mundial. El “paquete” de Mólotov atestigua la continuidad de los fines soviéticos.<sup>5</sup>

A pesar de que el almirante Reader insistió en la viabilidad del plan de conquista en Medio Oriente y Asia, con el fin de amenazar a Churchill, Hitler quería ir a Rusia. Las motivaciones del dictador eran tanto de carácter ideológico como de carácter estratégico. Sin embargo, como siempre en la mente de los líderes totalitarios, triunfó la misión para la que según ellos fueron elegidos: Hitler consideraba que era fundamental la exterminación étnica que perseguía, y sin sojuzgar Rusia aquella “tarea divina” hubiera sido imposible. Hitler nunca dejó de pensar que la URSS estaba gobernada por judíos. Aunque Stalin nunca vio un problema en hacer una alianza con Hitler, el titán nazi siempre dudó de la raza a la que pertenecía el bolchevique.

El segundo motivo, mucho más estratégico que el anterior, estaba relacionado con el pensamiento de Hitler. Según él, Alemania podría encargarse de Europa, mientras Japón hacía lo mismo con Estados Unidos. De esta forma, Gran Bretaña quedaría desprotegida y, después, derrotada: “El 31 de julio de 1940, Hitler dijo al general Halder que la esperanza de supervivencia de Gran Bretaña estaba en Estados Unidos y la URSS. [...] Creía que Roosevelt estaba dispuesto a intervenir en 1942 y Hitler deseaba que la Unión Soviética fuese eliminada de la ecuación antes de que sucediese tal cosa”.<sup>6</sup>

Además, Hitler pensaba que, después de derrotar a la URSS, adquiriría sus recursos, y, con ello, podría tener la fuerza suficiente para pelear contra “continentes enteros”. “Si Japón aferraba a Estados Unidos en el Pacífico, Hitler desencadenaría una ofensiva de tres pinzas, a través del Cáucaso, África del

Norte y el Levante, que llevaría a Alemania a Afganistán y, después, a India, el corazón del Imperio Británico”.<sup>7</sup>

Con la invasión de Hitler, Alemania selló su destino, mientras que el efecto en la URSS fue mucho más significativo en términos políticos. La guerra y la escalada mimética que se generó con Stalin deslumbró e hizo evidente el falso holismo que imperaba en la URSS:

El ataque de la Alemania nazi a la Unión Soviética en 1941 significó un increíble sufrimiento, muerte y desastre. Sin embargo, esta crisis extrema fue algo extraordinario en términos de deliberación y liberación de la represión estalinista. Como epílogo de *El doctor Zhivago* dice Boris Pasternák: “Cuando estalló la guerra, sus verdaderos peligros y su amenaza de muerte eran una bendición en comparación con el poder inhumano de la mentira, un alivio porque rompió el hechizo de la letra muerta”. Para muchos, este período sería recordado como la primera desestalinización espontánea.<sup>8</sup>

La respuesta que, en términos girardianos, se generó en la URSS fue también como efecto de un enemigo externo y la suspensión del chivo expiatorio interno que acontecía cotidianamente en la sociedad soviética. El efecto de Hitler generó una nueva fuerza en el Ejército soviético que hasta ese momento se encontraba desmoralizado. “La invasión alemana de la Unión Soviética en 1941 provocó el renacimiento de las emociones nacionales, evocando las tradiciones rusas de heroica resistencia y comunidad nacional [...]. Por lo tanto, la guerra misma tiene un valor explicativo como evento de formación de sentido donde la solidaridad de los sacudidos forma una unidad”.<sup>9</sup>

El 22 de junio de 1941, después de la reelección de Roosevelt, la relación mimética entre los titanes totalitarios llegó a su punto más álgido. La invasión se decidió posteriormente a que Mólotov planteó los intereses de Stalin en el pacto nazi-soviético. Hitler los consideró inviables:

[Así.] El 22 de junio [...], la Rusia bolchevique y la Alemania nacionalsocialista, que de muy distinto modo eran, a la vez, disuasión y modelo una para la otra. “Con todo, la Unión Soviética le había servido [a Hitler], durante toda su vida política, como disuasión y, a la vez, paralelamente, de modelo” [...]. “No hay que entender la expresión intercambio de características en el sentido de que el bolcheviquismo habría adoptado, durante la guerra, las facciones de su adversario y el nacionalsocialismo a la inversa, adoptado las del bolcheviquismo. Eso no obsta para que pueda

asistirse, en los dos regímenes, a trayectorias y tendencias que llevaban a un acercamiento interno recíproco entre esos dos enemigos. Así, la hostilidad entre ellos no había menguado, sino que —por el contrario— se había intensificado”.<sup>10</sup>

Por otra parte, Mussolini, otrora modelo admirado de Hitler, se convirtió en un lastre para los planes militares de los nazis. De hecho, atrasó la intervención en la URSS. En vez de invadir en la primavera, Hitler tuvo que iniciar la campaña hasta el 22 de junio de 1941. Cuando esto sucedió, Stalin se encontró atónito. El “Zar Rojo” no concebía la traición de Hitler. Algo muy extraño si pensamos que Stalin era un paranoico extremo. La confianza que sentía el carnicero georgiano hacia el genocida austríaco era casi ciega, al punto que la traición lo afectó emocionalmente. Consideraba a Hitler no sólo un aliado, sino un compañero en la tarea titánica de purgar a la Humanidad. De manera que:

Poco antes del amanecer del 22 de junio de 1941, la radio militar alemana interceptó un diálogo entre una unidad soviética en acción y su cuartel general. “Están disparando sobre nosotros, ¿qué hacemos?”. “Ustedes están locos. ¿Por qué el mensaje no está en código?”. Media hora después, a las 3.40 de la madrugada, G. K. Zhúkov, jefe del Estado Mayor soviético, que había recibido informes de ataques aéreos alemanes, telefoneó a Stalin, que estaba en su villa de Kuntsevo, a unos once kilómetros de Moscú; allí, el dictador vivía, trabajaba y comía en una sola habitación y dormía en un sofá. Cuando Zhúkov anunció que el país estaba siendo invadido, en el otro extremo de la línea hubo un prolongado silencio y una respiración pesada. Finalmente, Stalin dijo al general que fuese al Kremlin y ordenase a su secretario que convocase al Politburó. Este organismo se reunió a las 4.30. Stalin estaba sentado, pálido y silencioso, con una pipa apagada en las manos. En el Ministerio de Relaciones Exteriores, Mólotov recibió la declaración de guerra del embajador nazi y preguntó en tono quejumbroso: “¿Realmente hemos merecido esto?”. Cercano ya el mediodía, 1,200 aviones soviéticos habían sido destruidos en tierra. De acuerdo con la versión de Nikita Jrúshchov, Stalin se entregó a la histeria y la desesperación. Sólo el 3 de julio, once días más tarde, pudo recuperar el control necesario para dirigirse a la Nación. Y entonces usó un tono que era nuevo en él: “Hermanos y hermanas... amigos míos”.<sup>11</sup>

Esta cita nos muestra la soledad del dictador; también, la paranoia: vivía prácticamente atrincherado, ¡hacía todo en una habitación! El encapsulamiento artificial al extremo. Muestra también el sentido de justicia de Stalin: él podía ser arbitrario e inescrutable, pero exigía a los demás lo contrario: “¿Hemos merecido esto?”. Como en la obra de Nietzsche, Stalin veía que la ley era para los demás, para los resentidos, no para él, el súperhombre.

Finalmente, vemos, en la sorpresa que le provoca el ataque nazi, cómo el “Zar Rojo” se había alejado de la realidad. En este punto, había alejado de su círculo a todos los consejeros que le habría podido ser de verdadera utilidad. Peor aún, desconfiaba de todo el mundo, menos de Hitler, quien no dudó en aprovecharse de la situación. ¡El súperhombre Hitler le daba una lección al súperhombre Stalin! No porque el georgiano no pensara en traicionar, a su vez, a Hitler, sino porque éste se le adelantó. Stalin tenía el plan de esperar — como era su costumbre— mientras el conflicto desgastaba más a los alemanes. Haría entrar a los soviéticos tardíamente a la guerra.

Stalin confiaba en que los alemanes respetarían el pacto nazi-soviético. Mientras que todos sus ministros habían hecho grandes esfuerzos para que estuviese enterado de las intenciones de Hitler, el “Zar Rojo” se negaba a reconocer que los intercambios de enemigos entre ambos titanes y su gran política asesina conjunta estaban por llegar a su fin:

El pacto nazi-soviético beneficiaba enormemente a Stalin. Aunque más tarde él lo defendió tan sólo como un arreglo provisional y táctico (“garantizamos a nuestro país la paz durante un año y medio y la oportunidad de preparar nuestras fuerzas”), sin duda, en ese momento esperaba que durase indefinidamente o, por lo menos, hasta que los alemanes y Occidente se hubiesen agotado mutuamente en una guerra prolongada; entonces, de acuerdo con la declaración del propio Stalin en 1945, la URSS podría recoger los despojos. Entretanto, el pacto lo beneficiaba... y mucho. A mediados de 1940, Stalin había recobrado gran parte del territorio perdido por Rusia en 1918-1919, y había destruido la estructura de Polonia oriental.<sup>12</sup>

Con Stalin sorprendido, pasmado y sin un plan de ataque, las posibilidades para que Hitler triunfara parecían muy elevadas. Mas no sucedió así. Cabe preguntarnos cuáles fueron los motivos del fracaso de los nazis en la URSS.

En primer lugar, recordemos el retraso de la invasión provocado por Mussolini: dado que no pudo controlar la situación en los Balcanes, la We-



hrmacht tuvo que ir en su ayuda, lo cual desvió a las tropas necesarias para atacar el Este.

En segundo lugar —y esto es lo más importante—, el fracaso hitleriano se debió a su visión de la guerra y la sociedad. Hitler buscaba la imposición de un sistema que le permitiera un enorme control sobre enormes cantidades de personas, recursos y territorios. Para ello, planteaba una revolución social profunda, una ingeniería social de dimensiones colosales. Sin embargo, era un sistema tan indignante y asesino que, lejos de producir holismo, producía falso holismo; en lugar de encapsulamiento, encapsulamiento artificial. No se lograba el establecimiento de un *katéchon*, sino pura liminalidad. Se creía maestro de ceremonias capaz de realizar el rito sacrificial, pero Hitler, en realidad, sólo era capaz de hacer un sacrificio estéril.

La inestabilidad tanto en el totalitarismo soviético como en el alemán era producto, a su vez, de la inestabilidad psicológica de sus líderes. Ambos eran seres solitarios y temerosos que tenían en sus manos demasiado poder, lo que los alejó tanto de sus poblaciones como de los consejos razonables:

Hitler y Stalin jugaron al ajedrez con la Humanidad. En todos los aspectos esenciales, la inseguridad personal de Stalin y su temor obsesivo a Alemania fueron los factores que lo indujeron a firmar el pacto fatal, y su ilusión —no las de otros— lo mantuvieron en vigencia, como una cortina de falsa seguridad detrás de la cual Hitler preparó su ataque asesino. Hitler —y nadie más— decidió librar una guerra de aniquilamiento contra la URSS; primero, la canceló y la postergó y, después, la repuso en el centro de su estrategia, para iniciarla en el modo y el momento que él mismo eligió.

Ambos eran individuos solitarios, a quienes nadie aconsejó acerca del modo de dar estos pasos fatídicos; actuaban guiados por prejuicios personales del tipo más grosero y por sus propias visiones arbitrarias. Sus lugartenientes obedecían ciegamente o estaban dominados por una apatía basada en el terror y las grandes naciones sobre las cuales gobernaban no tenían, al parecer, más alternativa que obedecer las órdenes que las llevaron a la mutua destrucción. Vemos aquí precisamente lo contrario del determinismo histórico, la apoteosis del autócrata individual. Es lo que sucede cuando se eliminan las limitaciones morales de la religión y la tradición, la jerarquía y el precedente, de modo que el poder de suspender o desencadenar episodios catastróficos no revierte sobre la benevolencia impersonal de las masas, sino que, por el contrario, recae en las manos de Hombres que están aislados en la totalidad misma de sus naturalezas perversas.<sup>13</sup>

Vemos, en la cita anterior, la descripción de lo que en TM llamamos “titanismo”. El sistema de diferencias y prohibiciones es destruido por un individuo que se considera excepcional, elegido, carismático, poderosísimo:

El rechazo de la “sabiduría” que solía mostrar los límites humanos, el conocimiento de las situaciones peligrosas y la mejor manera de no empeorar los conflictos; este rechazo tiene un nombre en la teoría mimética: el idealismo de la mentira romántica o idealismo radical que considera que los Hombres modernos, especialmente algunos con una visión titánica de su propio quehacer en el mundo, tienen el derecho o incluso la obligación de desafiar los límites de la moral, la condición humana, el medio ambiente, la sociedad y el orden internacional; muchas veces causando un grave daño, ¡en la búsqueda de hacer un gran bien!<sup>14</sup>

Las consecuencias de que dos individuos con estas características se enfrenten o se encuentren en una escalada mimética, en la que, en términos girardianos, la relación se reduce a la fuerza de cada respuesta, es siempre desastroso para todos aquellos que se encuentran en medio de dicha relación. Esto incluye a las sociedades enteras que se enfrentan a una categoría de chivos expiatorios que menosprecian (los judeoblocheviques para los nazis y los fascistas para los soviéticos), pero que, en realidad, hacen mal su papel de chivos expiatorios, en tanto que tienen capacidad y voluntad de retaliación.

Las consecuencias del enfrentamiento Stalin-Hitler fueron hecatómbicas. Paul Johnson enfatiza: “La decisión que adoptó Hitler de invadir la URSS fue la más fatídica de su carrera. Destruyó su régimen y también al propio Hitler. Fue, además, una de las más importantes de la historia moderna, porque puso al totalitarismo soviético en el corazón mismo de Europa”.<sup>15</sup>

Regresando a las causas de la derrota nazi, nuestro autor considera que la causa principal de que Hitler subestimara a Stalin fue que no logró comprender el doble vínculo, caracterizado por la petición del modelo cuando encuentra al imitador demasiado cerca: ¡mígame, pero no me imites!

El doble vínculo designa un tipo de relación neurótica en que dos órdenes no sólo contradictorias, sino también mutuamente excluyentes, le son dadas a una persona. En palabras de Bateson, se trata de una situación en la cual no importa lo que una persona haga, ella nunca puede lograr el éxito. La estructura paradójica de las órdenes hace que sea inviable cumplirlas de manera simultánea. [...] El doble vínculo [...] acarrea consecuencias muy graves, al producir disturbios serios. Es el caso de la esquizofrenia.<sup>16</sup>

La esquizofrenia de Hitler lo llevó a escuchar únicamente los consejos que lo llevaban a confirmar la erradicación de su rival mimético; el titán se encontraba enfrascado en su propia arrogancia:

En general, se creía que la purga de 1937-1938 había destruido la moral militar soviética. El almirante Canaris, jefe del servicio alemán de inteligencia, la Abwehr, creía en la afirmación de Heydrich de que su organización había inculcado intencionadamente a Tujachevski y a todos los restantes oficiales soviéticos capaces. Precisamente sobre la base de los engañosos cálculos de Canaris, Hitler creyó que la campaña rusa sería más fácil que la conquista de Francia.<sup>17</sup>

La ingenuidad de Hitler le llevó incluso a menospreciar a sus propios aliados, los japoneses, que le advirtieron de la fuerza armamentística que tenían los soviéticos. El líder nazi se pensaba más astuto que Napoleón: “El argumento de que Rusia se refugiaría en su propia vastedad, como en 1812, fue rechazado con la afirmación de que Stalin tendría que defender las regiones industriales que estaban al oeste del Dniéper”.<sup>18</sup>

Hitler deseaba gastar poco en la guerra y consideraba que, de apropiarse de los recursos soviéticos, podría, finalmente, prolongar el conflicto:

La “Operación Barbarossa” fue un plan de recursos deficientes en vista de la magnitud de los objetivos. Participaron elementos de 153 divisiones, pero sólo 3,580 tanques, 7,184 cañones y 2,740 aviones. Con fines comparativos, señalemos que la ofensiva soviética de enero de 1945, sólo en el frente de Berlín, utilizó 6,250 tanques, 7,560 aviones y, por lo menos, 41,600 cañones. Gran parte del transporte alemán utilizaba caballos, por lo que la falta de movilidad fue un impedimento cada vez más grave a medida que se desarrolló la campaña. Los alemanes se encontraron librando una guerra de los años 40 con un arsenal de fines de los años 30 y ni siquiera con suficientes armas de este último tipo.<sup>19</sup>

Hitler subestimó a Stalin, al punto de abandonar todo cálculo estratégico racional. Por si esto fuera poco, al colocar en el centro de la toma de decisiones al Partido y no a los militares también ponía en desventaja a los alemanes. Incluso la Luftwaffe, en manos de Göring, fue absolutamente incompetente. Sin embargo, la responsabilidad más grande fue siempre la del propio Hitler y del sistema totalizante que creó. La burocracia partidista impidió a las fuerzas de la competencia producir más y mejores aviones.

El titán alemán había destruido completamente la posibilidad de escuchar cualquier consejo sensato: “La URSS tenía abrumadora superioridad de armas al principio de la guerra: siete a uno en tanques, cuatro o cinco a uno en aviones”. Sin embargo, el mimetismo de líder nazi con el bolchevique, era completamente simétrico en este sentido: “Stalin se había negado a escuchar las advertencias acerca del ataque [...]. Antes de terminar el año, los alemanes habían tomado 3.5 millones de prisioneros y muerto o herido a otro millón. La mayoría de estos grandes éxitos alemanes sobrevinieron durante el primer mes de la campaña”.<sup>20</sup>

Para la segunda mitad de julio, Hitler creía que había triunfado sobre su rival. Era tal el desprecio que sentía por el bolchevique, que creyó que podía destruirlo e, inmediatamente después, podía alcanzar el Medio Oriente. Sin embargo, cometió otro error. El súperhombre nazi decidió internarse en Ucrania y retrasar la expedición a Moscú:

Comenzó hasta el 2 de octubre, el mismo día que el general Guderian, el mejor comandante de tanques de Hitler, vio caer los primeros copos de nieve. Las lluvias intensas comenzaron cuatro días después. Siguieron las grandes heladas en la segunda semana de noviembre. La ofensiva comenzó a perder impulso. Los tanques alemanes llegaron hasta una distancia de unos treinta kilómetros del centro de Moscú por el Norte y a unos cincuenta kilómetros por el Oeste. Mas la temperatura descendió paulatinamente: primero, a 6° y, después, -15°. El informe del intendente de Ejército, Wagner, presentado el 27 de noviembre, fue resumido por el general Halder en una frase: “Hemos alcanzado el límite de nuestras fuerzas humanas y materiales”. Y, entonces, el 6 de diciembre, sin advertencia previa y con fuerza considerable, los soviéticos contratacaron.<sup>21</sup>

## 1.2 Titanismo supremo

A partir del inminente fracaso de “Barbarrosa”, Hitler se radicalizó completamente. El titanismo supremo se concretó en la prohibición de las retiradas tácticas. La respuesta de la relación mimética entre los titanes costó millones de vidas. La indiferencia de los terceros fue atroz; Johnson la detalla:

Las batallas defensivas que inició entonces la Wehrmacht, durante el peor período del invierno, le costaron más de un millón de bajas, el 31.4 por ciento de sus fuerzas en el Este. Su fuerza ofensiva nunca recobró

su impulso. La era de la *Blitzkrieg* había terminado, dos años después de empezar. En la primavera se reanudó la ofensiva. El 21 de agosto, los alemanes alcanzaron las cumbres del Cáucaso, aunque nunca llegaron a los campos petroleros, que se encuentran al Sur. Dos días después, entraron en Stalingrado, a orillas del Volga. Para entonces, la capacidad ofensiva de Alemania, en el sentido más amplio de la palabra, estaba agotada. El futuro consistía totalmente en una agria guerra defensiva.<sup>22</sup>

Vemos aquí la escalada en sus máximas consecuencias, no por una lucha ideológica, como podría pensarse, sino por una lucha meramente individual. Al respecto, Girard acentúa: “El combate a muerte es aquí más que mero deseo de reconocimiento. No es una dialéctica de amo y esclavo, sino *un combate sin tregua entre dos gemelos*. [...] La imitación recíproca y desenfrenada (*furieuse*) de la URSS y del Tercer Reich provocó esa *guerra absoluta* en la que decenas de millones de inocentes murieron; en la que también murió la institución de la guerra en Europa”.<sup>23</sup>

Es interesante en esta cita la noción de que la “guerra institucionalizada” murió en Europa. Es decir, la guerra como un *katéchon* donde se podían calcular los costos (los sacrificios) aún antes de iniciar, desapareció de la historia de Europa. No más la guerra como ritual; entonces, la violencia dejó de ser contenida y contenible para convertirse en liminalidad pura.

En el invierno de 1941, a medida que las derrotas comenzaban a gestarse, el líder nazi comenzó a deteriorarse. “Durante el invierno de 1941”, según escribió Goebbels, “Hitler envejeció mucho”. “Su subestimación de las posibilidades del enemigo”, observó el general Halder, “que fue siempre su defecto, ahora está adquiriendo gradualmente formas grotescas”. Tal y como había hecho durante toda su carrera política, en lugar de una solución razonable, usó la falsa ciencia de “patear al perro”: “despidió al comandante en jefe del Ejército y asumió personalmente el control detallado. Se negó a hablar con Jodl. Más tarde, disputó con todos sus comandantes, todos los jefes de Estado Mayor, once de los dieciocho mariscales de campo, veintiuno de un total de cuarenta generales, y casi todos los comandantes de los tres sectores del frente ruso”.<sup>24</sup>

Las secuelas del titanismo nazi no sólo se reflejaron en Hitler, sino que se extendieron a los espacios que fueron invadidos por el pirómano. Así lo muestra Harald Wydra:

En muchos lugares, las secuelas de la ocupación nazi conllevaron convulsiones sociales de alcance revolucionario que resultaron en disturbios domésticos o masivas expulsiones. Esta revolución social tuvo quizás

el mayor impacto en los territorios occidentales de la Unión Soviética. Con aproximadamente cada quinto habitante muerto bajo la ocupación, Bielorrusia sufrió el mayor número relativo de muertos. Ucrania sufrió las mayores pérdidas de vidas humanas en términos absolutos: el número de habitantes pasó de 41 millones, en 1941, a 32 millones, en julio de 1946. Además, Ucrania había pasado por un estado de emergencia *de facto* durante veinte años, desde el final de la década de 1920 hasta finales de la década de 1940. Con la entrada en guerra, el 17 de septiembre 1939, la Unión Soviética ocupó el oeste de Ucrania, aplastó las viejas instituciones, nacionalizó la economía, colectivizó e instaló un régimen de terror. Cuando las tropas soviéticas volvieron a ocupar el territorio ucraniano al expulsar al Ejército alemán, en 1944, la devastación de la guerra en las zonas urbanas había provocado una mezcla de anarquía y terror [...] operado por la policía secreta, el NKVD. Las deportaciones masivas y las altas tasas de criminalidad caracterizaban dicho territorio. También el reclutamiento para el Ejército Rojo y las deportaciones masivas de mujeres para Alemania provocaron un cambio importante en la estructura de la población en el campo. Algunos de los peores horrores los sufrieron los repatriados, los prisioneros de guerra que regresaron a su país sólo para ser acusados de colaboradores nazis.<sup>25</sup>

Hitler y Stalin cometieron errores similares durante la guerra: ambos subestimaron a su doble mimético, ambos tomaban decisiones aislados, ambos ignoraban los consejos sensatos, ambos hacían malos cálculos militares y logísticos, ambos preferían usar la falsa ciencia del chivo expiatorio antes que modificar sus planes. En este sentido, Paul Johnson, al igual que cuando narra la Guerra Civil Española, nota la simetría mimética de los rivales. No obstante, si ambos cometían errores similares, cabe preguntarse cuál fue, entonces, la causa de la derrota de Hitler. Paul Johnson afirma que fue su idea misma de concebir la guerra contra la Unión Soviética.

El titanismo de Hitler en la URSS inició una era caracterizada por la pérdida de límites. Comenzó una mimesis destructiva que pronto se tornó en ingeniería social. Al respecto, Paul Johnson considera que el líder nazi hubiera podido llevar a cabo una política de contraste con la opresión estalinista. Sin embargo, existía en Stalin un modelo para Hitler y viceversa: ambos deseaban ser como su rival mimético. De hecho, Hitler,

Al atacar a la URSS, estaba tratando de hacer simultáneamente dos cosas muy distintas: obtener una victoria militar e iniciar un enorme plan de ingeniería social. Los dos propósitos eran mutuamente incompatibles.

Por supuesto, no es desusado que una campaña militar vaya de la mano con un propósito político concomitante, que sea una “guerra de liberación”. En todo caso, eso habría tenido sentido en 1941. Stalin gobernaba exclusivamente mediante el terror. Su régimen era universalmente impopular en la URSS y odiado y temido en Europa entera. Había muchos en Alemania y aún más fuera de ese país que deseaban atribuir el carácter de cruzada a una guerra contra el bolchevismo, librada en nombre de docenas de pueblos europeos oprimidos, desde el Ártico al Mar Negro, que habían sido saqueados y oprimidos por “los rusos semiasiáticos”. En “Barbarossa” participaron más de doce divisiones de Rumania, dos de Finlandia, tres de Hungría, tres de Eslovaquia y, después, se agregaron tres divisiones italianas y una española. Muchos de estos soldados eran voluntarios. Además, había muchos soviéticos, en ese país y en el exterior, que veían en el ataque de Hitler la oportunidad de recuperar su propia libertad y de destruir el régimen que había originado más de veinte años de miseria y costado más de quince millones de vidas. Hitler habría podido encabezar una cruzada semejante, pero al hacerlo se habría mostrado falso consigo mismo. Hitler no estaba consagrado al tema de la liberación. A semejanza de Stalin, estaba consagrado al tema de la esclavitud.<sup>26</sup>

Para Girard, el interdividuo Stalin-Hitler es una de las diádas miméticas determinantes en la Historia, tanto por su rivalidad como por su capacidad para la conformación de milicias:

En el fondo, se trata de una intensificación de la guerra total [...]. Una guerra en que ya no habría ejército legítimo, en que ya no habría más que los partisanos soviéticos dispuestos a todo. Los alemanes nunca tuvieron quién les opusiera tanta resistencia como los soviéticos, que atacaban a los ejércitos de Hitler por detrás. Carl Schmitt es, entonces, un eslabón esencial en la descripción del terrorismo como más allá del partisano. Habría que comparar el rol de los partisanos en las dos guerras mundiales y se cobrará conciencia de una progresión geométrica del armamento y de todos los otros aspectos descritos por Schmitt. Por consiguiente, habrá sido un analista lúcido de la “victoria del civil sobre el soldado”, de la salida de las guerras convencionales en dirección a las guerras “reales”.<sup>27</sup>

La escalada a los extremos que se gestó entre Hitler y Stalin tuvo como objetivo, como menciona Girard, el aniquilamiento del enemigo, es decir,

una competencia desbordada. Johnson enfatiza, al igual que Girard, la guerra total:

Contra la URSS, Alemania libraría una guerra total. “Tenemos en las manos una guerra de aniquilamiento”. El propósito de la campaña debía de ser el exterminio, la expansión y los asentamientos sobre bases coloniales. Al parecer, los generales no advirtieron la enormidad de lo que Hitler proponía. Eso no lo sorprendió. Estaba preparado para afrontar tal actitud. Por eso había emprendido una gran ampliación de la SS, que ahora debía cumplir el verdadero propósito para el cual la había creado. Hitler formó cuerpos de “especialistas”, cada uno formado por 3,000 hombres, a los que denominó *Einsatzgruppen*, que marchaban detrás de las unidades del Ejército regular, para comenzar el ejercicio más audaz de ingeniería social nunca antes concebido.<sup>28</sup>

Los *Einsatzgruppen* no eran maestros de ceremonia del sacrificio, ni siquiera eran soldados. Eran simples matones, carniceros, que ejercían una violencia incapaz de instaurar cualquier orden. Basado en esta atrocidad, la ingeniería social que Hitler planeaba recorría todo el territorio europeo y buscaba establecer un modelo único de sociedad, una utopía totalitaria:

El propósito militar de “Barbarossa” era incidental. El objetivo real consistió en exterminar al bolchevismo y su “área de contagio judío”, adquirir territorios para organizar asentamientos coloniales, esclavizar a las masas eslavas distribuidas en cuatro “Comisariatos del Reich” (el Báltico, Ucrania, “Moscovia” y Cáucaso) y crear un sistema económico autárquico que sería inmune a todos los bloqueos que pudiesen derivar de la acción de las potencias anglosajonas.

El propósito final de Hitler era crear un *Volk* alemán de 250 millones de personas. Afirmó que se proponía instalar a 100 millones de alemanes en las grandes llanuras que se extienden al oeste de los Urales. En 1941, calculaba que, durante las décadas siguientes, los primeros veinte millones de individuos se trasladarían al Este. Aunque visualizaba claramente el proceso de colonización, no tenía muy bien definido de dónde saldrían los colonos. Los individuos elegibles y dispuestos a asentarse, el *Volksdeutsche* de Europa sudoriental, eran sólo cinco millones, quizás a lo sumo ocho millones. Su colega, Alfred Rosenberg, contemplaba la idea de “reclutar” colonos escandinavos, holandeses y británicos, en vista de su proximidad racial a los alemanes, una vez concluida la guerra. Al-



gunos aspectos de esta gran transferencia de población, que sería la más formidable y decisiva de la Historia, habían sido determinados con meticuloso detalle. Se practicaría la poligamia y los veteranos condecorados podrían elegir libremente a las mujeres. Crimea, una vez “depurada” de eslavos y judíos, se convertiría en un gigantesco centro alemán de recreación, con su antiguo nombre griego de Tauria, y sería poblada mediante una transferencia masiva de campesinos del Tirol Meridional. Se planeaba la creación de una nueva civilización *Volk*, en vastas regiones de Ucrania y la Rusia europeomeridional.

A medida que se amplió la visión de Hitler durante los agitados días de 1941, llegó a abarcar a Europa entera. Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo y Francia entera al norte del Somme se incorporarían a una Gran Alemania y se cambiarían los nombres de las ciudades: Nancy se convertiría en Nanzig; Besançon, en Bisanz. Trondheim, por su parte, llegaría a ser una importante ciudad alemana y una base naval de 250,000 habitantes. Los Alpes serían el límite entre “el Imperio Alemán del Norte”, con una nueva “Germania” como capital, y el “Imperio Romano del Sur”. El Papa, ahorcado con su atuendo de ceremonia en la plaza de San Pedro. La catedral de Estrasburgo se convertiría en un gigantesco “Monumento al Soldado Desconocido”. Se inventarían nuevas cosechas, por ejemplo, el centeno perenne. Hitler estaba dispuesto a prohibir el consumo de tabaco, convertir el vegetarianismo en una práctica obligatoria, “revivir el arte cimbriaco del tejido”, designar un “Comisionado Especial para la atención de los perros” y un “subsecretario de defensa contra los piojos y los insectos”.<sup>29</sup>

¡Cada aspecto estaría regulado! ¡La pureza total! La utopía nazi era el mundo sin envidia, sin sacrificio ni violencia. Para alcanzarlo había que ejercer una violencia definitiva, la última de las violencias. Claro está, como ya decía Cioran, que la utopía no es más que “lo grotesco en rosa”; en esta ocasión, el medio para alcanzarla fue lo “grotesco en rojo”. Mas, como utopía significa “ningún lugar”, este horrendo sueño hitleriano quedó, simplemente, en un delirio asesino de dimensiones monstruosas:

La “Orden del Comisariado”, fechada el 6 de junio de 1941, insistía en que los funcionarios soviéticos “en principio deben ser eliminados inmediatamente a tiros”. Las “pautas” emitidas poco antes de iniciar la Operación “Barbarrosa” exigían “medidas implacables y enérgicas contra los agitadores bolcheviques, las guerrillas, los saboteadores y los judíos, así como la eliminación total de todas las formas de resistencia activa y pa-

siva”. En la práctica, los *Einsatzgruppen* apresaron a todos los varones educados y los líderes sociales en las regiones ocupadas por los alemanes, y comenzaron a fusilarlos en elevado número. En 1941, se asesinó a unos 500,000 judíos de la Rusia europea y quizás a un número igual de rusos. Otto Ohlendorf, uno de los comandantes de los *Gruppen*, reconoció en Núremberg que, por sí sola, su unidad asesinó a 90,000 varones, mujeres y niños en 1941. Hacia julio, todas las naciones soviéticas comenzaron a percibir el hecho horroroso de que afrontaban lo que parecía ser una guerra de exterminio.<sup>30</sup>

Ante el horror de la invasión nazi, surgió una paradoja: los soviéticos pudieron tomar sus propias decisiones; en el caótico mundo de la guerra, gozaron de una libertad que el estalinismo nos les hubiera permitido en ninguna otra circunstancia:

En la URSS, los dos primeros años de la II Guerra Mundial provocaron una sensación paradójica de libertad y fuerza moral. Era un período de desestalinización espontánea. Estábamos en plena crisis [...]. La gente de repente se vio obligada a tomar sus propias decisiones, a asumir la responsabilidad para ellos mismos. Los eventos nos presionaron para volvernos verdaderamente seres humanos independientes [...]. Por extraño que parezca, 1941 fue más una liberación que 1945. La Gran Guerra Patriótica también estimuló la libertad de pensamiento y autonomía que acompañaron las actividades de masas de personas juntas arriesgando o sacrificando sus vidas en defensa de su país y su Estado. El mito antifascista y la política de contención sellaron lo que la devastación de la II Guerra Mundial y el avance del comunismo en Europa del Este habían prefigurado. Cada campo dibujó significado y legitimidad por el hecho de que el “Otro” (el enemigo) representaba al desaparecido vínculo para lograr la identidad completa, algo que posiblemente se perdió una vez que la coalición anti-Hitler se rompió.<sup>31</sup>

### 1.3 La ingeniería social defensiva de Stalin

Stalin reaccionó con una ingeniería social igual de brutal que de la de Hitler. Empero, para el “Zar Rojo” la tarea era más sencilla, dado que se trataba de una guerra defensiva y, por lo tanto, justificada. En tanto que la suya era una defensa, el líder bolchevique logró mitificar su lucha y convertir en el mal absoluto a sus enemigos:

El resultado fue la salvación de Stalin y su régimen. Cuando Stalin, al fin, reaccionó en la medida suficiente para hablar al pueblo ruso, el 3 de julio, era evidente que podía convertir la contienda en la Gran Guerra Patriótica. Comparó a Hitler con Napoleón. Exhortó a iniciar la guerra de guerrillas y a aplicar una amplia política de “tierra arrasada”. Este llamado produjo cierta reacción. Por primera vez desde 1918, se permitió la práctica de la religión. Éste fue, quizás, el principal factor individual en la recuperación de una identidad nacional. Se permitió a algunos prisioneros de los campos de concentración formar “batallones de castigo” que combatían en primera línea.<sup>32</sup>

El patriotismo, la propaganda y el miedo a los nazis no fueron suficientes alicientes para todo el mundo. Los líderes soviéticos llevaban décadas agravando, matando, expoliando y saqueando a millones al interior de su propio país. Por ello, fue necesario complementar las medidas defensivas con terror. Stalin decidió permanecer en Moscú “por la misma razón que indujo a Hitler a concentrar todo el poder en sus manos. No confiaba en los generales y deseaba ejercer el control personal del terror. Aunque aprovechó todo lo posible el argumento del patriotismo, nunca alivió el peso del temor que imponía a todos. El ejército se mantenía unido por los lazos del miedo tanto como de la lealtad”.<sup>33</sup>

Paul Johnson menciona que, así como Hitler asesinó a millones de individuos en busca de llevar a cabo su utopía totalizante, Stalin aplicó el terror contra su población para establecer una estrategia defensiva. Ambos titanes, con sus respectivas ingenierías sociales, destruyeron la noción de decisión individual. Más aún, en su escalada mimética, los dos difuminaron al individuo y dieron una nueva dimensión a la culpa colectiva, la culpa que se contagia, se hereda y se transmite por la sangre:

Los individuos menos importantes quedaron a cargo de una nueva y terrorífica Fuerza Policial de Campo, llamada Smersh, que cooperó con los batallones apostados detrás del frente para impedir la retirada. Los parientes de los hombres que habían caído prisioneros podían sufrir largas condenas de cárcel. Como por todas partes los amenazaba la perspectiva de la muerte, el soldado soviético común no tenía más alternativa que combatir hasta el fin.<sup>34</sup>

Así como la confrontación mimética entre Hitler y Stalin llevó al primero a radicalizarse, el titán bolchevique aprovechó la invasión nazi para continuar con el terror hacia su población. No le era suficiente el sacrificio

de millones de soldados obligados a pelear. El “Zar Rojo” continuó la ingeniería social:

Stalin abordó actividades de ingeniería social defensiva en una escala que sólo marginalmente era menos ambiciosa que los absurdos planes de Hitler. Los alemanes de la República Alemana Autónoma del Volga, que formaban un núcleo de 1'650,000 individuos, fueron despachados a Siberia. Los siguieron naciones enteras: los chechenos, los ingusetios, los karacháis, los baleares del Cáucaso septentrional, los calmucos del noroeste del Caspio, los tártaros de Crimea, etcétera. Algunos de estos crímenes genocidas fueron cometidos mucho después de que pasara el peligro representado por la invasión alemana. Los chechenos fueron trasladados el 23 de febrero de 1944, transportándolos en camiones estadounidenses suministrados de acuerdo con el Programa de Préstamo y Arriendo.<sup>35</sup>

Una de las similitudes entre los titanes es su indiferencia por sus propias poblaciones. Johnson menciona que ni Hitler ni Stalin visitaron nunca los frentes de batalla ni tenían interés en cómo se vivía la lucha cotidiana. Sin embargo, ambos habían generado milicias alternas que les permitían tener movimientos sorpresivos y atacar cuando lo consideraran pertinente. Este tipo de acción nos demuestra la centralización de las fuerzas en cada uno de los pirómanos: Hitler, con las SS, y Stalin, con la STAVKA, las tropas partidarias y del NKVD, así como con una organización denominada *Tsentralni shtab partizanskogo dvizhenia*, que controlaba a las guerrillas y sobre la que él mandaba personalmente.

#### 1.4 Occidente pacta con el diablo... y pacta mal

El *katechón* de las relaciones exteriores estuvo del lado de Stalin. Posiblemente, esto fue lo que determinó la supervivencia del régimen. Por un lado, Churchill sintió un gran alivio al ver que Rusia ocupó el lugar de víctima sustituta en la lógica sacrificial nazi, en lugar del Reino Unido. Sin embargo, la forma en la que habían tomado las decisiones tanto Hitler como Stalin contagiaron al líder británico y, en vez de tomar distancia con el sanguinario régimen estalinista, apoyó, implícitamente, la ingeniería social del líder bolchevique:

La tarde del día en que se desencadenó la invasión alemana, Churchill, sin consultar a su gabinete de guerra, comprometió a Gran Bretaña a mantener una asociación funcional plena con la URSS. Eden se mostró aún más entusiasta, debido a la influencia de su secretario, Oliver Harvey, un intelectual prosoviético de Cambridge que veía el Archipiélago Gulag como el precio necesario de la modernización. A fin de lanzar la nueva alianza, Churchill eligió como emisario a su amigo *Lord* Beaverbrook. Desechó los alegatos de los especialistas de la embajada británica, que compartían la opinión de Kennan y que deseaban una negociación sin concesiones, “canjeando suministros por información detallada acerca de la producción y los recursos soviéticos”. Beaverbrook determinó que la política fuera “aclarar sin la más mínima duda la intención británica y estadounidense de satisfacer las necesidades soviéticas hasta el límite de sus propias posibilidades y al margen de que los soviéticos diesen o no algo”. Debía de ser un auténtico regalo.<sup>36</sup>

Hubiera sido posible que Occidente hiciera un acuerdo favorable para la población soviética, pero, en vez de presionar a Stalin en el acuerdo, tanto Reino Unido como Estados Unidos vieron en la figura del titán a ¡un moderado! La propaganda y la corrupción de gran cantidad de periodistas y diplomáticos, durante los años anteriores a la guerra, generaron la impresión en Occidente de que Stalin no era una gran amenaza, como sí lo era Hitler.

Respecto al Reino Unido, Stalin se benefició tanto de la inteligencia como del armamento de los británicos. Fue un apoyo decisivo para la guerra:

tuvieron importancia [...] decisiva los suministros militares despachados rápidamente a Arcángel y Múrmansk, durante el primer otoño de la invasión, elementos que posibilitaron la ofensiva de Stalin el 6 de diciembre e inclinaron la balanza durante ese primer y desesperado invierno. Esas armas incluían 200 modernos aviones de caza, destinados principalmente a la base muy vulnerable de Gran Bretaña en Singapur, la cual, prácticamente, no tenía cazas modernos. El desvío de esos aviones —más tanques— a la URSS selló la suerte de Singapur. Así, a causa de una de las grandes ironías de la historia, Churchill, el único imperialista británico importante, tal vez sacrificó un imperio liberal con el fin de preservar otro totalitario.<sup>37</sup>

## 1.5 Hitler desconfía... hasta de Japón

A partir del 6 de diciembre de 1941, Hitler perdió el control de los acontecimientos. Era el fin de una era que había iniciado en 1936, con el triunfo en Renania. Posiblemente, si Hitler no hubiera subestimado a los soviéticos, hubiera conseguido mantener su racha de suerte. Sin embargo, tampoco sabía acordar con sus propios aliados. Era tal su desconfianza que ni siquiera con los japoneses quiso coordinarse. Esto determinó de igual forma su declive. En vez de reconocer a Japón como una potencia en busca de la expansión y conformar una alianza con el propósito de reducir sus debilidades a largo plazo, Hitler nunca suspendió su diada mimética con Stalin. Esto lo imposibilitó de una mirada geopolítica racional.

La falta de estrategia de Hitler hizo que Japón jugara un papel de tonto. En agosto de 1939, cuando se firmó el pacto nazi-soviético, su aliado asiático fue informado con sólo dos días de anticipación. Posteriormente, como consecuencia de la rivalidad mimética, Hitler declaró la guerra a la URSS sin avisar a sus aliados. Los nipones, justamente unos días antes de la invasión, habían firmado un pacto de neutralidad con Stalin.

Hitler sabía de la división que existía en la élite gobernante japonesa. Por un lado, la estrategia “norteña” apoyaba la invasión a la URSS, mientras que la estrategia “sureña” estaba decidida a atacar a los viejos imperios:

A principio de abril de 1941, Yōsuke Matsuoka, ministro japonés de relaciones exteriores, que apoyaba firmemente al Eje, estuvo en Berlín. Hitler nada le dijo de su plan de atacar a la URSS. Matsuoka pasó de Berlín a Moscú y, el 13 de abril, firmó un pacto de neutralidad con Stalin, allanando de ese modo el camino para una estrategia “sureña”. Cuando, ocho semanas después, Hitler invadía a la Unión Soviética, Matsuoka confesó ingenuamente a sus colegas: “Firmé un pacto de neutralidad porque pensé que Alemania y la URSS no irían a la guerra”. En adelante, Japón se orientó a una estrategia “sureña”.<sup>38</sup>

Lo que es seguro es que el *Führer* quería que el mundo ardiera. En su ruta incendiaria se encargó de provocar a Japón para convencerlo de enfrentarse a Estados Unidos. Tal ruta era suicida para los nipones, pero el líder nazi consideró oportuno sacrificar a su aliado:

Hitler allanó el camino al ataque de Japón a Estados Unidos permitiendo que, el 21 de noviembre, Ribbentrop ofreciese a Japón la seguridad de que Alemania se le uniría en la guerra contra Estados Unidos, a pesar de

que tal cosa no era una obligación emergente del Pacto del Eje. Desde el punto de vista de Hitler, el sorpresivo ataque japonés a Gran Bretaña y Estados Unidos, a las 2 de la madrugada del 8 de diciembre, no podía ser más inoportuno, porque llegó precisamente dos días después de la siniestra noticia de la contraofensiva de Stalin. De todos modos, el 11 de diciembre, Hitler declaró la guerra a Estados Unidos.<sup>39</sup>

No sólo Japón se encaminó a su fatal destino. Alemania también determinó su fin. La demostración de que Hitler era el titán más grande, el más desafiante, el que menos límites terrenales respetaba. Paul Johnson enfatiza al respecto:

La incapacidad de Hitler para producir la flota de cien submarinos oceánicos, que sus almirantes habían reclamado en 1939, melló el filo de este golpe anticipado; en diciembre de 1941, tenía sólo sesenta y el resto no estuvo en condiciones sino hasta 1942, momento en que las contramedidas de los aliados imposibilitaban una victoria alemana en el Atlántico. En todos los demás aspectos de corto y aún más de largo plazo, la guerra con Estados Unidos era abrumadoramente desventajosa para Alemania. El gesto de Hitler no fue más que una fanfarronada. Dijo al Reichstag: “Siempre golpearemos primero. Siempre asestaremos el primer golpe”. Era un intento de convencer a los alemanes, al mundo, quizás incluso de convencerse a sí mismo, de que él, el principal estadista del mundo, aún estaba en condiciones de determinar los hechos globales. Produjo el resultado contrario: señaló el fin de la hegemonía europea e inició la época de las súperpotencias extraeuropeas.<sup>40</sup>

## 1.6 El suicidio de Japón

El suicidio de Japón fue producto tanto de las decisiones de Hitler como del interior disfuncional del sistema totalitario japonés, al que Johnson denomina “histórico”. Morris Berman lo describe como un sistema político en el cual, por la tradición zen, no existía axialidad:

Esta oscuridad parecería ser una función de la “plasticidad” o la amoralidad de la tradición zen. Como me comentó Ryū en algún momento: “Lo que Japón necesita es algo parecido al cristianismo”. Entendí lo que quería decir. El budismo zen tiene preceptos, pero no tiene un “eje” central, una doctrina unificada que actúe como una especie de pegamento

social o nacional; en definitiva, una ética. Lo más cerca que están los japoneses de esto es la noción de *giri* (“reciprocidad”, la regla de cumplir con las obligaciones que uno tiene en las relaciones interpersonales). Es extremadamente importante; no honrarlas es avergonzarse a uno mismo. Mas sólo existe a nivel de cancha, para decirlo de alguna manera, es decir, de persona a persona. No constituye una ética en el sentido occidental del término. En otras palabras, no tiene un principio trascendente o “axial”, algo que resalte por encima del mundo de los mortales: Dios. La realidad es completamente inmanente: es “cortar leña, acarrear agua”. Como resultado, el zen tiene una cualidad de libre fluir, y las reglas monásticas precisas sobre cómo lavarse los dientes no cambian eso en realidad. Después de todo, el zen no te puede decir por qué lavarte los dientes; sólo te instruye acerca del modo en el que hay que hacerlo y te enseña a estar consciente de lo que estás haciendo.<sup>41</sup>

La falta de distancia o de un principio axial genera que el zen sea fundamentalmente no ético. Es decir, es neutro en cuestión de valores. La cultura japonesa, según menciona Berman, no tuvo en la antigüedad un Sócrates ni un Confucio, nunca concibió el pensamiento de segundo orden (pensar acerca de pensar). No cuenta con una tradición axial para generar una perspectiva crítica de las coyunturas en nombre de un orden moral superior. En su lugar, se configuró una psicología del grupo que ahogó toda posibilidad axial y de individualismo:

El zen no tiene principios éticos; no hay criterios como la noción cristiana del ágapē para guiar a las personas a través de los dilemas morales. Incluso D. T. Suzuki, no obstante su marcado nacionalismo, comentó acerca de la infinita plasticidad de la doctrina: “Se le puede vincular al anarquismo o al fascismo, al comunismo o a la democracia, al ateísmo o al idealismo o a cualquier dogmatismo político o económico”, escribió. La meditación no necesariamente te hará una mejor persona; ¡incluso puede ser que te vuelva alguien peor! Cuestiones como la moralidad, la caridad y la decencia tienen que provenir de otro sitio; no pueden derivarse del *satori* o de la conciencia pura. Ésta es una de las razones por las que la ética en Japón, según Ruth Benedict, es situacional —amoral, en una palabra—.<sup>42</sup>

La amoralidad que caracteriza al budismo zen ha generado una relación intrínseca con la guerra y la violencia. Y, en parte, la búsqueda de la



experiencia agresiva ligada a la espiritualidad fue lo que empujó a Japón a la guerra:

Es deprimente que el contexto al que el zen se ha prestado casi inequívocamente sea la guerra. Hay dos aspectos: la congruencia entre el zen y el militarismo desde la perspectiva de doctrina, de conceptos y la colusión de los sacerdotes zen, los monasterios, los escritores y sus voceros con las aventuras militares japonesas a lo largo de la historia. Desde un punto de vista teórico, según Hakugen Ichikawa (un monje Rinzai zen que se volvió en contra del militarismo), las ideas como la nada y el no-ser permitieron que los japoneses extendieran “la guerra santa del egoísmo por todo Asia”. La noción budista de la compasión fácilmente se pasaba por alto, porque uno podía estar “despierto” y no sentir compasión. Suzuki advirtió que, con la llegada del zen a Japón en la época medieval, la filosofía fue inmediatamente adoptada por las clases militares; estaba estrechamente relacionada con la vida del samurái.<sup>43</sup>

La axialidad y el pensamiento reflexivo ayuda a que las decisiones militares se tomen con distancia y de modo estratégico. Sin embargo, en Japón, la falta de responsabilidad individual y la búsqueda de espiritualidad en la violencia conllevaron a determinar acciones absurdas o, por lo menos, peligrosas:

Suzuki sostenía que el ascetismo del zen, con su énfasis en la intuición y no en la razón, empataba muy bien con el deseo de acción de los militares, el deseo de avanzar sin reflexionar. La espada, dijo, era el símbolo de esto: representa la fuerza de la rectitud instintiva. Conceptos como la conciencia pura —o la experiencia—, la renuncia al ego ante una energía mayor y el estado de no-mente (*mushin*) son cruciales para ganar en el campo de batalla. De este modo, concluyó, el zen activaba el espíritu combativo del guerrero japonés. La idea zen de la no-persona, discutida previamente, se transformó con gran facilidad en la idea de la no-responsabilidad.<sup>44</sup>

Paul Johnson describe la historia militar de los japoneses, caracterizada por la impulsividad del sistema político:

Los japoneses tenían inquieta conciencia de su escasa capacidad de resistencia en la guerra, un aspecto ilustrado por la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, que comenzó con brillantes victorias japonesas pero que se

convirtió en guerra de desgaste, de la cual Japón, de hecho, fue salvado por la intervención de las grandes potencias. La guerra con China, iniciada en 1937, se había convertido en una ilusión análoga. En 1940, Japón había ocupado todas las grandes ciudades chinas, se había apoderado del sector moderno de su economía y controlaba las principales comunicaciones ferroviarias, viales y fluviales. De todos modos, la guerra se había estancado; China era inconquistable y todos los dilemas económicos de Japón persistían; de hecho, se habían agravado a causa del esfuerzo de la contienda en China. No se trataba de que Japón se tragase a China, como los fanáticos militares habían pronosticado, sino de que China, con su gigantesca e informe impotencia, estaba tragándose a Japón.<sup>45</sup>

Morris Berman retoma la perspectiva japonesa respecto a la guerra ruso-japonesa, que comenzó con sumo ímpetu y finalizó con el rescate del *katéchon* internacional:

En sus memorias, el maestro Soto Zen, Kōdō Sawaki, habló de su participación en la guerra ruso-japonesa de 1904 y 1905. Decía: “Mis camaradas y yo nos hartamos de matar personas”. Afirmaba la unidad del zen con la guerra y aseguraba que el acto de matar era realizado con independencia de la voluntad o la responsabilidad del individuo. Suzuki argumentaba algo similar, al decir: “Es como si la espada realizara en automático su labor”.<sup>46</sup>

La II Guerra Mundial fue un momento donde los japoneses tuvieron que pagar por la forma absurda de la toma de decisiones en un ambiente dominado por ¡el miedo a parecer miedoso! A pesar de las objeciones de algunos valientes en el gobierno para evitar el ataque a Estados Unidos, triunfó la locura; incluso se apartó a aquellos que veían en dicho ataque un suicidio. Aquí, algunos ejemplos:

El 5 de septiembre de 1941, los dos jefes del Estado Mayor, el general Hajime Sugiyama y el almirante Osami Nagano le dijeron al Tenno que la “estrategia sureña” podía ejecutarse en una guerra de conquista relámpago de noventa días. El Emperador respondió a Sugiyama que había dicho lo mismo con la guerra en China, la cual, para esas alturas, ya llevaba más de tres años. Sugiyama afirmó: “China es un continente. El *sur* está formado principalmente por islas”. El Tenno respondió: “Si el interior de China es enorme, ¿el océano Pacífico no es todavía más grande? ¿Cómo pueden estar seguros de que la guerra terminará en tres

meses?”. En lugar de una respuesta, el almirante Nagano dijo: “Si me ordenan combatir sin prestar atención a las consecuencias, realizaré enormes progresos en seis meses o un año. Mas no deposito la más mínima confianza en lo que suceda el segundo o el tercer año”.

2) El almirante Isoroku Yamamoto afirmó que Japón podría obtener espectaculares victorias iniciales, si bien, en el mediano plazo, le sería imposible derrotar a Gran Bretaña y Estados Unidos.

3) En una de las “conferencias de enlace” donde se reunían los altos jefes militares y gubernamentales, el mayor experto en logística militar, el coronel Hideo Iwakuro advirtió “que los diferenciales de la producción de Estados Unidos y Japón eran así: acero, veinte a uno; petróleo, cien a uno; carbón, diez a uno; aviones, cinco a uno; barcos, dos a uno; fuerza de trabajo, cinco a uno; total, diez a uno”.<sup>47</sup>

Estas opiniones dejan en claro que no existía un pensamiento mítico, unificado, sino que habían, pese a lo que decía la doctrina, “opiniones individuales”. Sin embargo, dado que se intentaba instaurar un holismo donde no había condiciones para ello, se instauraba, mediante el terror, un falso holismo. Expresar opiniones “contrarias al patriotismo”, empero,

incluso en el privilegiado secreto de la conferencia de enlace, implicaba arriesgarse a ser asesinado o trasladado. Contradecía el código relativista de “honor”, que era ahora el impulso dominante de la vida pública japonesa. Después de que Yamamoto expresó su opinión, fue necesario asignarle un mando en la flota para ponerlo fuera del alcance de los asesinos. El coronel fue despachado prontamente a Camboya. El embajador estadounidense, Joseph Grew, informó, el 22 de octubre de 1940, que se dijo sin rodeos al Emperador que sería asesinado si se oponía a la política belicista.<sup>48</sup>

En un contexto donde se privilegiaba el honor sobre la razón, los menos competentes dominaron la toma de decisiones. Fue el caso de Matsuoka, ministro de relaciones exteriores, quien sufría de inestabilidad emocional. Todos a su alrededor lo veían como a un loco. En el pasado había iniciado la guerra con China y fue el fundador del llamado “complejo militar-industrial”:

Fue el hombre que aportó a la “estrategia sureña”, una suerte de justificación racional política y económica, y que inventó la frase de “la Gran Esfera Asiática Oriental de Coprosperidad”. Expresaba la esquizofrenia de Japón, la inestable incompatibilidad de lo nuevo y lo viejo, del Este y el Oeste, y combinaba el catolicismo y el sintoísmo, las refinadas técnicas empresarias y la barbarie total. Lo irritó mucho que, después de firmar el acuerdo con la URSS, Stalin —en una actitud característica— lo pasease por la sala mientras decía: “¡Aquí todos somos asiáticos... todos somos asiáticos!”. Hitler dijo a Mussolini, con mucha suspicacia, que Matsuoka, aunque cristiano, “sacrificaba a los dioses paganos”, y combinaba “la hipocresía de un misionero estadounidense de la Biblia con la astucia de un japonés asiático”. Roosevelt, que, gracias a la “Operación Magia” que descifró los códigos japoneses, leyó algunos de los mensajes de Matsuoka, los juzgó “el producto de una mente profundamente perturbada”.<sup>49</sup>

El sistema político japonés reflejaba la esquizofrenia de Matsuoka. Los japoneses habían destruido el *katéchon* democrático en 1938 y abolido los partidos en 1940, que fueron reemplazados por la Asociación de Ayuda Imperial. A partir de ese momento, el gabinete no volvió a intervenir en cuestiones importantes. Por lo tanto,

En teoría, se adoptaban las decisiones en las conferencias de enlace, a las que asistían el Tenno, el primer ministro y el ministro de relaciones exteriores, los dos ministros de los servicios —a veces, también los jefes de Estado Mayor— y dos ministros de la corte. Mas las fuerzas armadas no confiaban en los políticos —cada una tenía su propia red diplomática a través de los agregados— ni cada una en la otra.<sup>50</sup>

Al ser sustituido Matsuoka por Tōjō, el ministro de guerra, los planes no modificaron su curso a pesar de que, para éste, la decisión tomada por su antecesor era terrible. Tiempo después, Matsuoka también se arrepintió de la decisión de atacar Pearl Harbor, pero ya era muy tarde. La desconfianza y la inestabilidad de los titanes que dominaban Japón producía una atmósfera de secreto que impedía la coordinación. Así,

Tōjō, ministro de guerra desde 1940, ocultaba sus planes a la Armada, pues la consideraba indigna de confianza y, además, cobarde. Trataba de salirse con la suya y mantenerse informado acumulando cargos. De esta manera, se convirtió en ministro del interior, ministro de relaciones

exteriores en julio de 1941 —cuando Matsuoka fue exonerado, como consecuencia de la invasión nazi a la URSS— y, finalmente, primer ministro, el 18 de octubre. Incluso así, no supo nada del plan de la Marina con respecto a Pearl Harbor hasta ocho días antes de su aplicación. En la práctica, era imposible que un hombre ejerciera un control eficaz sin adoptar una actitud arrogante que provocaba de inmediato el asesinato. Es significativo que Tōjō, el belicoso promotor de la “estrategia sureña” —se lo apodaba “Navaja”— adoptase una postura mucho menos agresiva cuando ocupó el cargo de primer ministro y que criticase el Plan de Pearl Harbor —cuando lo conoció— como un paso “completamente intolerable, que contrariaba el procedimiento aceptado [...] y dañaba el honor y el prestigio nacional”. De todos modos, se ejecutó el plan y estalló la guerra.<sup>51</sup>

El ataque suicida a Pearl Harbor fue la manifestación del zen budista. Dicha iniciativa fue acompañada de una búsqueda por la iluminación y la gloria. Tiempo antes del ataque, los soldados fueron “retirados”, para profundizar en la misión militar-espiritual. Era un intento por eclipsar la conciencia individual, por introducir la doctrina preaxial en las mentes de los combatientes:

El militarismo japonés [...] fue apoyado por los líderes zen, quienes aseguraban que la agresión japonesa era una expresión de iluminación y que capturaba la esencia del budismo. Apoyaban completamente la búsqueda de gloria que comenzó con la guerra sino-japonesa de 1894 [...]. Durante la era Meiji, los líderes budistas “se apropiaron activamente de la agenda ideológica de los propagandistas del gobierno y del movimiento nativista” y se convirtieron en “cómplices voluntarios de la promulgación de la ideología *kokutai* (la política nacional)”. Los monjes budistas se colocaron batas *shinto* y predicaron esta ideología bajo los auspicios del Kyūbushō, el ministerio de doctrina. Para finales de la década de los veinte, el budismo estaba completamente vinculado al apoyo ideológico de los esfuerzos militares japoneses. No sorprende, entonces, que el estudioso del budismo zen, Shin'ichi Hisamatsu, autor de *El zen y las bellas artes*, haya redactado la declaración de la ideología nacional de Japón en 1937, el *Kokutai no hongī*, que se “convirtió en uno de los principales instrumentos de control ideológico del gobierno en el periodo previo a la II Guerra Mundial”. Las nociones zen de la autonegación y de la centralidad de la espada en el bushido, “el camino del guerrero”, fueron finalmente transmitidas a las unidades kamikaze de la II Guerra Mundial.

Durante la guerra, los maestros zen organizaron retiros de meditación para los oficiales y, en general, el zen fue utilizado para entrenar a los obreros y a los soldados. Los participantes en estas sesiones eran instados a descubrir, a través de la autoexaminación, el poder que les permitía servir al Emperador.<sup>52</sup>

Nos encontramos con un sistema político que se rige por rituales sacrificiales, por el mito, así sea un mito artificial que producía una anarquía heroica. Las cuatro tesis que sostenían los líderes nipones y que los “obligaron” a ir a la guerra eran:

- 1) Para sobrevivir, su país había de tener acceso al Asia suroriental y a sus materias primas.
- 2) Japón estaba siendo arrinconado por Gran Bretaña y Estados Unidos.
- 3) Existía un ambiente general que motivaba a correr riesgos.
- 4) Había renuencia a analizar las consecuencias del fracaso.

Las sanciones económicas de Estados Unidos a Japón habían dejado a la isla sin petróleo, lo que hacía más arriesgado avanzar a cualquier enfrentamiento bélico. Roosevelt conocía la situación japonesa y hubiera podido contener las ansias de dicho gobierno. No obstante, el Presidente estadounidense era profundamente antinipón y tenía una fascinación por China y por la URSS. Además, sabía que el odio hacia los japoneses era electoralmente redituable. Por ello, no escuchó a los jefes de las fuerzas armadas, el general Marshall y el almirante Stark, quienes le aconsejaban no provocar a Japón por dos razones: era mejor concentrar el poderío destructivo estadounidense en Alemania y hacía falta fortalecer las defensas de Filipinas y Malasia. Johnson capta muy bien lo irónico de la situación: “a diferencia de lo que sucedía del lado japonés, donde los militares empujaban a la guerra a los civiles, los soldados estadounidenses intentaron contener al gobierno civil de Roosevelt. Éste era apasionadamente prochino”.<sup>53</sup>

Dado que eran más ocurrencias que decisiones, Japón no tuvo nunca un plan real de ataque. Por el contrario, existía una ausencia de táctica y de estrategia; tampoco consideraban las consecuencias reales del ataque ni las implicaciones en bajas humanas:

La Marina y el Ejército, cada uno por su lado, calculaban sus necesidades, por ejemplo, de acero, pero cada cálculo tenía sentido únicamente si se reducía el consumo de la otra arma hasta el extremo de que sostener la guerra era imposible. Una vez terminadas las operaciones iniciales, se manifestó la intención teórica de avanzar sobre India y Australia, pero no se trazaron planes para invadir a Estados Unidos, eliminarlo de la guerra ni destruir su capacidad para continuar la lucha. En resumen, no existió un plan estratégico general. En cambio, prevalecía el supuesto optimista de que, en determinada etapa, Estados Unidos y Gran Bretaña negociarían una paz de compromiso.<sup>54</sup>

Incluso la decisión de atacar Pearl Harbor estuvo basada en elementos circunstanciales. Así lo relata Johnson:

al parecer, nunca se tuvo en cuenta la idea de un ataque a Pearl Harbor. El embajador Grew había informado, el 27 de enero de 1941: “Se habla mucho de la posibilidad de que los japoneses, en el caso de una ruptura con Estados Unidos, se propongan descargar todas sus fuerzas en un ataque sorpresivo a Pearl Harbor”. Nadie prestó atención. Sin embargo, la idea había circulado a partir de 1921, cuando Hector Bywater, corresponsal naval del *Daily Telegraph* escribió *Sea Power in the Pacific*, obra que después se convirtió en una novela, *The Great Pacific War* (1925). La Marina japonesa ordenó traducir la novela y la incluyó en el currículo de su Colegio de Guerra. La idea mantuvo una vida latente hasta que Yamamoto se sintió tan impresionado por los progresos del entrenamiento de los aviadores adscritos a los portaaviones que llegó a la conclusión de que el plan era viable.<sup>55</sup>

Así como la decisión del ataque a Pearl Harbor se basó en un análisis poco profundo de las consecuencias estratégicas, también el concepto de una guerra basada en desembarcos militares en los trópicos era producto de una mente perturbada:

había sido desarrollado por un fanático oficial de Estado Mayor, el coronel Masanobu Tsuji, un hombre tan impregnado de Shinto que había tratado de volar con dinamita a un primer ministro y, en realidad, impulsado por una santa indignación moral, había incendiado un burdel repleto de oficiales. Sus ideas acerca de la invasión de Malasia, las Filipinas, las Indias Orientales holandesas y otros objetivos exigían la eliminación de la flota estadounidense del Pacífico durante el período de

los desembarcos. A su vez, esto conferiría una suerte de virtud estratégica al proyecto de Pearl Harbor: la flota de EE. UU. sería destruida en sus apostaderos y, mientras se la reconstruía, Japón se apoderaría de toda el Asia sudoriental.<sup>56</sup>

El pensamiento preaxial que llevó a la guerra a Japón, la lógica sacrificial que justificaba las atrocidades militares, se encuentra aún en pensadores de primer nivel, como el maestro y escritor budista Daisetsu Teitaro Suzuki (D. T. Suzuki), por décadas el principal divulgador del budismo en Occidente. En sus escritos previos a la guerra, dejó en claro que el papel de “la religión debía de ser preservar el Estado”, que los chinos no eran más que “bárbaros indómitos a quienes Japón había de castigar”. Ya en 1896, había escrito una serie de principios referentes al budismo y al Estado que fueron suscritos por algunos de los principales líderes hasta 1945 e incluían:

la idea de que Japón tiene el derecho de perseguir sus ambiciones comerciales del modo que crea conveniente; que cualquiera que intervenga en ello debe de ser castigado por limitar el progreso de la Humanidad; que los soldados deben de entregar su vida, si es necesario, para llevarlo a cabo; y que hacerlo es realizar un acto religioso. Menos de un mes antes de Pearl Harbor, Suzuki, junto con unos cuantos líderes militares, publicaron *Bushidō no shinzui* (*La esencia del bushido*). La primera sección era el “Código de los combatientes en el campo”, escrito por el entonces ministro del Ejército, Hideki Tōjō —primer ministro durante gran parte de la guerra y ejecutado como criminal de guerra en 1948—. El editor del libro señaló que los escritos de Suzuki tuvieron una influencia mayúscula en el espíritu de la Alemania nazi.<sup>57</sup>

En 1906, el maestro de Suzuki, Shaku Sōen, publicó *Sermones de un abad budista*, libro en el cual manifestaba la lógica sacrificial de un modo puro, completamente preaxial: “Muchos cuerpos humanos materiales pueden ser destruidos, muchos corazones humanos pueden quebrarse, pero, desde un punto de vista más amplio, estos sacrificios son muchas fénix consumidas en el fuego sagrado de la espiritualidad, que se alzarán de las cenizas humeantes reanimadas, ennoblecidas y glorificadas”.<sup>58</sup>

Al lado de Suzuki, otros teóricos formaron el “zen del camino imperial”. En 1937, dos estudiosos del zen, Tomojiro Hayashiya y Chikai Shimakage, publicaron *La visión budista de la guerra*, donde afirmaban que “la guerra era un medio para alcanzar las metas del budismo”. “El budismo”, escribieron, “no rechaza los asesinatos masivos, ya que la guerra es parte de la creación de



una compasión aún más fuerte”. Dos años más tarde, el gran maestro Sogaku Harada, quien afirmó, en 1939, que “marchar y disparar era la manifestación de la sabiduría (de la iluminación) más elevada. La unidad del zen y la guerra de las que hablo [...] se extiende hasta los confines más lejanos de la guerra santa”.<sup>59</sup>

Regresemos ahora a Paul Johnson. El ataque a Pearl Harbor produjo pocos daños a los estadounidenses, principalmente, porque los japoneses no tenían suficiente combustible. Fue un ataque fallido que, en realidad, sólo provocó la furia de Estados Unidos. En este contexto, la opinión pública y los senadores no dudaron en apoyar en la declaración de guerra a Roosevelt.

El inmediatismo, quizás producto del zen, quizás del miedo, no les permitía a los líderes japoneses pensar en el resultado final de la guerra. En la conferencia de enlace del 5 de noviembre de 1941, el general Sugiyama, jefe del Estado Mayor del Ejército, expuso de qué modo sería el despliegue militar a corto plazo: “Se necesitarán cincuenta días para terminar las operaciones en las Filipinas, cien días en Malasia y cincuenta días en las Indias Orientales holandesas [...]. La totalidad de las operaciones concluirá cinco meses después de la iniciación de la guerra”. Nada dijo sobre los objetivos a largo plazo. Las espectaculares victorias instantáneas de los nipones no les dieron una ventaja estratégica. De ahí que:

Arroja bastante luz sobre la esencial invalidez de la totalidad del plan bélico japonés el hecho de que, sin excepción, se alcanzaron estas metas notablemente ambiciosas y, sin embargo, el resultado neto gravitó poco sobre la capacidad de Japón para ganar la guerra o incluso para imponer un equilibrio. Resulta significativo que en esa conferencia no se exhibieron mapas de India y Australia, los objetivos finales; y nada se hizo para entrenar técnicos que posibilitaran explotar con eficacia los yacimientos petrolíferos de Sumatra.<sup>60</sup>

Más aún, Johnson relata varios triunfos de los japoneses. Sin embargo, muchos de ellos dependieron más de la suerte que de la estrategia. En ocasiones, el decadentismo Bloomsbury jugó también un papel importante en favor de los nipones:

La destrucción de los acorazados *Prince of Wales* y el *Repulse* por ataques aéreos, el 10 de diciembre de 1941 —los barcos se hundieron en aguas profundas con casi toda su tripulación formada por hombres experimentados—, fue una victoria naval más grande que Pearl Harbor, entre otras cosas, porque desmoralizó la guarnición de Singapur-Malasia. La gran

fortaleza, cuyas fallas eran un monumento a las economías realizadas entre las dos guerras en el área de la defensa, así como a los retrasos y la confusión de los deseos con las realidades, habría sobrevivido si el general Percival, comandante británico, y el general Gordon Bennett, jefe de los australianos, hubiesen demostrado más combatividad. El general Tomoyuki Yamashita, que mandaba la fuerza atacante japonesa, reconoció después de la guerra que su estrategia había sido “un *bluff* que dio resultado”. Estaba tan escaso de agua, combustible y municiones como Percival, que justificó su capitulación precisamente con estos argumentos. Ninguno de los cañones japoneses contaba ya con más de cien proyectiles. Los japoneses creían que, si la guarnición resistía una semana más, la campaña fracasaría. Churchill había indicado claramente al mariscal de campo Wavell, comandante del área, que “ha de defenderse la isla entera hasta que cada unidad particular y cada baluarte hayan sido destruidos por separado. Finalmente, la ciudad de Singapur debe de convertirse en una ciudadela y se la defenderá hasta la muerte”. Mas Wavell, que era un melancólico derrotista, no impuso estas resoluciones al apático Percival. La rendición de la fuerza principal en Filipinas fue también un acto pusilánime, ejecutado en contradicción con las órdenes del comandante en jefe. Lo ajustado de las victorias japonesas demostró que, incluso en esta etapa temprana, los atacantes estaban tocando los límites de sus recursos físicos.<sup>61</sup>

El 3 de junio de 1942, con la derrota japonesa en Midway, la Marina japonesa quedó mermada y tuvo que regresar a aguas japonesas. Desde ese momento, Japón perdió el control aéreo y naval del Pacífico.

### 1.7 El mundo contra Japón y Alemania

Entre la ingenuidad y la esquizofrenia, con una ideología moldeada por el resentimiento y el mimetismo frenético, Japón y Alemania no pudieron cooperar entre ellas para formar una verdadera alianza y combatir a sus oponentes. Ninguno de los dos sistemas tenía un *katéchon* fuerte, sino una liminalidad que los llevaba hacia el abismo; además, ambos países tenían que lidiar con el titanismo y las ocurrencias de sus líderes. Todo ello empeoró por la desventaja militar a la que se enfrentaron:

El desequilibrio se manifestó realmente a fines de 1941. El 3 de enero de 1942, Hitler reconoció, ante el embajador japonés, el general Hiroshi

Ōshima, que aún no sabía “cómo podría derrotarse a Estados Unidos”. De modo que eran dos los que estaban en la misma situación: los japoneses tampoco lo sabían. En 1945, el general Jodl afirmó que, “a partir de principios de 1942”, Hitler supo que “la victoria ya no era posible”. Lo que él no percibió entonces, pero llegó a ser dolorosamente claro a lo largo de 1942, fue que la enorme coalición que había logrado crear contra él mismo y sus dos aliados poseía una superioridad decisiva no sólo en hombres y material, sino en tecnología. El verdadero significado de la batalla de Midway, por ejemplo, consistió en que fue ganada principalmente por el éxito que alcanzaron los Aliados en el esfuerzo de descifrado de los códigos.<sup>62</sup>



## CAPÍTULO II

# EL SIGLO XX EN LOS EXTREMOS

Jorge Federico Márquez Muñoz & Aranza Rubio Osornio

El capítulo 12 de *Tiempos Modernos*, “Superpoder y genocidio”, describe cómo la diada Aliados-Eje competía en cuanto a su capacidad para cometer atrocidades.

La narración comienza con el súperpoder del Reino Unido y Estados Unidos en cuanto a tecnología y economía. Lo cual implicó una gran superioridad en espionaje y armamento sobre las potencias del Eje. Un titanismo de dimensiones inigualables en la Historia, capaz de desafiar al de los totalitarismos.

Empero, todo titanismo implica transgredir límites, *hybris*. Para Paul Johnson, las ventajas que permitieron a los Aliados derrotar al Eje provocaron una decadencia moral. El frenesí mimético obstaculizó el raciocinio. Aun cuando ya era claro que los aliados ganarían la guerra y que todo era cuestión de tiempo, decidieron someter a terribles bombardeos a poblaciones civiles germanas. Una táctica que no tenía ningún efecto sobre el *Führer*, pues en los totalitarismos no hay opinión pública ni costos electorales para los dictadores y, por lo tanto, la sociedad civil no está en condiciones de organizarse ni presionar al gobierno.

Es decir, ya avanzado el año de 1943, cuando la balanza se inclinaba claramente en contra de los nazis y los nipones, cuando el grado de liminalidad era menor, los británicos y los estadounidenses decidieron atacar con una violencia sólo comprensible si se piensa en una venganza, en una escalada mimética y, sobre todo, si se pierde de vista la humanidad de los enemigos.

La invención de la bomba atómica es el mejor ejemplo de la superioridad científica, tecnológica y económica de los anglo-estadounidenses. También

es un ejemplo de la falta de límites morales que ya también dominaba a los Aliados, pues se trataba de una empresa costosa, riesgosa —de hecho, la bomba terminó también en manos de sus enemigos— y, sobre todo, innecesaria. La escalada en los extremos en contra de los nazis y los nipones no permitió ni a los estadounidenses ni a los británicos comprender esto.

La ciencia en manos de los germanos fue también terrorífica. Por un lado, se usó para exterminar a los judíos en una escala industrial. Por otra parte, se hacían siniestros experimentos médicos supuestamente para forjar una raza superior. Sin embargo, todo este aparente orden científico alemán era, en realidad, muy deficiente. Los campos de concentración estaban en manos de delincuentes y en muchos aspectos eran caóticos.

Los germanos y los nipones pensaban convertir dichos campos en espacios *katechónicos*, es decir, en lugares en los cuales concentrar la violencia y, así, evitar que se desperdigara. También en ese sentido los campos fueron un fracaso. En tanto que los totalitarismos nazi y japonés eran imperios en expansión, la violencia estaba por todos lados. En todas sus nuevas posesiones había resistencia, frentes de batalla al interior y en contra de los Aliados.

El capítulo 12 concluye con los juicios de Núremberg y de Tokio. En ambos casos, el mismo fracaso: no se hizo justicia, apenas se juzgaron y liquidaron a unos cuantos culpables y sólo se cumplió simbólicamente. Peor aún, los Aliados, en un clima de degradación moral, lejos de buscar justicia, buscaban únicamente la paz. Y, para ello, consideraron necesario cooperar con Stalin, a quien le entregaron a miles de prisioneros soviéticos que habían sido obligados a luchar con los nazis.

## 2.1 La inteligencia en la caída de los titanes

Hacia la década de los cuarenta, los líderes de la II Guerra Mundial se convirtieron en blancos de asesinato. El almirante Isoroku Yamamoto, quien con su fe llevaba a la Marina nipona por delante, fue el blanco de Estados Unidos. Por su parte, Adolf Hitler y Joseph Stalin se mantenían en búnkeres que raramente abandonaban. Winston Churchill asumía una posición diferente. Luego de la Conferencia Arcadia de Washington, en 1941, su Boeing, que carecía de escolta, casi fue derribado; primero, por las fuerzas alemanas en Brest, después, por error, por *Hurricanes* británicos. Los alemanes tenían como objetivo a Churchill y, cuando creyeron tenerlo, destruyeron un avión proveniente de Lisboa.

Lo anterior, el mismo mes que los estadounidenses trazaban estratégicamente el asesinato de Yamamoto gracias al desciframiento de códigos secre-

tos. Los Aliados poseían la tecnología que apoyaba su moral. La muerte de Yamamoto, ordenada por Franklin D. Roosevelt, en abril de 1943, sucedió tres años después de que los estadounidenses hubieran obtenido dicho código. Sin embargo, para la “moral” estadounidense, este deceso no fue suficiente. Al almirante William Halsey, Jr. le hubiera gustado verlo encadenado. Se había convertido a los líderes en víctimas sacrificiales, pero incapaces de satisfacer el ansía de sangre; se trataba de sacrificios estériles.

La II Guerra Mundial fue una guerra asimétrica desde 1942, cuando el avance tecnológico de los Aliados se alejó abismalmente de los avances japoneses y alemanes. Ya en 1917, los británicos habían encontrado el código de un telegrama proveniente del alemán Arthur Zimmerman, ministro de relaciones exteriores alemán, al Presidente de México, ofreciéndole recursos para la reconquista de Texas. Y, aunque los alemanes habían interceptado teléfonos y comunicaciones rusos, el código de los Aliados cambiaba constantemente y dificultaba la intercepción a los germanos.

Los alemanes habían basado su inteligencia en descifrar códigos, creando, hacia 1926, la máquina eléctrica “Enigma”. Ésta fue adoptada por la Marina alemana dos años después. La inteligencia polaca, por su parte, reconstruyó el sistema codificador y, en 1939, Francia y Gran Bretaña ya tenían réplicas. “Enigma” fue adoptada como la base de la operación “Ultra” desde Buckinghamshire, donde se mantuvo totalmente secreta hasta los ochenta, cuando aún funcionaba en contra de los soviéticos:

“Ultra” representó un papel ya en 1940, cuando llegó a ganar la Batalla de Inglaterra. Lo que es más importante, el descifrado del código alemán “Tritón” por Bletchley, en marzo de 1943, decidió la Batalla del Atlántico, pues los submarinos alemanes continuaban emitiendo frecuentes señales, confiados en la seguridad de sus comunicaciones, y el descifrado del código permitió a los Aliados destruir también sus naves de suministros. Como resultado de estos logros, la victoria en el Atlántico llegó prontamente en 1943, cuestión importante, porque el submarino representó quizás el arma más peligrosa de Hitler. El sistema “Ultra” también estaba bien adaptado al suministro de inteligencia falsa al Eje, una treta que se convirtió en un rasgo importante del esfuerzo de guerra de los Aliados y tuvo mucho éxito, por ejemplo, para persuadir a los alemanes de que el desembarco en Normandía, el “día D”, en 1944, era una maniobra de distracción.<sup>1</sup>

El descifrar códigos secretos no era más que el centro de una operación más amplia, que se hacía cada vez más compleja conforme la tecnología elec-

trónica crecía. El Correo de Gran Bretaña y su Organización de Investigación construyeron la primera computadora electrónica, la cual desencadenó el resto del éxito del desciframiento. Así, en 1942, la guerra del Pacífico fue una victoria tanto para la inteligencia británica como para la estadounidense; fue crucial en Midway.

En 1940, se perdió la campaña de Noruega, a pesar de la inteligencia y el conocimiento del orden militar alemán, por falta de recursos. Mas, desde ese momento, la suma de la ofensiva submarina y la inteligencia fue decisiva contra los japoneses, quienes, a pesar de lanzar sus mejores unidades de guerra, perdieron un tercio de sus buques de suministros.

La economía de los países del Eje fue otro factor decisivo en las progresivas derrotas. Tanto Alemania como Japón padecían economías de escasez. Durante el periodo en que Estados Unidos aumentó su producción en 36%, los japoneses sólo lo hicieron un 2%. Los alemanes invirtieron gran cantidad de recursos en producir combustibles sintéticos para no depender de las importaciones de petróleo. Fue una tarea inútil y costosa que además distrajo a la economía alemana de su industria en masa, lo cual provocó el freno al desarrollo económico. “A fines de 1941, Fritz Todt, jefe de producción de Hitler, protestó agriamente ante el desplazamiento prematuro de la producción del teatro oriental al occidental, y la incapacidad para reducir la economía civil. Su muerte en un misterioso accidente aéreo, el 2 de febrero de 1942, quizá no haya sido accidental”.<sup>2</sup>

No obstante, la economía de guerra alemana no fue explotada hasta el momento que ya era muy tarde, afirma Johnson. El rearme alemán sucedió una vez que su territorio fue bombardeado por los Aliados. En 1939, poseía menos de cuatro mil aviones militares y navales; sólo hasta 1944 se multiplicó cerca de diez veces la cantidad de años previos. Para Stalin, la derrota de Hitler estuvo en que su líder no entendía la guerra desde las fábricas y mucho menos sus generales, que sólo conocían a Clausewitz y Moltke. Según el soviético, la guerra se ganaba sin muchos soldados; la población debía de ocuparse de la producción.

Paul Johnson señala que Hitler se apegó —tercamente— por mucho tiempo a la doctrina de la *Blitzkrieg*, no sólo en lo militar, también en lo económico. La ocupación, por parte del gobierno, de las fábricas de material bélico se dio en 1942, cuando la vida civil nazi estaba destruida. La industria socializada tampoco trajo buenos resultados. En el caso de los soviéticos, la industria bélica en manos del Estado tampoco fue muy eficaz, pero contó con el apoyo industrial de Occidente. El Ejército Rojo se movilizaba en Jeeps estadounidenses. La alta tecnología de las potencias capitalistas permitió que la URSS tuviera una movilidad decisiva entre 1943 y 1944, así como el domi-



nio aéreo en el Este. En 1946, los británicos continuaban el envío de motores aéreos a los soviéticos, dando pie al éxito de Mig-15 en la posguerra.

El socialismo de guerra que adoptaron los británicos y la macroeconomía dictada por John M. Keynes dieron pauta a que el capitalismo de Gran Bretaña mantuviera su eficacia, comparada con la economía alemana. Por ejemplo, en 1942, la industria británica de material bélico sobrepasaba el 50% a la de los nazis. Aunque el factor crucial, lo que Johnson llamó “el verdadero motor de la victoria de los Aliados”, fue la economía de Estados Unidos, cuya producción de material de guerra era equivalente a la suma de la producción de las potencias del Eje en el primer año de guerra, mientras que, para 1944, produjo el doble. “Esta asombrosa aceleración se vio posibilitada por el dinamismo y la flexibilidad esenciales del sistema estadounidense, unidos a un propósito nacional. La guerra tuvo el efecto de un mercado en auge, induciendo a la suma de cualidades empresariales estadounidenses a volcar sus recursos, en apariencia ilimitados de materiales y mano de obra, en un abismo sin fondo de consumo”.<sup>3</sup>

Los estadounidenses se encargaron de megaproyectos de construcción para la guerra coordinados por el Pentágono. Por ejemplo, en la victoria de Midway jugó un papel muy relevante que el portaaviones *Yorktown* fuera reparado en cuarenta y ocho horas, a diferencia de lo que ocurría al inicio de la guerra, cuando reparaciones similares tardaban varios meses.

El gobierno de Roosevelt, una vez iniciada la guerra, hizo un nuevo arreglo con los empresarios. Habían sido los villanos durante la época del *New Deal*. Ahora, se convirtieron en héroes. El doble vínculo jugó a su favor: de chivos expiatorios pasaron a salvadores. En especial, los ingenieros californianos que construyeron Boulder Dam: Henry Kaiser, Henry Morrison y John McCone. La economía de guerra se vio fuertemente favorecida por la planta de cemento que crearon, así como la primera planta siderúrgica integrada.

La producción de barcos fue reducida a diez horas por unidad, mientras que la construcción de las naves *Liberty* tuvo un tiempo de veintisiete días y no ciento noventa y seis, como había sido al inicio de la guerra. Las empresas que actualmente desarrollan electrodomésticos se encargaron de la producción de turbinas y material bélico. La economía de guerra basada en la producción ilimitada de potencial mecánico y el poder de fuego fue la razón por la que Estados Unidos ganó la guerra.

## 2.2 La moral de la ofensiva aliada

La tecnología estadounidense dio pie al desarrollo de un gran poder aéreo ofensivo. Los británicos pidieron a Estados Unidos que maximizara sus recursos económicos a través de los aviones y la ofensiva por medio de bombardeos, los cuales, a su vez, minimizaban las pérdidas de tropas. El titanismo tecnológico, económico y militar de los Aliados llevó directamente al relativismo moral en las democracias:

Lo que el científico atómico británico P. S. M. Blackett denominó “el complejo jupiteriano”, el concepto de los Aliados como dioses virtuosos, enviando rayos vengativos a sus perversos enemigos. Percibimos aquí la acción del proceso corruptor del relativismo moral [...]. Todas las formas del relativismo moral tienen una tendencia innata a generar el derrumbe moral, pues eliminan los puntos de anclaje fijo, y determinan que la nave del Estado se interne en un océano que carece de señales de referencia.<sup>4</sup>

Churchill era consciente de que la guerra aérea traería consigo descomposición moral, pero pensaba que era la única forma en la que los británicos podían detener a Hitler. Sobre el Reino Unido se proyectaba la sombra de la invasión nazi. Los ataques aéreos modificaron la correlación de fuerzas, hasta entonces favorable a los alemanes. Bombardear Alemania daría cierta iniciativa a los británicos, preocuparía a los germanos y los anglos podrían tener un respiro.

Asimismo, Churchill entendía que la alianza con Estados Unidos y la URSS era esencial para derrotar a Hitler. Hacia 1942, el primer ministro buscaba la aniquilación de la moral civil alemana por medio de las bombas. La necesidad de terminar la guerra lo más pronto posible era superior a las reglas elementales de la guerra, incluso si esto significaba destruirlo todo. Nada más lejano al ritual sacrificial; aquí se trataba de un sacrificio natural, caótico, incontrolable.

El 28 de marzo de 1942, la ciudad de Lübeck ardió por los bombardeos británicos. A partir de ese momento, fue una guerra basada en los ataques aéreos. La Luftwaffe no alcanzó el potencial de la fuerza aérea estadounidense ni soviética. Lo anterior, en gran medida, porque se requería de una defensa de veinticuatro horas. Los Aliados bombardearon Hamburgo en el verano de 1943 y el fuego consumió gran parte de la ciudad. El sistema transporte, las fábricas y los hogares fueron devastados y casi un 38% de la población murió. En total, seiscientos mil alemanes murieron y la producción fue frenada.

De cara al horror, la filosofía moral es flexible y recurre a analogías como: ¿qué diferencia hay entre esto y lo que los nazis hicieron en Checoslovaquia y Polonia? ¡Es liminalidad! Un mundo donde los márgenes morales se borran.

Johnson menciona que lo peor de los bombardeos fue el “complejo jupiteriano” de quienes hacían las negociaciones en el marco de la geopolítica, es decir, el titanismo de los líderes de las potencias. Ya en la Conferencia de Yalta, Roosevelt y Churchill buscaban demostrar a Stalin que los Aliados se encontraban aminorando la moral alemana para ayudar a los rusos en el frente oriental, específicamente, para que se facilitara la ofensiva soviética. Por su parte, el carnicero georgiano quería mover a Polonia hacia el Oeste. La “Operación Trueno”, reclamada por los soviéticos para destruir Dresde, acabó con la vida de ciento treinta y cinco mil civiles, por lo que quedó un número de sobrevivientes insuficiente aún para enterrar los cuerpos. Estos fueron incinerados de quinientos en quinientos en parrillas de acero de ocho metros de diámetro.

La “Operación Trueno” causó un quiebre moral en los británicos cuando se percataron de que se trataba de blancos civiles. Los pilotos británicos se molestaron tras el pánico causado en toda Alemania. Incluso con una moral nacional consumida en fuego, Hitler optó por no rendirse.

Claro está, los alemanes no cedieron al síndrome jupiteriano por humanistas, sino porque Hitler no confiaba en la capacidad de Göring y, por lo tanto, no estaba dispuesto a otorgarle los enormes recursos necesarios para una campaña de bombardeos estratégicos. En realidad, “la idea de dispensar en forma impersonal la destrucción masiva, mediante el control remoto, le atraía mucho”. Así lo mostró con su entusiasmo por los misiles balísticos. En 1936, con el ascenso de Hitler, el programa de misiles, a cargo de Walter Dornberger, “fue autorizado a impartir una directiva que proponía la fabricación de un cohete destinado a transportar cien veces la fuerza explosiva del cañón ‘Gran Bertha’ de 1918 sobre el doble de la distancia”.<sup>5</sup>

Por el contrario, Gran Bretaña no creía en los misiles. Desde la I Guerra Mundial, las bombas se habían mostrado más efectivas. Así lo dictaba el científico principal de Churchill, *Lord Cherwell*: los misiles podrían tener un gran alcance, pero eran imprecisos y no rendían lo suficiente. Sin embargo, fue un avión guiado sin piloto (la V-1) el que tuvo un efecto negativo en la moral de los londinenses, pues, en el verano de 1944, las V-1 se cobraron siete mil vidas británicas. La economía militar alemana había permitido que “por el precio de un bombardero Lancaster, el entrenamiento de la tripulación, las bombas y el combustible, Hitler podía disparar bastante más de trescientas V-1, cada una con una tonelada de explosivo de gran poder”.<sup>6</sup>

La destrucción en Londres animó a Hitler para implementar la V-2. Creyó que sería el arma que le ayudaría a cumplir su deseo de atacar Nueva York. Aunque el rendimiento era probabilísticamente reducido, la personalidad titánica del líder alemán otorgó a este programa una elevada cantidad de recursos. Eran cohetes de poca precisión y de elevado costo. El dinero hacía falta para jets, aviones, submarinos, tecnología eléctrica y refinerías petroleras, pero se destinó a desarrollar los cohetes V-2. Al final, el cohete intercontinental planeado no estuvo listo para usarse durante la guerra.

A las potencias aliadas les preocupaba que Hitler desarrollara tecnología atómica. Paul Johnson señala que los científicos de la época temían que la II Guerra Mundial escalara a una guerra nuclear. En el momento de la invasión de Polonia, las bombas atómicas eran un riesgo latente.

La TM reconoce, en la aparición de la bomba atómica, un nuevo tipo de “sagrado”, es decir, una moralidad preaxial, que es el correlato de la relativización moral a la que Johnson alude. La desacralización del mundo implicó que el pensamiento humano considerara que no hubiera una diferencia entre buena y mala violencia; tal como ocurre en los peligrosos rituales sacrificiales y, más aún, en los momentos meramente liminales. Sin embargo, la violencia que pudiesen desatar las armas nucleares es capaz de contenerse a sí misma. Es un *katéchon* por sí sola. Cuando el Apocalipsis está determinado por el hecho de que las bombas existen, lo único que se puede hacer es posponerlo indefinidamente.<sup>7</sup>

A diferencia de la inteligencia de desciframiento de códigos secretos, donde hubo una similitud en la producción de conocimientos entre el Eje y los Aliados, en materia de armamento atómico, Estados Unidos logró una ventaja decisiva. Albert Einstein y su Teoría Especial de la Relatividad habían desatado la proliferación de ideas sobre el poder de destrucción de las explosiones atómicas. “Si podían liberarse las partículas portadoras de gran energía que se encontraban en la entidad estrechamente unida del núcleo (los elementos más pesados eran los que tenían más energía, como el uranio 235, que ocupa el extremo superior de la escala de pesos), sería la materia prima indicada. La física de elevada energía fue la gran ciencia dinámica de la década de 1920”.<sup>8</sup>

Mientras que, en 1932, científicos en Gran Bretaña dividieron el átomo y Sir James Chadwick descubrió el neutrón, en 1934, el francés Joliot-Curie reprodujo artificialmente isótopos radioactivos y el italiano Enrico Fermi pudo controlar la velocidad de los neutrones, encontrando la forma de enriquecer elementos para que su masa atómica aumentara. Para septiembre de 1939, tanto estadounidenses como alemanes desarrollaron extensivamente la teoría atómica y la fisión. Niels Bohr de Dinamarca y J. A. Wheeler de

Estados Unidos publicaron acerca de ello días antes de que la guerra estallara. La posibilidad de la bomba ya había sido explorada por algunos científicos judíos, quienes estaban temerosos de que Hitler la obtuviera. Y, aunque algunos se autocensuraban, Robert Oppenheimer fue el primero en construir una “bomba A”. Posteriormente, el húngaro Edward Teller desarrollaría la “bomba H” por temor a los soviéticos.

Es importante destacar que hubo un desarrollo acelerado en la producción de bombas. Hacia 1940, en Birmingham, Otto Friesen y Rudolf Peierls sintetizaron el proceso de enriquecimiento de uranio y la construcción de la bomba en tres páginas. En el Reino Unido, se estableció el “Comité Maud” para producir ideas sobre la bomba atómica y, en Estados Unidos, el “Comité del Uranio”, ordenado por Einstein. Ese mismo año, *Sir Henry Tizard* y *Sir John Cockcroft* compartieron el programa británico nuclear a los estadounidenses. Gran Bretaña tenía el mayor avance en materia nuclear, pero, al igual que con la inteligencia de códigos, la teoría no era nada sin los medios de producción estadounidense. De tal manera que, con inteligencia mundial e industria estadounidense, la construcción de la bomba atómica pasó de ser una hipótesis a un hecho de la tecnología industrial. Según el Comité Maud, este armamento tendría ventajas económicas porque aprovecharía la fuerza aérea y causaría una destrucción moral sin precedentes en los enemigos.

El proyecto Manhattan estuvo basado en la información del Comité Maud y se le otorgaron dos mil millones de dólares para las plantas nucleares más grandes hasta entonces. Sería este proyecto el que daría pie a la nueva fase capitalista de los Estados Unidos, la del gigantismo, dirigida por Leslie Groves, general de ingeniería militar:

El esfuerzo de invención de la energía nuclear implicó la creación de una serie de tecnologías nuevas: la primera fábrica completamente automatizada, la primera planta operada por control remoto, el primer proceso industrial totalmente estéril (seis millones de centímetros cuadrados de maquinaria a prueba de filtraciones) y una diversidad de artefactos revolucionarios. El despilfarro era enorme y, en una visión retrospectiva, gran parte de él parece inexcusable. Los estadounidenses estaban condensando quizá tres décadas de progreso de la ingeniería científica en cuatro años.<sup>9</sup>

El mimetismo no se haría esperar en las cuestiones nucleares. En Leningrado, Ígor Kurchátov buscó financiamiento para un reactor nuclear —con conocimiento científico de Occidente, claro está—. Sin embargo, aunque se construyó un Instituto del Uranio en Moscú, los recursos para el proyecto

soviético que inició meses después del proyecto angloestadounidense, eran ridículos. Igualmente, en Japón, el físico Yoshio Nishina tuvo dificultades para obtener recursos que pudieran llevar a buen puerto la construcción de la bomba A. En el caso de Alemania, Hitler había descartado la prioridad de la tecnología nuclear, pues era “física judía”. La ideología del chivo expiatorio, como ya lo hemos dicho, es una falsa ciencia. Sin embargo, aquí vemos, además, que, cuando la mentalidad está dominada por el mecanismo sacrificial, también produce prejuicios sobre la “verdadera ciencia”:

Quizás intencionadamente, estos científicos no estimularon el entusiasmo de Hitler. Antes de la guerra, Hitler destacó sombríamente ante Hermann Rauschning el precio del fracaso nazi: “Incluso si nos destruyen, arrastraremos a la mitad del mundo a la destrucción con nosotros mismos”. La bomba atómica había podido acercar más a la realidad esta temeraria vanagloria. Mas la bomba nunca se apoderó de la mente de Hitler como lo había hecho el cohete. El fracaso de la imaginación de este nihilista romántico determinó que fuesen infundados los temores de los científicos exiliados, que habían sido la causa de la producción de la bomba.<sup>10</sup>

Entre los años de 1943 y 1944, cuando menos se necesitaba escalar en la tecnología bélica, por el retroceso de las potencias del Eje, fue cuando la carrera armamentista en Occidente se aceleró. La guerra cesaría pronto y la oportunidad de investigar, producir y lanzar bombas, también. La batalla de Midway, que había seguido al ataque en Pearl Harbor, y el desgaste de las tropas alemanas en el río Volga y el Cáucaso, habían evidenciado que las potencias del Eje no podrían vencer. Empero, el complejo jupiteriano experimentaba el deseo del terror atómico, de la escalada en los extremos, incluso aunque la moral militar ya no lo necesitara para ganar la guerra.

Paul Johnson considera que noviembre de 1942 fue el mes crucial para la guerra. Para el 3 de noviembre, los nipones habían sido derrotados en Guadalcanal. El 11, la contraofensiva soviética venció en Stalingrado. Y, previamente, la batalla de El Alamein despejó el Norte de África y permitió el despliegue de tropas estadounidenses y británicas en Marruecos y Argelia. Sin embargo, dos años antes, Mussolini había reconocido que su Ejército era débil en comparación con el italiano de la I Guerra Mundial. Tal pesimismo se extendió a las tropas en la invasión de Sicilia, en el verano de 1943.

En Italia, las derrotas militares fueron clave para el descenso del propio Mussolini. El líder italiano buscó la paz con las potencias aliadas y culpó a los alemanes de la catástrofe. Los alemanes tenían otros planes. Convirtieron

en títere a Mussolini durante sus últimos meses de vida, Hitler ocupó Italia y se nacionalizaron las empresas con más de cien trabajadores. Stalin siempre tuvo la disposición del pacto entre nazis y soviéticos ante el miedo de que la estrategia aliada se convirtiera en una guerra de desgaste entre alemanes y soviéticos. La escalada a los extremos correspondió a Hitler, quien se negó a las negociaciones del líder soviético.

### 2.3 El descenso del *Führer*

Que nadie se opusiera a Hitler y él estuviera tan convencido de no aceptar ningún tipo de paz, facilitó que los debates de los Aliados sobre el armisticio se concretaran en la búsqueda de la rendición incondicional de los alemanes. Durante 1942, los angloestadounidenses habían experimentado un quiebre en la postura negociadora. La Conferencia de Casablanca, en enero de 1943, expresó públicamente que Hitler tendría que rendirse sin condiciones. Simultáneamente, el verano siguiente, los *Junkers* del Ejército atentaron contra el *Führer*, pero sobrevivió. Sin embargo, Paul Johnson señala que, aunque hubiera muerto, Roosevelt no habría negociado con la dictadura militar que se hubiera impuesto en Alemania. Cuando Hitler salió vivo de la explosión, expresó: “Nada puede sucederme, sobre todo, porque no es la primera vez que escapo milagrosamente de la muerte [...]. Estoy más que nunca convencido de que mi destino es llevar nuestra gran causa común a una conclusión feliz”.<sup>11</sup>

La escalada en los extremos no permitía ningún tipo de paz entre Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña. Ni Hitler, ni Roosevelt ni Churchill querían negociar; deseaban, más que nunca, hundir al enemigo.

Los *Junkers* eran un pilar muy importante de las fuerzas armadas, pero, al igual que muchos otros aristócratas beneficiarios de los monopolios cedidos por el Estado Mayor, atentaron contra el líder nazi. Después del fallido golpe, Alemania dio un giro a la izquierda. El titanismo del dictador alcanzó su cénit justo en el momento en el que más le habría convenido, a él y a Alemania, intentar a toda costa la paz.

El socialismo de la última etapa nazi estuvo caracterizado por una admiración al régimen estalinista, pero negacionista del bolchevismo en el discurso. Entre los nazis más socialistas destacaba Joseph Goebbels, quien aconsejó a Hitler la movilización total, la radicalización de la guerra, el cierre de los teatros y el uso de las mujeres para el servicio militar. Sin embargo, los esfuerzos militares alemanes se dividieron. Otro grupo nazi buscaba negociar

con los británicos. La ofensiva germana en las Ardenas falló y las tropas de Stalin avanzaron en Europa Central.

El socialismo final de Hitler estaba caracterizado por una austeridad excesiva. Vivía en un lugar parecido a un campo de concentración. Su salud se deterioraba y sus médicos le administraban un coctel de fármacos. En 1945, pasó de su cuartel general en Rastenburg a un búnker en la Cancillería de Berlín. Goebbels expresó: “Bajo las ruinas de nuestras ciudades devastadas, al fin quedan enterradas las últimas y presuntas realizaciones de nuestro burgués siglo XIX”. No obstante, el círculo interno de Hitler no compartía el sentimiento jubiloso, sus integrantes veían una revolución fallida. Por su parte, antes de suicidarse, el 30 de abril de 1945, el *Führer* contempló su propia “bondad” como un defecto.

## 2.4 Víctimas del genocidio hitleriano

El exterminio de los judíos era para Hitler la misión principal. La guerra era el único medio por el cual el judaísmo dejaría de reproducirse. Al igual que los soviéticos, Lenin y Stalin, el titán alemán confiaba en sus planes de ingeniería social, pero la implementación de los chivos expiatorios por parte de los nazis fue un mecanismo inútil. La persecución de judíos —y, en general, el deseo de aniquilación de grupos enteros— estuvo basada en una racionalización monstruosa e inútil de los mecanismos sacrificiales.

Paul Johnson apunta que Hitler lo único que “temía era la publicidad y la oposición que podía impedirle la ejecución de su tarea necesaria [...]. Por lo tanto, la guerra representó el advenimiento de una situación muy favorable, hundir a Alemania en el silencio y la oscuridad”.<sup>12</sup> René Girard explica:

A partir del momento en que se extiende el conocimiento del mecanismo (del chivo expiatorio), ya no puede darse vuelta atrás. Es imposible restaurar los mecanismos sacrificiales en curso de disolución, ya que es la inteligencia creciente de esos mecanismos la que los disuelve; cualquier esfuerzo por interrumpir o por invertir el proceso no puede hacerse más que a costa del saber que se va extendiendo. Se tratará siempre de un intento por apagar ese saber de forma violenta; se tratará del esfuerzo inútil por encerrar a la comunidad humana dentro de sí misma [...]. Es esta empresa la que caracteriza a todos los movimientos totalitarios, a todas las ideologías virulentas que han ido sucediéndose y combatiéndose a lo largo de todo el siglo XX.<sup>13</sup>



Y el vínculo entre el costoso y fútil intento de remitificar el sacrificio por parte del nazismo Girard lo hace explícito en *Veo a Satán caer como el relámpago*:

El genocidio hitleriano contradice de forma [...] flagrante la tesis [...] de un mundo occidental y moderno en el que imperaría la preocupación por las víctimas [...]. El objetivo espiritual del hitlerismo era erradicar primero de Alemania —y a continuación de Europa— esa vocación asignada por su tradición religiosa: la preocupación por las víctimas. Por razones tácticas evidentes, durante la guerra el nazismo intentó ocultar el genocidio. Si hubiera triunfado, creo que lo habría hecho público, para demostrar que, gracias a él, la preocupación por las víctimas no constituía ya el sentido irrevocable que había representado en nuestra historia.<sup>14</sup>

La primera matanza se llevó a cabo en septiembre de 1939, pero fue dirigida a los “insanos crónicos y los incurables”. Fue, a partir de este momento, que el personal médico de las *Schutzstaffeln* (SS) obtuvo la experiencia para matar con gas a grandes grupos de personas, de tal forma que setenta mil alemanes “locos” fueron exterminados. Tanto el obispo Wurm, de Württemberg, como Von Galen, de Múnster, condenaron estos crímenes. Mas los llamados centros de eutanasia no se cerraron y el asesinato en masa continuó. Sin embargo, el verdadero genocidio comenzó en 1941, el 22 de junio, ante la posibilidad de que los alemanes perdieran la guerra. El encargado de la limpieza de territorios del Este fue Heinrich Himmler, designado oficialmente, desde el otoño de 1939, Comisionado del Reich para la Consolidación de la Nacionalidad Alemana.

El *Sicherheitsdienst* o SD, la agencia de inteligencia de las SS, dirigida por Reinhard Heydrich, recibió, a finales de julio de 1941, un informe que indicaba la orden para emprender la *Gesamtlösung*, “solución total”, y *Endlösung*, “solución final”, para resolver el “problema judío” a partir de la destrucción biológica. Sin embargo, la fecha de orden de inicio de la “solución final” no está precisada. Las órdenes de Hitler fueron verbales:

En marzo de 1941, Hitler convocó a la primera conferencia del genocidio y anunció que uno de los propósitos de la futura campaña en la URSS era “diezmar la población eslava en unos treinta millones de individuos”. A fines del mismo mes, el propio Hitler habló a sus altos oficiales acerca de los *Einsatzgruppen*, unidades de exterminio que marcharían a retaguardia de los ejércitos alemanes. Dos días más tarde, el 2 de abril,

después de una conversación de dos horas con Hitler, Alfred Rosenberg escribió en su diario: “Lo que no deseo anotar, pero nunca olvidaré”. Las unidades SS de exterminio comenzaron su trabajo inmediatamente después de iniciada la invasión y, hacia fines de 1941, habían asesinado a unos 500,000 judíos —así como a otros ciudadanos soviéticos—, principalmente por fusilamiento.<sup>15</sup>

Un año después, los *Einsatzgruppen* habían adquirido vasta experiencia para el exterminio masivo, a veces, gracias a la experimentación. El fusilamiento era lento, así como la exposición a monóxido de carbono, pero el gas que emitía el uso de pesticidas era óptimo para sus fines. Chełmno fue el primer lugar donde este tipo de masacres se registraron; siguieron, más tarde, Belzéc, Sobibór, Treblinka, Majdanek y Auschwitz. En el invierno de 1941, los nazis tenían poder sobre más de ocho millones de judíos. Casi un millón y medio fueron asesinados en Auschwitz. Cabe mencionar que las empresas alemanas compitieron por presentar al régimen hitleriano la mejor forma de procesar cuatro mil cuerpos cada veinticuatro horas. La industria genocida tuvo tecnología de Top & Co. de Érfurt y Armamentos Alemanes Inc.; la primera proveía hornos y la segunda manufacturaba las cámaras de gas.

A las víctimas se les hacía creer que entraban en baños y, por pequeños orificios en las columnas de metal, salía el gas que producían los cristales azul-amatista de Zyklon-B, depositado en latas desde aberturas en el techo. Los prisioneros no lo advertían inicialmente. Al sentir el gas, el caos iniciaba; las víctimas se amontonaban, empujaban y gritaban hasta sus últimos momentos de vida. Cada veinticinco minutos, después del horror, el *Sonderkommando*, compuesto por judíos prisioneros, entraban con mangueras, máscaras antigás y botas de goma para limpiar la sangre y buscar entre los cuerpos oro y separar dientes y cabellos —material aprovechable para los alemanes—. Posteriormente, los cadáveres eran depositados en los hornos y las cenizas se dispersaban en los cuerpos de agua aledaños. En algunas ocasiones, los nazis ahorraban en gas y las víctimas sufrían aún más. Sin embargo, pronto, los campos de exterminio, como casi todos los planes de los nazis, se salieron del control de los administradores iniciales. Heydrich, Globochnik y Höß perdieron poder ante delinquentes profesionales, los *Kapos*.

En general, existía un problema esencial con la política de los campos de concentración. Mientras que el fin de la historia consumía los pensamientos de Hitler, otros miembros de las SS se encontraban preocupados por la expansión del dominio alemán por medio de la fuerza esclava. Hitler quería que categorías enteras de personas fueran eliminadas definitivamente, sin importar el precio. Más aún, se mostraba renuente ante las quejas provenien-

tes de las tropas que gastaban sus esfuerzos en transportar víctimas, en lugar de dedicarlos a combatir en el frente oriental. Himmler utilizaba a judíos, deportados y prisioneros de guerra para construir un imperio industrial. En aras de conciliar estos intereses, Himmler utilizó la industria alemana para continuar con la matanza. Dirigía fábricas en las que los esclavos trabajaban hasta el borde de la muerte y podían ser introducidos a los hornos. Así cumplía también con el objetivo de Hitler.

I. G. Farben fue otra empresa ligada a las SS y la industria genocida. El trabajo esclavo era la materia principal de dicha industria. Ambas crearon Auschwitz para producir caucho y combustible sintético. Se trataba de un enorme complejo dividido en cuatro partes: el campo de concentración principal, la planta de exterminio de Birkenau, la planta de producción de combustible sintético en Buna y el campo de concentración de la propia I. G. Farben en Monowitz. Dentro del enorme complejo, había un cuerpo de bomberos y su policía estaba armada con látigos. Los *Kapos* también se hicieron presentes:

Cuando llegaban los trenes con las víctimas, se las dividía en el grupo de personas sanas, enviadas a Monowitz, y de los débiles, los enfermos, las mujeres y los niños, que marchaban directamente al campo de la muerte. Los trabajadores de Buna-Monowitz comenzaban todos los días a las tres de la madrugada y se desplazaban al “trote SS”, incluso cuando transportaban materiales pesados, y estaban obligados a trabajar en zonas de 10 m<sup>2</sup>. No había períodos de descanso y quien abandonara su zona era baleado por “intento de fuga”. Había flagelaciones todos los días y “varios ahorcamientos por semana”. Al mediodía, se servía sopa de patatas y nabos; por la noche, un pedazo de pan. Fritz Sauckel, jefe del sistema de trabajo esclavo, había establecido la norma: “Todos los prisioneros deben de ser alimentados, alojados y tratados de tal modo que se los aproveche hasta el máximo posible, con el mínimo nivel concebible de erogación”.<sup>16</sup>

Los esclavos eran enviados a las cámaras de gas y a los hornos de cremación cuando el agotamiento no les permitía trabajar más. Las SS reciclaban los cuerpos: el Reichsbank recibía dientes de oro, el pelo era utilizado para producir colchones y la grasa humana, para jabón. Sin embargo, Auschwitz fue un fracaso económico, incluso con las posesiones confiscadas. El combustible producido fue poco.

Lo que sí lograron los nazis fue una innovación en las formas de tortura y crueldad. En 1939, Himmler creó el *Lebensborn*, que dictaba la creación de

“arios ideales” por medio del secuestro de niños de tipo ario; la reproducción de “almas germánicas”. Asimismo, los médicos de las SS experimentaban con los prisioneros de los campos. Sigmund Rascher llamaba “conejos” a las jóvenes de Polonia y en ellas probaba las sulfonamidas, posteriormente a infectarlas con heridas de gangrena gaseosa. Paul Johnson narra los horrores y los experimentos nazis:

Se practicó la esterilización masiva de trabajadores esclavos soviéticos utilizando rayos X. Otros proyectos incluyeron la infección con el virus de hepatitis, en Sachsenhausen; de líquidos inflamatorios en el útero con fines de esterilización, en Ravensbrück, un campamento exclusivamente para las mujeres; experimentos destinados a provocar flemones en los sacerdotes católicos, en Dachau; las inyecciones con vacuna contra el tifus, en Buchenwald; y trasplantes óseos experimentales e ingestión forzada de agua de mar por los gitanos. En Oranienburg, se gaseó a un grupo seleccionado de judíos con el fin de obtener ejemplares para la colección de esqueletos de Himmler, formada por “comisarios judeobolcheviques que personifican una subhumanidad repulsiva pero característica”.<sup>17</sup>

La mente maestra detrás de la violencia sin límites, Hitler, nunca habló del genocidio. De igual forma, a pesar de que jamás visitó los campos de concentración, ordenaba que se hicieran películas al respecto, las cuales veía una y otra vez. Parecía que el odio era abstracto y no quería enfrentarse con las ejecuciones, ¡como si el sufrimiento humano fuera a impedir que continuara con su gran servicio a la cultura de Alemania! Lo mismo sucedió con los líderes soviéticos, que, aunque se regocijaban con la muerte de excamaradas, nunca presenciaron los campos genocidas. Girard diría, en *Veo a Satán caer como el relámpago*, que, al final, Hitler no era “tan” neopagano.

Ciertamente, había un sentimiento de culpa extendido en las SS. El genocidio nazi era más cercano al funcionamiento industrial que al paganismo, era una especie de maquinaria autónoma y atea. Himmler visitó Auschwitz dos veces y el lenguaje de las masacres vio una transformación hacia los eufemismos: “trato especial”, “reasantamiento”, “la línea general”, “envío al Este”. El silencio fue el mejor compañero del falso lenguaje que pretendía disimular las consecuencias del relativismo moral. Los nazis querían esconderlo hasta que, años después, su misión fuera completada. La responsabilidad asesina implicaba secretismo. No obstante, lo anterior se extendió al resto de la nación alemana. Si bien había una complicada red de seguridad en los campos de la muerte, los trenes no eran invisibles. Mucha gente sabía lo que pasaba, aunque, posteriormente, fingieron no saber nada. Después de la derrota ale-

mana y ante el horror de los crímenes de guerra a la vista, un contagio de simulación invadió a los alemanes: pretendieron que no sabían nada y, cuando incluso eso era inverosímil, afirmaban que habían permanecido en un estado de trance. Paul Dumouchel analizó la cuestión de cómo los alemanes, aun el ciudadano promedio, aceptaron la masacre:

Los investigadores que se enfrentan a este tipo de información se preguntan por qué a tanta gente corriente le resultó tan fácil ayudar a asesinar a las personas con las que habían estado viviendo durante años. La incomprendibilidad es aún mayor, dado que los asesinos en masa generalmente no eran fanáticos sedientos de sangre ni matones entrenados. No eran nazis creyentes ni miembros de la milicia *Interahamwe*. ¿Por qué aceptaron hacerlo? ¿Por qué cumplieron tan fácilmente con la norma que transformó un crimen masivo, si no en un imperativo moral, al menos, en una práctica socialmente aceptable?

[...] Por supuesto, nos preguntamos por qué tantas personas comunes aceptaron participar en masacres cuando negarse [...] no habría tenido consecuencias dramáticas. Sin embargo, esta forma de formular la pregunta es engañosa. Nos lleva a pensar que se trataba de una elección individual abstracta. Ésta es la pregunta que, escandalizados, les hacemos a los asesinos después del hecho. La pregunta refleja nuestro malentendido [...]. A menudo responden que no tenían otra opción. Sabemos que esto es falso en cierto sentido, porque podrían haberse abstenido sin ponerse en grave peligro. Sin embargo, quizás en otro sentido, están diciendo la verdad. Que no tuvieran otra opción significaría, entonces, que la respuesta fue automática, que la pregunta ni siquiera surgió [...].

Como muestra Harald Welzer, los asesinos en masa toman la decisión de matar en un contexto que es completamente diferente al que nos es familiar. Tiene lugar en un mundo donde el exterminio se ha vuelto socialmente aceptable y es alabado por las autoridades morales [...]. La verdadera pregunta es, en realidad: ¿cómo se cambian las normas sociales para hacer aceptable lo impensable?, ¿qué alquimia colectiva transforma la violencia contra inocentes indefensos en un deber, una obligación cuasi moral? De hecho, surge la cuestión de la elección individual, pero con respecto a quienes rechazan o se oponen activamente a la violencia, no con respecto a quienes, de cerca o de lejos, participan y respaldan las masacres. Tampoco surge con respecto a quienes, simplemente, lograron salir, para evitar participar mientras pudieran [...].

De hecho, las acciones de aquellos cuyo rechazo se limita a una forma de abstinencia o reticencia a cometer violencia son totalmente

coherentes con el espacio moral definido por las masacres. Quienes son “perezosos” o no cooperan ni contradicen ni rechazan la política genocida, simplemente admiten su fracaso personal, su incapacidad para poner en práctica el imperativo social de la masacre. No rechazan el genocidio. Simplemente, quieren evitar la sórdida tarea del asesinato. Quieren evitar ensuciarse las manos. Son los oportunistas de la masacre. Su abstinencia no excluye ni la participación indirecta ni la obtención de los beneficios del delito. No es un desafío a la violencia, sino una admisión de debilidad personal [...]. Lo que está permitido, lo que se puede excusar, es la no participación, pero no la oposición [...]. Es aceptable que un individuo admita su incapacidad para matar porque, al reconocer su fracaso, no desafía la norma homicida, sino que reafirma su fundamento. Aceptar el objetivo o, al menos, no rechazarlo abiertamente, es la condición fundamental para la no participación. La posibilidad de evitar involucrarse en masacres, en el acto de matar, existe sólo dentro del espacio definido por el acuerdo con el genocidio. Por eso no surge la pregunta, por qué nunca se pregunta a quienes citan su “debilidad” para escapar de la labor del asesinato. Quienes evitan participar de esta manera no rechazan el genocidio, sino que adoptan una estrategia individual diferente dentro del rango definido por el deber de cometer genocidio.<sup>18</sup>

El ejercicio de una violencia de tal magnitud requiere remitificar la violencia, darle el lustre —por no decir la utilidad— del sacrificio. Al igual que no todo holismo es real y existe el falso holismo, no todo mito es real y existe también un falso mito. El de la violencia nazi lo era. *Ergo*, por más que el terreno parecía preparado para la crueldad sin consecuencias, los alemanes hubieron de dejar pasar décadas para poder digerir la culpa.

Dumouchel explica que está en la naturaleza del orden totalitario participar en política mediante “la denuncia”, dado que no hay margen de participación mediante organizaciones autónomas, expresión de opiniones o procesos electorales:

La denuncia secreta puede considerarse una de las formas de participación política alentadas por los nazis —y por muchos otros regímenes represivos—. La denuncia de los enemigos políticos y raciales era una forma de que los ciudadanos comunes contribuyeran al poder político nazi y al establecimiento del nuevo orden. Era una forma de ser políticamente activo y comprometido en un estado totalitario [...]. El trabajo de Robert Gellately, en particular, ha demostrado que, sin la ayuda activa de muchos ciudadanos, la Gestapo, dada su reducida plantilla, no habría

podido controlar eficazmente a la población alemana, aplicar las leyes raciales o reprimir actividades políticas indeseables. La gran mayoría de las investigaciones que dieron lugar a detenciones individuales, en comparación con allanamientos grupales, comenzó con una denuncia [...].

Las autoridades nazis alentaron a los “buenos alemanes” a entregar “enemigos” ocultos: aquellos que decían ser fieles pero que, en realidad, eran traidores, comunistas, opositores de todo tipo al régimen o judíos que intentaban hacerse pasar por arios. Sin las denuncias, sin el apoyo voluntario y espontáneo de muchas personas anónimas, las autoridades nazis nunca hubieran podido penetrar tan profundamente en la vida cotidiana de los ciudadanos alemanes, ni descubrir y destruir tantos “enemigos” [...].

La denuncia secreta [...] fomenta la participación política de todos, pero, simultáneamente, institucionaliza la desaparición del espacio público. Al contrario de intercambiar palabras en un espacio de discusión compartido, la denuncia es una forma de participación política no democrática. La denuncia no está abierta a cuestionamientos o desacuerdos; se hace en secreto y da lugar a una investigación policial que determina la “verdad”. Mientras que los debates políticos públicos se desarrollan en un espacio distinto de la vida privada, la denuncia da una dimensión política a lo privado [...]. Sin embargo, esta dimensión política no es pública. La “mala conducta” a menudo permanece oculta a los ojos de la mayoría. Es conocida sólo por unos pocos y por quienes determinan el castigo.<sup>19</sup>

Este tipo de “participación”, además del anonimato protector y de la satisfacción de entregar a quienes “amenazan” al régimen, tiene la ventaja de que exculpa de la responsabilidad de la crueldad a los soplones:

Los denunciantes [...] son los primeros en reconocer que no hacen casi nada. Se limitan a informar a los “responsables”, a llamar su atención sobre comportamientos o discursos “sospechosos”, y luego dejan que los acontecimientos sigan su curso. Por eso, los denunciantes pueden, como Pilato, lavarse las manos de cualquier responsabilidad. Sólo han cumplido con su deber. No son la causa de las desgracias de aquellos cuyo comportamiento por sí solo ha atraído sobre ellos la ira del poder público. Ponen en marcha una serie de hechos que se les escapa. ¿Qué pasará con la persona que fue denunciada? El denunciante no puede saberlo realmente. Sin embargo, como señala Gellately, desde el comienzo de la guerra nadie podía ignorar la brutalidad de los métodos de la Ges-

tapo, ni las consecuencias potencialmente dramáticas que podrían tener informar sobre los denunciados.<sup>20</sup>

Así, si la remitificación de la violencia es, en realidad, sólo una falsa mitificación, si la violencia no es legítima, al menos, existe la exculpación a partir de la “no-responsabilidad”.

Por si esto fuera poco, la política del denunciante anónimo tenía, además, otra ventaja: llevar al terreno público la condena de nuestros enemigos, convertir nuestros odios privados en un beneficio público; justificar nuestras aversiones en nombre del bien común:

desde que los nazis tomaron el poder hasta el final de la guerra, las denuncias llamadas instrumentales fueron más numerosas que las denuncias raciales o propiamente políticas. Es decir, siempre hubo muchas más denuncias maliciosas sin fundamento político real que aquellas con motivación racial o política [...].

Las denuncias a la Gestapo, con frecuencia, buscaban eliminar o ahuyentar a un enemigo privado, vengarse u obtener una ventaja sobre un tercero. Por ejemplo, la gente denunciaba a vecinos de al lado con apartamentos codiciados, rivales enamorados y competidores comerciales [...]. La denuncia funcionaba como una solución a las disputas comerciales y matrimoniales. Fue un sustituto útil para los largos y costosos procedimientos de divorcio [...]. Los individuos emplearon el poder del Estado para resolver disputas entre ellos. Explotaron su violencia en su propio beneficio, indiferentes a las consecuencias que sus acciones pudieran tener sobre los demás, pero también sobre ellos mismos, pues los denunciantes legitimaron la violencia nazi usándola. Según Gellately, las denuncias facilitaron la normalización del régimen nazi: al denunciar a sus vecinos, los individuos reconocieron la legitimidad del poder que estaban usando. En este sentido, la manipulación del terror político para fines privados construyó la legitimidad del poder nazi a través del afán de la gente por colaborar con él.<sup>21</sup>

Por supuesto, era posible imaginarse que algunos usarían el sistema para sus fines privados e, incluso, preguntarse si eso no desviaba al sistema de su objetivo, es decir, la detención de “enemigos del sistema”. También es posible que las falsas acusaciones tuvieran un papel fundamental para el sistema: dividir a la comunidad, destruir los lazos entre amigos, vecinos y familiares. Desde el punto de vista totalitario, es válido pensar que, mientras más atomizada una sociedad, es más fácil controlarla:



Como muestra Götz Aly, mucho más que la ideología, el interés personal y los motivos privados fueron, con frecuencia, lo que llevó a una persona a denunciar a un vecino judío o un compañero de trabajo con un pasado político “sospechoso” [...].

El lenguaje ideológico en el que se formulaban todas las denuncias, ya fueran “verdaderas” o “falsas”, así como los reclamos de buena ciudadanía nazi que las acompañaban, a menudo eran sólo vestimentas destinadas a ocultar su naturaleza esencial: el interés privado que las motivaba.

Más que revelar una población víctima de la propaganda política y la doctrina ideológica engañada por el discurso oficial antisemita, las denuncias privadas nos muestran actores que explotaron la violencia estatal en su propio beneficio. Los autores de las denuncias no eran tanto marionetas cegadas por las mentiras nazis como individuos racionales que buscaban maximizar su interés propio y utilizar la violencia estatal como un medio para lograr sus fines. El estudio del fenómeno de la denuncia revela un aspecto fundamental de la articulación entre violencia estatal y violencia privada. Se supone que el estado debe de proteger a los ciudadanos unos de otros: ésta es la función principal del poseedor del monopolio de la violencia. Sin embargo, cuando el Estado se vuelve contra sus ciudadanos, no es simplemente el poder político el que ataca a los individuos aislados e indefensos, sino también a los individuos comunes: habiendo vuelto al estado de naturaleza, se despedazan unos a otros.<sup>22</sup>

Paul Johnson menciona que, ya en 1916, el trabajo esclavo hasta el agotamiento había sido parte de la política industrial y económica alemana. En el hitlerismo se repitió y magnificó la fórmula. Se trataba de un socialismo de guerra alimentado por la paranoia racial que tenía origen en la cultura germánica. Peor aún, había antisemitismo en toda Europa y más allá. La división rusa de las SS asesinó a cientos de miles de polacos. La persecución no sólo fue a los judíos alemanes. La Francia de Vichy participó en el asesinato de judíos extranjeros refugiados. Los franceses entregaron setenta y seis mil judíos a los nazis, de los cuales un tercio eran nativos franceses. Por su parte, los británicos limitaron la entrada de judíos y cerraron las puertas a Palestina. Y, a pesar de que Roosevelt se mostró preocupado, no se registró ayuda sustancial estadounidense al respecto. Irónicamente, España y Portugal eran refugios seguros para los judíos.

La guerra ocupó la mente de las naciones que luchaban contra Hitler, pero la preocupación no se extendió hacia la población judía:

Los primeros informes del genocidio llegaron al Consejo Mundial Judío de Lausana en agosto de 1942. Incluso los funcionarios judíos, inmunes al horror, se mostraron escépticos al principio. En abril de 1943, una reunión angloestadounidense de funcionarios celebrada en Bermudas decidió, en efecto, que ninguna de las dos naciones haría nada para ayudar a los judíos y que cada una no criticaría a la otra por no hacer nada; un pacto mutuo en perjuicio de la conciencia. Hacia agosto de 1943, era sabido —y se publicó— que 1'702,500 judíos ya habían sido exterminados. El 1º de noviembre, Roosevelt, Stalin y Churchill advirtieron conjuntamente a los líderes alemanes que serían juzgados por tales crímenes. El 24 de marzo de 1944, Roosevelt emitió otra advertencia pública. Eso fue todo. Aunque Estados Unidos disponía de espacio y alimentos, Roosevelt no quiso ofrecer asilo. Solamente Churchill defendió la acción a toda costa, pero hubo de someterse al voto contrario de sus colegas.<sup>23</sup>

El sentimiento de los sobrevivientes judíos transformó el sufrimiento en ira y deseo de venganza. La dignidad humana no se había reconocido y la población judía exigía el reconocimiento del crimen. Mas el castigo a los nazis siguió una lógica confusa. En primer lugar, Stalin, que esperaba el surgimiento de una Alemania soviética, evadió la culpabilidad alemana e influenció al resto de los líderes de Occidente a hacer lo mismo. En la Conferencia de Teherán, arremetió contra Churchill. El Primer Ministro había pedido la distinción entre jefes nazis y pueblo alemán. Los soviéticos buscaban que existiera un olvido de los crímenes de guerra.

Fue hasta fines de 1945 que los Aliados acordaron un castigo para los funcionarios de los campos de muerte. Para este momento, no obstante, muchos habían desaparecido. Es importante destacar que los soviéticos fueron los primeros en llegar a los campos de concentración y que los lazos entre nazis y soviéticos habían sido fuertes antes y después de la guerra. El vínculo de admiración permitió que los genocidas escaparan:

Himmler siempre había admirado los métodos policiales soviéticos (creía que Stalin tenía distinguida sangre mongol, originada en la horda de Genghis Khan) y el jefe de la Gestapo, el general SS Müller, probablemente, fue a trabajar para el NKVD. Muchos de los funcionarios policiales prusianos, que habían servido a Göring, ocuparon altos cargos en

la policía de la República de Alemania oriental, organizada a su debido tiempo por Stalin.<sup>24</sup>

En los juicios de Núremberg, también algunos empresarios fueron sentenciados, como los ejecutivos de I. G. Farben. Sin embargo, la industria alemana y su reconstrucción representaban para los angloamericanos una oportunidad mayor que sus intenciones punitivas. Por lo cual Karl Krauch, el encargado de *nazificar* el conglomerado farmacéutico de I.G. Farben al elegir Auschwitz, obtuvo un castigo de sólo seis años. Igualmente, algunos otros ejecutivos vieron sus penas reducidas apenas a dieciocho meses. La clemencia de los estadounidenses inclusive devolvió algunas de las propiedades confiscadas. Los judíos obtuvieron cierta justicia basada en la indemnización a Israel, pero no existía un sentimiento de culpa verdaderamente intenso que se extendiera por Europa. Los tribunales alemanes tampoco fueron de mucha ayuda; los trabajadores esclavos no recibieron compensaciones adecuadas.

## 2.5 Crueldad extendida

La continuación de la guerra a pesar de la caída del régimen hitleriano fue una de las razones por las cuales los juicios fueron ineficaces y confusos para las víctimas. Estados Unidos y Gran Bretaña concentraron su complejo jupiteriano en la destrucción nipona:

La guerra del Pacífico presenció las más grandes batallas navales de la Historia, determinadas por las abrumadoras ventajas de recursos y tecnología, que se acentuaban inexorablemente. Los japoneses comenzaron con el brillante caza Zero. Uno cayó intacto en manos estadounidenses en las Aleutianas, el 4 de junio de 1942. Prontamente, se diseñó un avión destinado a contrarrestarlo, el Hellcat, y se lo fabricó en prodigioso número.<sup>25</sup>

La producción de barcos y portaaviones por parte de Estados Unidos rápidamente multiplicó la de Japón. Ante la evidente desesperación de tener casi cien portaaviones estadounidenses en el Pacífico, la estrategia japonesa sucumbió a la irracionalidad. La Marina japonesa cometió muchos errores y esto provocó la pérdida de toneladas de material bélico. Paul Johnson menciona que hubo autodestrucción nipona. Muchos soldados murieron por falta de suministros (comida y munición). En ocasiones, los japoneses tenían que recurrir a las lanzas de bambú para combatir a sus enemigos

La estrategia de Japón implicaba luchar hasta el final. Los líderes nipones pensaban incluso que, de ser necesario, el pueblo pelearía cuerpo a cuerpo contra los invasores. Los Aliados, mientras tanto, avanzaban de isla en isla hasta llegar al archipiélago japonés. En Guadalcanal, la batalla más crítica, el poder aéreo y naval estadounidense casi arrasó con todo. En Leyte, Iwo-Jima y Okinawa, los japoneses muertos ascendieron a doscientos cincuenta y un mil, mientras que los estadounidenses registraron alrededor de veinte mil bajas. Lo anterior se logró gracias a la tecnología de las bombas entonces utilizadas por la fuerza estadounidense, la cual logró destruir cuarenta mil kilómetros cuadrados de Musashi, en el actual Tokio. “El propósito de la estrategia del Pacífico central fue colocar al propio Japón al alcance de los bombardeos pesados con base en tierra y mantener un bombardeo constante en escala cada vez más amplia”.<sup>26</sup>

Paralelamente, británicos y estadounidenses continuaron el desarrollo de la bomba atómica. Oppenheimer detonó el primer ensayo en Nuevo México. En Italia, Fermi consideró nuevamente la posibilidad de los choques de onda provocados por la explosión de TNT. En cambio, los esfuerzos británicos de la bomba atómica se concentraron en su uso, en cuanto estuviera lista. Así:

Truman firmó prontamente el orden de usar la bomba a la brevedad posible. Al parecer, no se suscitaron discusiones prolongadas acerca de la sensatez o el derecho moral de emplearla, por lo menos en el más alto nivel político y militar. Estados Unidos y Gran Bretaña ya estaban arrojando sobre Japón todos los explosivos convencionales disponibles, acrecentados diariamente por la tecnología y los recursos nuevos; rehusar el empleo de la súperbomba habría sido ilógico, incluso irresponsable, pues su novedad podría influir sobre la decisión de Japón, hasta ese momento inflexible, de continuar la resistencia.<sup>27</sup>

A inicios de 1942, se le hizo saber al emperador japonés que sería imposible ganar la guerra. Un año más tarde, toda la Marina lo sabía. Sin embargo, desde el Supremo Consejo nipón se decretó la no rendición. El derrotismo sería igualado a la traición. Los japoneses buscaron ayuda de la URSS en la primavera de 1945, pero Stalin se negó, pues los aliados ya le habían prometido territorios en Yalta, tras la derrota total de Japón. El plan de resistencia aprobado el 6 de junio, “Operación Decisión”, contemplaba el uso de diez mil aviones suicidas, así como el uso de civiles para la defensa, armados con escopetas, lanzas de bambú, flechas y arcos.

Por su parte, los Aliados querían quebrar a los nipones sin invadirlos. En agosto de 1945, se lanzó la primera bomba de uranio en Hiroshima sin antes ser probada, resultando en la pérdida de doscientas mil vidas. La mayor parte de quienes sobrevivieron a la explosión murió tiempo después, algunos sin heridas. La respuesta de Japón fue apelar al Derecho internacional a través de la embajada suiza, denunciando la brutalidad de Estados Unidos. Curioso que un gobierno que tanto había despreciado las leyes internacionales ahora apelara a ellas. Por otro lado, los nipones convocaron a sus científicos para replicar la tecnología nuclear. Su primera reacción fue imitar el mimetismo destructivo, pero en vano. La segunda bomba atómica dirigida a la ciudad cristiana de Nagasaki fue la cúspide del complejo jupiteriano. Dupuy narra que:

En 1958, [...] Günther Anders fue a Hiroshima y Nagasaki para participar en la Cuarta Conferencia Mundial contra las Bombas Atómicas y de Hidrógeno. Después de muchos intercambios con los supervivientes de la catástrofe, anotó en su diario: “Su firme resolución de no hablar de los culpables, por no decir que el evento había sido causado por seres humanos; para no albergar el más mínimo resentimiento, a pesar de que fueron víctimas del mayor de los crímenes [...]. esto realmente es demasiado para mí, sobrepasa todo entendimiento”. Y agrega: “Hablan constantemente de la catástrofe como si fuera un terremoto o un maremoto. Usan la palabra japonesa *tsunami*”. El mal que habita la “paz nuclear” no es producto de ninguna intención maligna [...]. Hiroshima está en todas partes, palabras que provocan un escalofrío en la columna vertebral: “El carácter fantástico de la situación, simplemente, nos quita el aliento. En el mismo momento en que el mundo se vuelve apocalíptico y, por culpa nuestra, se presenta [...] como un paraíso habitado por asesinos sin malicia y víctimas sin odio. En ninguna parte hay rastro de malicia, sólo hay escombros. No hay ningún llamado al odio. Mas, en este contexto, no hay peor noticia que el inminente fin del odio”. [...] Y Anders profetiza: “Ninguna guerra en la Historia habrá estado más desprovista de odio que la guerra por el teleasesinato que está por venir [...]. Esta ausencia de odio será la ausencia de odio más inhumana que jamás haya existido; la ausencia de odio y la ausencia de escrúpulos serán en adelante lo mismo” [...]. La violencia sin odio es tan inhumana que equivale a una especie de trascendencia, quizás la única trascendencia que aún nos queda.<sup>28</sup>

La rendición incondicional fue anunciada por el emperador Hirohito el 14 de agosto, porque, a pesar del cese de uso de armas nucleares, los ataques convencionales siguieron. La moral japonesa había sido destruida y, con ello,

el mensaje de rendición del emperador se escuchó en un ambiente de caos, entre incendios y suicidios. Sin embargo, de no ser por las bombas, más vidas se hubieran perdido. Johnson agrega: “Los que murieron en Hiroshima y Nagasaki fueron víctimas no tanto de la tecnología angloestadounidense como de un sistema paralizado de gobierno, posibilitado por una ideología perversa que se había distanciado no sólo de los valores morales, sino de la razón misma”.<sup>29</sup>

Los japoneses habían cometido crímenes de tortura, asesinato y violación a gran escala. La moral de los oficiales educados en el Kōdō y el Shinto no tuvo relevancia, sólo había en ellos un ímpetu de destrucción. No es sorprendente, entonces, que los campos de concentración encontrados en Asia siguieran los mismos principios de aquellos construidos en la URSS y Alemania. Entre los prisioneros de guerra se alentaban el canibalismo y el trabajo forzado. De ciento treinta y dos mil militares aliados capturados por Japón, el 27% murió. Sin embargo, los juicios implementados por el Tribunal Aliado de Tokio tampoco funcionaron. Sólo veinticinco criminales fueron sentenciados por lo ocurrido en la masacre de Nánjīng, la “marcha de la muerte” de Bataán, el ferrocarril Thai-Birmania y el saqueo de Manila. En la región, los crímenes contra indios, filipinos, chinos y malayos fueron peores que contra los blancos, pero los jueces no llegaron a acuerdos sobre la justicia o injusticia del trato a los criminales de guerra. Esto no nos debe desviar del hecho de que los japoneses fueron las víctimas principales del totalitarismo:

Los mismos dogmas que enseñaban a los hombres a tratar a los prisioneros como criminales graves eran los responsables tanto de la decisión de arrojar a una guerra suicida como de la demora en concertar la paz. El primer ministro Konoe, uno de los culpables, dejó junto a su lecho de muerte un ejemplar del *De Profundis* de Oscar Wilde, donde había subrayado cuidadosamente las palabras: “Terrible como fue lo que el mundo me hizo, lo que yo mismo hice fue aún más terrible”, un epitafio apropiado para el Japón totalitario. Y, como hemos observado varias veces en este libro, el principio totalista de la corrupción moral desencadena una satánica Ley de Gresham, que determina que el mal expulse al bien.<sup>30</sup>

Esto no excluye que los Aliados hayan cometido atrocidades. También ellos atentaron contra algunos japoneses que querían rendirse. Por ejemplo, a los que nadaban en las aguas de Nueva Guinea, aviones estadounidenses los ametrallaron. La civilización occidental era consciente de que el enemigo físico había sido vencido, pero los mecanismos violentos siguieron siendo parte de la lógica cotidiana. En Estados Unidos, por ejemplo, el Comité de

Investigación de la Defensa Nacional decidió que el objetivo ideal de las bombas estadounidenses tendría que situarse en un lugar con mucha gente.

En el otro lado del mundo, la decadencia moral del nazismo fue relevada por el totalitarismo soviético, que llevaba buena parte del siglo cometiendo atrocidades. Stalin estableció alianzas y tratados secretos, ya prohibidos por el Tratado de Versalles. Obtuvo para sí ganancias territoriales. Los Aliados permitieron las violaciones del Derecho internacional después de la Conferencia de Yalta. Cuando el régimen de Hitler cayó, el líder soviético pidió el reconocimiento de los territorios que había invadido y tanto Churchill como Roosevelt cedieron. Aunque era un país aliado, China fue despojada de enormes territorios. Horas después de que Japón se rindiera, la URSS le declaró la guerra a la China ocupada.

El apoyo que recibió la URSS de los angloamericanos significó su silencio ante los horrores cometidos por el líder soviético con los prisioneros de guerra. Lo anterior permitió que los juicios a los criminales de guerra parecieran una burla: 10% de los prisioneros alemanes eran en realidad soviéticos. Estados Unidos daba trato de alemán a todo el que portara el uniforme, pero los soldados soviéticos vestidos de nazis eran producto de los pactos soviético-alemanes. Asimismo, Gran Bretaña entregó un gran número de prisioneros, que en la mayoría de las ocasiones sólo eran refugiados, ¡algunos de más de una generación! Los croatas corrieron la misma suerte y se les deportó a Yugoslavia. Al regresar a la Unión Soviética y a Yugoslavia, las marchas de la muerte fueron comunes, pero también los suicidios:

Un observador británico anotó lo siguiente: “Las autoridades soviéticas rehusaron aceptar como tal a ninguno de los casos que llegaron en camilla e incluso los pacientes fueron obligados a descender del barco transportando su propio equipaje [...]. Un prisionero que había intentado suicidarse fue muy maltratado, se le abrió la herida y se le dejó que sangrase. Lo sacaron del barco y lo llevaron detrás de varios cajones de embalaje depositados sobre el muelle. Se oyó un disparo, pero nada más se supo del caso”.<sup>31</sup>





## CAPÍTULO III

# TOTALITARISMO Y DEMOCRACIA ENVUELTOS EN LOS FUEGOS DE LA ENVIDIA

Jorge Federico Márquez Muñoz & Aranza Rubio Osornio

El capítulo 13 de *Tiempos Modernos*, “La paz a través del terror”, comienza con el avance soviético sobre Europa oriental en las posiciones otrora nazis y termina destacando las virtudes y errores de Eisenhower en materia de política exterior.

El efecto indeseado de la rivalidad mimética Roosevelt-Churchill durante el final de la guerra llevó al primero a ofrecer concesiones a Stalin en Europa. Los líderes de las potencias vencedoras se mostraron titánicas en Yalta y se repartieron dos zonas de influencia: los Balcanes y el Mediterráneo, jugando, así, con el destino de millones de personas.

La muerte alcanzó súbitamente a Roosevelt. Su sucesor, Harry Truman, cambió la correlación de fuerzas al preferir a los británicos sobre los soviéticos. El nuevo Presidente de Estados Unidos estaba dispuesto a intervenir, militarmente de ser necesario, para frenar el expansionismo estalinista. Y así ocurrió en Grecia, donde surgió la Doctrina Truman. En parte, fue una reacción ante la voracidad mostrada por el “Zar Rojo” y, en parte, fue un giro personal, pues Truman, a diferencia de Roosevelt, desconfiaba del carnicero de Georgia.

Mas los errores de Roosevelt siguieron teniendo consecuencias después de su muerte. La confianza que sentía por los soviéticos facilitó la infiltración de espías en sectores clave. Con información obtenida de ellos, la URSS desarrolló en un breve lapso su propia bomba atómica. Comenzó la era de la disuasión, la Guerra Fría.

Desde la TM, Jean Pierre Dupuy elaboró un ensayo sobre la era nuclear. Su punto de partida fue un breve apartado en *Las cosas ocultas desde la fun-*

*dación del mundo*, titulado “Ciencia y apocalipsis”. Ahí, Girard decía que era una idiotez hablar de “la paz nuclear”. Se trata de un concepto que muestra qué tan hechizados estamos con la idea de la hecatombe. Afirma Dupuy que

la bomba atómica, nuestro nuevo sagrado, produce una política de disuasión que no contempla hacer ninguna cosa para defender nuestra patria. De hecho, requiere positivamente que cada lado deja a su población expuesta a ataques y no hace ningún esfuerzo serio para protegerla. La lógica de esta extraña paradoja es que nuestra seguridad puede ser tan grande como el terror. Si el terror se redujera, por ejemplo, construyendo refugios antiaéreos que protegieran a una parte significativa de la población, entonces, la seguridad de la amenaza nuclear también se vería disminuida, porque el lado así protegido podría verse tentado a lanzar un ataque preventivo, bajo la creencia de que podría “ganar”. En la lógica de MAD, la “destrucción mutua asegurada” debe, perversamente, de estar asegurada, como si nuestro objetivo fuera destruir y no salvar a la Humanidad. Todas estas características de la MAD van en contra de la lógica mucho más simple, más familiar y emocionalmente más comprensible, del pensamiento militar tradicional, sin mencionar el instinto y el sentido común.<sup>1</sup>

La amenaza consiste en que, si el adversario diera un paso transgresor hacia adelante, “nosotros” volaríamos el mundo entero. La disuasión es una noción existencial en tanto que la mera existencia de las armas es lo que disuade. No importan ni las intenciones ni la ideología de quien las tiene. Estas armas invocan una categoría fundamental: “la disuasión es inherente a las armas mismas porque el peligro de una escalada ilimitada es ineludible”.

La disuasión implica, para funcionar, cierta dosis de liminalidad: “si estuviéramos absolutamente seguros de que la disuasión nuclear es cien por ciento efectiva contra un ataque nuclear, entonces, dejaría de tener mucho valor de disuasión”.<sup>2</sup> El *katéchon* de la disuasión implica un tipo de racionalidad especial: “el agente contempla el abismo y, simplemente, decide nunca acercarse demasiado al borde”. Es la racionalidad cercana a lo

“arcaico sagrado” —salvo que la Humanidad no es ahora sólo el único Autor, sino también, forzosamente, la Víctima potencial de esta farmacología especular y especulativa—. El “Tigre” mítico-sacro con el que no nos enredamos no es otra cosa que la violencia que hay en nosotros: algo que proyectamos —¿tal es quizás la lógica onírica del “desconocimiento”?— fuera de nosotros mismos. Es como si estuviéramos amena-

zados por una entidad extremadamente peligrosa, externa a nosotros, cuyas intenciones hacia nosotros no son malas, pero cuyo poder de destrucción es infinitamente superior a todos los terremotos o tsunamis que la naturaleza nos tiene guardados.<sup>3</sup>

En otras palabras, en la era nuclear, este falso Dios está modelado por nuestra propia psique social, es una proyección autoexternante de la violencia humana, “que engendra una sombra de holocausto nuclear que inscribimos míticamente en el futuro, como accidente y destino”.<sup>4</sup> De ahí que Robert McNamara haya afirmado

que treinta y tantas veces durante la Guerra Fría estuvimos “cerca” de una autoaniquilación nuclear total de la Humanidad [...]. ¿Significa esto que la disuasión fue ineficaz? Todo lo contrario: fue el constante “jugar con fuego” lo que nos mantuvo permanentemente en guardia. Esos “cuasiaccidentes” fueron la condición del funcionamiento eficiente del sistema de disuasión nuclear [...].

Para que la disuasión sea eficaz, teníamos que estar a la distancia adecuada de la autoaniquilación de la Humanidad: no demasiado cerca, no sea que de hecho seamos consumidos por el Holocausto; pero tampoco demasiado lejos, no sea que olvidemos la existencia de la amenaza. Esa estructura es exactamente la de lo sagrado arcaico concebido por Girard. No estamos hablando aquí de una analogía: esto es lo mismo. No debemos de acercarnos demasiado a lo sagrado porque liberaría la violencia que mantiene a raya a la destrucción, como una caja de Pandora; no debemos de alejarnos demasiado de lo sagrado, porque nos protege de nuestra propia violencia. Lo sagrado contiene violencia, por tanto, en el doble sentido clásico de la palabra.<sup>5</sup>

Cabe aclarar que, en este caso, hay una diferencia fundamental entre lo sagrado arcaico y el *katéchon*:

Los modernos sabemos que el “Tigre” es un mito, una estratagema ingeniosa, una proyección humana tortuosa. Pretendemos creer que es real [...]. Esta “suspensión de la incredulidad” es esencial para que la ficción produzca efectos reales en nosotros y en el mundo. La disuasión nuclear, en su interpretación “existencial”, parece ser un sistema social autorreflexivo, autoorganizado y autoexternalizado; no es un fenómeno colectivo ciego y espontáneo, ni tampoco un conjunto de procedimientos

formales y cuidadosamente elaborados, como en los rituales del sacrificio arcaico. De hecho, como escribió Girard, es un “caso intermedio”.<sup>6</sup>

En un ensayo que comenta el de Dupuy, Margo Boeing-Liptsin clarifica el problema del *katéchon* con la lógica de la disuasión. Según ella, vivimos en un “tiempo intermedio” o una zona cultural híbrida. En tanto que el reconocimiento de que la violencia está en nuestro interior y sólo es una ficción, exteriorizarla es parcial y desigual. Los “casos intermedios”, como el de las armas nucleares, son característicos de una época determinada de la evolución cultural de la era axial, liberal, secular, de responsabilidad individual, que, por un lado:

1) “Impide el desconocimiento total del sacrificio en nuestros actos y elecciones colectivas [...]. La gente puede saber que los seres humanos fabrican las armas y desarrollan acuerdos no oficiales paradójicos como el MAD”.

2) “Aún es posible interpretar esta información de acuerdo con una episteme de reconocimiento erróneo, de malentendido: es decir, como una especie de cálculo de riesgos *versus* beneficios con el objetivo final de garantizar la seguridad nacional”.

3) Exhibir un reconocimiento pleno (una revelación), “en el sentido girardiano, significaría reconocer la total importancia existencial y ética de esta situación, de tal manera que nuestro reconocimiento haría imposible cualquier recurso a estas armas, ya sea como herramientas de destrucción o como un medio defectuoso de asegurar una paz incómoda”.<sup>7</sup>

Justo en el discurso político de quienes poseen estas armas, desde la Guerra Fría hasta la actualidad, se deja claro que carecemos de este tipo de “reconocimiento” o desmitificación activa en toda la sociedad:

El propio Einstein lo hizo cuando evocó “el carácter fantasmal” del proceso de construcción del arsenal nuclear, algo que, sugirió, residía “en su tendencia aparentemente obligatoria. Cada paso aparece como la consecuencia inevitable del anterior” [...]. La paz nuclear, en consecuencia, proporciona un excelente ejemplo de un sagrado que los seres humanos saben que han engendrado ellos mismos (“autoconocimiento”), pero sin que este conocimiento provoque la necesaria y adecuada chispa de “reconocimiento” en el sentido girardiano.<sup>8</sup>

Dupuy escribe que, paradójicamente, “sólo si pretendemos creer que nuestro destino es la autoaniquilación de la Humanidad, tendremos la oportunidad de evitarlo”. A este argumento se le llama “juicio final ilustrado”. Ahí, propone que “fingir creer” es una solución al problema de la violencia catastrófica en la sociedad humana. El francés no cree en la posibilidad de una plena desmitificación de la violencia, capaz de revertir la escalada en los extremos de la violencia humana: “La alternativa a la conversión, según Dupuy, es seguir ‘fingiendo creer’: mientras lo hagamos, la situación ‘intermedia’ se estabiliza y podemos prevenir el apocalipsis. ¿Creemos en ‘fingir creer’? Ésa es entonces la cuestión. El mundo contemporáneo tiende a reducir u oscurecer la diferencia entre ‘fingir creer’ y realmente ‘creer’”.<sup>9</sup>

En el período de la Guerra Fría, Truman y Eisenhower diseñaron una política exterior enfocada en dos prioridades: realismo duro con la Unión Soviética y generosidad económica con los aliados europeos y con Japón, para la reconstrucción de la posguerra. En Europa del Este, por el contrario, solamente se pasó de la invasión del totalitarismo alemán a la del totalitarismo soviético.

Yugoslavia fue la excepción al dominio estalinista en Europa oriental. Allí, Tito, un gángster tan inescrupuloso como Stalin y que además contaba con el apoyo de los británicos, logró resistir y establecer su propia versión del totalitarismo, al margen del soviético. Es interesante, desde la TM, el análisis de la rivalidad entre el líder soviético y el yugoslavo.

Johnson narra los últimos años de Stalin: aislado, desconfiado de los extranjeros, ansioso por hacer purgas en la propia cúpula del Partido, antisemita y antioccidental. Mientras más envejecía, todo parecía más caótico. No paraba de pedir a su pueblo que hiciera sacrificios por el futuro.

Mas no sólo en Europa la paz llegó a través del terror. En China ocurrió algo similar. Ahí, la rivalidad mimética entre Jiǎng y Máo era tanto un odio personal como una dicotomía política. Máo triunfó porque su ejército de campesinos miserables estaba más capacitado y dispuesto a luchar en medio del caos y la miseria que habían dejado cuatro décadas de guerra civil y varios años de ocupación japonesa, que el ejército de los nacionalistas de Jiǎng, más urbano y dependiente del mercado.

En China, la paz llegó a través del terror comunista. De nueva cuenta —y, sobre todo, después del horror de las bombas atómicas—, aparece el contraste de Japón, donde los estadounidenses dominaron con generosidad y prudencia, logrando estabilizar al país y encarrilarlo como potencia económica. En China, reinaban la violencia ideológica y temible mientras en Japón se establecía la banalizada y tranquilizadora.

Después del fracaso en Yugoslavia, Stalin comprendió que no podría derrocar ni someter a Máo, así que, simplemente, lo hizo su aliado. No por ello es menos interesante la rivalidad entre el “Mandarín Comunista” y el “Zar Rojo”. De nueva cuenta, el voraz apetito del georgiano se vio limitado por la realidad de la complejidad china y la fuerza de Máo.

Poco después de la victoria de los comunistas en China, comenzó la Guerra de Corea. La rivalidad sino-estadounidense cambió en tres aspectos el orden internacional: la ONU perdió su utilidad como foro de equilibrio de las potencias; en la política exterior de Estados Unidos surgió un presidencialismo metaconstitucional; y comenzó un largo distanciamiento entre China y Estados Unidos. A la díada EE. UU.-URSS, se sumó la díada EE. UU.-China.

Finalmente, Estados Unidos exportó su prosperidad einshoweriana a Europa occidental y a Japón, al tiempo que se fortalecía la política anti-comunista hasta el exceso maccarthysta. El nuevo orden implicaba, en el hemisferio occidental, una envidia banalizada mediante la abundancia y el crecimiento urbano, demográfico y tecnológico del orden liberal-capitalista, combinado con una dosis de envidia ideológica, notable en el trato con los comunistas, tanto domésticos como extranjeros.

### 3.1 Roosevelt vs. Churchill, Stalin avanza

Dos elementos permitieron a Stalin avanzar sobre los territorios conquistados por los nazis: por un lado, la rivalidad entre Roosevelt y Churchill que colocó al estadounidense cerca del líder soviético, al punto de otorgarle concesiones. Más tarde, Eisenhower prefirió que su Ejército avanzara lentamente sobre Europa para evitar un mayor número de bajas estadounidenses, pues los soldados de EE. UU. eran cada vez más necesarios para la Guerra del Pacífico.

Roosevelt, en la Conferencia de Yalta, apoyó que los territorios que los soviéticos arrebataron a los nazis le fueron otorgados a Stalin. En parte, como un botín de guerra y, en parte, como intercambio por no interferir en Europa occidental. Peor aún, los mandatarios de la URSS, EE. UU. y el Reino Unido actuaron como titanes despiadados al hacer un reparto sobre sus zonas de influencia en el Mediterráneo y los Balcanes. Esta historia comienza en octubre de 1944, cuando Churchill fue a Moscú y presentó a Stalin lo que

el propio Churchill denominó un “documento malvado”, que definía, puesto que “el mariscal Stalin era una persona realista”, la “proporción de intereses” de las grandes potencias en cinco países balcánicos: Yugos-

lavia y Hungría debían de dividirse por partes iguales entre la URSS y el resto; ésta tendría el noventa por ciento en Rumania y el setentaicinco por ciento en Bulgaria; y Gran Bretaña, en acuerdo con Estados Unidos, tendría el noventa por ciento en Grecia. Según las minutas recogidas por el embajador británico, *Sir Archibald Clark-Kerr*, Stalin regateó acerca de Bulgaria, donde, evidentemente, deseaba el noventa por ciento; después, firmó el papel con un signo de su lápiz azul. También aceptó contener a los comunistas italianos.

El “documento malvado” era, de hecho, un intento de excluir a la URSS del Mediterráneo, pagando el precio de entregarle como satélites a Rumania y Bulgaria. Churchill calculaba que Grecia era el único país al que podía salvarse del incendio, pues ya había allí tropas británicas: lo que obtuvo en Moscú fue el acuerdo de Stalin en el sentido de que Gran Bretaña tuviese mano libre, de la que, ciertamente, hizo uso sin demora. El 4 de diciembre, cuando la guerra civil estalló en Atenas, Churchill decidió usar la fuerza para aplastar a los comunistas; trabajó hasta bien entrada la noche enviando cables, “sentado en su sillón giratorio y dictando a la máquina manejada por la señorita Layton, que no parpadeaba al oír las muchas blasfemias con que el anciano salpicaba sus frases oficiales”. Su cable esencial al general Scobie, el comandante británico, insistía: “Debemos retener y dominar Atenas. Sería muy valioso que usted lo lograra sin derramamiento de sangre si es posible, pero también con derramamiento de sangre si es necesario”. Fue necesario el derramamiento de sangre, pero se salvó a Grecia para la democracia. Ciertamente, aunque la estabilidad en el teatro del Mediterráneo no quedó asegurada hasta que los comunistas perdieron las elecciones italianas de abril de 1948, Churchill consiguió, casi solo, mantener el totalitarismo fuera del Mediterráneo durante una generación, gracias a su vigorosa política de fines de 1944, su última gran contribución a la libertad humana.<sup>10</sup>

La secuela de la reunión de Moscú fue la Conferencia de Yalta, en enero de 1945, en la cual

Roosevelt bloqueó intencionadamente los intentos de Churchill de coordinar de antemano la política angloestadounidense: según dijo a Averell Harriman, no deseaba “alimentar las sospechas soviéticas de que los británicos y los estadounidenses actuaban sobre la base de un acuerdo”. Cuando resurgió Colonia, Roosevelt aceptó una propuesta soviética de elecciones en las cuales “todos los partidos democráticos y antinazis

podrán intervenir”, pero no respaldó el reclamo británico de una supervisión internacional de la elección.

Los soviéticos firmaron de buena gana, sobre todo, después de que escucharon el asombroso anuncio de Roosevelt en el sentido de que todas las fuerzas estadounidenses saldrían de Europa en el plazo de dos años: era precisamente lo que Stalin deseaba saber.<sup>11</sup>

Esta noticia abrió el apetito expansionista del líder soviético. La *hýbris* dominó a Stalin y, de hecho, desencadenó la Guerra Fría, que empezó ya en marzo de 1945:

En cierto sentido, Rusia soviética había librado la Guerra Fría desde octubre de 1917: era un aspecto intrínseco del determinismo histórico del leninismo. La alianza pragmática concertada a partir de junio de 1941 fue una mera interrupción. Era inevitable que Stalin recomenzara más tarde o más temprano sus prácticas depredatorias hostiles. Su error fue hacerlo con excesiva rapidez. Su táctica razonable hubiera sido esperar hasta que los estadounidenses hubiesen desaparecido del lado opuesto del Atlántico. Al ver, sin embargo, que la fruta polaca estaba madura, no pudo resistir el deseo de arrancarla. Del lado de Roosevelt, el almirante Leahy, el miembro más firme de la delegación estadounidense, se había quejado, incluso en Yalta, de que el acuerdo acerca de Polonia era “tan elástico que los soviéticos pueden estirarlo desde Yalta hasta Washington sin que pueda afirmarse que técnicamente están infringiéndolo”.<sup>12</sup>

Paul Johnson enfatiza que los cálculos políticos de Roosevelt se vieron influidos por sus prejuicios ideológicos: desconfiaba de Churchill por considerarlo imperialista y ¡confiaba en Stalin por ser un líder de izquierda! Minimizaba el hecho de que los soviéticos habían sido, al inicio de la guerra, aliados de los nazis. También invisibilizaba el largo expediente de brutalidad soviética. Johnson insiste en la obstinación e ingenuidad de Roosevelt frente a Stalin. De hecho, el Presidente estadounidense tuvo que promover directamente la alianza con Stalin, pues en ello no lo apoyaba ni siquiera su propio embajador en Moscú ni tampoco el Departamento de Estado. Por otro lado, Roosevelt evitó que Churchill se vinculara directamente con Stalin, pues creía que él mismo podría manipular al líder soviético. De hecho, creía que Stalin era una persona benévola. El cénit de esta visión distorsionada ocurrió en la Conferencia de Teherán (1943), cuando Roosevelt y Stalin decidieron aliarse en contra de Churchill. Éste, a su vez, intentaba influir sobre el Presidente estadounidense, pero jamás logró contagiarle su fobia por el “Zar Rojo”.



La torpeza de Roosevelt se combinó con el cálculo de Eisenhower, quien alentó el avance de los soviéticos sobre Europa, para evitar más bajas estadounidenses. El resultado: aquéllos avanzaron con gran velocidad hacia Berlín y ocuparon enormes territorios europeos. Eisenhower y otros generales hicieron también un mal cálculo: creyeron que, al ceder territorios de Europa a los soviéticos, tendrían el apoyo de Stalin para luchar contra Japón.

### 3.2 La Doctrina Truman

A diferencia de la mala fortuna de Polonia, Grecia tuvo otra suerte. La ocurrido ahí fue un momento liminal: el giro de una política exterior estadounidense confiada de los soviéticos a una política antisoviética; es el paso de Roosevelt a Truman:

Cuando la comisión creada por Yalta para cumplir la promesa de elecciones libres se reunió el 23 de febrero, se advirtió claramente que Stalin tenía el propósito de ignorar sus compromisos. El momento crítico fue el 23 de marzo, cuando Mólotov anunció que las elecciones se celebrarían ateniéndose al estilo soviético. En el momento en que Roosevelt recibió la reseña de Harriman acerca de esta reunión, dos días después, descargó el puño sobre la silla de ruedas: “Averell está en lo cierto. No podemos tratar con Stalin. Ha roto todas y cada una de las promesas que formuló en Yalta”. Contribuyó a la educación política de Roosevelt una serie de trece enérgicos mensajes que Churchill le envió, del 8 de marzo al 12 de abril de 1945. Al fin desilusionado, fue a morir en Warm Springs, por cuya época expresó a un periodista que Stalin no ejercía el control en su propio país, o bien, “no era un hombre de palabra”.

De todos modos, durante sus últimas semanas, Roosevelt nada hizo para inducir a Eisenhower a avanzar de prisa hacia Berlín, Viena y Praga, como deseaban los británicos. “Los estadounidenses no podían entender”, escribió con tristeza el mariscal Montgomery, “que de poco servía ganar estratégicamente la guerra si la perdíamos políticamente”.<sup>13</sup>

Al fallecer Roosevelt todo cambió. El nuevo mandatario de Estados Unidos, Harry Truman, “no era miembro del régimen de individuos acaudalados, agobiados por el sentimiento de culpa, de la Costa Este, y no padecía ninguna de las manías progresistas de moda que caracterizaron a Roosevelt”. El 23 de abril, aún sin haberse instalado en la Casa Blanca, convocó a Mólotov a Blair House para advertirle que “la URSS debía de cumplir lo que había

aceptado en Yalta acerca de Polonia”. Mólotov le dijo que nunca le habían hablado de esa manera. A lo que Truman respondió: “Cumpla sus acuerdos y no le hablarán así”.<sup>14</sup>

De cualquier manera, el Presidente de Estados Unidos no se arriesgó a disputar a los soviéticos las posiciones que habían tomado en su camino hacia Berlín. Pensaba que necesitaría a Stalin para luchar contra Japón. El resultado fue que Europa oriental y la mayor parte de los Balcanes cayeron presa del totalitarismo.

El ambiente político europeo en los meses previos al final de la II Guerra Mundial produjo serias dudas sobre si Occidente podría salvarse del totalitarismo estalinista. En julio de 1945, Churchill perdió la elección y lo sucedieron los laboristas, que en aquel entonces simpatizaban con el régimen soviético y estaban dispuestos a retirar a su país de la escena internacional. Ánimo que cambió, producto de la voracidad de Stalin:

La codicia de Stalin lo llevó a exagerar sus procedimientos y a modificar el proceso del retiro estadounidense. Y fue codicia no sólo de tierras y poder, sino también de sangre. Arrestó a dieciséis importantes políticos polacos no comunistas, los acusó de “terrorismo” y puso en movimiento el mecanismo del último de sus procesos falsos. Los enviados y comandantes estadounidenses que se encontraban en los diferentes países enviaron mensajes que confirmaban el mismo esquema por doquier: Robert Patterson informó desde Belgrado que las personas a quienes se veía con un británico o un estadounidense eran arrestadas de inmediato; Maynard Byrnes cablegrafió detalles acerca de un baño de sangre de 20,000 personas en Bulgaria; Arthur Schoenfeld describió la imposición de una dictadura comunista en Hungría; Ellery Stone, en Roma, advirtió la probabilidad de un *Putsch* comunista en Italia. William Donovan, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos, aconsejó medidas destinadas a coordinar la defensa occidental sobre la base de los informes, cada vez más terroríficos, que llegaban a su oficina provenientes de agentes estadounidenses en Europa entera. El tipo de diplomacia intransigente de Stalin, ejecutada por intermediación de Mólotov, determinó que culminase la crisis en la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores en Moscú, en diciembre de 1945. Allí, Ernest Bevin, nuevo secretario británico de relaciones exteriores, afirmó redondamente que los argumentos de Mólotov eran “filosofía hitleriana” y James Byrnes, secretario de Estado, sostuvo que la URSS estaba “tratando de hacer más disimuladamente lo que Hitler había intentado hacer al dominar a los países más pequeños mediante la fuerza”. Cuando Byrnes presentó su informe, el 5 de enero

de 1946, Truman adoptó una decisión: “No creo que debamos de realizar más concesiones [...]. Estoy cansado de mimar a los soviéticos”. El mes siguiente, llegó un oportuno cable de 8,000 palabras remitido por George Kennan, que estaba en Moscú, documento que cristalizó lo que la mayoría de los miembros del gobierno estadounidense comenzaba a pensar acerca de la amenaza soviética: fue el “Telegrama Largo”, como se lo denominó. “Trasunta exactamente”, escribió su autor, “las impresiones que se manifiestan en uno de esos materiales publicados por alarmados comités del Congreso o por las Hijas de la Revolución Estadounidense, con el fin de despertar a la ciudadanía frente a los peligros de la conspiración comunista”.<sup>15</sup>

La voracidad de Stalin chocó con la voluntad de resistir de Harry Truman. Éste, a la vez, encontró una voz para comenzar la Guerra Fría, en nada menos que Winston Churchill, en ese momento opositor al gobierno laborista. En marzo de 1946, en un evento justamente patrocinado por el Presidente estadounidense, Churchill, en la Universidad de Fulton, Misuri, pronunció un famoso discurso:

“De Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, una ‘Cortina de Hierro’ ha descendido sobre el continente. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa central y oriental [...] lo que he de denominar la esfera soviética, y todos están sometidos, de un modo o de otro, no sólo a la influencia soviética, sino a una medida de control, muy elevada y en muchos casos cada vez más intensa, cuyo centro está en Moscú”.

Puesto que, agregaba Churchill, los soviéticos respetaban la fuerza militar, Estados Unidos y Gran Bretaña debían de continuar sus disposiciones tendientes a la defensa conjunta, de manera que no prevaleciera “un inestable y precario equilibrio de poder que tentase a la ambición y la aventura”, sino una “abrumadora certeza de seguridad”. Al hablar en el momento preciso —hacia mayo las encuestas estadounidenses demostraban que el ochenta y tres por ciento de la nación apoyaba su idea de una alianza militar permanente—, Churchill había frustrado la posibilidad de una repetición de la trágica retirada estadounidense de Europa en 1919.<sup>16</sup>

Stalin continuó la escalada mimética en marzo de 1946, cuando no se atuvo al compromiso de retirar sus tropas de Irán, a lo que finalmente cedió poco después de un agrio enfrentamiento en el nuevo Consejo de Seguridad de la ONU. En agosto, los yugoslavos derribaron dos aviones estadouniden-

ses de transporte al tiempo que Stalin comenzaba a maniobrar para imponer el comunismo en Turquía.

La rivalidad iba en aumento y Estados Unidos respondió con la creación de “un sistema de defensa conjunta aérea y antisubmarino”, al tiempo que “las fuerzas aéreas británica y estadounidense comenzaron a intercambiar planes de guerra y sus organismos de inteligencia reanudaron el contacto”. En agosto de 1946, la alianza angloestadounidense había recobrado la fuerza de sus mejores momentos.

Truman respondió también con una nueva política en casa: purgó el gobierno de los comunistas rooseveltianos. Despidió a Henry Wallace, secretario de agricultura, admirador de Stalin, anglófobo y contrario a Churchill. En julio,

Wallace envió al Presidente una carta privada de 5,000 palabras, en la cual preconizaba el desarme unilateral y un gigantesco programa de intercambio aéreo y comercial con la URSS, y después dejó que la noticia se filtrara. Truman escribió en su diario: “Wallace es un pacifista cien por ciento. Quiere que disolvamos nuestras fuerzas armadas, entreguemos a la URSS nuestros secretos atómicos y confiemos en una pandilla de aventureros del Politburó del Kremlin [...]. Los rojos, los encubiertos y sus amigos rosados de salón, parecen haberse agrupado y están convirtiéndose en peligro nacional. Me temo que forman un frente de sabotaje para el tío Joe Stalin”. Al día siguiente, despidió a Wallace; nadie protestó.<sup>17</sup>

Para que no quede duda de que el conflicto político se convirtió en un conflicto también personal, Truman dijo de Wallace: “es un auténtico bastardo”.

La política tanto de Truman como de Eisenhower llevó el compromiso antisoviético más allá de lo militar. Los presidentes estadounidenses comprendieron que sus aliados europeos también necesitaban dinero. A diferencia de “la paz cartaginesa” del periodo entreguerras, aquéllos se mostraron generosos en lo económico, al tiempo que reclamaban y tomaban el liderazgo occidental en la lucha anticomunista.

Entre 1947 y 1949, Estados Unidos estableció una serie de compromisos en Europa que se convirtieron en la base de la política global de Occidente durante varias décadas. Los británicos sufrían una profunda crisis económica producto de la guerra. Los estadounidenses hicieron dos cosas: les otorgaron enormes préstamos y asumieron el papel de “equilibrador” internacional. Gran Bretaña, de hecho, renunció a ese papel, que implicaba tanto auxilio

económico a diversas naciones y regiones para evitar su conversión al comunismo, como intervención militar, en caso de ser necesario.

En febrero de 1947, Gran Bretaña abandonó a Grecia y a Turquía. Sólo tres días después Truman consiguió el apoyo del Congreso para intervenir en la región. Para ello, se recurrió a nociones bien conocidas por la teoría mimética: la pureza, la impureza y el riesgo de contagio:

El general Marshall, nuevo secretario de Estado, abordó con torpeza la tarea (de convencer al Congreso para intervenir en Grecia), y su subordinado, Dean Acheson, decidió intervenir. Afirmó que “la presión soviética” en Cercano Oriente había llegado al punto en que una irrupción “podía abrir tres continentes a la penetración soviética”. Como “las manzanas de un barril contaminadas por una sola que está podrida”, la “corrupción” de Grecia “infectaría a Irán y a todo el Oriente”. Trasmittiría “la infección a África a través de Asia Menor y Egipto”, y “a Europa a través de Italia y Francia”. La Unión Soviética “estaba jugando una de las partidas más importantes de la Historia con mínimo costo”. No necesitaba ganar todas las apuestas, “incluso una o dos le aportarían inmensos beneficios”. “Sólo Estados Unidos estaba en condiciones de desbaratar el juego” [...]. Siguió un largo silencio. Después, Arthur Vandenberg, exaislacionista, habló en nombre de los miembros del Congreso: “Señor Presidente, si usted explica eso al Congreso y el país, yo lo apoyaré, y creo que la mayoría de sus miembros harán otro tanto”.<sup>18</sup>

Unos días más tarde, el 12 de marzo, nació la Doctrina Truman, en una famosa alocución en la cual el Presidente dijo:

“Creo que debe de ser la política de Estados Unidos apoyar a los pueblos libres que están oponiéndose al intento de sometimiento de minorías armadas o a la presión externa [...]. Hemos de ayudar a los pueblos libres a resolver a su propio modo su propio destino”. La ayuda debía de ser “esencialmente” económica. Solicitó dinero para Grecia y Turquía, además de expertos civiles y militares, como comienzo, y consiguió todo esto con mayorías de dos a uno en ambas cámaras. Así, el aislacionismo pereció, por iniciativa de Stalin.<sup>19</sup>

¡El aislacionismo estadounidense pereció como reflejo mimético, como respuesta al desafío soviético! En junio de 1947, se anunció el Plan Marshall para reconstruir Europa. Muchas naciones europeas respondieron con entusiasmo, incluidas Polonia y Checoslovaquia. Los fondos estadounidenses

evitaron una crisis general y, en los cincuenta, Europa ya había retomado el camino de la prosperidad capitalista. La “Cortina de Hierro” se convirtió en la frontera entre la abundancia y la escasez.

La respuesta de Truman hizo comprender a Stalin que no podría avanzar fácilmente hacia Occidente ni tampoco crecer más en el Mediterráneo, con lo que cambió la estrategia: en lugar de extender su área de influencia, decidió profundizar la influencia ahí donde ya la tenía. En este sentido, el primer golpe lo dio en Checoslovaquia, en 1948. Ahí, la URSS contaba con sólo 500 soldados, pero controlaba la policía:

Checoslovaquia tenía un gobierno mixto. Marshall consideraba que el país era parte del bloque soviético. A los ojos de Stalin, empero, eso no bastaba. La codicia imponía obtener más. El 19 de febrero de 1948, envió a Praga a su viceministro de relaciones exteriores, V. A. Zorin. Al día siguiente, doce ministros no comunistas renunciaron. Después de cinco días de crisis, se formó nuevo gobierno y el país se convirtió en satélite. El embajador estadounidense, Lawrence Steinhardt, consideró que los checos podían haber resistido, como los finlandeses y los iraníes. Atribuyó este desenlace a la cobardía del Presidente Beneš y de Masaryk, ministro de relaciones exteriores; los dos hombres se suicidaron después de capitular. Mas la ausencia de una enérgica política estadounidense fue también un factor, lo cual tentó todavía más a Stalin. El 24 de junio, Stalin bloqueó el acceso a las zonas occidentales de Berlín y cortó la electricidad.<sup>20</sup>

La situación en Alemania era especialmente grave. Los soviéticos y los aliados occidentales no lograban acordar qué hacer ahí, así que comenzaron a trabajar cada uno por su lado y, en los hechos, desde 1946, se comenzaron a formar dos Alemanias:

El 18 de junio de 1948, los tres aliados occidentales anunciaron la emisión de una nueva moneda alemana para su zona. Éste fue el pretexto para la iniciativa soviética. Es significativo que el general Lucius Clay, jefe de la zona angloamericana, haya sido el más renuente de los adalides de la Guerra Fría. Ahora cambió decisivamente. Reconoció que el acceso de los aliados a Berlín estaba protegido sólo por “un acuerdo oral [...] implícito en casi tres años de aplicación”. Ahora, propuso que se realizara un empleo juicioso de la fuerza para examinar las “dificultades técnicas” que, según afirmaban los soviéticos, cerraban la ruta [...]. Forrestal, nuevo secretario de defensa, dijo a Marshall: “Los jefes de Estado Mayor no

recomiendan que se abastezca a Berlín mediante un convoy armado, en vista del riesgo de guerra implícito en la debilidad de los preparativos estadounidenses para un conflicto global”. ¿Cuáles eran los riesgos? [...] Si los riesgos eran discutibles, la ineficacia del poder militar estadounidense constituía un factor bastante claro. Los Jefes de Estado Mayor calcularon que el Ejército Rojo se había estabilizado ahora en 2'500,000 de hombres, más 400,000 miembros de las fuerzas de seguridad. Para equilibrar esta situación, los estadounidenses tenían el monopolio nuclear, pero se trataba de un arma teórica más que real. El 3 de abril de 1947, se había explicado al horrorizado Truman que, si bien existían materiales para producir doce bombas A, ninguna estaba armada y disponible. Se ordenó entonces un arsenal de 400, que debían de estar prontas para 1953; mas, a mediados de 1948, no se había entregado un número suficiente siquiera para ejecutar la “Operación Pincher” de la Fuerza Aérea, que contemplaba la destrucción completa de la industria petrolífera soviética. Unos sesenta B-29, los “Bombarderos Atómicos”, fueron despachados a Gran Bretaña con mucha publicidad, aunque, ciertamente, no todos cargaban bombas atómicas. En cambio, se adoptó la decisión de organizar una demostración técnica del poder aéreo estadounidense y de abastecer a Berlín por aire. El sistema funcionó: el puente aéreo estaba transportando 4,500 toneladas diarias hacia el mes de diciembre y, hacia la primavera, 8,000 toneladas diarias, tanto como se transportaba por carretera y por ferrocarril antes del corte de las comunicaciones. El 12 de mayo de 1949, los soviéticos renunciaron al intento. Fue, hasta cierto punto, una victoria.<sup>21</sup>

La escalada mimética soviético-estadounidense continuaba mediante un despliegue de demostración. El bloqueo de Berlín, además, “obligó a los aliados occidentales a aclarar sus ideas y a adoptar decisiones de largo plazo”. Se consideró un hecho consumado que Alemania estaría dividida y que había que defender a Alemania occidental. Así, se le redactó una constitución en febrero de 1949, que entró en vigencia en el otoño. “Esta Alemania tendría que ser rearmada, lo cual implicaba incluirla en una estructura formal de la defensa occidental. De modo que, el 4 de abril de 1949, once potencias democráticas firmaron en Washington el Tratado del Atlántico Norte”.<sup>22</sup>

Stalin decidió profundizar su influencia en los territorios donde ya influía. Buscaba estabilizar el *katéchon* totalitario en Europa oriental. Con ello, las relaciones internacionales encontraban al fin cierta pacificación. La liminalidad en este terreno parecía llegar a su final. Y Truman estuvo de acuerdo en ello.

La URSS comenzó a construir su propia “sombra de lo sagrado” al interior de su área de influencia. En ese momento, Estados Unidos estaba ya dispuesto a crear un andamiaje disuasivo para que Stalin no volviera a provocar liminalidad. Ahora que el “Zar Rojo” había aceptado las fronteras europeas de la Guerra Fría, los estadounidenses las afianzaron. Crearon un bloque de contención bajo la premisa de que “había sólo cinco regiones en la Tierra que eran las fuentes de la fuerza militar moderna: Estados Unidos, el Reino Unido, la región industrial del Rin y el Ruhr, Japón y la Unión Soviética”. La política exterior estadounidense buscaría asegurar que los “soviéticos se limitasen al área que ya ocupaban”. La filosofía geopolítica de la contención fue delineada en un artículo titulado “Las fuentes de la conducta soviética”, publicado en *Foreign Affairs*, en 1947, escrito por George Kennan. Se afirmaba que “si bien la URSS deseaba evitar la guerra directa, estaba decidida a expandirse por todos los medios que no fuesen la guerra; y que Estados Unidos y sus aliados debían de responder con una contención de largo plazo, paciente pero firme y vigilante de las tendencias expansivas soviéticas”. Fue la crisis de Berlín la que “aportó el ímpetu necesario para dar forma práctica a esta filosofía de la contención”.<sup>23</sup>

La “contención” era una forma del *katéchon* de las relaciones internacionales, un “encapsulamiento artificial”, una barrera de fuego potencial que disuadía, al menos parcialmente, a los soviéticos de entrar a nuevos territorios. Fue una política producto de la rivalidad titánica entre comunistas y demócratas. El titanismo siempre implica riesgos, pero, sin duda, en este caso, el riesgo de contener a los soviéticos era mucho menor que el dejarlos expandirse. Johnson nos habla de la dimensión y las implicaciones de esta nueva política:

En febrero-marzo de 1949, un grupo de funcionarios del Departamento de Estado y de Defensa redactó un documento titulado “Consejo Nacional de Seguridad 68”, que trazaba las líneas básicas de la política exterior y defensiva de Estados Unidos para los treinta años siguientes. Afirmaba la idea de que Estados Unidos, en cuanto era la más grande de las potencias libres, tenía obligaciones morales, políticas e ideológicas que la llevaban a preservar las instituciones libres en el mundo entero y de que debía de equiparse con los medios militares necesarios para afrontar esta situación. Era indispensable que poseyera fuerzas convencionales y nucleares suficientes, una decisión confirmada el 3 de septiembre de 1949, cuando un B-29 que patrullaba el Pacífico Norte a 5,000 metros de altura aportó pruebas concretas de que los soviéticos habían detonado a fines de agosto su primer artefacto nuclear. El monopolio atómico había



concluido y, ahora, Estados Unidos había de afrontar la difícil tarea de proteger grandes regiones del mundo con sus fuerzas militares de finalidades múltiples. El “NSC-68” señaló que la URSS consagraba el 13.8 por ciento de su PNB a las armas, comparado con el seis o siete por ciento de Estados Unidos. En caso de necesidad, Estados Unidos podía alcanzar la proporción del veinte por ciento. En definitiva, el documento fue aprobado en abril de 1950. Representó una modificación histórica de la política estadounidense tradicional hacia el mundo. Poco a poco originó compromisos militares con cuarenta y siete naciones y llevó a las fuerzas estadounidenses a construir u ocupar 675 bases ultramarinas y a apostar un millón de soldados en el extranjero.<sup>24</sup>

El “Zar Rojo” resentía, entre otras cosas, un áspero mensaje de Tito durante la guerra: “Si usted no puede ayudarnos, por lo menos no nos estorbe con consejos inútiles”. En cuanto a la URSS, ante las dificultades de Stalin de ampliar su imperio en Europa, continuó el proceso de profundización. En el verano de 1947, poco después de que se anunciara el Plan Marshall, tocó el turno a Yugoslavia:

El mismo mes en que estaba desintegrando a la dirección checa, Stalin había reunido en Moscú a Dimitrov, el líder comunista búlgaro a quien humilló, y a Edvard Kardelj y Milovan Đilas, de Yugoslavia, a uno de los cuales, si se mostraba bastante flexible, pensaba convertir en sustituto de Tito. Les ordenó que reuniesen a Yugoslavia y Bulgaria en una federación económica según los criterios observados en el Benelux, una entidad que, Stalin creía, estaba formada por Bélgica y Luxemburgo. Cuando se le dijo que también incluía a los Países Bajos, lo negó y gritó, irritado: “¡Cuando digo no, significa no!”. Después, pasando al soborno, ofreció a los yugoslavos la carnada de la pequeña víctima de Mussolini: “Aceptamos que Yugoslavia absorba a Albania”, dijo, y realizó el gesto de chuparse el índice de la mano derecha.<sup>25</sup>

En Belgrado, no obstante, había otros planes. Tito recibió el informe del titánico encuentro y “olió el *Putsch* contra su propia persona”. Mas el líder yugoslavo era un “experimentado gángster político, familiarizado con las reglas de la supervivencia”, así que se adelantó. En primer lugar, interrumpió el flujo de información hacia Moscú. El 1º de marzo de 1948, “provocó la culminación de la crisis cuando consiguió que su Comité Central rechazara el tratado propuesto por Stalin”. Tito avanzaba con una firmeza digna del propio carnicero georgiano:

Tito marchaba un paso adelante en cada etapa de la disputa, la cual sirvió, simplemente, para identificar a los miembros del partido cuya lealtad fundamental era hacia Moscú. Tito quebró a dos de sus principales colegas, fusiló a su jefe de Estado Mayor del tiempo de la guerra, encarceló al subjefe político del Ejército y, en total, envió a la cárcel a 8,400 sospechosos del Partido, la policía y el Ejército. Los arrestos continuaron hasta ya entrado 1950.<sup>26</sup>

Los soviéticos respondieron y, el 27 de marzo, comenzaron la demonización de Tito y su partido. Los acusaron de antisoviéticos, antidemocráticos, de faltos de autocrítica, de no tener conciencia de clase, de mantener vínculos secretos con Occidente, de practicar espionaje antisoviético, de mencheviques, bujarinistas y trotskistas. Mientras más adjetivos colocaban a Tito y sus seguidores, más simpatías ganaban en su propio país.

El 28 de junio, el conflicto escaló. Moscú acusó a Tito de “cortejar a los imperialistas” para instalar una “una república burguesa”, es decir, “una colonia de los imperialistas”. Stalin invitó a los “elementos sanos del partido yugoslavo a reemplazar a los actuales líderes”. ¡Había que evitar el peligroso contagio! El conflicto iba *in crescendo*. La cólera del “Zar Rojo” reflejaba su impotencia. Impuso sanciones económicas, comenzó maniobras militares en la frontera con Yugoslavia y, desde 1949, “organizó falsos procesos en los países satélites; en estas parodias, Tito era el archivillano”. Sin embargo, Tito fue capaz de “mantener unido a su partido alrededor de una línea nacionalista y convenció a Stalin de que no podía derribar al régimen sin una invasión decidida del Ejército Rojo y combates en gran escala, los cuales posiblemente implicaran la intervención de Occidente”.<sup>27</sup>

Dicho cálculo no era infundado. Tito se mantuvo cerca de los británicos. Churchill siempre lo vio como un aliado y, en 1953, cuando, una vez más era Primer Ministro, recibió al croata y le dijo que “si Yugoslavia fuese atacada, combatiríamos y moriríamos con ustedes”. El dictador respondió: “Ésa es una promesa sagrada, y nos basta”.

### 3.3 Jiǎng y Máo

El relativo éxito de la política de contención en Europa no encontró un reflejo en Asia. De hecho, la política estadounidense no tenía coherencia global. No había un plan maestro, sino “una serie de expedientes prácticos, con enormes fallas y huecos y muchas contradicciones”. Así, mientras los estadounidenses lograban la estabilización militar y económica de Europa

occidental, instaurando los *katéches* de la prosperidad capitalista, la democracia, el Estado de Derecho y las relaciones internacionales cooperativas, en el Lejano Oriente continuaba la liminalidad. En parte, todo esto derivaba de los errores políticos de Roosevelt, quien sentía una especial “adhesión emocional” por China. Según él, el Gigante Asiático no era un problema, sino una solución:

Entendía que ese país representaba una de las cuatro grandes potencias y que debía y podía convertirse en la principal fuerza estabilizadora de Asia oriental. Cuando Estados Unidos entró en la guerra, Roosevelt se esforzó mucho por convertir en realidad esta visión o ilusión. Stalin reía. Churchill ardía de indignación: “Que China es una de las cuatro grandes potencias del mundo”, escribió a Eden, “es una farsa absoluta”. Roosevelt incorporó a China al sistema de los Cuatro Grandes, aunque, en una actitud característica, la excluyó cuando le pareció cómodo, sobre todo, en el vital tratado secreto de Yalta relacionado con Japón, que permitió la entrada de los soviéticos en Manchuria. Después, quizás impulsado por el sentimiento de culpa, habló con Jiǎng Jièshí: “Lo primero que pregunté a Jiǎng fue: ‘¿Desean a Indochina?’. Me contestó: ‘De nada nos sirve. No la queremos. Ellos no son chinos’”.<sup>28</sup>

La absurda noción de que Jiǎng podría ser “el arquitecto de la estabilidad de Asia” contrastaba con el hecho de que nunca logró controlar más de la mitad de China, además de que era un “mal administrador y un general mediocre”. Se pedía a Jiǎng instaurar un *katéchon* internacional cuando su país era pura liminalidad. El líder nacionalista casi no sabía nada acerca de los campesinos, ni tampoco le importaban. Su asociado ideal habría sido Máo, “que tenía prestigio a los ojos de las masas campesinas y profesaba un nacionalismo extremo”. Sin embargo, el líder comunista había ampliado sus bases después de la Larga Marcha. Ahora era más arrogante, exigente y titánico que nunca, pero también, más paranoico. Al “Mandarín Rojo” no le interesaba un pacto con Jiǎng. En febrero de 1942, estaba ocupado con el inicio de “su primera gran campaña ideológica, que denominó *rectificación* y cuyo objetivo fue depurar al Partido Comunista chino del marxismo abstracto y estéril e infundirle conciencia de la historia china”.<sup>29</sup>

La rivalidad entre Máo y Jiǎng se magnificó por el contexto: la invasión japonesa y la guerra civil. Era una rivalidad titánica que provocó desunión,

sufrimiento y muerte al pueblo chino. “En enero de 1941, las fuerzas del KMT de Jiǎng asesinaron a 9,000 hombres de las tropas de Máo, al sur del Río Amarillo. Después, los dos grupos chinos combatieron cada uno por su lado contra los japoneses, si bien ninguno de los dos se mostró muy eficaz. A menudo, luchaban unos contra otros”.<sup>30</sup> En diferentes momentos durante la II Guerra Mundial, Occidente y Stalin pidieron infructuosamente a Máo y a Jiǎng unirse para pelear contra los japoneses.

Paul Johnson explica la escalada destructiva de la guerra civil china como un conflicto personal, donde las circunstancias y el azar jugaron un papel esencial:

de modo que no hubo nada parecido a una inevitabilidad histórica en la Guerra Civil China. Fue un conflicto personal [...] Tampoco cabe afirmar que el desenlace de la guerra respondió a profundas fuerzas económicas y de clase. La gran mayoría de la enorme población de China no representó ningún papel desde el principio hasta el final. Es verdad que Máo alcanzó cierto éxito en la movilización de la energía y el descontento de los campesinos, y los aprovechó para sus fines. Esto respondió, en parte, al muy eficaz programa de alfabetización del KMT, que, en 1940, había llegado a la mayoría de las aldeas. También es cierto que algunos campesinos temían una victoria de Jiǎng, porque lo asociaban con el latifundio. Máo, sin embargo, no encabezó una cruzada para “dar” la tierra al pueblo. En las regiones donde él era más fuerte, ya la tenían. El sistema de las grandes propiedades no estaba tan difundido como creían los extranjeros. La tierra la poseían sus propietarios en cuatro quintas partes del norte, tres quintas partes de China Central y la mitad del sur. En la mayoría de los lugares, el problema principal no era la propiedad de la tierra, sino quién aportaría seguridad y paz.<sup>31</sup>

Si se quiere comprender como un fenómeno general, la guerra civil de 1945-1949 fue “la culminación del período de inestabilidad de los señores de la guerra, inaugurado con la destrucción de la monarquía”. Es decir, del fracaso del *katéchon* monárquico y de un largo periodo de liminalidad. Los *katéchones* tradicionales desaparecieron con gran rapidez, pero tampoco se instauraron los del Estado de Derecho, de la competencia pacífica por el poder, de la economía de la abundancia, de las relaciones internacionales cooperativas, del autocontrol y de la igualdad empática.

Máo triunfó y consiguió finalizar la larga liminalidad de la Guerra Civil. Su éxito se debió a que su ejército tuvo mayor capacidad de adaptación al período de la posguerra, a la miseria y las condiciones duras de una economía

destruida por una larga confrontación. En estas circunstancias, el “Mandarín Rojo” fue un señor de la guerra más eficaz que Jiǎng, “sobre todo, porque mantuvo a sus ejércitos alejados de la economía urbana”. La inflación fue lo que más dañó al Guómíndǎng:

Había llegado a ser incontrolable durante la última fase del Imperio japonés, del que China urbana era una parte importante. En 1945, en Japón mismo, el papel moneda llegó a perder totalmente su valor y, de hecho, se desarrolló una economía de trueque. La enfermedad se extendió a las ciudades chinas y remontó el curso de los grandes ríos. El régimen de Jiǎng, cuando asumió el poder durante los últimos meses de 1945, heredó una hiperinflación subyacente y no adoptó medidas apropiadas para contenerla. Los estadounidenses aportaron un caudal generoso de dinero y suministros [...], pero, cuando la guerra civil cobró verdadera intensidad y determinó que se manifestase nuevamente la hiperinflación, la ayuda estadounidense careció de importancia [...]. En Běijīng, los precios se quintuplicaron desde mediados de setiembre hasta mediados de octubre [...] En Manchuria y China del Norte, la inflación, de hecho, había paralizado a la industria. Muchos trabajadores iniciaron una huelga de hambre, provocada por la escasez crónica de arroz [...] En el último tercio de 1948, en Shànghǎi, los precios aumentaron veinte veces.<sup>32</sup>

La sofisticación de la economía urbana y de mercado hacía más vulnerable a Jiǎng que a Máo. En sus intentos por mantener la gobernabilidad, el “Generalísimo” hizo intentos pueriles por combatir la especulación. Para ello, impuso requisiciones de granos “a punta de bayoneta” y los pagaba a “precios controlados”. Empero, todo intento por atenuar la debacle económica iba ensombrecido por la profunda corrupción del Guómíndǎng. Los granos requisitados eran revendidos por el gobierno “a precios de mercado negro en beneficio de los rapaces funcionarios militares y civiles”. Así, el débil gobierno de Jiǎng parecía más el problema que la solución. Además de fracasar en materia económica, fracasó en materia de legitimidad política. El escenario era de hecatombe: “centenares de personas morían diariamente en las calles y los camiones municipales de recolección de residuos recogían los cadáveres”. Y la respuesta ante el problema: ¡más ineficacia, más corrupción! Y, sobre todo, ¡más incapacidad para establecer prioridades! En lugar de apoyarse en sus generales más capaces, “Jiǎng designó dictador económico a su hijo, el general Jiǎng Ching-kuo”. De inmediato, mostró que no tenía conocimientos de economía. Reformó la moneda, impuso el “dólar oro”, que,

en realidad “no tenía ni un gramo de oro”. Provocó desconfianza y convirtió la “hiperinflación en pánico descontrolado”. Esta medida alejó a uno de los más firmes sostenes de Jiǎng, “los bajos fondos y los pistoleros de Shànghǎi, porque los obligó a entregar cinco millones de dólares, que fueron a engrosar el fondo de guerra de Jiǎng”.<sup>33</sup>

El derrumbe económico de Jiǎng fue acompañado de su derrumbe militar. En el verano de 1948, en una sesión secreta, “se informó al parlamento del Guómíndǎng que, en agosto de 1945, el Ejército había contado con una fuerza de 3.7 millones de hombres y alrededor de 6,000 cañones de gran calibre. Las fuerzas del Partido Comunista chino contaban entonces con 320,000 hombres, de los cuales sólo 166,000 hombres estaban armados”. Sin embargo, los comunistas “estaban acostumbrados a vivir de la tierra y a exprimir a las ciudades”. Además, las tropas del KMT recibían su pago en papel moneda, que cada vez valía menos. Era una práctica común que vendieran “sus armas personales y todos los equipos de los que podían echar mano” para comprar comida. “Los oficiales eran peores que los soldados y los generales, los peores de todos. Hacia junio de 1948, el ejército KMT se había reducido a 2.1 millones de hombres; el ejército del Partido Comunista había aumentado a 1.5 millones, equipado con un millón de rifles y 22,800 piezas de artillería, más que el KMT (21,000)”. Casi todas las armas de los comunistas habían sido compradas a los hambrientos soldados del gobierno. “Por lo tanto, los estadounidenses, que habían suministrado a Jiǎng excedentes de la guerra del Pacífico por valor de mil millones de dólares, equiparon a los dos bandos del conflicto”.<sup>34</sup>

Al final de 1948, los comunistas tenían ya el control del norte de China. A principios de enero de 1949, Máo conquistó Tiānjīn y Běijīng se rindió. La guerra fue, hasta el final, muy sangrienta: la batalla de Xúzhōu costó 400,000 bajas al KMT: “De ellas, 200,000 prisioneros, hambrientos y mal pagados, fueron incorporados [...] al ejército del Partido Comunista Chino, con 140,000 rifles estadounidenses”. Jiǎng comenzó el desalojo de sus leales hacia Taiwán (Formosa). En abril, Máo cruzó el sur del Cháng Jiāng y ocupó Nánjīng. “Hacia octubre, controlaba todo el territorio continental chino y [...] había restablecido la precaria unidad de los tiempos imperiales”.<sup>35</sup>

Con el triunfo de los comunistas parecía que la muerte, el hambre y la desesperación también concluían. Máo, sin embargo, tenía otros planes y la liminalidad continuó:

El primer acto de Máo fue ampliar su “reforma agraria”, ya iniciada en el Norte, a todo el país. Estaba dirigida contra “los matones locales y los malos señores” y exhortaba a los campesinos a matar, “no a uno o dos,

sino a un buen número de ellos”. Perecieron por lo menos dos millones de personas, la mitad formada por los tiránicos propietarios de menos de quince hectáreas. Máo, el romántico revolucionario, arrojó a la nación más grande de la Tierra a un frenesí de activismo violento que habría de rivalizar con la ingeniería social de Hitler y Stalin.<sup>36</sup>

¡El “romántico revolucionario”! dice Johnson. Se trata de un personaje equiparable al “moderno prometeico” del que habla Girard en *Mentira romántica y verdad novelesca*. El titanismo que parece inocente en las mentes de los idealistas que charlan en una cafetería, pero que se convierte en hecatombe cuando cae en las manos de paranoides vanidosos con poder.

### 3.4 Las consecuencias inmediatas del ascenso de Máo

Paul Johnson habla de dos consecuencias inmediatas del ascenso de Máo: en primer lugar, la decisión estadounidense de mantener su presencia en Japón y, en segundo, la Guerra de Corea.

Se trató de dos casos muy diferentes, aunque ambos, acicateados por la rivalidad URSS-EE. UU. En el caso de Japón, Estados Unidos actuó con gran ventaja y, en el mediano plazo, se instauraron los *katéchones* de la prosperidad capitalista, el Estado de Derecho, la democracia y las relaciones internacionales cooperativas. En cuanto a Corea, en lugar del dominio de EE. UU., la situación fue moldeada por una escalada mimética entre estadounidenses y soviéticos.

En el Japón de la posguerra, Estados Unidos tuvo mano libre, al amparo de la declaración de Pótsdam. Además, los soviéticos entraron muy tarde a la Guerra del Pacífico y no pudieron reclamar su pedazo de botín. El general MacArthur gobernaba como “un Tenno constitucional”. En el verano de 1947, los estadounidenses pensaban abandonar el país, pero los japoneses no contaban aún con una policía, ni un ejército ni un sistema de inteligencia lo suficientemente desarrollado para afrontar “el semicírculo de hostilidad activa”, conformado por la subversión comunista local y la URSS, que controlaba las islas Kuriles, Sajalín meridional y Corea del Norte. Así es que, antes de materializar su salida, los estadounidenses analizaron el desastre chino de 1948-1949. Por tanto, en 1949, en lugar de abandonar Japón, modificaron su política: “Se suspendió la ocupación que pesaba sobre las espaldas del gobierno y la economía japonesa; se desplazó el eje del castigo a la expansión y del neutralismo y la desmilitarización a la integración del Japón en el sistema occidental, por intermedio de un generoso tratado de paz”.<sup>37</sup>

A principios de 1950, la política estadounidense en Asia era dictada por Acheson, quien creía que la “comunización de China no representaba una pérdida irremediable, pues China y la URSS pronto disputarían”. En realidad, había un pacto secreto entre Stalin y Máo, según el cual los soviéticos entregarían a China el ferrocarril manchuriano y Puerto Arturo. Detrás de tanta generosidad de Stalin “se encontraba su ansioso deseo de evitar con Máo la repetición del error que había cometido con Tito, es decir, tratarlo como un títere y no como un dictador colega que había afianzado su régimen con sus propios esfuerzos”.<sup>38</sup>

Basado en la falsa creencia de la disputa soviético-china, Acheson consideró que se podía excluir de la estrategia estadounidense de contención a Taiwán, Indochina e incluso a Corea. De hecho, soviéticos y estadounidenses habían retirado ya sus tropas en esa nación que se encontraba dividida entre Norte y Sur.

Peor aún, la estrategia de Stalin en el Lejano Oriente implicó justamente el reverso de su política en Europa oriental. Mientras en ésta, la URSS detuvo sus aventuras militares, en parte, por el temor a que la escalada llamara a la represalia occidental y, en parte, por lo costoso que se había vuelto dicha empresa una vez que las democracias liberales estuvieron decididas a elevar la apuesta. Por ello, el “Zar Rojo” cambió de estrategia: en lugar de expansión territorial, profundización sobre lo ya obtenido. Mas, como ya vimos, este plan falló en Yugoslavia, así es que en Asia se implementó uno distinto. En el verano de 1948,

Zhdánov, que había presidido la excomunión de Tito, falleció repentinamente el 31 de agosto de 1948, probablemente, asesinado por orden de Stalin. Con Máo, como reconocimiento de que era el amo de su propia casa, Stalin aplicó una táctica distinta [...]. Decidió unir al nuevo régimen chino con el bloque soviético, no mediante amenazas y la interconexión de la estructura económica, sino elevando la temperatura militar en Lejano Oriente. El discurso de Acheson en enero de 1950, con su idea optimista de que, si Occidente dejaba en paz China, ésta debía de romper con la URSS, sugería el peligro: la destacada omisión de Corea sería el medio de enseñar a China dónde estaban sus verdaderos intereses militares. Si éste fue el razonamiento de Stalin, en definitiva, resultó acertado. La guerra de Corea postergó una década la ruptura entre los soviéticos y los chinos. No puede decirse que Stalin precisamente planeó la guerra. Al parecer, en la primavera de 1950, convino en que Kim Il Sung, el dictador comunista de Corea del Norte, podía desencadenar un ataque limitado a lo largo del paralelo 38, durante el mes de noviembre.<sup>39</sup>



Sin embargo, Kim Il Sung no era controlable. De hecho, convirtió la “maniobra exploratoria de Stalin en un ataque de todo su ejército y comenzó a operar el 25 de junio, con éxito suficiente para sembrar el pánico entre los estadounidenses”.<sup>40</sup>

El norcoreano poseía una vanidad titánica asombrosa. En el periódico oficialista de su país se le describía como “el jefe respetado y bienamado”, “un gran pensador y teórico”, responsable de la “idea orientadora de la revolución de nuestra época”, un “gran profesional revolucionario que ha realizado milagros innumerables y legendarios”, un “comandante de voluntad de hierro y brillo incomparable que siempre obtiene la victoria”, así como “el tierno padre del pueblo [...] que lo abraza sobre su amplio pecho”.<sup>41</sup> También era un astuto manipulador. Comenzó entonces la horrible Guerra de Corea que afianzó al dictador.

Mas el éxito de Kim contó también con la fortuna. Claro está, la buena suerte del dictador significó la mala suerte para sus enemigos y, sobre todo, para su propio pueblo. Johnson dice que se trató de una “tragedia característica del siglo XX”:

- i) desencadenada por razones ideológicas,
- ii) sin contar con el apoyo popular de ninguna de las partes implicadas,
- iii) que provocó la muerte de un millón de coreanos, 250 mil chinos y 34 mil estadounidenses,
- iv) y donde ninguna de las partes logró sus objetivos.

La tragedia derivó de una serie de “errores garrafales” de ambas partes. En este caso, el espejo mimético implicó copiar malas decisiones:

- i) Kim y Stalin subestimaron cómo reaccionaría Estados Unidos;
- ii) Truman pensó que el ataque era el primer paso hacia una invasión a Japón y un desafío directo a “la voluntad de Estados Unidos de sostener el Derecho internacional a través de las Naciones Unidas”.<sup>42</sup>

El Consejo de Seguridad, con su sistema de veto, en particular, y la ONU, en general, habían reflejado fielmente los acuerdos entre las grandes potencias. Sin embargo, la Guerra de Corea terminó distorsionando dicho *establishment*. Todo comenzó con un error de Truman, que quiso usar a la

organización para legitimar su decisión de intervenir en Corea. De hecho, el mandatario estadounidense no necesitaba a las Naciones Unidas, ya que el acuerdo de Pótsdam le otorgaba a “Estados Unidos atribuciones suficientes para actuar por sí solo”. Mas Truman deseaba “el respaldo de la autoridad moral de las Naciones Unidas”. Para ello, “esquivó al Consejo de Seguridad y obtuvo la autorización de la Asamblea General de las Naciones Unidas”.<sup>43</sup>

Aquí comenzaron, entonces, las primeras consecuencias involuntarias provocadas por Truman y que afectaron el orden internacional para siempre:

- 1) El debilitamiento de la ONU, que había sido un organismo útil para el orden internacional, aunque limitado. Dejó de serlo y comenzó a convertirse en un instrumento de propaganda.
- 2) Truman buscó la aprobación de Naciones Unidas, pues no contaba con el respaldo del Congreso de su propio país, por lo que comenzó el presidencialismo supraconstitucional con capacidad para hacer la guerra.
- 3) Se obstaculizó la aproximación de China con Estados Unidos, distanciamiento que era, justamente, el objetivo de Stalin.
- 4) Los soviéticos también tuvieron un revés importante: pensaron que la guerra aumentaría la dependencia militar china respecto a la URSS. Ocurrió lo contrario. Al decir de Johson: “Máo convirtió a China en una potencia militar de primera línea, algo que ciertamente no había estado en los propósitos de Stalin”. Peor aún, el dictador chino indujo a los sucesores del “carnicero de Georgia” a colaborar en la transformación de China en potencia nuclear. Años más tarde, “Jrúshchov se quejó de que la URSS había dado a los chinos casi todo lo que éstos pidieron”. Incluso, “los soviéticos se disponían a entregar el prototipo de una bomba cuando, de pronto, lo pensaron mejor. Los chinos afirman que, el 20 de junio de 1959, el gobierno soviético faltó unilateralmente al acuerdo [...] y rehusó suministrar a China una bomba atómica”. No obstante, ya no era posible “contener el ímpetu que la ayuda soviética imprimió al programa chino”. Y, en 1963, China estaba ya “en el umbral de su primera prueba con la bomba atómica. La treta de Stalin postergó la ruptura una década, pero determinó que fuese mucho más grave cuando al fin sobrevino”. Desde entonces, “la URSS tuvo que lidiar con otra gran potencia militar en sus fronteras sudorientales”.<sup>44</sup>

5) Finalmente, la última consecuencia involuntaria de la Guerra de Corea fue la aceleración del rearme de las grandes potencias. “Truman había adoptado, en enero de 1950, la decisión de construir la bomba H, pero [...] tropezaba con grandes dificultades para que el Congreso financiará el programa NSC-68”.<sup>45</sup> En 1950, el gasto en defensa fue de 17,700 millones de dólares. Un año después, ya en el contexto de la Guerra, pasó a 44,000 y, en 1952, a 50,000 millones de dólares. Estos incrementos posibilitaron el desarrollo de armas nucleares tácticas, la organización de cuatro divisiones adicionales destinadas a Alemania, la rápida construcción de bases aéreas de ultramar, un despliegue mundial del Comando Aéreo Estratégico, la construcción de una flota de portaaviones nucleares y el aumento de la capacidad móvil. En febrero de 1951, la producción estadounidense de aviones había recuperado su nivel de 1944. Los aliados de Estados Unidos también se rearmaron y la remilitarización de Alemania se convirtió en realidad.

Respecto a la guerra en sí misma, cabe mencionar que MacArthur rechazó el avance de los norcoreanos y en sólo tres meses había recuperado Seúl, la capital sureña. Sin embargo, después de una fallida campaña en la frontera de China, Truman lo despidió. Con dificultad, las Naciones Unidas restablecieron las fronteras cerca del paralelo 38. Estados Unidos se encontraba desesperado. Los diarios de Truman reflejan su ímpetu por utilizar armas nucleares, tanto en enero como en mayo de 1952, pero no fue el único. Tan pronto como Eisenhower se convirtió en Presidente, comunicó a los norcoreanos la amenaza de usar armas nucleares por medio del gobierno de la India. El secreto de Truman se transformó en un grito de frustración por parte de su sucesor.

Estados Unidos no fue la única potencia en rearmarse: Alemania volvió a militarizarse. Johnson señala que “si la Guerra Fría comenzó a causa de Polonia, llegó a su madurez por Corea y abarcó al mundo entero. De hecho, Stalin había polarizado a la Tierra.” Éste es otro de sus oscuros legados a la Humanidad.

### 3.5 Los últimos años del titán rojo

Los últimos años de Stalin estuvieron caracterizados por un vínculo de envidia con los países surorientales y un “abismo de miedo y suspicacia”.

La “Cortina de Hierro” fue una consecuencia directa de esta polarización temible. El “Zar Rojo” temía al bacilo de las ideas que provenían del “cosmopolitismo”, un término titánico para expresar su odio por los occi-

dentales, de la misma forma que Hitler odiaba a los judíos. Por lo que cualquier soviético que hubiera estado en contacto con el “exterior” (prisioneros de guerra, oficiales, técnicos, periodistas y miembros del Partido) podía terminar en el Gulag:

Los intelectuales de todas las categorías fueron sometidos a presión. La cacería de brujas se desencadenó el 14 de agosto de 1946; fue característico que sucediese en Leningrado, una ciudad a la que Stalin odió toda su vida tan apasionadamente como Hitler odió a Viena. Los blancos del primer ataque fueron los periódicos *Zvezda* y *Leningrad*, la poetisa Anna Ajmátova y el humorista Mijaíl Zóshchenko; pronto se extendió a todas las artes. Aleksándr Fadéiev, que recibió el premio Stalin por su novela de guerra de 1946 titulada *La joven guardia*, tuvo que reescribirla en 1947, de acuerdo con la rigurosa línea partidaria. Se denunció a Vano Muradeli por su ópera *La gran amistad*. La persecución se concentró en la 9ª. sinfonía de Dmitri Shostakóvich; aterrorizado, el compositor se apresuró a crear una oda que elogiaba el plan de forestación de Stalin. La cacería se desplazó hacia el *Concierto para piano* de Aram Jachaturián, de modo que el compositor cambió totalmente su estilo. Después, se la tomó con Eisenstein, cuyo filme, *Iván el Terrible*, fue criticado porque menoscababa a su protagonista. En junio de 1947, llegó el turno de los filósofos: las fallas de *Historia de la filosofía de Europa occidental* de G. F. Aleksándrov fueron el pretexto de una purga. En el área de la economía, el libro de Eugen Varga, que describía la economía capitalista durante la guerra, sirvió al mismo propósito. A partir de 1948, la física teórica, la cosmología, la genética, la medicina, la psicología y la cibernética fueron sistemáticamente expurgadas. Se condenó la teoría de la relatividad no — como en Alemania nazi— porque Einstein fuese judío, sino por razones igualmente impertinentes: Marx había dicho que el universo era infinito y Einstein tenía ciertas ideas de Mach, que habían sido proscritas por Lenin. Detrás de todo esto se advertía la suspicacia de Stalin frente a las ideas aún remotamente relacionadas con los valores occidentales o burgueses. Estaba desarrollando lo que los comunistas chinos denominarían más tarde una “revolución cultural”, el intento de modificar las actitudes humanas fundamentales en toda la gama del conocimiento mediante el empleo del poder policial desnudo.<sup>46</sup>

Todo lo anterior fue parte de un plan del líder soviético para aumentar el poderío de la URSS, ante lo que llamó “todas las contingencias”. Pronto se

comenzó a argumentar en favor de la charlatanería en áreas como la agricultura y la medicina, así como la lingüística. Stalin,

Generalmente, dejaba a cargo de otros la tarea de empuñar la pluma en nombre del jefe. *Pravda* escribió: “Si usted tropieza con dificultades en su trabajo o de pronto duda de sus cualidades, piense en él [en Stalin] y encontrará la confianza que necesita. Si se siente cansado en momentos en que no debería de ser el caso, piense en él [en Stalin] y su trabajo se desarrollará bien. Si está buscando una decisión acertada, piense en él [en Stalin] y la hallará”. Stalin preparó la escenografía de su propia apoteosis como expresión de la sabiduría humana en la *Gran Enciclopedia Soviética*.<sup>47</sup>

La campaña de Zhdánov no tardó en trasladar su antioccidentalismo al antisemitismo. El propio Jrúshchov había dicho que Stalin, además de contar chistes antisemitas, inducía a que los obreros de las fábricas golpearan a los judíos. Al estilo nazi, muchos judíos fueron enviados a los campos de trabajo forzado y la propaganda nacional exhibía los rasgos antisemitas del régimen; de nuevo se trataba de la búsqueda de chivos expiatorios. Tal asunto también se vió en una nueva purga en el Partido. Cerca de mil personas fueron fusiladas en el “asunto de Leningrado”. Empero, la persecución en esta ocasión también cobró la vida de las esposas judías de los miembros del régimen.

No sólo los judíos sufrieron la persecución. “El mariscal Zhúkov había sido enviado a las provincias, en 1946, porque era excesivamente popular y, una vez que estuvo en el destierro, mantuvo prudente silencio”. Tres años después, la esposa de Mólotov, Polina, fue enviada a Kazajistán. “Era judía y se la acusó de conspiración sionista, pero la verdadera razón quizá fue su anterior amistad con Nadia, esposa de Stalin”. Stalin también “encarceló a la esposa de Kalinin, el jefe del Estado soviético. Hubo otros casos de persecución a las esposas, uno de los últimos placeres del anciano”.<sup>48</sup> Curiosamente, los matrimonios de judíos con no judíos eran una práctica popular incluso en su propia familia: cinco de sus ocho nietos no eran bienvenidos en sus reuniones familiares.

La paranoia del viejo titán iba en aumento y, en el año de 1952, la producción de armas nucleares se aceleró, en parte, por el temor a una conspiración judía. El modo en que se ejercía el poder se basaba en órdenes verbales del cada vez más aislado Stalin —como auténtico doble mimético de Hitler—, si bien mantuvo siempre un vínculo fuerte con Lavrenti Beria, su jefe de la policía secreta, quien estableció una red de vigilancia electrónica por toda Moscú y quien, además, le suministraba información que lo volvía aún más paranoico.

De cualquier manera, Stalin desconfiaba y espiaba a Beria, pues creía que era judío. El titán soviético siempre desconfió y mató por montones a los asesinos que conformaban su propia policía secreta. En 1952, en el XIX Congreso del Partido, Stalin dio señales de que algunos de sus colegas se habían convertido en sus enemigos: Viacheslav Mólotov, Anastás Mikoyán y Kliment Voroshílov fueron las víctimas elegidas. Sentía la necesidad de matar a sus cercanos, como si estos sustitutos pudieran satisfacer a la Muerte, como si la intentara convencer de no acabar con él.

Ante el deceso de Zhdánov, el antisemitismo cobró una nueva fuerza. El 4 de noviembre de 1952, los doctores judíos que trataban a los oficiales soviéticos fueron arrestados:

Sus “confesiones” debían de ser la base de nuevos arrestos y procesos, como había sucedido a partir de 1934. Al ordenar que los interrogasen, Stalin gritó: “¡Golpeen, golpeen y vuelvan a golpear!”. Dijo a Ignatov, jefe de seguridad, que, si no podía obtener confesiones plenas, “a usted le acortaremos el cuerpo en una cabeza”. Al difundir copias de las confesiones preliminares, Stalin preguntó: “¿Qué sucederá si no estoy yo? El país padecerá porque ustedes no saben identificar a los enemigos”. Ahora estaba totalmente aislado. Incluso ordenó arrestar como espía a su último compinche, su mayordomo Vlasik, general de la policía de seguridad. Analizaban sus alimentos en un laboratorio antes de que él los tocara. Temía que el aire de su casa estuviese envenenado por un vapor mortal mencionado en 1938 durante el juicio a Iagoda. Todo esto recuerda extrañamente los últimos años de Hitler.<sup>49</sup>

Tal paranoia culminó en la muerte de Stalin. En su lecho, mientras se automedicaba yodo, no permitió que ningún médico lo atendiera. El médico que había tenido por años permanecía, literalmente, encadenado. Hacia febrero de 1953, aislado del mundo, el carnicero georgiano perdió el habla y murió. Pronto, el caos se desató en la Unión Soviética y los hombres de Beria asesinaron a centenares de personas.

### 3.6 La cacería de brujas en EE. UU.

Los movimientos violentos en la URSS contrastaron con el optimismo y la libertad en Estados Unidos durante la posguerra. El país dio paso a la expansión más grande del capitalismo hasta ese momento. El otoño de 1946, inició este periodo —caracterizado por los gastos de consumo—, el cual se extendió

por Europa —donde el Plan Marshall ya funcionaba—, Japón y el Pacífico y cesó su intensa expansión aproximadamente a mediados de los setenta. Lo anterior fue un resplandor de la Arcadia de los veinte; una expansión de la demanda de todo lo que era consumible. Sin embargo,

había una atmósfera de tensión patriótica, pues los estadounidenses estaban esfumándose por afrontar la magnitud de la responsabilidad global que comenzaban a asumir. También en este aspecto, el contraste con la URSS es acentuado e instructivo. Estados Unidos es una sociedad asombrosamente abierta y, en ciertos sentidos, vulnerable. Tenía pocas defensas contra la penetración sistemática de sus órganos, practicada por el estalinismo en enorme escala durante los años treinta.<sup>50</sup>

Ante tal apertura, el comunismo permeó en algunos sectores sociales en Estados Unidos. Su legislación para prevenir dicha situación era débil; los comunistas infiltrados, de ser descubiertos, fácilmente podían ampararse con la Ley Hatch y la Ley Smith. Si bien era un problema que se había dado desde la implementación del Nuevo Trato, Roosevelt no había hecho nada al respecto. Cuando, en la época de la posguerra, vio un alza de estos casos, en el otoño de 1936, Truman estableció la Comisión Provisional acerca de la Lealtad de los Empleados y la Orden Ejecutiva 9835. Ésta permitía la investigación de los empleados federales, de sus credenciales políticas, así como de sus afiliaciones.

El final de la década de los cuarenta fue una reivindicación de los errores de Roosevelt. La época de la guerra había visto la relación mimética entre Stalin y Roosevelt. Éste lo admiró frívolamente. A nivel nacional se dio la comprensión de que de continuar con las mismas políticas, Estados Unidos podía correr la misma suerte que Europa oriental o China. Mientras la Guerra Fría se desarrollaba, también lo hacía la conciencia de las “locuras del pasado”, es decir, de la permisividad de Roosevelt frente a los comunistas. Aunque, en aquel entonces, las infiltraciones no fueron en todas las áreas del gobierno, sí lo fueron en los asuntos del Tesoro y las armas nucleares; información secreta crucial en la estrategia de guerra.

Por ejemplo, Dexter White, quien más influencia poseía en el Departamento del Tesoro, fue clave para que, a nombre del gobierno estadounidense, se dieran a los soviéticos “planchas del Tesoro de Estados Unidos, con el fin de imprimir el circulante utilizado en las zonas ocupadas, una decisión que, en definitiva, costó 225 millones de dólares al contribuyente estadounidense”.<sup>51</sup>

Los testimonios de algunos exespías comunistas ayudaron a que Estados Unidos se concientizara de que había redes soviéticas dentro del gobierno es-

tadounidense. El FBI encontró que la información secreta se filtraba desde el Departamento de Justicia, la Administración Económica Exterior y la Junta de Guerra Económica, así como de la Junta de Producción Bélica. Los principales agentes soviéticos colaboradores de Stalin en territorio estadounidense fueron: Edward Stettinius, Julius y Ethel Rosenberg, Morton Sobell, David Greenglass, Harry Gold, J. Pelers y Alger Hiss, quien tuvo la mayor atención mediática al ser encontrado culpable de esconder su afiliación comunista. El rápido desarrollo de la bomba atómica en la URSS no fue una sorpresa.

Si bien el gobierno de Truman ya había buscado corregir las fallas de origen, para 1950, se desencadenó una cacería de brujas, instigada por el senador —un republicano extremista— Joe McCarthy, quien afirmaba que doscientos cinco comunistas trabajaban dentro del Departamento de Estado. Cabe destacar que los años cincuenta vieron el ascenso del conservadurismo en Estados Unidos, en parte por las amenazas reales del contexto internacional. McCarthy utilizó el clima político del momento a su conveniencia.

Al igual que en la Inglaterra del XVII y XVIII, el sistema de comités del Congreso que empleó el mccarthismo —inaugurado con el famoso discurso en Wheeling, Virginia— se usó para la persecución política:

McCarthy habría tenido escasa importancia si ese mismo verano no hubiese estallado la guerra de Corea. Una vez que la guerra concluyó, McCarthy fue destruido rápidamente [...] El daño infligido por McCarthy a muchas vidas individuales respondió a dos factores especiales. El primero fue la ineficacia de las leyes estadounidenses contra los libelos, lo cual permitió que la prensa publicase impunemente las afirmaciones infundadas de McCarthy [...]. La prensa y, en especial, los servicios noticiosos convirtieron un abuso en un escándalo. En segundo lugar, gravitó la cobardía moral demostrada por ciertas instituciones, sobre todo en Hollywood y Washington, porque se inclinaron ante la irracionalidad dominante.<sup>52</sup>

Sin embargo, el mccarthismo surgió de un sistema que más tarde lo marginaría. El tipo de sociedad libre de Estados Unidos permitió que la publicidad diera voz a McCarthy, pero, más tarde, la propia publicidad se encargaría de la censura; si bien es pertinente señalar que Harry Truman y su sucesor, Dwight Eisenhower, contribuyeron a la debacle del senador. Ambos presidentes buscaron obstruirlo. En contraste, en la URSS, la campaña basada en el miedo, el zhdanovismo, era compartida por el poder político, que permitía el uso de herramientas de autoridad ejecutiva y judicial. La cacería de brujas soviética fue, en comparación con la propia de Estados Unidos, mucho más larga y dramática. Después de todo, los estadounidenses tenían contrapesos



para detener a los radicales y ni la clase política ni la opinión pública los soportó durante mucho tiempo.

El inicio del gobierno de Eisenhower estuvo caracterizado por la terminación de la guerra, en otoño de 1952. Fue como si la paz fuese “siempre una causa ganadora en Estados Unidos”.<sup>53</sup> Mas el compromiso con la paz sólo fue el centro de las agendas de Eisenhower y de Richard Nixon.

Eisenhower consideraba que en Corea se desarrollaba una guerra innecesaria en la que se habían cometido muchos errores. Se sintió impresionado cuando supo del número de veces que el gobierno de Truman “había contemplado el empleo de armas nucleares contra Manchuria y China misma e incluso contra la URSS; y la inclinación a considerar el bombardeo en vasta escala contra China”. Eisenhower, por el contrario, se enfocó en “superar el punto muerto al que había llegado el armisticio y, en lugar de planear en secreto el empleo de la fuerza nuclear, utilizó amenazas nucleares en el marco de una diplomacia privada. Esta táctica fue eficaz”.<sup>54</sup>

El mccarthismo se alimentaba de la guerra. Una vez terminada, el Ejecutivo convenció a algunos senadores de que censuraran al senador de Wisconsin y su histeria anticomunista.

El gobierno de Eisenhower tuvo los niveles más altos de productividad del siglo XX, lo que le dotó a su personalidad de un aura mitológica, pero se mostraba modesto. Más allá de ser perezoso —como los medios lo catalogaban— y jugar golf en sus tiempos libres, parecía delegar sus decisiones a otros y al propio Congreso estadounidense. Más tarde, su vicepresidente, Nixon, expresaría que Eisenhower trabajaba mucho, atendiendo problemas de forma “compleja” y “tortuosa”; y que “siempre aplicaba dos, tres o cuatro líneas de razonamiento a un solo problema, si bien, generalmente, prefería el enfoque indirecto”.

Jim Haggerty, jefe de prensa de Eisenhower, se ocupaba de la publicidad al tiempo que ocultaba el trabajo del Presidente. Por ejemplo, con respecto a sus juntas con la CIA y el Departamento de Estado y Defensa, en las que se veía la alta eficiencia y la pseudodelegación del Presidente, a diferencia de lo que Johnson llamaría la “anarquía romántica” de John F. Kennedy. A Sherman Adams, jefe de personal y a John Foster Dulles, secretario de Estado, se les veía como *prime donne* para que protegieran a la Presidencia del escrutinio, pero Eisenhower era quien realmente tomaba las decisiones:

Cuando hablaba de estas cuestiones seriamente, en un círculo oficial protegido, formulaba constantemente conceptos de elevada jerarquía utilizando la extraña jerga militar a la cual estaba acostumbrado y que le permitía expresar y, al mismo tiempo, disimular sus pensamientos. En realidad, Eisenhower utilizaba dicha jerga, sobre todo, en las conferen-

cias de prensa, para evitar las respuestas que no podía esquivar si empleaba un inglés llano; a menudo fingía ignorancia por la misma razón. Más aún, llevaba su maquiavelismo al extremo de fingir que entendía mal a su propio traductor cuando trataba con extranjeros difíciles.<sup>55</sup>

La discreción de Eisenhower fue apreciada por Churchill. Las cualidades del estadounidense le permitieron:

1) Evitar la guerra en caso de un posible enfrentamiento con los soviéticos, con China y con Medio Oriente en 1958; contener la guerra de Suez, en 1956; y terminar la Guerra de Corea. Para que los militares estadounidenses entraran a cualquier lugar del mundo, puso como condición la autorización del Congreso y el apoyo de los aliados.

2) Imponer el control constitucional sobre el actuar militar, lo que significó un mejor control de la CIA —a excepción de cuando delegó la inteligencia a Dulles en las operaciones de Indonesia, en 1958—, como se demostró con las operaciones en Guatemala e Irán. Sin embargo, la ruta que tomó la política de Eisenhower fue la del balance entre aislacionismo y el hiperactivismo en la intervención internacional. Había algunos compromisos reales y otros, sólo retóricos. Además, al Presidente no le gustaban los generales en la política. El principal temor de Eisenhower, en la tensa atmósfera provocada por la Guerra Fría, era que el gobierno quedase sometido al poder de una combinación de senadores belicosos, jefes militares excesivamente entusiastas y codiciosos proveedores de armas, lo que él denominaba el “complejo militar-industrial”.<sup>56</sup>

3) Fortalecer la seguridad de la libertad en el mundo, asentada sobre la economía de Estados Unidos. Se trataba de una economía que, después de la guerra, pudo reproducirse en Japón y Europa occidental, pero que también podía ser destruida por un gasto desordenado, algo que el mismo Eisenhower temía. Es por esto que el Presidente buscaba evitar a toda costa los compromisos federales que elevaran el gasto. De tal forma que la seguridad social pasó a segundo plano frente al control de la inflación.

Gracias a Eisenhower, el mundo redujo sus amenazas de guerra. La política de contención logró cierta estabilidad, misma que las grandes guerras habían roto.

## CAPÍTULO IV

# EL OCCIDENTE EXPIATORIO

Aranza Rubio Osornio

Desde el capítulo 14 hasta el 18, Paul Johnson explica los procesos de descolonización posteriores a la II Guerra Mundial. Los trata en un contexto más amplio, compuesto de:

- 1) la presión antiimperialista al interior de las democracias y la falta de voluntad de poder del ala imperialista en Francia y el Reino Unido;
- 2) la presión antiimperialista de Estados Unidos;
- 3) la voluntad de poder de las nuevas élites locales en las colonias, en parte estimulada por la II Guerra Mundial;
- 4) la influencia de la Unión Soviética, que criticaba el imperialismo occidental al tiempo que justificaba el suyo propio.

Para Paul Johnson, la descolonización y la formación de los nuevos Estados trajo resultados decepcionantes. En primer lugar, porque las élites independentistas elevaron las expectativas de los otros pueblos colonizados. Hicieron creer a sus compatriotas que todos sus males habían comenzado con el imperialismo: lo mismo la pobreza que la injusticia social, la falta de democracia que de libertad; todo se atribuía al imperialismo. En realidad, muchos de los pueblos colonizados por los imperios europeos habían sido colonizados previamente por otros pueblos tradicionales; muchos de los males de las colonias estaban ahí ancestralmente.

De esta ideología que demonizaba a los imperios europeos, las élites independentistas derivaron una conclusión simple, que, claro está, cautivaba a las masas: al irse los “blancos” imperialistas, todos los problemas se resolverían y terminaría el saqueo de los recursos naturales, la explotación, la violencia, la denigración, la represión, etcétera... ¡comenzaría una época maravillosa!

Pero nada de esto ocurrió. Los imperialistas se fueron y los problemas siguieron ahí. Los explotadores “blancos” sólo fueron sustituidos por los explotadores locales, que, en ocasiones, eran incluso más brutales que los europeos, con mejorada violencia ideológica. Peor aún, los males ancestrales ahora se sentían peor, porque las expectativas crecientes los hacían insoportables. La paciencia, la resignación, la promoción de los bienes externos por encima de los internos, otrora elementos de sabiduría, ahora eran vistos como conformismo y mediocridad. El encapsulamiento y el holismo dejaron de contener los deseos de los millones de “nuevos ciudadanos”.

Paul Johnson muestra que, en la mayoría de los casos, en lugar de seguir la senda del liberalismo económico, que implica esfuerzo educativo, libre circulación de las ideas, las tecnologías, las mercancías, realismo, cambios lentos, modificación de los hábitos de trabajo, ahorro y consumo, las élites independentistas intentaron imponer un sistema donde la prosperidad y los beneficios de la civilización se alcanzaban sin esfuerzo, sólo con el proceso mágico de expulsión de los europeos.

No llegaron a las nuevas naciones los mejores *katéchones*, es decir, la prosperidad, el autocontrol, la axialidad, los límites a los gobernantes mediante el equilibrio de poderes y la circulación de las élites en procesos democráticos, el pacifismo internacional del comercio, la atracción de las inversiones extranjeras y la transferencia de tecnologías.

La magia de los independentistas no sirvió, y la gente estaba cada vez más molesta. Para las nuevas élites, lo importante ahora no era cómo aminorar el enojo que, en parte, había sido causado por ellas mismas; lo urgente era cómo canalizar la ira. La TM, como ya hemos visto, nos muestra que la lógica de los chivos expiatorios es, en sí misma, la de las sustituciones de culpables. La nueva élite tenía, entonces, dos opciones:

- 1) Iniciar el lento, complicado, proceso hacia el liberalismo y la democracia, cuyos resultados, como ya lo había dicho Alexis de Tocqueville, no son heroicos, sino rutinarios; un camino que no es sencillo e implica trabajo y esfuerzo, pero que, a la larga, produce estabilidad y prosperidad —generalmente, moderada—. Lo cual conlleva, gradualmente, a desechar la noción de que los chivos expiatorios son los verdaderos culpables y a comenzar a asumir la responsabilidad individual.

2) Fortalecer el mecanismo del chivo expiatorio, ofrecer soluciones sencillas tanto a los problemas nacionales como a los individuales; una visión maniquea del mundo; la idea de que el destino de los ciudadanos poco depende de ellos mismos y que, más bien, está en manos de sus titánicos líderes; y la noción de que la estabilidad, el orden establecido, es siempre insuficiente y, por lo tanto, es necesario mantener un proceso permanente de liminalidad —que, en los hechos, implica arbitrariedad, manejo discrecional de la justicia y manipulación de la ley—. En lugar de individualismo e igualitarismo, se establecía un “falso holismo”, “encapsulamiento artificial”; eso sí, rodeado de mucha propaganda que afirmaba justamente lo contrario: aquí sí hay verdadera igualdad, libertad, democracia y justicia.

Por desgracia, la mayoría de las nuevas élites eligió la segunda opción. En lugar de analizar sus fracasos, aprender de ellos y comenzar a construir el camino hacia el progreso mediante la opción liberal, los gobiernos de las excolonias encontraron más cómodo culpar a los neocolonialistas y a quienes consideraban, muchas veces sin ninguna base, aliados de los imperialistas: las minorías exitosas, algunas de las etnias que no detentaban el poder, los opositores y críticos. En la creación de chivos expiatorios iba implícita la noción de la “culpa colectiva” del marxismo y el freudismo. La noción de que las soluciones a los problemas serían rápidos y sencillos derivaba de la idea de que la ingeniería social de los titanes totalitarios era eficaz y benévola. ¡La obra de los utopistas-idealistas!

En la vida cotidiana, esto significó que el gobierno gastaba enormes recursos en propaganda, en construir una envidia ideológica, dirigida hacia los extranjeros y los “traidores” (en realidad: disidentes, liberales y críticos del gobierno en general). En lugar de construir los *katéchones* del Estado de Derecho, la economía liberal, la autocontención mediante un sistema educativo o religioso-axial, se alimentaron las quimeras de que todos los males se resolverían si se concentraban los poderes del gobierno en un líder carismático, si se contribuía con el régimen odiando y denunciando a los “enemigos de la nación”, a los “burgueses”, a los “colaboracionistas del colonialismo”.

El modo común en que este coctel de malas ideas aterrizó fue el nacionalismo belicoso. Si los imperios europeos ya se habían retirado, había, entonces, que revivirlos. Crearon un fantasma ideológico según el cual, pese a ser independientes, los nuevos países seguían sometidos al yugo de un colonialismo más sutil que el anterior, pero igualmente perverso. En realidad, Occidente siguió teniendo intereses en los nuevos países, pero, generalmente, los

establecía con el acuerdo de los nuevos dictadores, quienes, públicamente, condenaban a los blancos, pero tras bambalinas hacían negocios con ellos.

El capítulo 14, “La generación Bandung”, comienza con el decadente antiimperialismo de los británicos, que dieron la espalda a Churchill, símbolo de la unidad nacional contra los nazis. Concluida la guerra, el doble mimético de los británicos dejaron de ser los alemanes y comenzaron a ser ellos mismos. El país se encontró dividido entre laboristas y conservadores. Los laboristas conquistaron el poder, que habían simplificado la historia y condenado a los conservadores e imperialistas, a quienes responsabilizaban, en parte, de la guerra.

La agenda laborista incluía tres aspectos: buenas relaciones con la Unión Soviética, pacifismo mediante el desarme y descolonización. Todo esto sonaba bien a un electorado cansado de la guerra, pero parecía exactamente el mismo camino que, después de la I Guerra Mundial, había llevado a la II. Por fortuna, los laboristas de la posguerra no eran iguales que los Bloomsbury de entreguerras; eran más flexibles y realistas y, al tratar con los soviéticos cara a cara, vieron las fauces del monstruo totalitario de cerca. Los laboristas tuvieron, así, una conversión: se hicieron radicalmente antisoviéticos y promotores del equilibrio de poderes mediante la bomba atómica. Se olvidaron de las fantasías del idealismo comunista y retomaron la perspectiva geopolítica, paradójicamente, de Churchill.

El segundo acontecimiento que alejó a los laboristas de sus fantasías anti-capitalistas fue el informe de Keynes sobre la situación económica del Reino Unido, el cual dejaba en claro que, sin la ayuda de los estadounidenses, simplemente, el país estaba quebrado. Además, los británicos necesitaban a los americanos para construir su poderío atómico.

Así, los laboristas recularon en dos cosas: ni cayeron en los brazos del totalitarismo pacifista ni entraron en el club de los estados totalitarios. Conservaron, así, la independencia, el Estado de Derecho y la democracia liberal. Desde ahí, con los estadounidenses como aliados, comenzaron con la reconstrucción de la prosperidad capitalista. También Estados Unidos había cambiado: era más generoso, había aprendido que no podía apretar financieramente a sus deudores, porque eso había contribuido al ascenso del totalitarismo.

En un aspecto los laboristas sí mantuvieron su agenda original: en cuanto a la descolonización. Johnson narra cómo este proceso llevó al marasmo de la India. La descolonización estaba decidida, los laboristas la querían y Roosevelt presionaba porque la otorgaran. El problema, ahora, era ¿a quién entregarle el poder? Por desgracia, no había más que un grupo bien organizado y con el que los británicos se entendían, la “nación política”, que se había

convertido en un grupo de agitadores urbanos profesionales. Sin embargo, el país era muy complejo. En la India, los colonizadores se habían convertido en un chivo expiatorio, al que se culpaba de la ancestral pobreza del pueblo de la India. No obstante, gracias al doble vínculo, eran un chivo expiatorio blando: eran admirados y odiados, despreciados y temidos.

Posteriormente, Johnson analiza la Conferencia de Bandung, que ocurrió en la capital de Java, en Indonesia, entre la tercera y cuarta semana de abril de 1955. En la ciudad de Bandung se delineó un proyecto político-moral basado en la hipocresía y el resentimiento. Los protagonistas de esta conferencia no tenían ni la paciencia ni la capacidad organizativa de Stalin: querían hacer ingeniería social, pero, en realidad, sólo tenían palabras; eran meros magos del discurso.

Entre las estrellas de esta conferencia destaca el anfitrión, Sukarno. Al igual que Gandhi y Nehru, supo explotar el resentimiento de las masas que lanzaban miradas envidiosas a los occidentales, supo ofrecerles soluciones sencillas a sus problemas y, sobre todo, la idea de que no eran responsables de sus propios fracasos. Otra de las estrellas de Bandung fue el líder egipcio, Nasser. Aquí, Paul Johnson narra lo acontecido en Medio Oriente, basado en una díada: el Estado de Israel y los árabes. Es la triste historia de cómo los judíos moderados y los árabes moderados fueron perdiendo terreno ante los radicales. Todo comienza con el caos provocado por la política británica en Medio Oriente desde la I Guerra Mundial. Después se detiene en el antisemitismo de los europeos tras el fin de la II Guerra, el cual vio el traslado del antisemitismo de la mano de la migración de los judíos a Palestina. Es un movimiento que explica la consolidación del Estado de Israel y su doble mímico: la liga árabe en manos de los egipcios. Al mismo tiempo, dimensiona la intervención internacional en el conflicto del Medio Oriente. Aquí, claro está, quienes más sufrieron fueron los pueblos árabes y, más aún, los palestinos, que se convirtieron en rehenes del conflicto regional. Por supuesto, también la población árabe sufrió los intentos de ingeniería social de Nasser y sus aventuras internacionales. Asimismo, los argelinos padecieron una larga y cruenta guerra de independencia

La narración de Paul Johnson nos lleva la nacionalización del Canal de Suez y al conflicto que esto desató, donde británicos, franceses y estadounidenses no lograron derrocar a Nasser ni recuperar el canal. La incursión de los aliados occidentales se convirtió en un fiasco y se extendió, entonces, el desprestigio internacional de Estados Unidos, que ya era bastante grave con la Guerra de Corea. Los estadounidenses se convirtieron en el chivo expiatorio de muchas naciones del mundo; un nuevo estatus expresado en el foro de la Asamblea General de la ONU, cada vez más dominada por países no

democráticos que, ante sus fracasos internos, usan y abusan del mecanismo distractor del enemigo exterior.

Finalmente, Johnson narra la independencia de Argelia, donde el enorme crecimiento demográfico de los árabes y el sistema racista y represor de los franceses explotaron, en 1955. Los radicales, tanto del lado francés como del argelino, fueron ganando terreno y desplazando a los moderados.

En todos estos casos, la escalada mimética conllevó al sacrificio de millones de personas, en un proceso de indiferencia por los terceros. Las mayorías en la India y Pakistán sufrieron por el desorden de unas élites que, para mantener su legitimidad, no vacilaron en usar sacrificios estériles. Las mayorías en Indonesia sufrieron de un gobierno ineficaz, corrupto y tan inescrupuloso que pensó que podía escenificar un golpe de Estado sin perder el control; pero fue un sacrificio ritual que se convirtió en un sacrificio natural.

#### 4.1 Los laboristas al poder: de prosoviéticos al club atómico

La política impulsada por Winston Churchill se basaba en la idea de que el Reino Unido era un ambicioso y viejo imperio, que, de darse la oportunidad, la URSS destrozaría. No obstante, también las excolonias de Nueva Zelanda y Australia ansiaban la descolonización y el apoyo de Estados Unidos. Más aún, hacia el final de la II Guerra Mundial la economía británica necesitaba recurrir a la ayuda estadounidense.

Churchill perdió la batalla electoral ante los laboristas en un contexto de colonización, desarme e intervención de los soviéticos. El Partido Laborista, a su vez, tenía como objetivo construir una relación “entre izquierdas” con los soviéticos. Sin embargo, la pretensión de amistad con Stalin resultó un fiasco. Hacia 1947, a pesar de la quiebra económica anunciada por Keynes, Gran Bretaña efectuó sus primeras pruebas con armas atómicas. Cabe mencionar que, aunque existían algunas objeciones por parte de la comunidad científica a utilizar armas nucleares, tener un programa nuclear propio significaría autonomía frente a las superpotencias: Estados Unidos y la URSS. No obstante, se ocultaron datos del programa nuclear al Parlamento. En medio de la crisis de los combustibles, cien millones de libras esterlinas se destinaron al proyecto que permitió a Gran Bretaña ser parte del exclusivo y poderoso club atómico:

Fue la primera prueba de los británicos con la bomba A frente a la isla Monte Bello, en octubre de 1952, el factor que indujo a los estadounidenses a restablecer la asociación atómica. La primera prueba británica



con la bomba H, en la isla Natividad, en mayo de 1957, formalizó esta asociación, e indujo al Congreso a modificar la ley McMahon de 1946: los acuerdos bilaterales de 1955 y 1958 habrían sido imposibles sin la capacidad nuclear británica. Desde el momento en que se incorporó al club, Gran Bretaña pudo representar un papel importante en las negociaciones de 1958-1963 acerca de la prohibición de las pruebas, y en el proceso que determinó el Tratado de No Proliferación de 1970.<sup>1</sup>

Junto a este nuevo poderío bélico, los británicos tenían un imperio que “se extendía sobre casi una tercera parte del globo”. Después de la Segunda Guerra Mundial administraba también las otrora posesiones del “imperio italiano de África septentrional y oriental, muchas excolonias francesas y numerosos territorios liberados de Europa y Asia, incluso los deslumbrantes imperios de Indochina y las Indias Orientales Holandesas”. Sin embargo, el impulso antiimperialista era muy fuerte, tanto en El Reino Unido como en el resto del mundo y tres décadas más tarde “todo eso había desaparecido. La historia nunca había presenciado antes una transformación tan amplia y veloz”.<sup>2</sup>

El poder de disuasión de Gran Bretaña y el resto de las potencias que se erigían como Estados nucleares creó un espacio límite. Aunque el *katéchon* de la siempre potencial amenaza de aniquilación de las bombas funcionaba, parecía no haber claridad sobre quiénes eran los aliados y quiénes los enemigos. Para la TM la aparición de las bombas atómicas, el balance del terror por medio de éstas, evita la presencia del deseo de la victoria en términos tradicionalmente militares, en el sentido del *dictum* de Clausewitz. Dupuy señala que los supuestos enemigos se convierten en cómplices de crear una entidad ficticia de disuasión que los detiene unos a los otros de lanzar las bombas. La violencia se externaliza y sacraliza, el juego de la nuclearidad solo lo juega un actor: la Humanidad.<sup>3</sup>

En un espacio de liminalidad, en el cual los conflictos ascendían y las hostilidades buscan la destrucción total del otro -por ejemplo, entre israelíes y palestinos-, la creación de armamento nuclear permitió regresar, aunque sea un poco, a la racionalización de la violencia.

En los cincuenta, a pesar de la unidad de los poderes nucleares en instancias como el Tratado de No Proliferación, Estados Unidos concluyó, junto con los británicos, que la prioridad era detener la expansión. El fin de la liminalidad y la instauración de un *katéchon* internacional, ocurrió cuando regresó un orden similar al anterior a la guerra, con el totalitarismo de la Unión Soviética como enemigo principal.

## 4.2 Los titánicos líderes de la India

Los problemas que enfrentó el imperialismo no tuvieron que ver ni con la supremacía de Occidente, pues mantenía un poder incomparable, ni tampoco con la lealtad de las colonias. En la Segunda Guerra Mundial los intentos de Japón por construir un ejército con filas de hindúes para la liberación fue un fracaso. La independencia de la India se logró solo a partir del uso del lenguaje político de Occidente y la ideología que lo acompañaba; el territorio estaba compuesto de una población heterogénea que, en general, no ansiaba con tener un Estado propio. De tal forma que fue la élite que representaba una minoría educada, urbana y occidentalizada, la que tomó el poder de la nueva nación de acuerdo con las reformas de Montagu. Se rompió así el lazo con los líderes tradicionales, religiosos y raciales.

India ilustra el proceso en virtud del cual el político profesional de dedicación plena heredó la tierra durante el siglo XX. Las reformas crearon un sistema extraño de representación. Una clase de hombres, principalmente abogados, se organizó para manipularlo. A su debido tiempo, estos hombres recibieron el poder de gobernar. El diálogo se mantuvo exclusivamente entre las élites antigua y nueva. El pueblo común y corriente nada tuvo que ver, excepto como una gigantesca multitud de espectadores en segundo plano [...]. Los bolcheviques de Lenin, en 1917; los cuadros del Partido Comunista Chino de Máo, en 1949; y los miembros del Congreso Nacional Indio, en 1947; todos llegaron al poder por caminos diferentes, pero tenían en común el hecho de que los tres nuevos grupos gobernantes estaban formados por hombres que nunca habían desarrollado una actividad que no fuese la política y que habían consagrado su vida al aprovechamiento de un concepto flexible llamado “democracia”.<sup>4</sup>

Gandhi, Nehru y los líderes emergentes ocuparon el vacío de poder que había surgido luego de que, a partir de la masacre del Jallianwala Bagh, se resolviera que el Raj Británico no podía aplicar la Ley. Se trataba de líderes titánicos que, después de que Churchill les entregará el gobierno, no encontraron un eco popular. La razón por la cual Gran Bretaña otorgó independencia a la India en 1947, a falta de una verdadera revuelta por los 365 millones de agricultores que ocupaban el territorio, tuvo que ver primordialmente con la presión ejercida por Estados Unidos. Más aún, la abdicación británica pareció nacer de la fatiga, de tantos años de influencia de Bloomsbury. Situaciones similares ocurrirían en las colonias de Asia y África.

En efecto, los procesos de descolonización como resultado de la presión internacional, como veremos más adelante, presentan los mismos elementos: larga liminalidad, emergencia de líderes titánicos y multiplicación de chivos expiatorios; el intento incompleto para constituir *katéchones* y, por lo tanto, incapacidad de controlar la violencia.

Mathatma Gandhi surgió del liberalismo británico extendido a la India. Esto le permitió recibir una educación y conocer la política al estilo de sus contemporáneos europeos, con pretensiones de llevar a cabo grandes proyectos de ingeniería social que no tenían en cuenta los problemas que verdaderamente afligían a las masas de su país.

Gandhi era un año mayor que Lenin. Ambos compartían “un enfoque casi religioso de la política, aunque, por la chifladura lisa y llana”, el indio tenía “más en común con Hitler”, quien era veinte años menor que él. En gujarali, su lengua nativa, Gandhi significa “almacenero”, y él, al igual que su madre, heredaron “la constipación crónica y estaban obsesionados por las funciones corporales y la asimilación y la desasimilación del alimento”. Además, no tenía sentido del olfato, “un atributo útil en India”. Su obsesión con el proceso digestivo se agravó “cuando fue a Londres y conoció los círculos vegetarianos”.

Hizo de su vida privada un espectáculo público. En su *ashram* o campamento religioso, vivía “atendido por un nutrido séquito de mujeres devotas, la mayoría dispuesta a describir con el más minucioso detalle las costumbres de Gandhi”. Se convirtió en el santón internacional más reconocido de la época y, “a mediados de la década de 1970, había más de cuatrocientas biografías de su persona”. Todas las mañanas preguntaba a las mujeres que lo atendían: “Hermanas, ¿esta mañana han tenido un buen movimiento intestinal?”. Leyó en varias ocasiones un libro titulado *La constipación y nuestra civilización*. Gandhi sostenía una teoría según la cual “el mal provenía de la suciedad y los alimentos inapropiados”. Comía mucho y sus alimentos eran seleccionados y preparados con extremo cuidado. Toda su comida tenía enormes cantidades de ajo. Tomaba varios litros diarios de “una mezcla de bicarbonato de soda, miel y jugo de limón”. Durante la edad madura, “se volvió contra su esposa e hijos, e incluso contra el sexo”. Sostenía que “las mujeres eran mejores que los varones porque no gozaban del sexo. Realizaba los llamados experimentos *brahmachatya*, que consistían en dormir con jóvenes desnudas sólo para recibir calor”.<sup>5</sup>

Sin embargo, el líder indio no pudo contener la violencia a la que él mismo había llamado. La situación rebasó sus capacidades de control de las masas, de manera que:

Gandhi resultó una de las víctimas. Fue asesinado, en enero de 1948, por uno de los fanáticos cuya hora había llegado. Jamás se sabrá cuántos corrieron la misma suerte. Los cálculos acerca de las víctimas durante este período oscilaron entre uno y dos millones. Otros cálculos más modernos hablan de 200,000 a 600,000. Se ha observado, sin embargo, el deseo general de minimizar y de olvidar el acontecimiento, por temor a que se repita. En medio de la anarquía se presenciaron otras grandes injusticias. En Cachemira, estado natal de Nehru, éste utilizó tropas para imponer el dominio indio, pese a que la mayoría de los pobladores eran musulmanes, con el argumento de que el gobernante era hindú: los musulmanes que allí vivían eran “bárbaros”, dijo.<sup>6</sup>

Gran Bretaña sufría de una fatal crisis económica y, ante la designación de Lord Mountbatten como último virrey, la transferencia del poder se apresuró. Mas el país estaba lejos de la unidad: musulmanes e hindúes enfrentaban violencia a gran escala y, si bien ya no vivían en una colonia, no había unanimidad respecto al destino de la India independiente.

El compañero independentista de Gandhi, Jawaharlal Nehru, compartía las ideas de la política religiosa. También hizo la carrera universitaria en el Reino Unido y pensaba que la independencia de India se conseguiría con las ideas de Bertrand Russell. Peor aún, su cosmovisión política estaba plagada de concepciones de la izquierda soviética, convertía a Occidente en el chivo expiatorio y denunciaba el imperialismo de Estados Unidos y el Reino Unido, no el soviético ni el chino.

El gobierno de Nehru duró diecisiete años, fundó una dinastía parlamentaria y sus proyectos económicos fracasaron. En términos prácticos, en manos de los británicos, la agricultura producía más. En 1953, confesó que carecía “completamente de conocimiento” en economía. Al inicio de su gobierno, “se mostró inclinado a inaugurar algunos diques; después, su interés se amortiguó”. Al gobernador general Rajagopalachari, le escribió: “en general, funcionamos cada vez más como lo hacía el antiguo gobierno británico [...] sólo que somos menos eficaces”.<sup>7</sup>

Nehru admiraba el imperialismo comunista, mientras que a los estadounidenses y a los anglofranceses los acusaba de ser histéricos e imponer retrocesos históricos. De los soviéticos no decía mucho y nunca los criticó. Se negó a interponerse a la invasión y anexión a China del Tíbet. Es más, el titán hindú tenía una relación mimética con China:

En ese momento, Nehru ansiaba desempeñar el papel de promotor y presentar a la nueva China en el foro de la comunidad internacional. Se

regodeaba en la untuosa lisonja de Zhōu Ēnlái (“Su Excelencia conoce Asia y el mundo mejor que yo”). Veneraba al viril y militarista Máo y se sentía atraído por su fiero y siniestro vecino, Hò Chí Minh (“Un rostro delicado y franco, gentil y benigno”). En China, lo “sorprendió” la “tremenda respuesta emocional del pueblo chino” ante su visita. Al parecer, no pensó que China e India tenían fundamentales conflictos de intereses y que, al fortalecer el prestigio chino, estaba cavando su propia fosa.<sup>8</sup>

Sin embargo, China no veía como doble mimético de admiración a la India; por el contrario, volvió a imponer la frontera del Himalaya y construyó caminos militares, aplastando a los ejércitos de Nehru. Éste resistió la vergüenza y recurrió a Washington para que el “imperialismo” lo ayude a frenar el fuego. El gobierno de Estados Unidos envió aviones C-130 y a la VII Flota a auxiliar al Ejército de India en la Bahía de Bengala.

Paul Johnson apunta que el proceso de abandono del Imperio Británico a la India fue similar al punto de quiebre del Imperio Habsburgo, cuando el principio que unía el territorio heterogéneo fue abandonado y la violencia se desató:

En Hyderabad, donde la mayoría estaba formada por hindúes y el gobernante era musulmán, invirtió el principio y, de nuevo, utilizó tropas con el argumento de que “algunos locos están a cargo de los destinos de Hyderabad”. Por consiguiente, Cachemira, la más bella provincia de India, se vio dividida y continúa así más de treinta años después, preparándose, así, el terreno para dos guerras entre India y Pakistán.<sup>9</sup>

### 4.3 El charlatanismo internacional de la generación Bandung

Los años cincuenta presenciaron un creciente desprecio a Occidente, el cual, paradójicamente, surgió en Occidente. El discurso del resentimiento encontró a sus más entusiastas promotores en las manos de algunos periodistas progresistas franceses, que inventaron el concepto de “tercer mundo”. *Le tiers monde*

se basaba en la prestidigitación verbal, el supuesto de que mediante la invención de palabras y frases nuevas uno podía modificar —y mejorar— los hechos ingratos e intratables [...] ¿Por qué no podía nacer un Tercer Mundo, que se alzaría como un fénix de las cenizas del imperio, libre, pacífico, no alineado, industrial, depurado de los vicios capita-

listas y estalinistas, radiante de virtud pública, dispuesto a salvarse hoy por su propio esfuerzo y a salvar mañana al mundo con su ejemplo? Así como, durante el siglo XIX, los idealistas habían visto en el proletariado oprimido el repositorio de la excelencia moral —y el futuro Estado proletario como la Utopía—, ahora, el hecho mismo de un pasado colonial y una piel que no era “blanca” fueron considerados los títulos que daban derecho al prestigio internacional. Un Estado que era excolonia por definición merecía el calificativo de virtuoso. Un agolpamiento de tales estados sería el centro de la sabiduría.<sup>10</sup>

Lo anterior implicaba la creación de una ideología maniquea, según la cual el criterio de lo bueno y lo malo, la pureza e impureza, está basado en criterios raciales que hace de los “blancos” chivos expiatorios. No obstante, se trata de malos chivos expiatorios, porque eran muchos y poseían mucho poder; y un chivo expiatorio mal elegido solo produce liminalidad.

La idea utópica de un Tercer Mundo contrario al capitalismo salvaje y al socialismo totalitario ocupó las mentes de los países recién liberados. En 1955, en la Conferencia Afroasiática, compuesta por veintitrés estados independientes de Asia y seis de África, realizada en Bandung, surgió una ideología del mismo nombre. El Tercer Mundo sería libre y con paz reinante, fuera de las alineaciones ideológicas de los otros dos mundos. Ni el capitalismo ni el estalinismo corromperían la virtud pública de las naciones emergentes. En realidad, asemejaba el proceso que vivió el siglo XIX, cuando ciertos titanes habían encontrado en el proletariado que el pueblo abandonado de Dios, oprimido, debía de convertirse en la guía de la virtud moral. Los territorios que habían pertenecido a una colonia se habían convertido en sinónimo de sabiduría y progreso.

Se presenció un doble vínculo de envidia-admiración con los europeos occidentales, aunque existía más admiración al imperialismo soviético. Así, las instituciones verdaderamente democráticas no formaron parte de los sistemas políticos de los países miembros de esta nueva ideología.

La identidad reactiva de Bandung albergaba figuras como Nehru, el comunista chino Zhōu Ēnlái, el pakistaní Muḥammad ‘Alī Jināḥ, el congresista estadounidense Adam Clayton Powell, Jr., el camboyano Norodom Sihanouk y el ghanés Kwame Nkrumah, primer presidente negro de África. Respecto a los fenómenos ante los que después habrían de sucumbir los territorios de estos hombres, Johnson señala:

Algunos de los presentes conspirarían más tarde para asesinarsé mutuamente; otros concluirían la vida en la cárcel, la deshonra o el exilio. Por

esa época, el Tercer Mundo aún no estaba mancillado públicamente por las invasiones, las masacres, las anexiones y la crueldad dictatorial. Aún se hallaba en la edad de la inocencia, cuando se creía confiadamente que el poder abstracto del número y, aún más, de las palabras, transformaría al mundo.<sup>11</sup>

Estos siniestros personajes sufrieron por la liminalidad que ellos mismos había producido. Por ejemplo, “Nkrumah perdió su brillo. En su país, el hecho mismo de arrogarse cualidades casi divinas determinó que fuese vulnerable cuando el descenso, primero gradual y después rápido, del nivel de vida, demostró que la magia no era eficaz. Como, a mediados de los años sesenta no había medios constitucionales para eliminar al Redentor, fue derrocado por un golpe militar, en febrero de 1966, y falleció exiliado, en 1972”.<sup>12</sup>

La nueva moral llevaba como bandera la racialidad distinta a la “blanca”; es decir, los “blancos” como chivos expiatorios quedarían excluidos de una hermandad multiconfesional y multiétnica. ¡Éstos habían sido los culpables de años de guerras y caos, con lo cual el fin de su época de auge daría fin a la violencia! Sin embargo, la violencia en los territorios liberados y la creación de líderes expertos en la envidia ideológica demostró que no había evidencia clara de que los “blancos” fueran los únicos que generaban el caos y dominaban por la violencia.

La violencia ideológica, como ya expusimos en la introducción, cuando es “suave”, suele ser un elemento positivo para la democratización. El problema, al desencadenar la envidia ideológica suave, es que ésta puede convertirse en envidia ideológica dura. Los rituales sacrificiales, cuando no están bien delimitados, se convierten en sacrificios naturales. Tal y como lo ha descrito Girard en su análisis de las *Bacantes*: cuando no hay suficiente conocimiento en el manejo del fuego, los dedos se queman y, cuando las reglas de la violencia controlada no son seguidas por todos, ésta se desata. Al fin y al cabo, ¡los titanes no obedecen reglas!, ¡están como el súperhombre de Nietzsche, por encima de ellas!

#### 4.4 Indonesia y sus titanes

En el Congreso de Bandung también se encontraba Sukarno, el Presidente de Indonesia; había presidido la independencia de las Indias Orientales Holandesas y representaba con claridad las ilusiones de la era poscolonial. Es importante mencionar que, en este momento, ya era evidente que las excolonias no conservaban su “pureza”: en ellas se mezclaban las antiguas tra-

diciones —muchas de ellas preaxiales, sacrificiales—, el liberalismo europeo y el leninismo soviético.

En Indonesia, también se perfilaban ideas del Islam que fueron usadas como elemento ideológico para luchar contra los neerlandeses, en 1941. El problema es que no ocurrió una liberación, sino una sustitución: el imperialismo holandés fue sustituido por el javanés. Los javaneses persiguieron a las minorías. La emergencia de políticos profesionales en las Indias Orientales dotó de una plataforma a Sukarno, quien poseía un verdadero don para las palabras:

Su primer concepto, en 1945, fue *pantja sila*, o los Cinco Principios Fundamentales: nacionalismo, internacionalismo (humanitarismo), democracia, prosperidad social, creencia en Dios. Eran “la esencia del espíritu indonesio”. El gabinete era NASAKOM y unía las tres corrientes principales de la “revolución”: *Nasionalisme* (nacionalismo), *Agama* (religión) y *Komunisme* (comunismo). La constitución era USDEK. Su manifiesto político era MANIPOL. Una coalición del gabinete era *gotong-rojong*, “ayuda mutua”. Además, se hablaba del *musjawarah* y el *mufakai*, “la deliberación que lleva al consenso” y “la representación funcional” (así llamaba al corporativismo). Insatisfecho con el gobierno de los partidos, pronunció un discurso titulado “enterremos a los partidos”, seguido por la introducción de lo que él denominó “la democracia guiada” o *demokrasi terpimpin*. De aquí se pasó a la “economía guiada” o *economis terpimpin*, que expresaba la “identidad indonesia”, la *kepribadian indonesia*.<sup>13</sup>

Mas las palabras nunca han sido suficientes para la sobrevivencia de un Estado, por lo que Sukarno implementó la persecución de un enemigo y el imperialismo javanés hacia la Nueva Guinea Holandesa, algunos territorios de Australia, Malasia y el Timor portugués.

Sin embargo, el uso de chivos expiatorios no suplantó la necesidad de impulsar la economía. Durante sesenta años, el sistema económico de Indonesia falló. Toda la industria estaba en manos de una burocracia que permitía que los alimentos se pudriesen el campo y las ciudades pasaran hambre, que el sistema interno de distribución no funcionara. En octubre de 1965, el Partido Comunista Indonesio dio un golpe de Estado y, de nuevo, se desató la violencia. El movimiento fracasó, cobrando la vida del entonces jefe de Estado Mayor del Ejército y de otros generales, que fueron torturados. Relata Johnson:



parece que Sukarno decidió autorizar un golpe del Partido Comunista Indonesio (PKI). El *Putsch* comenzó en las primeras horas del 1º de octubre. El plan era destruir la jefatura de las fuerzas armadas. El general Abdul Yani, jefe de Estado Mayor del Ejército, y dos generales más fueron asesinados inmediatamente. El general Nasution, ministro de defensa, escapó saltando el muro de su casa, pero asesinaron a su hija. Otros tres generales fueron capturados y torturados hasta la muerte, en el estilo ritual, por las mujeres y los niños del PKI, arrancándoles los ojos, cortándoles los genitales y, después, arrojando sus cuerpos al Lubang Buaja, el Pozo de los Cocodrilos. Mas el movimiento, denominado *gestapu*, fue un fracaso. El general Suharto, comandante de la Reserva Estratégica, asumió el mando. Siguió una venganza cruel. Los asesinatos por venganza comenzaron el 8 de octubre, en que fue incendiado el cuartel general del PKI en Yakarta. Las masacres fueron organizadas con asignación de responsabilidades colectivas, de modo que todos se vieron igualmente castigados, y familias enteras resultaron masacradas. Fue una de las grandes matanzas sistemáticas del siglo XX, la era de las masacres [...] Sukarno, sometido a arresto domiciliario en su palacio repetidas veces pero sin resultado, pidió que acabase la carnicería, pues los muertos eran esencialmente sus propios partidarios. No le hicieron caso, y lo despojaron gradualmente de sus cargos en un proceso de lenta tortura política.<sup>14</sup>

El general Suharto sucedió a Sukarno y, en su lugar, organizó masacres de venganza, asesinando a más de medio millón de personas.

#### 4.5 Petróleo y antisemitismo en Medio Oriente

En representación de Egipto, el presidente Gamal Abdel Nasser asistió al Congreso de Bandung. Dirigió el país durante algunas de las crisis más emblemáticas del siglo XX, las relacionadas con la demanda de petróleo y el antisemitismo. Por supuesto, esta última cuestión también había formado parte de Bandung, donde faltaba Israel, un Estado afroasiático. Sin embargo, ya en el siglo XIX, los árabes habían visto en los judíos el espíritu del colonialismo europeo.<sup>15</sup>

Los inicios del siglo XX estuvieron marcados por una intensa explotación de los yacimientos petroleros. Medio Oriente poseía la mayor cantidad del hidrocarburo. El imperialismo se hizo presente en esta región cuando, en 1908 y 1924, Gran Bretaña y Estados Unidos, respectivamente, comenzaron a manejar las reservas de petróleo. En la década de los sesenta, Gran Bretaña

poseía 524 millones de toneladas de producción, aunque los yacimientos de Arabia Saudita pertenecían a Estados Unidos. La presencia angloamericana en la región de Medio Oriente se sumó a la lista de problemas entre judíos y árabes en Palestina.

Para obtener el apoyo de los judíos en la I Guerra Mundial, Gran Bretaña firmó la Declaración Balfour, en la que promovía la idea de un Hogar Nacional Judío en Palestina. Sin embargo, en 1921, Muḥammad Amin al-Husayni, quien había participado en movimientos antijudíos, fue designado muftí vitalicio de Jerusalén:

El muftí superaba a Hitler en el odio a los judíos, pero hizo algo todavía más destructivo que liquidar a colonos judíos: organizó la destrucción sistemática de los árabes moderados, de los que había muchos en la Palestina de los años veinte. Algunos, incluso, habían dado la bienvenida a los colonos judíos que traían ideas agrícolas modernas y les vendieron tierras. Los árabes y los judíos podrían haber convivido como dos comunidades prósperas, pero el muftí halló en Emile Ghori a un líder terrorista de capacidad excepcional, [que] organizó grupos de liquidación que asesinaron sistemáticamente a los principales árabes moderados —la gran mayoría de las víctimas del muftí estuvo formada por árabes— y silenciaban al resto. A fines de los años treinta, la opinión árabe moderada había desaparecido, por lo menos, en público; los estados árabes se habían movilizado para apoyar al extremismo árabe. El *Foreign Office* británico estaba convencido de que el acceso permanente al petróleo era incompatible con la inmigración judía constante, así que el Libro Blanco de 1939 paralizó, de hecho, y determinó lo que, en la práctica, era el repudio de la Declaración Balfour: “Un grave incumplimiento de la palabra empeñada”, como dijo Churchill.<sup>16</sup>

Hacia 1942, cuando comenzó la “Solución Final”, la mayoría de los países había cerrado ya sus fronteras a los migrantes judíos. Estados Unidos y Turquía, por ejemplo, limitaron el ingreso por medio de exigentes requisitos; en Latinoamérica, siete países hicieron lo mismo.

Por otro lado, Chaim Weizmann pretendía que en Gran Bretaña los movimientos migrantes continuaran por sus acuerdos con Churchill. Se lanzó un plan para que hasta un millón y medio de judíos viajaran a Palestina entre 1944 y 1954. También se establecería una brigada judía como parte del Ejército británico. Posteriormente, estos soldados formarían parte de la Haganá, el cuerpo militar que organizó la independencia y sirvió como base para la formación del Estado de Israel.

El curso del conflicto de Palestina había salido del control de la política de Churchill. En primer lugar, la rivalidad y el deseo mimético por el territorio crearon dos conciencias paralelas: la árabo-palestina y la judeo-israelí. Ambas, con narrativas de victimización y sufrimiento que debían ser recompensadas. Las rivalidades miméticas son más fuertes entre *gemelos*.<sup>17</sup> Fue así que los judíos habían tendido una red terrorista y que personalidades como Abraham Stern promulgaban una actitud anglófoba, de tal forma que, como miembro del Lehi, en 1941, buscó pactar con los alemanes nazis para el establecimiento de los judíos en Palestina. Cuando Stern murió, el movimiento extremista Irgún continuó bajo los mismos principios sionistas y, más aún, el movimiento terrorista se efectuó en el marco de una estructura de célula leninista. La Haganá, al ver los brutales actos terroristas del Irgún, comenzó su erradicación. Al mismo tiempo, aquélla organizó también las redes para el tráfico ilegal de judíos a Palestina.

La mala reputación de los judíos tras la intensa campaña nazi en Europa llevó a actos horribles de persecución y muerte. Por ejemplo, en 1946, en Polonia, cuarenta fueron matados a golpes cuando corrió el rumor de que habían asesinado niños en ritos sacrificiales. Éste apenas fue uno de los incidentes que aceleraron el curso del antisemitismo.

La victimización de los judíos en Europa llevaba a los radicales a unirse al Irgún en Palestina. También en 1946, este grupo plantó bombas en el hotel Rey David, donde se asentaba el cuartel central de los británicos en Jerusalén, con la intención de destruir archivos secretos. Ésta sería una técnica imitada más tarde por terroristas árabes, como en el caso de la Organización para la Liberación de Palestina. Sin embargo, las bombas no fueron el único recurso para asesinar a los enemigos de los sionistas radicales, muchos de ellos herederos de las organizaciones paramilitares de Israel; el secuestro y la tortura se vieron, también, en toda Europa.

A la violencia israelí en contra de los británicos en Palestina le siguieron crímenes antijudíos en el territorio británico. El proceso mimético desencadenó antisemitismo en el Ejército británico. Gran Bretaña decidió desligarse del conflicto. En 1947, el laborista Ernest Bevin creía que los crímenes contra los soldados británicos se debían a la protección de los judíos y quiso transferir el problema a las Naciones Unidas.

La intervención de Estados Unidos fue el segundo elemento que permitió la pérdida de control de Gran Bretaña respecto a la cuestión judía. Los estadounidenses judíos establecieron lazos con el exlíder de la Agencia Judía David Ben-Gurión, quien determinó el destino de la fundación de Israel. Cabe mencionar que, en la posguerra, los judíos estadounidenses ha-

bían conformado el grupo más influyente de cabildeo, con gran capacidad de organización en los estados norte de la costa este.

F. D. Roosevelt había ignorado las demandas de los judíos para la formación del Estado de Israel, en parte, porque electoralmente nos los necesitaba y, en parte, porque no le simpatizaban. Muy distinta fue la situación de Harry S. Truman, quien consideraba que necesitaba la base política de los judíos para ganar la elección de 1948. Además, sentía desconfianza de los árabes, por lo que, hacia 1947, firmó el plan de las Naciones Unidas respecto a la petición y la proclamación israelí de Ben-Gurión. Las acciones anteriores enfrentaron oposición, pues los intereses petroleros estaban de por medio:

Max Thornburg, de Caltex (California-Texas Oil Company), habló en nombre de los intereses petroleros y escribió que Truman había “prevalecido sobre la Asamblea, de modo que los criterios raciales y religiosos se convirtieron en la base de la creación de un Estado político” y que, de ese modo, había “destruido” el “prestigio moral de Estados Unidos” y la “fe árabe en sus ideales”. El Departamento de Estado profetizó la ruina. El secretario de defensa forestal se sintió abrumado: “Ningún grupo de este país”, escribió amargamente, refiriéndose al núcleo de presión judío, “debería de ejercer tanta influencia sobre nuestra política como para amenazar nuestra seguridad nacional”. Ciertamente, es probable que, si la crisis hubiese sobrevenido un año más tarde, después de iniciada la Guerra Fría, la presión antisionista sobre Truman habría resultado demasiado intensa. El respaldo estadounidense a Israel en 1947-1948 fue el último lujo idealista que los estadounidenses se permitieron antes de que se instalará la *Realpolitik* de la confrontación global.<sup>18</sup>

En mayo de 1948, Ben-Gurión proclamó el reconocimiento del Estado israelí. El sionismo encontró también eco en la Unión Soviética. Stalin lo veía como una oportunidad para debilitar la posición de Gran Bretaña en Medio Oriente. Se estableció, así, el tráfico de armas entre checos y judíos. Por el contrario, los franceses no establecieron ni siquiera relaciones comerciales con los israelíes. La Haganá aprovechó la ayuda de los comunistas a falta de un apoyo sustancial por parte de las potencias liberales. En un inicio, los judíos también se sometieron a la decisión de las Naciones Unidas, que estableció un Estado con 538 mil judíos y 397 mil árabes, de tal suerte que “los sionistas demostraron que estaban dispuestos a someterse al arbitraje del Derecho internacional”; los árabes, en cambio, eligieron la fuerza. La lucha de los judíos “implicó a muchas personalidades famosas: el general Naguib y el coronel Nasser, Abdel Hakim Amer, Igal Alón y Moshé Dayán”. Los ára-

bes fracasaron en detener el establecimiento del Estado de Israel por cuatro factores:

1) “El odio que se profesaban el comandante árabe Fawzi al-Qawuqji y el muftí y su grosera familia”. El mimetismo negativo llegó al punto de que el muftí acusó a Qawuqji de “espíar para Gran Bretaña [...] beber vino y perseguir a las mujeres”.

2) La mala preparación de sus ejércitos y sus agencias de inteligencia. Por ejemplo, los sirios y los iraquíes ni siquiera contaban con mapas de Palestina. Y, aunque algunos ejércitos árabes contaban con buenos equipos para el combate, solían estar mal entrenados.

3) La falta de objetivos comunes. Mientras la mayor parte de los países enemigos de Israel deseaba la instauración del Estado Palestino, el rey Abdalá de Jordania, poseedor del mejor ejército árabe en la región, sólo aspiraba a controlar la Vieja Jerusalén, algo que consiguió. El monarca no quería un estado en manos del muftí, a quien odiaba. De hecho, Golda Meir expresó, en una reunión secreta: “Ambos tenemos un enemigo común, el muftí”.

4) La única oportunidad de los árabes para lograr un éxito abrumador podía darse “en los primeros días de la guerra”, pero David Ben-Gurión “lo evitó mediante un ataque preventivo, en abril de 1948; en la que fue la decisión más importante de su vida, la cual logró llevar a la práctica gracias a las armas suministradas por los comunistas checos”. Posteriormente, el “poder israelí aumentó constantemente”. A finales de año, tenía “un ejército bien equipado de 100,000 soldados y había afirmado su predominio militar en la región. La creación de Israel terminó, finalmente, con el antisemitismo europeo, excepto detrás de la ‘Cortina de Hierro’”.<sup>19</sup>

El dominio militar de Israel ha continuado desde ese entonces, pero el Estado judío es desafiado y odiado por los árabes. Johnson afirma que el elemento fundamental para la enconada rivalidad fue el ascenso de los extremistas de ambos lados:

Al comienzo de los combates, el propio Abdulá Yusuf Azzam hablaba el lenguaje del terror por la radio: “Ésta será una guerra de exterminio y una masacre trascendente”, anunció [...], pero el daño ya estaba hecho. Cuando se dispipó el humo, había más de medio millón de refugiados ára-

bes —la cifra de las Naciones Unidas era, aproximadamente, de 650,000; la cifra israelí, de 538,000—. Para compensar esto, 567,000 judíos de diez países árabes fueron obligados a huir durante los años 1948-1957, de los cuales casi todos fueron a Israel y todos los que siguieron ese camino se hallaban reinstalados hacia 1960. También hubiera sido posible reasentar a los refugiados árabes, como se hizo con números parecidos de ambos bandos después de los conflictos entre griegos y turcos, en 1918-1923. En cambio, los Estados árabes prefirieron mantener en los campos a los refugiados, y allí permanecieron ellos y sus descendientes, como prendas humanas de una reconquista de Palestina y la justificación de nuevas guerras, en 1956, 1967 y 1973.<sup>20</sup>

Fue un caso de escalada mimética de expulsiones, persecuciones y discriminación similar a los reasentamientos masivos obligatorios de la Guerra de los Treinta Años o a los reasentamientos en Europa oriental y central como producto del nuevo trazado de los mapas hecho en la paz de Versalles. Sin embargo, hay una gran diferencia en la respuesta: los judíos integraron a sus refugiados y, con ello, contribuyeron a crear *katéchones* al interior de sus fronteras (el Estado de Derecho, la democracia y la prosperidad capitalista); los árabes, por el contrario, buscaron crear caos, liminalidad en las fronteras con Israel, con tres objetivos: 1) que el caos contaminara también al Estado judío; 2) usar la miseria de los refugiados no integrados como propaganda antisemita; y 3) tener a cientos de miles de árabes en condiciones denigrantes para producir extremistas.

Los árabes no obtuvieron su Estado independiente en Palestina. Poco después, tras el terrorismo infligido por el muftí, los israelíes presionaron a los árabes. Muchos de ellos emigraron. Algunos de quienes no lo lograron fueron víctimas de la violencia del Irgún y la discriminación del Estado judío, que generó un orden etnonacionalista.

El doble mimético colectivo más importante del Israel fue Egipto. Era un reino independiente desde la década los veinte y encabezó la pugna entre árabes e israelíes, pese a que, en el pasado, habían sido aliados. Su liderazgo se debía, en buena medida, a que Gran Bretaña incitó a la creación de la Liga Árabe, con rasgos fundamentalmente egipcios. Egipto era gobernado por el rey Faruk, un hombre frívolo, educado en Gran Bretaña y quien heredó el poder, a los dieciséis años, tras la muerte de su padre. Concebía a su país con orgullo, lo consideraba la cuna de la civilización de la Humanidad y creía que debía de formar un Estado autoritario musulmán cuya misión era “englobar gradualmente a todos los árabes e, incluso, a todos los musulmanes. Por lo

tanto, identificaba la campaña permanente contra Israel con el tema de la dignidad de Egipto y de sus aspiraciones a la jefatura de la región”.<sup>21</sup>

En 1952, Faruk alentó un movimiento guerrillero que atacó a los israelíes en las inmediaciones del Canal de Suez. Más adelante, como “respuesta” a los ataques israelíes, el Estado egipcio también atacó. En ese contexto, El Cairo se convirtió en escenario de un sacrificio estéril: las multitudes comenzaron el linchamiento de europeos, judíos y hombres de negocios. La liminalidad fue más allá del desorden en las calles y el Comité de Oficiales, liderado por Nasser, hijo de un empleado de correos y de la hija de un comerciante de carbón, asesinó a Faruk. Este sacrificio, de rango mayor, sí restableció el orden.

Empero, Nasser era un radical que consideraba necesario conmovier los cimientos del orden, tanto el nacional como el internacional. Prefería la política mágica de los chivos expiatorios y la ingeniería social, que la política liberal, del esfuerzo y los cambios graduales. Se trataba de un arquetipo de la generación Bandung. Entre sus ideales, expuestos en *Filosofía de la revolución*, se encontraban extractos del Islam, del marxismo y del liberalismo. Por su forma de usar las palabras, puede ser comparado con Sukarno, pues también creaba lemas y frases para incendiar los ánimos de las multitudes. Cuando ocupó el poder, el terror se hizo presente al interior del país y al exterior. Presionó para que se desocuparan las bases en Suez y estableció una relación con Sudán. Sus chivos expiatorios favoritos eran los británicos y los judíos, a quienes culpaba del caos regional. Como no pudo eliminar ni a unos ni a otros, Nasser comenzó a explicar los fracasos económicos y políticos de su país mediante el victimismo. Años más tarde, en Bandung, Nasser agregó a Estados Unidos en su lista de villanos.

La coalición de árabes antiimperialistas se enfocó en la utilización de Israel como un chivo expiatorio para los males de Medio Oriente y desembocó en alianzas significativas para el resto del siglo XX. Nasser buscaba distractores externos ante el fracaso interno. Quizás su política no habría encontrado eco en sus vecinos, pero el contexto internacional lo favoreció. La Guerra Fría había llevado a británicos y estadounidenses a construir una alianza con Turquía, Irán y Pakistán. Se le llamó “el escalón septentrional” y buscaba frenar el comunismo en la región. Posteriormente, también recibieron el apoyo británico tanto Jordania como Irak. Nasser, quien tuvo la oportunidad de buscar la integración de su país en la colación prooccidental, prefirió una alianza con Nikita Jrúshchov. El líder soviético estaba “ansioso de reparar los errores de Stalin en 1948” y vio el ascenso del general egipcio “como una oportunidad de superar el escalón septentrional y crear sus propios estados clientes. Los soviéticos propusieron respaldar la coalición antiisraelí de Nasser con un enorme suministro de armas de la ‘Cortina de Hierro’ entregadas a crédito”.<sup>22</sup>

#### 4.6 El embrollo del Canal de Suez

Nasser también decidió utilizar la enemistad entre Este y Oeste a su favor. Igualmente, pretendió liberarse del imperialismo con un ambicioso plan de industrialización. Era un titanismo que englobaba los principios fundamentales de Bandung.

En 1950, solicitó un préstamo de 200 millones al Banco Mundial para construir un dique sobre el río Nilo. Los estadounidenses, que aportarían la mayor parte del préstamo, se negaron a otorgarlo. Argumentaron que este plan disminuiría la productividad agrícola y generaría problemas ambientales. Nasser consideró la negativa un agravio personal, nacionalizó el Canal de Suez y acusó a Occidente del retraso económico egipcio.

La crisis de 1956 la enfrentó el primer ministro británico *Sir Anthony Eden*, sucesor de Churchill. Gran Bretaña ya no poseía el poder imperial del pasado y apenas había sobrepasado la crisis económica de 1955. El doble vínculo entre Eden y Nasser tomó forma cuando el primer ministro ordenó una invasión armada a Egipto. El Primer Ministro pensó que podría involucrar a Dwight Eisenhower en el golpe, dado el antecedente de intervención contra Mohámmad Mosáddeq, en 1951. Mas aquí había ciertas diferencias: en principio, el Presidente estadounidense consideró que Nasser tenía derecho a la expropiación y, por otra parte, Eden, a diferencia de lo ocurrido en Irán, deseaba llevar a cabo su propia intervención. Johnson explica así la situación:

Quando el régimen iraní de Mohámmad Mosáddeq nacionalizó la refinera británica de petróleo en Abadán, en el año 1951, Gran Bretaña —después de muchos rodeos— adoptó una actitud sensata y dejó a cargo de la CIA la tarea de eliminar a Mosáddeq. En todo caso, el acuerdo del Canal expiraba en doce años. Cuando el primer impulso de la cólera se agotó, todo esto quedó muy claro. Eden debió de enredar a Nasser en una serie de negociaciones, esperando la reelección de Eisenhower, para después coordinar con él los medios de eliminar al coronel. No obstante, el Primer Ministro quería asestar su golpe.<sup>23</sup>

Igualmente, Francia buscó recuperar sus derechos sobre el Canal. Nasser admiraba las rebeliones de Argelia, Túnez e Indochina. Los franceses ocuparon Alejandría bajo la “Operación Mosquetero”. Sin embargo, tanto en el plan británico como en el francés había habido falta de precisión. La invasión se hizo con el pretexto de liberar a los israelíes en territorio egipcio. Además, los franceses dotaron de armamento a Israel, aunque no fue suficiente contra la unión militar de Egipto, Siria y Jordania, apoyada por los soviéticos.



El plan en contra de Nasser sería el siguiente: a finales de octubre, Israel atacaría Egipto, Gran Bretaña recuperaría el Canal y bombardearía los aeródromos, al tiempo que Francia desplegaría tropas en Puerto Saíd, según lo pactado en un acuerdo secreto, en octubre, en Sèvres. Sin embargo, el Partido Laborista británico se enteró del plan y se escandalizó. Eisenhower, también, y pidió a Eden no emplear la fuerza y ordenó a su propia Secretaría de Tesoro que vendiera las libras esterlinas de la reserva nacional. En un ultimátum, incluso el Presidente estadounidense amenazó al primer ministro británico con sanciones petroleras.

Ante la campaña de desprestigio interno, el líder británico titubeó y la operación fracasó. No por falta de fuerza militar, sino por falta de voluntad política. Ante el fiasco de Suez, “Eden fue una patética víctima expiatoria. Harold Macmillan, que lo sucedió en el cargo, extrajo la moraleja de que, en un mundo de súperpotencias, una potencia de mediana jerarquía sobrevive en virtud de las buenas relaciones públicas más que de los acorazados”.<sup>24</sup>

Sin embargo, a largo plazo, Estados Unidos también sufrió una derrota causada por la crisis de Suez. Quedó la idea de que Gran Bretaña había fracasado por la falta de apoyo de los estadounidenses, lo cual “contribuyó a producir un temible látigo destinado a azotar la espalda de Estados Unidos, en la forma del concepto tendencioso de la *opinión mundial*, estructurada primero en Bandung, y, ahora, gracias a la actitud de Eisenhower, transferida a las Naciones Unidas”.<sup>25</sup>

Esta crisis dotó de prestigio a la ideología de Bandung, ahora dotada de un ejemplo que mostraba “la maldad de Occidente”. En el marco de dicha teoría, los egipcios no tenían la culpa del conflicto, sino los peones israelíes del imperialismo.

#### 4.7 EE. UU. como chivo expiatorio de la ONU

Las Naciones Unidas habían actuado bajo el control de Estados Unidos en la década posterior a la II Guerra Mundial. No obstante, cada vez más países no democráticos ingresaban a su seno. La Asamblea General sostenía la opinión de estos gobiernos. La ONU se vio en riesgo, por primera vez, bajo la dirección de Trygve Lie —quien sostenía el compromiso occidental—, cuando estalló la Guerra de Corea y la Unión Soviética la sabotó. Las democracias occidentales permitieron la elección de un economista sueco, quien, como funcionario público, se había mantenido al margen en las guerras mundiales: Dag Hammarskjöld:

Era el sentimiento de culpa personificado y estaba decidido a que Occidente lo expiase. Severo, culto, desprovisto de humor, soltero [...], su persona exudaba cierta religiosidad secular. Era característico de su persona y del gusto del final de los años cincuenta, una tendencia que él reflejaba fielmente, que transformase el antiguo Salón de Meditación de las Naciones Unidas, una habitación sencilla y sin pretensiones, en una caverna oscura y dramática, con una perspectiva y una iluminación sorprendentes, con un vasto bloque rectangular de mineral de hierro iluminado por un solo haz de luz en el centro. ¿Qué simbolizaba? Quizá la moral relativa. La intención manifiesta de Hammarskjöld fue cortar el cordón umbilical que unía a las Naciones Unidas con la antigua alianza occidental del tiempo de la guerra y alinear a la organización con lo que él creía era la nueva fuerza en ascenso de la virtud en el mundo: las naciones “no alineadas”.<sup>26</sup>

A partir del conflicto de Suez, Hammarskjöld pidió la salida de las tropas invasoras de Gran Bretaña y Francia y abrió paso a las fuerzas “de paz” de las Naciones Unidas. Este movimiento implicó una inclinación hacia la ideología creada en Bandung: usar a los Estados imperialistas como chivos expiatorios, incluso si se trataba del recién fundado Israel.

La ONU de Hammarskjöld limitó la expansión comercial de Israel, pero no condenó las ocupaciones árabes, como la de Nasser. De igual forma, mientras Francia y Gran Bretaña recibían regaños públicos, el imperialismo de la Unión Soviética, invasor de Hungría, no fue motivo de acción por parte del organismo. El titanismo pacifista del sueco, en realidad, perpetuó las guerras en Medio Oriente.

#### 4.8 La guerra de Argelia

Francia también fue uno de los villanos favoritos de la ONU de Hammarskjöld. El motivo fue Argelia, guerra que devino, para Johnson, en signo del resto de los movimientos anticoloniales y los procesos de independencia, enmarcados en: 1) el abandono de la voluntad europea por mantener sus colonias y 2) el alza demográfica de las poblaciones nativas.

En Argelia, la tendencia poblacional llevó a un cambio en la política de asimilación; la relación mimética terminó por absorber a los franceses en Argelia, donde los *pid noir* ya no eran mayoría y, por lo tanto:

No era tanto una colonia francesa como un asentamiento en el área del Mediterráneo [...]. Los habitantes de la región del Mediterráneo se trasladaron de las costas septentrionales a las meridionales y ocuparon lo que parecía ser un vacío; a sus ojos, el gran mar interior era una unidad y tenían tanto derecho a sus costas como otros cualesquiera, si justificaban su existencia mediante la creación de riqueza. Y es lo que hicieron [...]. Eran principalmente españoles en el Oeste, italianos —y malteses— en el Este. Mas el aumento de la prosperidad atrajo a otros: cabilas, shauías, mozabitos, mauritanos, turcos y árabes puros, provenientes de las montañas, el Oeste, el Sur y el Este.<sup>27</sup>

La mezcla de etnias llevó a una violencia ideológica que, de no ser por las jerarquías impuestas por el Imperio francés, se habría convertido en violencia temible. La desigualdad entre *piéd noirs* y árabes era indignante. Era una sociedad de prejuicios raciales; no había igualdad de oportunidades y, con ello, se traicionaba, abiertamente, la mentalidad francesa. Quedaba, entonces, un encapsamiento artificial humillante.

El doble vínculo se formó entre los árabes-franceses, que actuaban bajo *katéchones* poco estables. El sistema electoral, lo mismo que el educativo y los empleos en la administración pública y las empresas, acentuaban la discriminación. Los musulmanes moderados, que buscaban una fusión entre culturas, tendieron a la radicalización y apareció la violencia. En 1945, los árabes asesinaron a algunos europeos. Después de la detonación de las bombas de los terroristas árabes, la respuesta francesa fue brutal:

Las represalias francesas alcanzaron una escala bestial. Los bombardeos en picada destruyeron cuarenta aldeas; un crucero bombardeó otras. El periódico *Liberté*, del Partido Comunista Argelino, reclamó que los rebeldes fuesen castigados rápida e implacablemente y los instigadores, llevados al pelotón de fusilamiento. De acuerdo con el informe oficial francés, fueron asesinados de 1,020 a 1,300 árabes; éstos afirmaron que las víctimas ascendieron a 45,000. Muchos soldados árabes desmovilizados regresaban para encontrar a sus familias muertas y sus casas, demolidas. Estos exsuboficiales formaron el liderato del futuro Frente de Liberación Nacional.<sup>28</sup>

Sin embargo, fue un sacrificio estéril, pues la violencia no concretó el establecimiento del orden; por el contrario, echó gasolina a los fuegos de la envidia. Ahmed Ben Bella, quien había sido condecorado por Charles de Gaulle por su heroico papel en el Ejército francés durante la II Guerra Mun-

dial, se convirtió en el líder revolucionario. Dejó de ser un oficial francés para convertirse en un socialista libertario, el líder del Frente de Liberación Nacional para obtener *una Argelia para los argelinos*; un cuasifrancés convertido en enemigo de los franceses. El doble vínculo lo llevó de la admiración a la envidia, del mimetismo positivo al odio. Los franceses hicieron lo mismo.

El objetivo de ambos bandos “fue destruir el concepto de asimilación y multirracismo, eliminando a los moderados de ambas partes”. Fue significativo que el primer francés asesinado bajo este esquema fuera un liberal, “un maestro de escuela arabófilo llamado Guy Monnerot”. También fue notorio que “la primera baja árabe fue un gobernador local profrancés llamado Hadj Sakok”. De hecho, “la mayoría de las operaciones del Frente Nacional de Liberación estaba dirigida contra los musulmanes leales. Se asesinaba a los empleados del Estado, les cortaban la lengua, les arrancaban los ojos y, después, dejaban una nota con las letras FLN sobre los cadáveres mutilados”.<sup>29</sup> Los argelinos habían tomado esta estrategia del muftí en Palestina.

Era el paso del desencapsulamiento artificial a la envidia temible; del *katéchon* del falso holismo a la liminalidad. También, como el reflejo exacto del FLN, el terrorismo “blanco” surgió en la forma de *L'Organisation de l'Armée Secrète* (OAS). Ambas organizaciones adoptaron perspectivas genocidas: ambas admiraban a Hitler y a las SS.

En 1954, en la Francia del continente europeo, Pierre Mendès France y François Mitterrand, miembros del gobierno, continuaban con la esperanza de una extensión de los principios franceses de libertad, fraternidad e igualdad, en Argelia. Lo cual, quizás gradualmente y de un modo imperfecto, habría podido construir un tejido social basado en la desigualdad económica, pero no en la política ni la jurídica; una desigualdad soportable, sostenida en la prosperidad y la envidia banalizada. El mimetismo entre Argelia y Francia había sido tal que era difícil para el imperio dejar ir a su colonia.

Sin embargo, dadas las tendencias demográficas, muchos franceses en Europa preferían considerar que la asimilación había sido un fracaso. Consideraban que la explosión de la natalidad de los árabes amenazaba, en un futuro no lejano, en convertir a los “blancos” en una minoría. De convertirse en una región más de Francia, en el mediano plazo, Argelia habría absorbido a Francia.

Aun así, el gobierno galo envió a Jacques Soustelle como gobernador general, pero el FLN destruyó su política liberal e incluso asesinó a su amigo, Maurice Dupuy. Soustelle respondió violentamente, pues el conflicto se había convertido para él en algo personal:

La violencia se acentuó en la segunda mitad de 1956, en forma paralela con el desarrollo de la aventura de Suez [...]. El desastre de Suez fue importante, porque convenció definitivamente al Ejército de que los gobiernos civiles no podían ganar la guerra. Robert Lacoste, sucesor socialista de Soustelle, admitió esto. El 7 de enero de 1957, concedió al general Jacques Massu [...] libertad absoluta de acción para eliminar de Argel al FLN. Por primera vez, se anularon todas las restricciones que pesaban sobre el Ejército, incluso la prohibición de torturar. La tortura había sido abolida en Francia el 8 de octubre de 1789 y el artículo 303<sup>o</sup>. del *Código Penal* imponía la pena de muerte a quien la practicase. En marzo de 1955, un informe secreto escrito por un funcionario superior recomendó el uso de la tortura supervisada como la única alternativa para impedir la tortura no autorizada, mucho más brutal [...]. Fue la única vez que los franceses combatieron al FLN con sus propias armas. Argel se limpió de terrorismo. Los árabes moderados se atrevieron a levantar nuevamente la voz. Mas la victoria fue frustrada por una nueva política de *regroupement* de más de un millón de *fellalis* pobres, un ejemplo de tosca ingeniería social destinada a hacerle el juego al FLN. Además, el experimento de Massu impuso tensiones intolerables al sistema francés. Por una parte, al liberar del control político a unidades militares y destacar la personalidad de los comandantes, alentó la formación de ejércitos privados: los coroneles tendieron a verse cada vez más en el papel de propietarios de sus regimientos, como ocurrió durante la monarquía, y comenzaron a manipular la desobediencia de sus generales. En la confusión moral, los oficiales comenzaron a creer que su obligación primaria era la que tenían hacia sus propios hombres más que hacia el Estado.<sup>30</sup>

La batalla de Argel fue ganada por Massu, por lo que los árabes moderados regresaron a la vida pública. No obstante, las crueles prácticas de las tropas francesas voltearon la opinión de los centristas y liberales de Francia, quienes ahora preferían liberar a Argelia. Las condenas llevaron al establecimiento de la Quinta República y el regreso de Charles de Gaulle al poder. La política de De Gaulle estaba caracterizada por una visión no colonialista; quería transformar las relaciones internacionales de Francia, desdeñaba la Cuarta República y al régimen de la indecisión que ésta había impuesto.

Los argelinos reconocían a De Gaulle, quien representaba la toma del poder de los árabes. A Massu no se le otorgaron más permisos cuando el FLN continuó con sus ejecuciones. Para Johnson, las decisiones tomadas por el mandatario francés evitaron una guerra civil y la contaminación del

conflicto a la Francia metropolitana e, incluso, el probable desembarco de las tropas francesas en Argelia con la finalidad de tomar el poder en Francia, tal y como había hecho Franco en España.

Los militares favorables a la retención de Argelia eran muy poderosos y amenazantes, pero De Gaulle los tranquilizó; de hecho, los engañó, haciéndoles creer que estaba de su lado. Comenzó a movilizar a la opinión pública en favor de la liberación argelina y, en 1959, lanzó un referéndum con el fin de conceder el derecho a los territorios franceses de ultramar para decidir si asociarse o separarse de Francia. En 1960, De Gaulle ya había quitado del camino “uno por uno a los hombres que lo habían llevado al poder”, con el compromiso de luchar por Argelia:

En febrero de 1960, reclamó y obtuvo “poderes especiales”. Cuatro meses después, inició conversaciones secretas con los jefes del FLN. En enero de 1961, celebró un referéndum que ofrecía a Argelia la libertad de decidir si se asociaba con Francia. La votación arrojó una mayoría abrumadora a favor del “sí”. Fue el fin de la *Algerie française*, y determinó que los extremistas que la defendían salieran al descubierto, con bombas en la mano.<sup>31</sup>

En abril de 1961, cuando los militares “al fin percibieron el engaño de De Gaulle y trataron de derrocarlo, habían perdido la oportunidad”. Ahora, la mayoría de los franceses pensaba que ser un imperio era una mala idea. Y, lo más importante, la opinión de los soldados estacionados en Argelia también había cambiado:

Los reclutas tenían radios de transistores y podían escuchar las noticias de París; así que se negaron a obedecer a sus oficiales y la revuelta se derrumbó. Sus jefes se rindieron o fueron perseguidos y encarcelados. Se dio la posibilidad de realizar un cambio completo. Los jefes del FLN que habían sido capturados abandonaron las prisiones para unirse a las conversaciones, al mismo tiempo que los generales franceses rebeldes comenzaban a cumplir sus condenas.<sup>32</sup>

La OAS mantuvo sus atentados terroristas tanto en Argelia como en Francia. Intentó, en dos ocasiones, asesinar a De Gaulle. La violencia de la OAS encontró su doble mimético en el Estado mismo, el cual “creó sus propias unidades terroristas oficiales, que asesinaban y torturaban impunemente a los detenidos a gran escala”. Sin embargo, era tal la escalada conflictiva y la

descomposición moral que “ni la Francia liberal ni la comunidad internacional emitieron siquiera un murmullo de protesta”.<sup>33</sup>

El referéndum, como todo sistema de votaciones, es un intento por establecer la competencia por el poder de un modo ordenado, no violento. Sin embargo, es un *katéchon* y, como tal, implica cierta dosis de violencia. Ésta, por lo general, es controlable, pero, en ocasiones, puede desbordarse. En estos casos, el *katéchon* falla y abre la puerta a la liminalidad. Y justo esto fue lo que ocurrió en Argelia.

El sacrificio hecho por los argelinos para lograr la independencia no fue el fin de la violencia. En la nueva nación reinaban la anarquía, la pobreza y la frustración. Además, había mucha gente armada, con conocimientos militares y resentida. La violencia estaba a flor de piel y, sin el gobierno de Francia de por medio, buscaba víctimas sustitutas. Cuando llegó el fin de la guerra, en marzo de 1962, los musulmanes atacaron a los judíos y la OAS continuó con los asesinatos. La violencia era tal que los *piéd noirs* tuvieron que emigrar; intentaron lo mismo muchos musulmanes que habían trabajado para Francia, pero que los acuerdos de Evian no protegían. La autodeterminación no era suficiente para frenar el sufrimiento. Los soldados franceses y los colaboracionistas árabes que quedaron en Argelia se convirtieron en chivos expiatorios de los árabes. Así,

Exactamente veinte años después de concertado el acuerdo de la independencia, uno de los principales signatarios y el primer Presidente de Argelia, el propio Ben Bella, resumió las dos primeras décadas de existencia independiente del país. Según dijo, el resultado neto había sido “totalmente negativo”. El país era “una ruina”. Su agricultura había sido “masacrada”. “No tenemos nada. No hay industrias [...], solamente chatarra”. En Argelia, todo estaba “corrompido de la cima a la base”. Lamentablemente, la nueva Argelia no había limitado los crímenes a su propio territorio. Se convirtió —y durante muchos años continuó siéndolo— en la principal base de los terroristas internacionales de toda clase.<sup>34</sup>





## CAPÍTULO V

# LA VIOLENCIA Y EL CALIBÁN

Aranza Rubio Osornio

El capítulo 15 de *Tiempos Modernos*, titulado en tono irónico “Los reinos del Calibán” —por el primitivo salvaje de *La Tempestad* de Shakespeare—, trata sobre el proceso de descolonización en África, especialmente, de la región subsahariana. Posteriormente, se hace un comentario sobre las primeras décadas de las nuevas naciones. Un coctel desastroso que formó los nuevos gobiernos, compuesto de:

- 1) fuerza renovada de las viejas rivalidades tribales bajo un espacio liminal, en el que la violencia no se pudo ritualizar;
- 2) líderes que contaban con la experiencia colonial, que les enseñó la ingeniería social;
- 3) la ideología Bandung, que promovía las ideas comunistas, el desprecio al liberalismo y a Occidente, con principios que fácilmente llevaban a la creación de múltiples chivos expiatorios.

Estos elementos conformaron una ideología sin axialidad, sacrificial, pero, a diferencia de las religiones preaxiales arcaicas, el chivo expiatorio funcionaba mal, en parte, porque:

- 1) se elegía a categorías de personas, muchas veces organizadas y con capacidad de retaliación;

- 2) todos los partidos y organizaciones tribales tomaban como víctimas propiciatorias a sus enemigos, lo cual relativizaba la maldad de los enemigos —como sucede en toda sociedad compleja—;
- 3) todos los grupos se consideraban a sí mismos víctimas de sus enemigos.

Tampoco el totalitarismo funcionó como un *katéchon* con suficiente fuerza, pues las capacidades logísticas y de organización no estaban tan desarrolladas como en Europa. Se trataba, entonces, de una ingeniería social “tropical”. Sin duda, fue positivo que los tentáculos del totalitarismo “exótico” no fueran tan extensos como los del totalitarismo europeo, pero lo negativo fue que, al no lograr establecer un orden funcional, la guerra civil, de baja o alta intensidad, se volvió perenne.

En la mayoría de las nuevas naciones, la opción totalitaria, la de las soluciones mágicas y los chivos expiatorios, lanzó su sombra. En África, el totalitarismo se combinó, además, con las viejas rivalidades tribales. El colonialismo tuvo, claro está, su parte de culpa. De hecho, los imperios europeos establecieron en África costosos y sangrientos experimentos de ingeniería social.

Paul Johnson comienza con una crítica a las teorías marxistas del colonialismo, según las cuales las potencias occidentales habían conspirado para someter a África. Aquí, cabe destacar, desde la TM, que la mentalidad tribal persistente era, de por sí, un suelo fértil para creer en dichas teorías: las religiones preaxiales funcionan justamente con una teoría de la conspiración, dan centralidad a la figura del chivo expiatorio.

La realidad, empero, era distinta. El colonialismo africano se situó bajo un momento de fricción entre tales potencias capitalistas. Después de la II Guerra Mundial, al igual que en el pasado, no existieron acuerdos y mucho menos cooperación entre ellas para hacer frente a la crisis que devenía del colonialismo. La colonización de África, al igual que la descolonización, no fue producto de una gran conspiración de las potencias europeas, sino de las rivalidades entre ellas.

Todo intento por explicar los acontecimientos en términos de una sencilla teoría de la conspiración son inútiles para captar la realidad, aunque políticamente útiles, sobre todo, entre poblaciones que conservan rasgos de preaxialidad. No hubo ninguna política general para la descolonización. Fue un proceso diferente en cada región, fragmentado y sometido a razones prácticas, que Johnson señala como una colección de expedientes.

## 5.1 Del colonialismo al constitucionalismo

En Francia, Charles De Gaulle quería liberar a las colonias africanas, pues se había acercado a ellas durante la guerra, pero encontró importante oposición, sobre todo, entre los funcionarios de las colonias. Asimismo, muchos franceses veían en África la oportunidad de exportar su civilización. De cualquier modo, en 1958, los franceses liberaron sus colonias africanas después de un referéndum, cuando De Gaulle regresó al poder. Al inicio, los nuevos países tenían una buena relación con el mandatario, pero luego siguieron su propio camino, desgraciadamente, caracterizado por la pobreza y la ineptitud de sus gobernantes, es decir, por una larga y dolorosa liminalidad.

En el caso del Reino Unido, se desarrolló la idea de que se liberaría a las colonias cuando estuvieran preparadas para autogobernarse, con un nivel de vida alto y con condiciones de libertad. Sin embargo, se les liberó independientemente de que cumplieran o no con dichas condiciones. En 1959, los británicos, imitando a De Gaulle, otorgaron la independencia a algunas de ellas; a algunas otras se les otorgó hasta 1975:

El Libro Blanco británico de junio de 1948 afirmó: “El propósito fundamental de la política colonial británica [...] es guiar a los territorios coloniales hacia el autogobierno responsable dentro de la Mancomunidad, en condiciones que garanticen a todas las personas interesadas tanto un adecuado nivel de vida como la libertad frente a la opresión, cualquiera sea su signo”. Mas ambas condiciones eran invariablemente abandonadas cuando la necesidad lo obligaba. Hasta mediados de los años cincuenta, el ritmo fue demasiado lento. A partir de 1960, fue demasiado veloz. En ninguno de los casos se reflejaron la preparación real ni las necesidades de los territorios en cuestión, sino, más bien, las presiones que se ejercían sobre el gobierno británico y su voluntad —o falta de— de resistir a ellas.<sup>1</sup>

El abandono tampoco fue total. Los británicos, a diferencia de los franceses, redactaron constituciones para sus colonias, de manera que, una vez que las dejaran en libertad, se gobernarán a sí mismas. Sin embargo, los nuevos países sólo las adoptaron formalmente; eran muy complejas y casi nadie las comprendía.

El sistema de constituciones importadas de Gran Bretaña se impuso en los territorios africanos. En estas nuevas naciones, el sistema democrático no estaba arraigado. En ocasiones, las elecciones, en lugar de pacificar la lucha por el poder, eran el inicio de la violencia y la confusión. Así ocurrió en Tanzania, en los años cincuenta, y en Rhodesia, en 1962. La búsqueda por

la democracia se volvió un proceso complejo e incluso arcaico cuando se implementaban ciertas políticas; por ejemplo, según la política electoral de Tanzania, el equilibrio del gobierno se depositó en la votación de una persona de cada raza por cada votante.

En 1956, la ONU contribuyó a la confusión, al elaborar las nuevas constituciones y diseños de gobierno de Ruanda y Burundi. Los antiguos odios tribales y los más recientes conflictos entre europeos y colonizados no se canalizaron por la vía política. Los aparatos que emanaron de su estructura establecían en estos países primitivos mecanismos aún más intrincados que los de las democracias modernas más antiguas, como la de Estados Unidos.

En este sentido, otro elemento que produjo confusión fue el diseño de gobierno. Poco antes de las independencias, los británicos, en la búsqueda de robustecer algunas instituciones, crearon un gobierno excesivamente grande. La consecuencia directa de ello fue la multiplicación de los políticos profesionales. Cobró fuerza, así, una generación de políticos cuyo criterio ético era, simplemente, la consecución del poder. El autocontrol —derivado de la axialidad, del proceso de civilización e incluso del cálculo interesado—, que suele modular la conducta de los políticos liberales, era muy débil o incluso inexistente para algunos de estos nuevos políticos africanos.

En el fondo, el fracaso de los nuevos países solía radicar en la idea incompleta del Estado liberal que se hacían los políticos profesionales: buscaban votos a toda costa y, con ello, se decían demócratas, pero no habían interiorizado la importancia del Estado de Derecho. Se trataba de gobernantes que sabían manipular al electorado, pero no tenían respeto por la Ley. Para los gobernados, la democracia se tradujo, únicamente, en el derecho al voto y no en el acceso a la justicia. Dice Johnson:

La descolonización se atuvo a un principio ético [...] nacido en India. El Informe Montagu de 1918, que inauguró este proceso [...], decía, en realidad —y éste fue el saber convencional hasta el final trágico y salvaje del proceso de descolonización—, [...] que, al tratar la independencia, el único modo válido de discurso era el de los que se ganaban la vida como políticos profesionales.<sup>2</sup>

## 5.2 Ghana, Nigeria y el Congo

En Ghana, otrora Costa de Oro, los británicos planificaron durante un largo período la independencia, con la esperanza de que la entrega ordenada del poder llevaría a la estabilidad del nuevo país. Nada de esto ocurrió. Se instau-

raron *katéchones* demasiado débiles en materia económica, política y legal. A pesar de ser la promesa de África luego de la descolonización, al independizarse, el nuevo gobierno rompió los lazos con los jefes tradicionales. El hecho de que fuera gobernado por un tirano con pretensiones titánicas tampoco ayudó. Nkrumah se convirtió en un líder carismático con el apoyo de los británicos. Los líderes tribales estaban en su contra, lo mismo que Danquah, importante jurista defensor del Estado de Derecho que murió en 1965. El terreno quedó libre para el dictador, quien creó un sistema unipartidista y volvió ilegal toda forma de oposición.

Nkrumah era un mago de las palabras, una estrella de Bandung. En cierta forma, uno de los creadores de la teoría de la dependencia y del panafricanismo, ideologías que fomentaban la creencia de que la política puede, por sí misma, resolver la pobreza. Campeón de la violencia ideológica y creador de envidia temible, Nkrumah predicó falacias fatales en África por casi una década; la aplicación de su ideología generó en el país una enorme deuda externa.

La ideología Bandung afirmaba que el proceso de colonización por las potencias no permitía el progreso económico y que deliberadamente condenaba a las colonias al “subdesarrollo”. Sólo la política y los programas políticos de inversión podrían hacer progresar a los pueblos africanos. En Ghana, la aplicación de estos principios arruinó la economía. La noción de que, para salir de los estragos del colonialismo, hacían falta líderes populares, llevó a grados de ineficacia asombrosos. Todo esto, al tiempo que Nkrumah se hacía llamar “*Osayefo*”, “El Redentor”.

En efecto, la vanidad y la locura lo llevaron a cada vez más agrias críticas y, finalmente, en 1966, fue destituido mediante un golpe de Estado. La pretensión de admiración mutua entre las sociedades africanas no pudo transformar el subdesarrollo en prosperidad. El fenómeno de los líderes leninistas de la generación de Bandung, convertidos en “santos” autodesignados, suponía que, al encontrar “culpables”, simultáneamente, se liberaría al pueblo.

Los británicos también intentaron una independencia lenta y bien planificada en Nigeria. Ésta debía de haberse convertido en una nación próspera, pues contaba con importantes yacimientos de petróleo, pero el *katéchon* económico se vio eclipsado por las tensiones étnicas, el militarismo instaurado en 1966 y los criterios Bandung. El desorden llegó a tal punto que el nuevo país perdió Biafra:

En efecto, la historia de Nigeria ilustra el influjo esencialmente superficial y efímero del colonialismo. En todo caso, fue mucho más intensa la influencia que se originó con la llegada del nacionalismo en su for-

ma afroasiática, que destaca los “derechos” de cada comunidad étnica. Si se los hubiera concedido todos, Nigeria habría tenido que ser una federación de aproximadamente doscientos estados. La afirmación de “derechos” hasta el extremo de la fractura determinó que Nigeria fuese inviable respecto a los procesos normales del debate democrático y transigencia política. El derrumbe comenzó a amenazar en 1964, apenas cuatro años después de la independencia, y, finalmente, sobrevino en 1966. El gobierno militar, a su vez, llevó a la secesión del Este, que adoptó el nombre de Biafra, el 30 de mayo de 1967, con su secuela de dos años de guerra civil e inmensa pérdida de vidas.<sup>3</sup>

En 1967, Nigeria comenzó una guerra contra Biafra, que fue, finalmente, reincorporada hacia 1970. Casi toda África apoyó a Nigeria, pues la mayoría de los nuevos países tenía también problemas secesionistas. Sin embargo, Paul Johnson apunta que se trató de un conflicto que dividió al continente. Peor aún, la mayor parte de los líderes africanos solían culpar del secesionismo al “imperialismo occidental”, el cual, supuestamente, quería balcanizar África. Así, los nuevos gobernantes, ante problemas que no podían resolver de fondo y con teorías engañosas sobre el colonialismo, optaron por buscar chivos expiatorios.

El Congo fue también un caso dramático y liminal en el proceso de descolonización de África, que resultó en el abandono de una nación primitiva. La ONU presionó por la independencia. Cabe mencionar que Bélgica la concedió cuando, a pesar de los niveles elevados de alfabetización en comparación con el resto del continente, apenas se había alcanzado el promedio de educación primaria. Tan pronto como Bélgica abandonó la colonia, la economía colapsó y ascendieron los políticos profesionales. Menciona Johnson al respecto: “en todo caso, durante los últimos y agitados años, cuando estaba frente a la abdicación inminente, el sistema había producido rápidamente un grupo de políticos profesionales, todos los cuales disimulaban las profundas afiliaciones tribales bajo una capa de ideología de estilo europeo”.<sup>4</sup>

Tres ejemplares esenciales fueron el Presidente Kasavubu, el primer ministro Lumumba y líder del estado de Katanga, Tshombe. Estos tres titanes encabezaron el saqueo y la matanza durante los primeros años de independencia del Congo. Pese a ello, la ONU, en manos del diplomático sueco Dag Hammarskjöld, condenaba a los belgas al tiempo que apoyaba a Lumumba. Aquél creó, entonces, una extraña doctrina: cuando los “blancos” matan africanos, la ONU se preocupaba, pero, cuando los africanos mataban africanos, era un “asunto interno” y la intervención de la ONU era, ¡innecesaria! Un criterio cien por ciento Bandung.

Hammar skjöld fue un titán fallido. Su ejército de la ONU no hizo más que llevar inestabilidad. El “imperialismo de la burocracia internacional” no solucionó la violencia africana. El Congo se trató de otro intento de establecer violencia ideológica en la región, que no pudo consolidarse. A Lumumba lo mató Mobutu, líder militar, en enero de 1961, para después convertirlo en un santo y víctima de la conspiración colonialista. Hammar skjöld se inmiscuyó de más en los asuntos del Congo, buscando que las Naciones Unidas obtuviera un rol más importante en el Tercer Mundo y, finalmente, murió en un extraño accidente. Paul Johnson señala que la negociación hubiese podido evitar el derramamiento de sangre: “En cambio, el secretario general se dedicó inmediatamente a crear y desplegar un ejército de las Naciones Unidas, formado no con tropas de las potencias del Consejo de Seguridad —como lo indicaba claramente la Carta de las Naciones Unidas—, sino con aportes de los estados *no alineados*, que constituían el respaldo del propio Hammar skjöld”.<sup>5</sup>

Hammar skjöld no fue el único entrometido extranjero que fracasó en el Congo. También tuvo esa suerte el Presidente argelino, Ben Bella. Tampoco a los líderes congolese les fue mejor. Los más importantes alentaban a las turbas, les ofrecían víctimas sacrificiales, encendían los fuegos de la envidia, pero eran pirómanos que terminaban quemándose. Las turbas congoleñas eran cambiantes. No había marcos institucionales ni voluntades políticas para frenar la liminalidad, para buscar estabilidad.

En 1965, Mobutu tomó ventaja del caos que provocaba confusión, muerte y hambre, dando un golpe militar y buscando crear un orden basado en la fantasía de que los colonialistas eran los culpables del desorden y que, una vez expulsados, todo sería maravilloso. Por el contrario, Mobutu estableció una dictadura tan extensa que, a principios de los noventa, cuando Paul Johnson concluyó la versión revisada de *Tiempos Modernos*, aún seguía en el poder. La guerra civil y la corrupción fueron la marca de su gobierno y la herencia que dejó a su país flagela el Congo hasta la actualidad.

Los intentos de franceses y británicos por dejar en las nuevas naciones de África las bases para el constitucionalismo fueron abandonados a finales de los cincuenta, cuando comenzó una ola de golpes militares. Lo mismo ocurrió en algunos países árabes y de América Latina. La generación Bandung cedía ante el realismo de las armas. “Se había depositado un caudal excesivo de esperanzas en la nueva clase de políticos profesionales, pero éstos no podían cumplir la tarea: se quebraron o los quebraron bajo la tensión”. En su lugar, “los militares se hicieron cargo del poder. Lo mismo había sucedido en el primer continente *liberado*, es decir, América Latina, durante las primeras

décadas del siglo XIX”. Después de la generación de Bolívar, “siguió la primera generación de caudillos”.<sup>6</sup>

El África subsahariana fue, casi en su totalidad, dominada por militares durante los sesenta y los setenta y, en algunos países, aún hasta la actualidad. De tal forma que el *katéchon* de las dictaduras militares estatizaba la economía, limitaba los mercados y estaba plagado de corrupción. No se establecieron el Estado de Derecho, la prosperidad ni la autocontención. En su lugar, se alentaron las teorías colectivistas, es decir, las que dan centralidad al chivo expiatorio como “solución” a los problemas, las que diluyen la responsabilidad individual.

### 5.3 El *apartheid* sudafricano

Paul Johnson se detiene en Sudáfrica, donde la ingeniería social construyó el *apartheid*. El artífice de este sistema fue Jan Christian Smuts, cuya legislación racista era sumamente rígida, dado que la élite “blanca” temía el desorden. Fue un régimen que favorecía brutalmente a los “blancos”, un encapsulamiento artificial que ofendía a las mayorías locales “negras”, así como a las minorías india y mestiza. También se ganó la animadversión de sus vecinos africanos y, en ocasiones, de toda África y, claro está, la de la ONU. Sudáfrica se convirtió en uno de los chivos expiatorios, al menos en el discurso, de la comunidad internacional.

El *apartheid* era una ideología similar al nacionalismo “negro”, pues pedía África para los africanos “blancos”, claro está; también tenía elementos sionistas, aunque, durante la II Guerra Mundial, había sido antisemita. Johnson menciona que, a diferencia del programa político de Hitler, el *apartheid* sí incorporo un fundamento bíblico, a pesar de que mezclaba principios contradictorios. El *apartheid* era un embrollo ideológico, más definido por una identidad negativa que por una positiva. Simplemente, era: antinegro, anti-mezcla racial y antibritánico. Los chivos expiatorios se multiplicaban y eso provocaba cierta inestabilidad.

Su programa de encapsulamiento artificial propiciaba la creación de comunidades separadas. En 1949, se prohibieron los matrimonios mixtos y se hizo un registro poblacional que dividía las áreas habitables para cada raza. En 1954, la ley educativa obligaba a enseñar a los “negros” su posición subordinada en la sociedad, diferenciando los programas de estudio según la “raza”; la igualdad política en la región cada vez se veía más lejos.

El encapsulamiento artificial no sólo ofendía a los no “blancos”, sino que también era poco realista. La tendencia demográfica era evidente: los



“negros” terminarían siendo una mayoría demasiado amplia, que haría imposible a los “blancos” mantener el control: “Lejos de impulsar una causa común entre los ‘blancos’, los ‘asiáticos’ y los habitantes ‘de color’ contra la abrumadora mayoría de los ‘negros’, el Partido Unido de Smuts arrojó a los dos últimos a los brazos de los nacionalistas ‘negros’ —que los odiaban más que los ‘blancos’—; de hecho, el ingrediente indio fue fundamental para volcar la opinión ‘asiática’ y de las Naciones Unidas contra África del Sur”.<sup>7</sup>

¿Por qué duró el *apartheid*, a pesar de que la mayoría de los habitantes de Sudáfrica, los vecinos y la comunidad internacional lo odiaban? En buena medida, porque fue un éxito económico, lo cual hacía funcionar el *katéchon* de la prosperidad, de la banalización de la envidia. Al tiempo que los recursos de Sudáfrica le permitían altos ingresos, el resto de los países descolonizados sufrieron un declive. En parte, también triunfó porque sus vecinos no se atrevían a desafiarlo, debido a que fue también un éxito militar con un programa nuclear.

El antisurafricanismo del nacionalismo “negro” de las naciones africanas cedía ante el realismo. Los países que se llamaban a sí mismos “Estados de la línea del frente” cooperaban sistemáticamente con las condiciones del *apartheid*. El de las naciones africanas era un nacionalismo tan sólo retórico, destinado a las masas de votantes, para mantener la legitimidad interna; era el viejo recurso del chivo expiatorio con una doctrina cuasi religiosa. En realidad, la mayoría de las naciones del África subsahariana hacía negocios, exportaba mano de obra y recibía remesas de Sudáfrica. Se trataba, entonces, de un chivo expiatorio blando, no alguien con quién las naciones vecinas de verdad quisieran pelear. Había una fascinación de doble vínculo: “cuanto más cerca los estados africanos estaban de África del Sur, más sentían la atracción de su inmensa y próspera economía y menos tendían a llevar a la práctica su decisión de destruir el *apartheid*. Los africanos comunes y corrientes votaban con los pies, ciertamente no en favor del *apartheid*, sino de los empleos que la economía sudafricana ofrecía”.<sup>8</sup>

#### 5.4 Guerras civiles *ad intra* y *ad extra*

Los aparentemente amenazantes vecinos, en realidad, nunca aislaron a Sudáfrica, sino que se integraron a su prosperidad. Además, la mayoría de los países africanos tenían una política similar a la de su vecino del sur. También ellas habían creado encapsulamientos artificiales, que eran menos visibles para la comunidad internacional, porque los “negros” y los árabes eran los victimarios y no las víctimas:

Todos los estados africanos aplicaban medidas racistas. Durante los años cincuenta y sesenta, Egipto, Libia, Argelia, Marruecos y Túnez expulsaron a más de un cuarto de millón de judíos y recluyeron en guetos a los pocos miles que permanecieron en los respectivos países. Durante los años sesenta, la República Unida de Tanzania expulsó a sus árabes o los privó de la igualdad de derechos. Durante los años setenta, los “asiáticos” fueron expulsados de la mayoría de los estados del Cuerno y África Centrorientales y sufrieron medidas discriminatorias por doquier; incluso en Kenia se los amenazó con la expulsión, en 1982. En la mayoría de los casos, la discriminación racial fue un acto consciente de la política oficial más que una respuesta al reclamo popular.<sup>9</sup>

Paul Johnson analiza el racismo intertribal de los africanos e, incluso, lo califica como “el peor racismo de África”. Se forjó una ingeniería social, como ya dijimos, inspirada sobre los totalitarismos socialistas y cimentada sobre las políticas coloniales. Se arraigaba mediante la fuerza a la población. Al igual que en la URSS, se usaban los documentos de residencia para mantener a unos cercados y se usaban las topadoras para mover a otros. Se desplazaba y reacomodaba a grupos poblacionales enteros bajo criterios “nacionalistas” y “socialistas” que, en realidad, encubrían viejas rivalidades tribales:

Uno de los méritos del dominio colonial en África —excepto en los lugares en que las medidas determinadas por la supremacía “blanca” imponían otra cosa— era que se adaptaba a los movimientos nómadas de las tribus, es decir, tanto a los cíclicos como a los de carácter permanente. Permitía un alto grado de libertad de movimientos. A medida que aumentó la población y que se acentuó la presión sobre los recursos alimenticios, resultó más difícil mantener esa política de *laissez faire*. Fue una tragedia que, cuando llegó la independencia, a principios de los años sesenta, los Estados que entonces nacieron decidiesen imitar no el liberalismo de estilo colonial, sino el control típico de los métodos de la supremacía “blanca”. La doctrina Bandung-leninista del Estado grande y omnipotente se unió en impío matrimonio con el segregacionismo. Claro que el Estado soviético siempre había controlado todos los movimientos y asentamientos internos y, por supuesto, también los de sus propias tribus asiáticas. La práctica leninista y sudafricana armonizaron cómodamente.<sup>10</sup>

En los setenta, con la sequía, aumentó el número de nómadas. El totalitarismo “exótico” de los gobiernos africanos consideró esta situación como

un desafío. Comenzó una brutal ingeniería social contra grupos nómadas, como los tuaregs. Al hacerse más fuerte el movimiento de las tribus, también se fortaleció el control social y el uso del trabajo forzado.

En Tanzania, Julius Nyerere formó un partido militarizado, que hacía vivir a su país en un estado de guerra permanente, tanto interna como externa. Se impuso un totalitarismo brutal bajo la propaganda de que se estaba creando “hermandad” (*ujamus*), donde se cancelaban los derechos y se imponía la colectivización y el terror. Se buscaba a tal grado la homogeneización de la población que se le obligó a usar el mismo tipo de ropa. Es importante destacar que la militarización fue llevada a cabo por Nyerere, con el apoyo del ejército británico. Este siniestro personaje pertenecía a la era de política profesional de Nkrumah.

Nuevamente, se buscó erradicar la pobreza y demás conflictos económicos con criterios políticos. No fue extraño entonces que, en 1967, en ese país, se firmara la Declaración de Arusha, una actualización de la de Bandung: una ideología de utopistas acompañada por políticas brutales, con la multiplicación de los chivos expiatorios ante los fracasos económicos, sociales y políticos. Al estilo de los países leninistas, cualquier antagonista que estuviera en contra de la “guerra” emprendida, era arrestado y obligado al trabajo forzado.

Arusha, como un mejorado Bandung, alentaba el origen mítico del pueblo africano. La comunidad y la familia como unidades básicas servían para disfrazar el control totalitario de las élites políticas. También en Zambia, en Senegal y en el Congo, se inventaban nuevas palabras para encubrir, con eufemismos, la violenta ingeniería social que imponía el encapsulamiento artificial:

En Zambia, se denominó al mismo proceso “el reagrupamiento de aldeas”. Su dictador unipartidario, Kenneth Kaunda, denominó “humanismo” a la filosofía nacional. Según dijo, ella derivaba de la verdad de que todas las personas son “humanas bajo la piel”, pero sucedió que algunas eran más humanas que otras. “El humanismo de Zambia”, declaró, “trata de erradicar todas las tendencias perversas del Hombre [...], de lograr la realización de la perfección humana”, liberando a la sociedad de las “inclinaciones humanas negativas, por ejemplo, el egoísmo, la codicia, la hipocresía, el individualismo, la pereza, el racismo, el tribalismo, el provincialismo, el nacionalismo, el colonialismo, el neocolonialismo, el fascismo, la pobreza, las enfermedades, la ignorancia y la explotación del Hombre por el Hombre”. Esta lista ofrecía al Estado infinitas posibilidades de acción autoritaria. En otros países aparecieron diferentes “ismos”. Ghana produjo el “conciencismo” y Senegal, la “negritud”. En el Con-

go, el Presidente Mobutu no supo qué hacer, hasta que al fin descubrió la ideología ideal: el “mobutuismo”.<sup>11</sup>

Los niveles de violencia temible eran muy elevados. No se podía establecer un orden estable en ese medio. Debido a la liminalidad, las tiranías africanas, generalmente, no conseguían imponer un régimen totalitario, no lograban la estabilidad y esto lo pagaba la propia élite, que se mataba entre sí. En su lugar, intentaban imponer ideas absurdas y, de no haber provocado tantos muertos y daños materiales, serían recordadas como ocurrencias graciosas.

En Guinea Ecuatorial, el tirano Francisco Macía Nguema oprimió a su pueblo. Su régimen era frágil y, finalmente, fue derrocado por un golpe de Estado organizado por el gobierno español, en 1979. Apunta Johnson que la autoridad absoluta sólo era una falacia, por lo que los políticos tenían que recurrir a la violencia personal. Los conflictos tribales que las colonias no habían resuelto se arrastraban en el tiempo y la política de los tiranos africanos no era suficiente para sofocarlos.

En la República Central Africana ocurrió algo similar, cuando el sangriento y autonombrado “emperador” Bokassa fue derrocado por el gobierno francés:

Cuando los franceses otorgaron la independencia a la colonia, instalaron como Presidente a David Dako, un político profesional elegido por ellos mismos. Dako intentó, sin éxito, un juego de equilibrio entre Izamo, jefe de la policía, y Bokassa, que dirigía el Ejército; Bokassa demostró que era el más ágil del terceto. A partir de 1965, Bokassa se autodesignó Presidente vitalicio y, desde 1977, emperador. En diciembre de este año, celebró una complicada ceremonia de coronación, con la asistencia de 3,500 invitados extranjeros. Se utilizó entonces un trono que tenía la forma de un águila y se empleó una corona con 2,000 diamantes, así como adornos copiados de la coronación de Napoleón. Todo esto costó 30 millones de dólares, un quinto de las magras rentas del país. Su amistad con el expansivo Presidente Giscard d'Estaing, de Francia, a quien regaló diamantes, fue uno de los factores no poco importantes que apuntalaron su régimen. Celebró su primer aniversario despidiendo y exiliando a su hijo mayor, el príncipe George, acusado de formular observaciones contra su padre.<sup>12</sup>

Desde Guinea, Sékou Touré; desde Libia, Gadafi; y, desde Uganda, Amin; no se conformaron con imponer el horror del totalitarismo “tropi-

cal” en sus países, sino que lo copiaron unos de los otros. Así, además de desestabilizar sus países, causaron liminalidad en el ámbito de las relaciones internacionales.

Johnson se detiene en la tragedia de Uganda. Se trataba de una sociedad colonizada por los británicos, dividida en tribus superficialmente cristianizadas e islamizadas que mantenían aún rituales caníbales y sacrificiales. Por ello, no fue extraño que, en 1963, el primer gobierno independiente, el de Obote, utilizara las armas, la organización y los métodos modernos, no para construir *katéches* que economizaran la violencia de una forma ritualizada, sino, por el contrario, para desatarla. Se instituyó un frágil orden, sostenido violentamente, donde se otorgaban privilegios a ciertas tribus; un encapsulamiento artificial cimentado en sangre y miedo. Comenzó la persecución de los baganda, la tribu más refinada. “El país era, en muchos aspectos, una región primitiva, desgarrada por complejas rivalidades tribales, por la enemistad racial entre el norte musulmán y el sur cristiano y por antiguas formas de sectarismo en el seno de las comunidades cristianas. La magia violenta tenía carácter ubicuo”.<sup>13</sup>

En 1971, Amin dio el golpe de Estado a Obote. El nuevo líder era un criminal de guerra, un contrabandista y un caníbal. Convirtió al Ejército en su propiedad privada sobre una base tribal, pues utilizaba la política heredada por los colonizadores, pero ejerciendo el terror de forma religiosa. También desapareció a la vieja policía para crear la suya propia, completamente a su servicio. Utilizó al Ejército y a la policía para aterrorizar a la sociedad en general y, sobre todo, a sus enemigos tribales. Su régimen lo basó en principios raciales, pero también sus más cercanos le temían. Era psicológicamente inestable. Las masacres, las torturas, las expropiaciones y las expulsiones de minorías fueron la norma. No se construía un *katéchon* estable, sino una larga liminalidad. Comenzó una guerra civil, por momentos, de baja y, en otros, de alta intensidad. Sostenía una retórica antioccidental al tiempo que continuaba la compra de armamento a los británicos.

Gracias a la doctrina Hammarskjöld, las Naciones Unidas no hicieron nada. En general, la ONU se mantuvo cínicamente distante de los problemas causados por Amin. Sin embargo, los británicos cambiaron su actitud hacia 1975 y comenzaron las sanciones económicas y la presión diplomática. Amin no se arredró, pues tenía aliados: Gadafi, Arafat y la Organización de la Unión Africana (OAU) aplaudían su brutalidad contra los “blancos”. Cuando invadió Tanzania, la OAU guardó silencio durante meses. Al mismo tiempo, los principios Bandung posibilitaron el régimen que veía crecer el renacimiento de la barbarie africana, al tiempo que el terror no era frenado por el imperialismo de las Naciones Unidas, como si existiera condescenden-

cia de por medio. En 1975, la ONU, en muchos aspectos dominada por tiranos árabes, asiáticos, africanos y prosoviéticos, también aplaudió a Idi Amin. En 1978, al fin, había perdido su base social, palaciega e, incluso, militar. Fue destituido por un grupo de militares, apoyado por el Ejército de Tanzania. La ONU intentó inútilmente falsificar su historia con el dictador, afirmando que siempre lo había condenado.

Mas el drama no concluyó con la caída de Amin. El nuevo líder, Obote, quien llegó al poder bajo condiciones sospechosas también, se convirtió en un dictador voraz y asesino, experto en fraudes electorales. La brutalidad continuó y la guerra civil estalló en el terreno tribal. De nuevo, el árbitro internacional no actuó como tal.

En general, desde mediados de 1965, los Estados africanos estaban en guerra, ya fuera una guerra interna contra su propia población, sus disidentes y minorías, o bien, externa, contra otros Estados. Peor aún, como en el caso de la guerra entre Ruanda y Burundi, se trataba de una combinación de los dos tipos de conflicto: una guerra civil que se convertía en guerra internacional, donde intervenían incluso algunas naciones no africanas:

Como las Naciones Unidas y la OAU no se limitaban a convalidar la violencia, sino que incitaban a ella e incluso la imponían, los Estados africanos individuales la utilizaron cada vez más ampliamente para resolver sus guerras civiles intertribales y las disputas de fronteras, que habían estado congeladas durante el período colonial. Al parecer, África es el continente que posee más amplia diversidad lingüística y étnica. De los cuarenta y un Estados independientes, sólo Egipto, Túnez, Marruecos, Lesoto y Somalia eran básicamente homogéneos e incluso estos países tenían fronteras discutibles. Como implican conflictos tribales que cortan las fronteras, la mayoría de las guerras civiles africanas tiende a convertirse también en guerras entre países [...]. Aunque la independencia originó muchos pactos regionales, por ejemplo, el del Grupo de Casablanca, de seis países; el Grupo de Monrovia, de quince países; y los Doce de Brazzaville; en general, fueron acuerdos verbales con fines políticos y aportaron resultados efímeros.<sup>14</sup>

Prácticamente, todos los *katéchones* fracasaban y la liminalidad se imponía. La muerte, la miseria y los refugiados acompañaban al estado de guerra permanente. Incluso la infraestructura heredada del colonialismo estaba siendo destrozada. Las comunicaciones se colapsaban y se agravaban los atascamientos. Por falta de transportes y caminos, los africanos se movían cada vez menos, la vida de las metrópolis no se extendía más que a los kilómetros

más cercanos de los aeropuertos internacionales. Tampoco funcionaban los teléfonos. Las poblaciones se vieron aisladas, atrapadas por sus gobiernos autoritarios.

También los servicios médicos heredados por el colonialismo se vieron sumamente deteriorados y los nuevos políticos profesionales no se habían ocupado de construir instituciones que enfrentaran los problemas que desde el África precolonial se habían presenciado: hambre, desnutrición y enfermedades. La malaria se extendió y, ante la escasez de médicos, la OMS reconoció a los hueseros, herbarios y hasta médicos brujos que, a los ojos de la población rural, podrían ser agrupados con los médicos científicos.





## CAPÍTULO VI

# EL INFIERNO DE LA MITAD DE LA HUMANIDAD

Emilio Moreno Villanueva

En el capítulo 16, “Experimentos con la mitad de la humanidad”, Paul Johnson aborda China e India durante los años cincuenta, sesenta y setenta. A diferencia de lo ocurrido en África, en estos casos sí se establecieron *katéchones* estables. Sin embargo, en algunos momentos, los líderes de ambos países jugaban al titanismo y esto ponía en riesgo los ciclos rituales; ambos países se colocaron al borde del sacrificio natural. Los gobernantes de China e India destruyeron el *katéchon* de la prosperidad que banaliza la envidia. Llevaron a una escasez que, en lugar de contener los conflictos, los agravaban.

Algo similar ocurrió en las relaciones internacionales: en lugar de aprovechar las ventajas de la cooperación, los gobernantes de ambos países producían conflictos. De hecho, abusaban del recurso propagandístico del enemigo exterior para desviar la atención de los problemas internos. Era también un método para sustituir a los culpables de la miseria; si bien, en algunas ocasiones, este mecanismo iba más allá de la propaganda y producía verdaderos conflictos.

Nehru, mago bandungiano de las palabras, erigió la ilusión de que China e India eran aliados, pero ambos países explotaban el recurso de culpar a otras naciones de los problemas domésticos, y eso produjo conflictos serios entre ellos, en 1959 y 1962.

El *katéchon* del Estado de Derecho no se cimentó en India ni en China. El totalitarismo chino, por definición, utilizó la Ley como medio de terror, no para generar certidumbre. El déficit de Estado de Derecho en la democracia imperfecta de la India se debió a la incapacidad del gobierno por extender

los tentáculos del sistema de justicia a todas las regiones y por la corrupción endémica de las autoridades.

El *katéchon* que sí funcionó en ambos casos fue el autocontrol, propio de sociedades con una larga tradición axial. Poblaciones que cultivan la paciencia y que aprecian los bienes internos.

En cuanto a la política, en India funcionaba, aunque deficientemente, un sistema democrático. Las élites encontraban en él tanto una forma de procesar sus conflictos como de establecer vínculos y negociaciones con las masas para la gobernabilidad.

En China, el totalitarismo pacificó a la población con dos métodos: 1) el terror de un sistema arbitrario que llevó a millones a profesar un falso entusiasmo por el sistema; y 2) la participación en la política mediante la delación de aquellos a quienes se consideraba enemigos del pueblo. Este método, como ya lo hemos dicho, produce una doble satisfacción. Por un lado, los delatores acusan a quienes envidian por cuestiones personales, pero encuentran una justificación grandiosa para hacerlo. Es decir, logran hacer que sus fobias personales se conviertan en una cuestión política. Al enmascarar su rencor de causas trascendentes, le pueden dar vuelo sin temor a parecer mezquinos, egoístas o, simplemente, brutos. El odio, ahora, parece justificado; el resentimiento se convierte en búsqueda de la justicia y los calificativos se tornan en “información relevante” para salvar al país.

Pakistán e India habían sido enemigas desde hacía mucho tiempo, pero el Imperio británico y el incentivo de un mercado que prosperaba las habían mantenido unidas. En cuanto India alcanzó la independencia, Pakistán se declaró independiente. En el primer país, comenzó el gobierno de los “señores de la guerra” y, en el segundo, el parlamentarismo débil. Las relaciones internacionales no servían a las nuevas naciones como un buen *katéchon*. Además de la guerra de secesión de Pakistán, en 1965, comenzó el conflicto de Cachemira.

En India, el poder recaía en los jefes provinciales y en el Partido del Congreso. La política de Nehru, Morarji Desai y Badahur era ruda, pero siempre dentro de los límites del juego civilizado. Al morir Badahur, el Partido del Congreso erigió a la señora Gandhi, la hija de Nehru. Los hindúes la veían como reencarnación de Nehru y el partido se movió hacia la izquierda, nacionalizando la banca, centralizando el poder en el partido, estableciendo una estrecha vinculación con la Unión Soviética y alardeando contra sus “enemigos internacionales”.

En Pakistán, el *katéchon* del Estado de Derecho fue un fracaso. Los “señores de la guerra” mantenían el control de regiones enormes. El Este del país contaba con mayor población y producción, pero la élite política y la riqueza

se concentraban en el Oeste. Los años setenta produjeron un grave conflicto regional. Tras una serie de desastres naturales, Sheikh Mujibur Rahman, uno de los líderes del Este, pidió la creación de un sistema federal, pero Yahya Khan ganó las elecciones, se convirtió en dictador y luchó contra Sheik, en 1971. De este conflicto se produjo la escisión que creó Bangladesh.

El conflicto escaló aún más. Había diez millones de refugiados pakistaníes en India. Yahya acusó a India de interferir en su país y atacó bases aéreas de la India. En respuesta, la señora Gandhi reconoció a Bangladesh. Mas la Primera Ministro también comenzó a acumular derrotas. Los desastres naturales, el hambre y las rebeliones locales alejaban su gobierno de una economización razonable del sacrificio. En lugar de resolver los problemas urgentes, la mandataria acosó a quienes consideraba sus enemigos: una lista en la cual lo mismo estaba la Suprema Corte de Justicia que la BBC. Peor aún, se formó el Frente Janata, que agrupaba a los enemigos de la gobernante, el cual era una organización estaba en manos de Narayan, un viejo amigo del Mahatma. El conflicto mimético se hizo evidente.

Hacia los setenta, ya era claro que la señora Gandhi usaba una dosis importante de violencia y presión para mantener su gobierno. Sanjay, el hijo de la mandataria, combinaba sus prácticas corruptas con una ingeniería social brutal que implicaba traslado de poblaciones y control natal forzado.

Ali Bhutto e Indira Gandhi convocaron a elecciones casi al mismo tiempo. El mandatario pakistaní, al igual que su contraparte india, parecían mal informados y la votación les resultó un desastre. El Janata derrotó a la señora Gandhi. El nuevo líder, Desai, era un maniático, similar a Mahatma. Su organización era también muy corrupta, como el Partido del Congreso. Eso le dio una nueva oportunidad a Indira Gandhi, quien se presentó como víctima y regresó al poder, en 1980.

En India, la élite siempre se ha preguntado, ¿cómo mantener el orden en un país tan populoso? El *katéchon* elegido para tan difícil misión ha sido la democracia, pero con la señora Gandhi ésta iba en declive. Ella pensó que el terror era un método más apropiado. Asimismo, en lugar de un Estado de Derecho moderno, se mantuvo el sistema de castas para la impartición de justicia.

Además, India compartió un mal con la mayor parte de las naciones de Asia continental: instauraron economías antimercedo y produjeron miseria. Peor aún, casi todas ellas eran proclives al militarismo. El *katéchon* de la prosperidad fallaba; se recurría, entonces, al autocontrol tradicional, al espectáculo de los chivos expiatorios extranjeros y al terror de la ingeniería social. Tampoco el Estado de Derecho funcionaba, pero el sistema de castas construía un *katéchon* alternativo.

## 6.1 Máo, la política como teatro

Paul Johnson define los tres elementos que conforman la religión moderna, aquella que se encuentra dominada por un puñado de Hombres o, incluso, por uno solo, elemento que hemos destacado anteriormente bajo la lógica del titanismo. Dichos titanes son poco temerosos en utilizar la ingeniería social mediante su visión del mundo basada en el pensamiento gnóstico, que se caracteriza por un establecimiento omnipresente del bien y el mal canalizado a través de la culpa colectiva.

La visión titánica del mundo y el idealismo de la mentira romántica pueden funcionar como un *katéchon* cuando se trata de un narcisismo inofensivo que se mantiene en la mente de las personas, cuando las soluciones radicales y los castigos hacia los chivos expiatorios se limitan a la imaginación y la conversación. ¿Qué sucede cuando los titanes no son inofensivos? ¿Cuándo se convierten en auténticos ingenieros sociales? Y, lo más importante, ¿qué pasa cuando dicha voluntad de poder se desarrolla en las poblaciones más grandes del mundo?

La narración de Paul Johnson comienza con una descripción escandalosa e inverosímil de la información oficial salida de China, donde un Máo de setenta años recorría dieciséis kilómetros a nado en poco más de una hora y donde intelectuales extranjeros del calibre de Simone de Beauvoir y personalidades como David Rockefeller, Jan Myrdal y Hewlett Johnson, que visitaban al país, halagaban a una China que había logrado una elevada armonía y moral mientras aseguraba una vida “excepcionalmente grata”. Máo había obtenido un estatus casi celestial con una supuesta inclinación absoluta hacia la ética y la bondad.

La China de Máo había logrado —al menos, en apariencia— la pacificación mediante la lógica axial propia de la cultura China y la instauración de un régimen totalitario. Las lógicas axial y antisacrificial se caracterizan por preocuparse “críticamente de la salvación individual y universal”; busca, entonces, “mitigar los sufrimientos terrenales mediante algún tipo de plan de vida moral sistemático a disposición de todos, independientemente de la clase o de la identidad particularista”.<sup>1</sup>

En realidad, el totalitarismo chino logró la pacificación mediante la arbitrariedad de un sistema que obligaba a la devoción o amenazaba con violencia, gracias a la lógica de la delación de enemigos del Estado. Era un sistema que abiertamente premiaba a los delatores y desencadenaba las fobias personales bajo un argumento político y oficial.

Máo era descrito como “un campesino corpulento, tosco, brutal, terreno e implacable, en efecto, un *Kulak*”.<sup>2</sup> Un súperhombre nietzscheano que no

reconocía su propia esencia mimética y buscaba, ante todo, escribir su propia historia, afirmarse lejanamente de su propio doble mimético: “No debemos de seguir ciegamente a la Unión Soviética [...]. Todos los pedos tienen su propio olor y no podemos afirmar que todos los pedos soviéticos huelan bien”.<sup>3</sup>

Dentro de la teoría mimética existen los sujetos que admiten su deseo mimético y los que lo rechazan y niegan. “Las ventajas de un individuo que se admite mimético son claras; aparte de ser difícil de manipular, también evita “la escalada mimética enloquecida, nietzscheanamente delirante [...], que le lleve al infierno hipermimético”.<sup>4</sup> Asimismo, dichos individuos “se muestran honestos, lo cual es un bien socialmente apreciable, pues escapan de la vanidad stendhaliana, del esnobismo proustiano y del subterráneo dostoevskiano”.<sup>5</sup>

Por su parte, aquellos que rechazan la imitación lo hacen por una de las siguientes dos razones: la mala fe o la ignorancia. La mala fe consiste en un sujeto mimético “que afirma, contra toda evidencia, poseer deseos y gustos originales, pero, al mismo tiempo, sabe que no es así”.<sup>6</sup> Es gracias a este tipo de rechazo que han surgido ideas como la mencionada en este libro: la voluntad de poder nietzscheana. Dichas afirmaciones también son evidentes cuando leemos las observaciones de Stalin sobre Máo: “No entiende las verdades marxistas más elementales [...]. En la práctica, nunca intentó aplicar el análisis marxista objetivo. No creía en absoluto en las situaciones objetivas”.<sup>7</sup>

Máo estaba convencido —al igual que Lenin— de que la maduración de la lucha de clases no estaba determinada por el proceso de “naturalidad” expuesto en el materialismo histórico ortodoxo. Él creía en la determinación heroica de los súperhombres. Máo construyó un culto hacia su persona que no se limitaba únicamente al gobierno, sino que iba a la transformación del espíritu y de la propia materia. Todos estos cambios no surgirían del estoicismo ni de un aparato burocrático como el de Stalin, sino de la “impaciencia violenta”, de un deseo de acelerar la Historia por medio de personajes y sucesos heroicos.

Ante el desprecio por la realidad objetiva, Máo entendía la política como un teatro. Un teatro que, en retrospectiva, parecía una tragedia shakespeariana donde él era el personaje principal. Su teatro era violento, con los antagonistas bien definidos, el lugar perfecto para vencer a los demonios. Su imagen teatral o “régimen era mucho más impresionante que las mediocres imitaciones estalinistas de la pompa nazi. Utilizó y transformó la majestad de la época imperial. Se entrenó a las multitudes de manera que lo saludasen con el canto ritual: ‘Vida eterna al Presidente Máo’”.<sup>8</sup>

La política, al igual que el teatro, se basa en la violencia simbólica, un *kathéchon* que logra pacificar con cierta dosis de violencia real. Infortunadamente, los anhelos artísticos de Máo lo obligaban a pasar más allá de lo teatral, a convertir lo ficticio en realidad. Su voluntad de poder, su protagonismo, sólo provocó miseria, hambre y baños de sangre que únicamente pudieron ser frenados con más violencia.

Veamos cuáles fueron estos “sucesos heroicos”, “teatros políticos” o actos de ingeniería social, por los cuales Paul Johnson decidió darle el nombre de “experimentos con la mitad de la Humanidad” al capítulo 16 de *Tiempos Modernos*. En él, el historiador británico hace un recorrido breve que abarca de 1949 a 1987. Se trata de una historia dramática de cómo el gobierno comunista provocó la muerte de alrededor de cuarenta millones de personas.<sup>9</sup>

Una vez derrotado el Guómíndǎng, Máo impulsó nuevas políticas en la búsqueda de chivos expiatorios, tales como la “Campaña de los tres anti” y, posteriormente, la de los “Cinco anti”, que formulaban los castigos hacia los llamados “contrarrevolucionarios” por medio de asambleas masivas de denuncia y sentencia pública, sentencias que iban desde la cadena perpetua hasta la muerte. En una narración de dichos linchamientos, se describe cómo:

una multitud podía reunirse para hacer inventario de la casa más próxima del terrateniente. Los militantes podían apartar a los que se aferraban a sus casas, echarles abajo la puerta o abrir sus tiendas de comestibles. Después, la multitud iniciaba el saqueo, alegando que aquello sólo era el pago por lo que el señor les había robado durante muchos años. El señor y su familia sufrían una humillación [...] mientras se encogían de miedo en el patio [...]. Los vecinos podían verse involucrados en campañas de disturbios y acabar atacando a los matones de los terratenientes, a los crueles o corruptos colaboradores del KMT o a los japoneses. Al villano principal lo ejecutaban y a sus acólitos los intimidaban o expulsaban [...]. A esos odiados personajes los juzgaban en la plaza del pueblo y los vecinos los acusaban y los sentenciaban, porque desahogarse [...] incrementa la conciencia de clase de las masas y refuerza la minuciosidad de nuestro trabajo.<sup>10</sup>

Se estima que dichas campañas tomaron la vida de hasta quince millones de individuos. Máo no se limitó a la praxis física; también impuso una auténtica “reforma del pensamiento”, construida con base en la piedad filial hacia el Estado y hacia su propia persona como figura paterna de la nación. El “Mandarín Rojo” quería controlar a su gente, lo que significaba controlar tanto el medio ambiente —rural y urbano— como las mentes de su pue-

blo. Los chinos fueron forzados a adoptar la visión utópica y su versión de la historia. “En cierto modo, Máo convirtió China en un parque temático grotesco, donde todo lo visto, dicho o escuchado se debía de adaptar a sus fantásticos dictados [...]. Todo parque temático es una utopía controlada, un mundo en miniatura, en el que todo puede ser hecho para verse perfecto”.<sup>11</sup> Aquellos que rechazaban esta ingeniería mental, se convertían, inmediatamente, en chivos expiatorios bajo el título de “occidentales”, obligados a reformarse dentro de campos de reeducación.

Posteriormente, en 1955, ante el fracaso de la reforma agraria, Máo llevó a cabo amplias políticas de colectivización agrícola como la nacionalización de todo sector privado. Esta campaña también buscaba prevenir la infiltración de contrarrevolucionarios, a quienes se les llamaba “demonios”. Además de una ingeniería social que desaparecía la certeza sobre la propiedad, el trabajo y las libertades cívicas, Máo presentó, en 1956, una más, llamada “Que florezcan cien flores”. Ésta resaltaba la necesidad de manifestarse y pedía a la gente que hablara, que criticara a los gobernantes y al sistema, para que, supuestamente, éstos tomaran nota y mejoraran. Miles de ingenuos cayeron en la trampa. Aquellos que “florecieron” con ideas contrarias a las oficiales fueron enviados a campos de trabajo.

La mala fe de Máo fue evidenciada una vez más ante la muerte de Stalin. Su antipatía por el fallecido mandatario y sus sucesores en Moscú era evidente. Máo había sido claro en que la Unión Soviética de Stalin se había sostenido “apoyado en una sola pierna”.<sup>12</sup> En el imaginario del carnicero de Húnán, Stalin se posicionaba como un doble vínculo: mientras admiraba el titanismo del “Zar Rojo”, más lo envidiaba y reiteraba su voluntad por crear su propio camino alejado de la Unión Soviética.

El titán chino negó rotundamente la influencia de Stalin en su experimento nacional a tal grado que, en cuanto murió el genocida de Gori, fue rápido en asesinar a Gāo Gǎng, el agente estalinista en China. Sin embargo, se posicionó en contra de la “desestalinización” porque se sintió amenazado ante una agenda que buscaba responsabilizar al titán a cargo de los errores de la URSS. Asimismo, Máo vio la oportunidad de aprovechar estos conflictos en Moscú para convertirse en el nuevo líder del bloque comunista.

El último acto de ingeniería social del matón de Sháoshān en el poder se dio en la segunda mitad de 1957, conocido como el “Gran Salto Adelante”. Aquí, la mente nietzscheana de Máo formuló un plan para saltar hacia el comunismo en unos cuantos pasos. Su intención era crear comunas autárquicas, discurso que también utilizó para criticar al régimen estalinista por crear áreas industriales y agrarias separadas las unas de las otras. Como mencionamos anteriormente, el gran peligro de Máo se entiende por la gran

cantidad de personas cuyas vidas puso en juego debido a su impaciencia violenta. El Gran Salto Adelante modificó drásticamente la vida de alrededor 700 millones de personas y destruyó la industria siderúrgica para la cual la Unión Soviética le proporcionaba asistencia técnica. Dichos actos resultaron en la ruptura total entre chinos y soviéticos. La mala fe de Máo tomó cuerpo a través de la ruptura con la URSS. Sin embargo, la mala fe produce una paradoja notoria, ya que

sabe que el deseo es mimético, pero está dispuesto a mantener la ilusión del sujeto autónomo; construye un sistema sobre una mentira a sabiendas de que es una mentira. Y esto es justamente lo que cancela, para todas las teorías construidas sobre la mala fe, la capacidad de autoexteriorización de la violencia, es decir, de convertirse en lo sagrado [...]. El “malentendido” (*méconnaissance*), la cristalización mitológica [...] un elemento esencial para el funcionamiento de las religiones arcaicas deja de funcionar si el mito se des-vela.<sup>13</sup>

El Gran Salto Adelante fracasó rotundamente y se vio acompañado por catástrofes naturales a gran escala. No hay registros completos de lo sucedido, pero se estima que la cantidad de personas fallecidas durante estos años fue de varios millones. El fracaso del Gran Salto Adelante terminó, asimismo, por eliminar una parte sustancial del capital político de Máo, quien, a diferencia del de Hitler y Stalin, nunca fue supremo ni contó con una estructura de terror como el KGB o las SS. Esto hizo posible limitar su influencia ante una China poco centralizada y dividida en facciones. Los “revisionistas” se aseguraron de que el Prometeo de Húnán nunca más interviniera en la producción agrícola e industrial, por lo cual se limitó a ejercer lo que le quedaba de poder en las esferas cultural y educacional. El país quedaba entonces dividido ante un vínculo mimético que enfrentaba al conservadurismo de Běijīng, representado, principalmente, por Liú Shàoqí y Dèng Xiǎopíng, contra el radicalismo de Shànghǎi, personificado en Máo.

## 6.2 ¿Acotar al titán?

Después de los experimentos genocidas del carnicero de Húnán, la cúpula comunista acotó su poder. China era, ahora, gobernada por un triunvirato: Máo, Liú Shàoqí —jefe del Partido— y Lín Biāo —jefe del Ejército—. Se esperaba que con esta estructura Máo se viera obstaculizado a emprender grandes actos de ingeniería social. No obstante, su capacidad para generar



liminalidad encontró un campo fértil en la cultura a través del lavado de cerebro y la Revolución Cultural.

El régimen maoísta había sido claro en su antipatía por el mandarínismo y la estructura cultural tradicional, a la que se culpaba del fracaso del Gran Salto. A partir de 1965, Máo comenzó una campaña brutal de lavado de cerebro masivo, aunque, en esta ocasión, lo hizo acompañado de su esposa, la actriz Jiāng Qīng, quien resultó ser la principal líder de la infame “Revolución Cultural”. Durante los primeros veinte años de su matrimonio, se mantuvo dentro de un sector opositor en el medio artístico que, sin mucho éxito, buscó radicalizar las artes a través de la ideología. No fue sino hasta 1964 que Qīng organizó el “Festival de la Ópera de Běijīng acerca de Temas Contemporáneos”, donde se le permitió pronunciar el primer discurso por parte de una mujer desde la toma de poder de los comunistas. Dichas óperas fueron llevadas a cabo por compañías proletarias que sustituyeron a las 3,000 compañías teatrales profesionales, lo cual no fue bien aceptado en Běijīng. Las obras tampoco fueron aceptadas por el público y el alcalde Péng Zhēn de Běijīng se refirió a ellas como escenificaciones que “todavía están en la etapa de vestir pantalones abiertos al costado y chuparse el pulgar”.<sup>14</sup> La nueva encargada de la cultura en China “Obligaba a los compositores a crear obras que después eran puestas a prueba ejecutándolas para las *masas* y modificándolas para tener en cuenta la reacción de la gente”.<sup>15</sup>

Qīng convenció a Máo de mudarse hacia Shànghǎi —mucho más radical que Běijīng—, donde encontró un espacio para criticar a los burócratas que habían frustrado su Gran Salto. Máo se sintió amenazado por el ascenso de nuevos líderes como Liú Shàoqí y Wú Hán, vicealcalde de Běijīng, y por el crecimiento de los grupos culturales, artísticos y literarios que, según él, no eran “más que trasplantes de la Unión Soviética”. Máo destituyó a Luó Ruìqīng —jefe del Estado Mayor— y enfrentó a Lín Biāo —jefe del Ejército— contra Liú; comenzó también con la censura de sus antiguos colegas.

El primer acto sustancial de la Revolución Cultural se dio en 1966, cuando Lín designó a Qīng “Asesora Cultural” del Ejército, lo que llevó a la destitución del alcalde de Běijīng y a los arrestos de mandatarios oficiales opositores, entre ellos Dèng Xiǎopíng. Posteriormente, el “Mandarín Rojo” comenzó a agrupar a la juventud iletrada para cumplir sus fines políticos. Juventudes con poca educación que podían adoptar una filial piedad hacia su persona se enfocaron en los “tiranos eruditos” como chivos expiatorios. Éstos fueron acusados de haber silenciado y monopolizado la lucha de clases. Máo ya advertía lo que estaba por venir. Invitó abiertamente al vandalismo, dándole la posición de sinónimo de revolución. La violencia estaba desatada.

Poco después, estos cuerpos juveniles tomaron forma bajo el nombre de Guardias Rojas y, desde el 29 de mayo de 1966, comenzaron a elaborar carteles callejeros. Niños de entre doce y catorce años comenzaron atacando la Universidad de Qīnghuá y, pronto, se les unieron jóvenes mayores, estudiantes e inclusive miembros de las Ligas Juveniles del Partido Comunista que se rebelaron contra sus jefes y formaron pandillas callejeras apoyadas por Máo. El resultado fue una parálisis total del sistema educacional chino y el linchamiento “oficial” en manos de adolescentes. Ante el exterior, el carnicero de Húnán presentaba su revolución como una revuelta de intelectuales, cuando, en realidad, era llevada a cabo por analfabetas en contra de intelectuales:

Los jóvenes Guardias Rojos llevaron la ideología de los enemigos de clase al Partido [...]. Su teoría de la *rojez natural* reavivó la importancia de las *clases rojas y buenas* y las *clases negras y blancas*. Las *cinco categorías rojas* (hijos de obreros, campesinos, soldados, dirigentes revolucionarios y mártires) se enfrentaron a las *cinco categorías negras* (hijos de terratenientes, campesinos ricos, contrarrevolucionarios, criminales y derechistas) [...]. A medida que la persecución y el contraataque se intensificaban, tanto radicales como conservadores se alzaron en armas. Eso provocó un baño de sangre [...], la interrupción de las comunicaciones y de la producción e, incluso, la posibilidad de acabar con el orden público y de fragmentar el Ejército, algunas de cuyas unidades se unieron a los radicales.<sup>16</sup>

Vemos aquí claramente un elemento clave del titanismo: la culpa colectiva. Como mencionamos al inicio, ésta categoriza y juzga a los individuos por lo que son y por sus relaciones con otros, una caza de brujas por la identidad y no una condena por actos criminales específicos. Los grupos juveniles en tan sólo una semana habían fijado 100,000 carteles de propaganda, mientras cometían actos de violencia como cortarle el pelo largo a mujeres, destrozarse la ropa de individuos que portaban prendas extranjeras, reprimir el comercio de artículos de belleza y moda, organizar fogatas callejeras para incinerar artículos prohibidos, clausurar cafeterías, teatros y restaurantes privados, prohibir el trabajo de los músicos y demás artistas, derribar los antiguos muros de Běijīng y saquear y quemar bibliotecas, entre otros actos en los que se desataban los fuegos de la envidia. Sin intervención de las autoridades, las masas estaban instruidas para liberarse a sí mismas y los alumnos gozaban de total libertad para hacer su revolución y dar rienda suelta a la violencia. Era el escenario de la violencia temible.

El movimiento “estudiantil” fue incrementado sus dosis de fuerza considerablemente. A quienes se les veía como “enemigos de la revolución” eran categorizados como “monstruos” y “contrarrevolucionarios”; se les marcaba para que no hubiera duda de su maldad y se les afeitaba la cabeza. Asimismo, sus hogares fueron saqueados. Muchos funcionarios y embajadores fueron despojados de sus títulos y asignados a trabajos inferiores. A pesar de que las Guardias Rojas no cometieron asesinatos en los niveles más altos, distintos funcionarios murieron bajo las infames condiciones del encarcelamiento, como el propio Liú, en 1973, quien falleció en una celda desnudo y rodeado de su propio excremento. En los niveles inferiores de la población la situación era mucho más drástica. Se estima que alrededor de medio millón de personas fueron asesinadas.

Qīng también jugó un papel dentro del mundo de la cultura. Organizaba mítines para denunciar a todo aquel que consideraba capitalista y, para la segunda mitad de 1966, había sometido a la gran mayoría de las organizaciones culturales chinas. La situación también fue personal para ella. La política persecutoria le dio la oportunidad de llevar a cabo una venganza personal a gran escala, una cacería de individuos dentro del Teatro y el Cine. Acusó a directores y actores, muchos de ellos enemigos personales suyos, de ser cómplices de la influencia extranjera. Tan sólo el 12 de diciembre de 1966, “los principales mandarines culturales —incluso, según parece, todos los directores cinematográficos y teatrales que habían llegado a cruzarse en el camino de Jiāng Qīng— fueron llevados al Estadio de los Trabajadores, en presencia de 10,000 personas, con pesados carteles de madera colgados del cuello”.<sup>17</sup> Qīng se apoderó de la radio, los diarios y la televisión. “Me propongo atacar a la totalidad de las viejas convenciones”.<sup>18</sup> Esto llegó al punto de prohibir todo tipo de expresión artística.

La movilización nacional de Máo y Qīng era la auténtica política de la violencia ideológica. Recordemos que la violencia ideológica por medio de la culpa colectiva localiza a un grupo determinado de personas responsables de los males. Este grupo puede ser una clara organización —como un partido político— o puede ser un producto imaginario de los linchadores o los titanes, como en el caso de Máo y Qīng, que agrupaban a sus enemigos, sólo por serlo, entre los “traidores”.

La violencia ideológica a secas tiene a la fuerza como su principal herramienta de acción, es característica común de sistemas totalitarios como el chino, donde, al igual que Máo, se intenta reducir al máximo a la oposición con acciones como la manipulación, la arbitrariedad y la explotación de propaganda basada en amenazas. Los asuntos de la vida privada (los rencores de Máo y Qīng) se convirtieron en asuntos públicos. Qīng canalizó sus rencores

con la humillación de compañeros del medio artístico y, a la vez, logró el despido y posterior arresto de Zhēn, quien había criticado sus óperas. Por su parte, Máo impulsó su ira personal contra Luó al destituirlo como jefe del Estado Mayor por supuestas actividades soviéticas, mientras censuraba a opositores como Dèng.

Sin embargo, la violencia ideológica es incapaz de generar consensos, ya que ocurre en sociedades complejas y divididas, lo cual da pie a facciones y a partidos. En una sociedad políticamente madura, la violencia ideológica neutraliza la violencia al convertirla de la forma real a la simbólica; crea competencia entre partidos o facciones y no guerra entre ejércitos. El peligro de la violencia ideológica es cuando escala, cuando se manifiesta en sociedades sin madurez política, sin instituciones fuertes y con arbitrariedad legal. En esos casos, este tipo de violencia puede llegar a ser sumamente destructiva y conducir a la violencia temible.

Máo intentó construir una “falso holismo” a partir de jerarquías que nunca fueron aceptadas como naturales, sagradas ni legítimas. Lo único que se obtuvo fue un encapsulamiento artificial que generó más odio y violencia; una liminalidad sangrienta y empobrecedora. Sin espacio para la autoexteriorización de la violencia, la violencia temible adquirió un rol protagónico. Aquella violencia sin orden alguno, donde la muerte se desata.

China estaba al borde una nueva guerra civil a comienzos de 1967, cuando los grupos maoístas en Shànghǎi habían creado un “comuna” de estibadores, que pronto saquearon viviendas de obreros opositores y sentenciaron a miles a sufrir muertes “simbólicas”. A las mujeres y varones que eran catalogados dentro de las categorías de “espectros”, “monstruos” y “contrarrevolucionarios” se les afeitaba la cabeza; mientras que, con obreros opositores, “se procedía a escribir carteles contra ellos y se les obligaba a usar sombreros altos y a cargar carteles oprobiosos, con lemas misteriosos como *La aldea de las cuatro familias* y *La camarilla antipartido*”.<sup>19</sup>

El objetivo de Máo era que esta comuna fuera copiada en otras zonas del país, pero la respuesta no fue la esperada. El “Mandarín Rojo” contraatacó con las Guardias Rojas y con “ejércitos privados” gestados en las universidades, que tomaron por asalto algunas fábricas e instalaciones gubernamentales. En ocasiones, lograron controlarlas; en otras, fueron repelidas por los propios trabajadores y por las autoridades municipales, las Guardias Escarlatas.

El conflicto escaló al punto que Qīng entregó armas a las Guardias Rojas y demás grupos afiliados. Estos meses estuvieron repletos de guerras de pandillas, secuestros y torturas. China había caído es una “especie de anarquía feudal”.

Para finales de 1967, Máo —ante la violencia descontrolada— ordenó la suspensión de actividades y retiró su apoyo oficial a las Guardias Rojas y a la Revolución Cultural. También utilizó al Ejército Popular de Liberación para reprimir a estos grupos que ahora consideraba “incompetentes” y “políticamente inmaduros”.<sup>20</sup> Poco después, los cinco principales jefes de las Guardias Rojas terminaron como trabajadores en criaderos de cerdos. De la misma forma, Qīng modificó su discurso hacia la violencia verbal.

En 1971, después del desastre de la Revolución Cultural, se comenzó la búsqueda de un responsable, de un chivo expiatorio, el cual fue encontrado en Lín Biāo, comandante del Ejército Popular de Liberación, y el avión que abordó junto con su esposa sufrió “un accidente”. Al ser localizado, todos los pasajeros se encontraban muertos y algunos —sospechosamente—, inclusive, habían sido acribillados a balazos.

Desde Běijīng se afirmaba que Lín huía tras haberse descubierto su conspiración para asesinar a Máo. Otras teorías mencionaban que había sido asesinado antes por sus colegas, en una reunión llevada a cabo en el Gran Salón del Pueblo. Las conspiraciones no pararon ahí. En 1972, también se crearon relatos oficiales de que existía un grupo importante de altos jefes del Ejército que conspiraban para asesinar a Máo, pero que, al ser descubiertos, intentaron huir a Hong Kong.

El escatológico líder provocaba la liminalidad; después, era incapaz de conducirla. Cuando, finalmente, retornaba el orden, lo hacía sofocando el caos con más violencia. El caprichoso ciclo de desorden-orden tenía un elevado costo en vidas, económico y político. Alguien había de pagar, pero, en lugar de ser Máo quien pagase, ¡era él quien decidía quién tendría que hacerlo!

La última etapa del carnicero de Húnán, entre 1973 y su muerte, en 1976, se caracterizó por su estado de salud, mermado por la enfermedad de Parkinson, y también por su aislamiento, tanto de la realidad como de sus cercanos. Se había distanciado de Qīng, de quien se separó en 1973. Se vió a Máo inclusive criticándola en público: “Jiǎng Qīng tendría que hablar menos”.<sup>21</sup> Aun con su salud decadente, el dictador añoraba la violencia que siempre lo caracterizó. Afirmaba que el pueblo chino amaba la lucha y continuó con su desprecio hacia la educación.

### 6.3 China liberada del titán sacrificial

1976 fue un año decisivo para el destino de China, Zhōu Ēnlái, el Primer Ministro desde 1949 y quizás el único funcionario con popularidad pública,

falleció en abril. Máo falleció el 9 de septiembre. La transferencia de poder era inevitable. Qīng fue rápida en presentar una hoja de papel de dudosa procedencia donde Máo, supuestamente, le heredaba la responsabilidad de la revolución. Huà Guófēng —sucesor de Zhōu— también presentó otro pedazo de papel escrito por Máo: “Si usted está a cargo, no necesito preocuparme”.

Qīng, junto con la “Banda de los Cuatro”, presentó su famoso papel en el Politburó, el 6 de octubre de 1975. El resultado: fueron trasladados directamente de la reunión a la cárcel. Huà había logrado conseguir el poder. Qīng y la “Banda de los Cuatro” fueron culpados por el fracaso económico, educativo, cultural y artístico de China. Dichas acusaciones, más una serie de desastres naturales en 1976, sirvieron de trasfondo a su juicio, que comenzó en 1980. El país estaba urgido de nuevos chivos expiatorios. En total, la denuncia a esta “Banda” se compuso de cuarenta y ocho páginas, donde las acusaciones rondaban desde ser espías de Jiāng Jièshí hasta poseer colecciones de filmes pornográficos. El veredicto era más que obvio. Aun así, Qīng se mantuvo firme durante todo el juicio, que duró siete semanas. A principios de 1981, fue encontrada culpable y condenada a muerte.

Para 1981, el propio Huà había sido eclipsado por otra figura: Dèng Xiǎopíng. Reapareció en la esfera pública hacia 1977 y, para finales de 1978, controlaba el gobierno. Dèng, a diferencia de Máo, no estaba interesado en las grandes hazañas heroicas. Había sido un gran opositor de la ingeniera social del “Mandarín Rojo” y criticaba abiertamente los errores de la Revolución Cultural. También tenía un desprecio notable hacia los “súperhombres”, aquellos que sólo pensaban en política: “Uno no debería de hablar el día entero de la lucha de clases. En la vida no todo es lucha de clases”. Dèng cambió, así, el discurso, dejando de lado la “envidia ideológica”. Él buscaba que el pueblo se concentrara más en sí mismo, en su propio bienestar, en producir riqueza para sí.

Dèng estaba enfocado hacia la ley y el orden, con énfasis en el trabajo como vía hacia la prosperidad. Su gobierno comenzó por la transición del modelo estalinista-maoísta, que colocaba a la industria pesada como centro de la economía, hacia un modelo mucho más pragmático, óptimo para países subdesarrollados. El nuevo gobernante impulsó políticas que promovían la ganancia y las bonificaciones, así como los derechos civiles y demás ideales liberales. Abrió lugar para las fuerzas del mercado en sustitución del Partido omnipotente.

Huà había destruido la mentira romántica de Máo y fundó las bases para el progreso pragmático. Dèng cambió el nuevo modelo postsacrificial, al sustituir el *katéchon* fallido de la mentira romántica maoísta hacia el énfasis en los *katéchones* del incremento de los mercados y el establecimiento del Estado de

Derecho. El incremento de los mercados promueve el ascenso del individualismo, mientras destruye las creencias comunes. Cuando este *katéchon* es exitoso, la prosperidad es inminente; de manera paralela, se enfrían las pasiones, en tanto que la competencia ocurre en el ámbito de lo privado y se banaliza.

El desencapsulamiento promovido por Dèng fue y es regulado en China —a diferencia del de Occidente— bajo “la siguiente fórmula: una dosis de disciplina confuciana, otra de sentimiento sacrificial por la propia familia y una más de temor a las severas leyes de su país”.<sup>22</sup> La lógica sacrificial de las desigualdades producidas por la apertura económica también era digerida de una forma muy particular:

Para que los chinos lo tragasen, Dèng acuñó nuevos lemas, diametralmente opuestos a los maoístas. “Dejemos que algunos se hagan ricos antes que otros y, después, les ayuden a hacer lo mismo” [...]. La fórmula funcionó y los chinos abandonaron la lucha de clases por la del mercado, aun a riesgo de ser discriminados económicamente, porque, gracias al incentivo del beneficio, esperaban ser los primeros en enriquecerse.<sup>23</sup>

Sin embargo, si bien ganaban terreno los mercados y el Estado de Derecho, la democracia no hacía lo propio. Por el contrario, China encontró el método de hacer compatible el capitalismo con el totalitarismo. Logró unas relaciones internacionales cooperativas con Occidente, pero mantuvo una dosis importante de brutalidad en contra de los opositores.

En el totalitarismo, el miedo juega un papel muy importante para mantener el orden: “el gobierno chino ejecuta a más gente en una semana que toda la que ha sido ejecutada en India desde 1947”.<sup>24</sup> De cualquier manera, las reformas de Huà marcaron la historia de China hasta el presente, sus *katéchones* han sido exitosos tras el fallido y violento titanismo de Máo.

#### 6.4 Liminalidad en la India

Continuemos ahora con la segunda parte de este capítulo: la India. La historia india desde su independencia, en 1947, estuvo marcada por el conflicto. Nehru, al igual que Máo, se enfrentaba al dilema de la preservación de la integridad del Estado y del establecimiento y mantenimiento de un gobierno con legitimidad.

Nehru creyó que podía contar con China. Serían “Estados hermanos” que se mostrarían ante el mundo como las naciones más pobladas, pero Máo, una vez más consumido por su mala fe, decidió utilizar los infortunios de la

India para incrementar su poder político. “La principal tentación del gobierno es aprovechar los infortunios del vecino para promover su propia popularidad. Máo sucumbió a esta ansia, en 1959 y 1962, y aprovechó la debilidad y la división de India”.<sup>25</sup> Cabe destacar que la invasión china de 1962 pintaba un panorama positivo para Máo y fue sólo hasta que el Presidente Kennedy escuchó las súplicas de ayuda por parte de la India que China renunció a sus ganancias de guerra.

El conflicto internacional de India no se limitó a China. De hecho, más grave fue la partición con Pakistán, entre 1947 y 1948. Nehru construyó la narrativa de la nueva nación sobre la base de un culpable: Gran Bretaña. El otrora imperio sería, por décadas, el chivo expiatorio perfecto. Cada problema y cada conflicto eran, según Nehru, resultado del periodo en que India estuvo bajo el mando de los británicos.

Sin embargo, el dominio británico había impulsado la unidad del subcontinente hacia un proceso progresivo de integración económica. La separación de Pakistán, en ese contexto, era improbable. La partición “fue una guerra que costó 500 mil vidas, pero la anarquía provocada por la independencia originó muchos más decesos”.<sup>26</sup> Pakistán se convirtió en una nueva víctima sacrificial para la India, por lo cual “la guerra por Cachemira en contra de su vecino del norte volvió, en 1965, 1971 y 1973, es decir, cuando las cosas se ponían difíciles en términos económicos y de legitimidad para el gobierno de India”.<sup>27</sup>

Los destinos de India y Pakistán después de la partición fueron distintos. Pakistán fracasó rotundamente en implementar el *katéchon* del Estado de Derecho, al caer en un gobierno de “señores de la guerra”. India, por su parte, logró establecer un Estado de Derecho imperfecto y una democracia débil que, al menos, logró mitigar cierta dosis de violencia.

Nehru murió, en 1964, amargado y admitiendo que la India funcionaba más o menos igual que durante la colonia, pero un poco peor. La sucesión se disputaba entre su sucesor natural, Morarji Desai, y Lal Bahadur Shastri, el cual era apodado el “Gorrioncito” por su corta estatura. Shastri era un individuo promovido por un grupo de miembros del Partido del Congreso y jefes provinciales que se hacían llamar “el Sindicato”.

Shastri resultó ganador y, en 1965, surgió el primer problema grave: la guerra entre India y Pakistán por Cachemira. Shastri logró poner fin al conflicto junto con el dictador de Pakistán. Ante resultados poco concluyentes, la guerra “se resolvió mediante un encuentro entre el mariscal Ayub Khan, dictador de Pakistán, y Shastri, en Tashkent, en enero de 1966, y el esfuerzo agotó tanto al ‘Gorrioncito’ que falleció en el transcurso de la siguiente noche”.<sup>28</sup>



El Partido del Congreso, ante la sorpresiva muerte de Shastri, impulsó como Primera Ministro a la señora Gandhi, hija del fallecido Nehru. Sus primeros movimientos fueron bruscos: buscó una alianza con la URSS, nacionalizó la banca y creó una nueva organización alrededor de su persona. Para 1971, había disuelto el parlamento y destruido el poder financiero de la clase de los príncipes. La señora Gandhi se convirtió en el nuevo titán de un país de por sí ya frágil. En su búsqueda de chivos expiatorios, volteó hacia el marco internacional, específicamente hacia Pakistán.

Éste ya sufría graves problemas internos, con un país dividido entre el Este, habitado por la principal parte de la población y donde se asentaba la mayor cantidad de producción, y el Oeste, hogar de las élites y del gobierno. La balanza de crecimiento era profundamente desigual en el Este, a pesar de ser el centro de la producción, por lo cual el conflicto y la guerra civil eran inminentes. Aquello, más una serie de constantes inundaciones en el Este, que se cobraron la vida de más de 300,000 personas, desencadenó un auténtico espíritu separatista, el cual fue explotado por Sheikh Mujibur Rahman, líder de Pakistán oriental. Para 1971, tras diversos conflictos armados, Mujibur proclamó el nuevo Estado de la República de Bangladesh Independiente.

La señora Gandhi, atenta a la oportunidad de involucrarse en esta guerra civil, encontró su pretexto con los diez millones de refugiados que habían llegado a su país y con un ataque preventivo por parte de Pakistán sobre bases aéreas indias. India declaró la guerra en contra de Pakistán el 4 de diciembre. Para la India fue una guerra sencilla: Pakistán entregó su rendición poco después, con lo que la señora Gandhi resultó exitosa en la búsqueda de su chivo expiatorio. La escisión de Pakistán y la creación de Bangladesh satisfizo el ánimo de venganza contra los pakistaníes, que habían logrado emanciparse de la India.

El buen momento no le duró mucho a la señora Gandhi, pues tanto Pakistán como Bangladesh seguían compartiendo dos puntos en común: la religión musulmana y la enemistad con la India hindú. Naturalmente, Bangladesh se convirtió en un aliado de Pakistán y se rodeó, así, la India de enemigos.

La situación en India empeoró con un par de desastres naturales y distintas rebeliones locales, como las de Uttar Pradesh, en 1973, la revuelta en Gujarat y el levantamiento en Binar, impulsado por Jayaprakash Narayan, cercano del fallecido Nehru. En 1975, Narayan logró unificar los levantamientos y las oposiciones para crear el Frente Janata, que llevó a cabo distintas manifestaciones por todo el territorio indio. La señora Gandhi se enfrentaba, ahora, a una oposición estructurada bajo un hombre y, a la vez, a conflictos directos con la Suprema Corte. La crisis mimética era evidente. La

Primera Ministro aprovechó el estado de emergencia proclamado desde la guerra con Pakistán para detener tanto las protestas como para encarcelar a sus opositores —entre ellos, Narayan— y clausurar diarios.

La crisis mimética del gobierno de India no se limitaba a Narayan. Pakistán seguía presente en el imaginario de la señora Gandhi, especialmente con Zulfikar Ali Bhutto. Era un demagogo que, desde 1971, ejercía la posición de Primer Ministro. El gobierno militarista de Pakistán fue bien administrado por Bhutto, lo que orilló a la señora Gandhi hacia una competencia de titanes.

Bhutto contaba con la ventaja de un gobierno autoritario, mientras que la señora Gandhi se veía obligada a ejercer su titanismo acotada por el parlamentarismo indio. Las escaladas miméticas del gobierno de India debilitaron más a la frágil democracia y el pobre Estado de Derecho. Más aún, este período se caracterizó por la arbitrariedad de la Ley, por el encarcelamiento de activistas en condiciones terribles y, ante todo, la crueldad y la corrupción.

La señora Gandhi no actuó sola. Algunos de los actos más grandes de ingeniería social y biopolítica los ejerció su hijo Sanjay, al cual nombró jefe del Congreso de la Juventud. Sanjay “desplazó brutalmente a los habitantes de los barrios pobres de Delhi de los espacios abiertos a los suburbios exteriores y, lo que es más importante, organizó enormes campos de esterilización donde, mediante una combinación de incentivos y presiones, centenares de miles de varones indios fueron sometidos a vasectomías, practicadas en las condiciones más primitivas”.<sup>29</sup>

Por si fuera poco, la rivalidad mimética entre Bhutto y la señora Gandhi los llevó a convocar a elecciones paralelamente, en 1977, en busca de legitimar sus mandatos. El resultado fue contraproducente: Bhutto resultó ganador, pero el proceso fue tan escandaloso que provocó un golpe militar en el cual se le acusó de conspiración por asesinato y, posteriormente, se le ahorcó, en 1979. Las elecciones, en lugar de canalizar la violencia, la desataron. El poderoso líder pakistaní no pudo encontrar un “sustituto culpable” y terminó pagando con su propia vida.

Por su parte, la señora Gandhi perdió las elecciones sorpresivamente —al menos, para ella—. El ahora Partido Janata, únicamente, perpetuó el desastre. Bajo la figura de Desai, intentó, una vez más, explotar el *katéchon* del nacionalismo y la mentira romántica. Se atribuyeron los problemas vigentes al pasado británico y se impulsaron agendas que negaban la medicina moderna mientras favorecía tradiciones como la ingesta de orina y el consumo de hierbas para impedir embarazos. Su gobierno también estuvo plagado de corrupción, inclusive más que el de la señora Gandhi.

Para 1980, con nuevas elecciones tras el desastre del gobierno, los indios buscaron en su pasado con el fin de encontrar algo similar a una dinastía que pacificara el país. Lo más cercano a eso fue la señora Gandhi, que se había presentado como víctima de persecución. Infortunadamente, el panorama sólo se haría más oscuro. La India, tras un par de décadas sin estabilidad, ahora enfrentaba la alarmante cantidad poblacional de 683'810,051 individuos. Las débiles instituciones democráticas y civiles creadas por Nehru, más su natural debilitamiento con los abusos de la señora Gandhi, probaron su incapacidad para generar orden, garantizar derechos civiles y controlar a la policía y fuerzas armadas.

Los *katéches* del orden jurídico del Estado y de la democracia nunca tuvieron éxito realmente. La dosis de orden que sí existía no era producida por sus instituciones, sino por el terror y la violencia. Durante 1980, acontecieron graves casos de violaciones a los derechos humanos, como en Bihar, donde la policía hacía uso de ácido para cegar sospechosos o, en Henares, donde la policía también fracturaba piernas con el fin de torturar.

Otro obstáculo para el establecimiento de *katéches* exitosos fue la carga histórica del sistema de castas. Los británicos, ante la incapacidad de eliminar el orden jerárquico tradicional, habían generado cierta justicia por el principio occidental de igualdad ante la Ley. Desde Nehru se había abolido el sistema de castas, “pero la realidad cultural de un orden tan antiguo y enraizado ha perdurado, aunque debilitada. Louis Dumont señaló cómo los hindúes de principios del siglo XX —convertos al cristianismo, la religión de la *igualdad*—, en realidad, seguían viviendo de acuerdo a las reglas del sistema de castas”.<sup>30</sup>

Las atrocidades policiales comentadas anteriormente demuestran dicha realidad. Los policías pertenecían a las castas superiores mientras que la gran mayoría de las víctimas, a las inferiores. Paul Johnson es claro: “La independencia no hizo nada por los *intocables*, que, hacia comienzos de la década de 1980, sumaban más de 160 millones. La representación simbólica que tenían en el parlamento y el gobierno era, en sí misma, un aspecto de su explotación. Su modo de vida, su misma capacidad de supervivencia, continuaban siendo un misterio”.<sup>31</sup>

Económicamente, la India también era un desastre. En los años cuarenta, contaba con alrededor de 150 millones de personas en pobreza extrema. Después de la independencia, la situación no mejoró. Para la década de 1960, se estima que 40% de la población rural y 50% de la urbana vivían por debajo del umbral de pobreza.<sup>32</sup> Aún en el presente, cerca de ochenta y cuatro millones personas viven en pobreza extrema<sup>33</sup> y “más de la mitad de los niños de menos de cinco años en India padece desnutrición”.<sup>34</sup>

Los conflictos narrados durante este capítulo son en gran parte responsables de la miseria de cientos de millones de indios. La partición que destruyó la economía de la región bengalí trajo consigo la migración de un millón de individuos hacia Calcuta. Para 1961, la población de la ciudad se había triplicado y, a pesar de ello, no existía un sistema de drenaje o desagüe; apenas había 200,000 baños comunales. La posterior crisis con Bangladesh introdujo a otros diez millones de desplazados a la zona, lo cual significó que un millón de personas se encontraban ahora en situación de calle.

Fenómenos como éste también pueden ser explicados —al menos, parcialmente— por la influencia del sistema de castas, que contribuye al estancamiento económico: “debido a la lógica de las castas, las empresas individuales y la racionalidad económica no se desarrollan”.<sup>35</sup> De hecho, los *katéches* del mercado, la democracia y del Estado de Derecho se han visto subordinados al del sistema de castas:

El orden en India es el holismo de las castas. La violencia mantiene este orden, que, veladamente, deshumaniza a millones de personas y se opone a la igualdad. Los indios también cuentan con su propia manera de digerir esta lógica sacrificial, pues dentro de su religión encuentran refugio en el concepto del karma, el cual “funciona como un mecanismo de retribución [...], al castigar a aquellos que se han comportado violentamente, al darles, en sus futuras reencarnaciones, castigos como la pobreza o la enfermedad”. También “como violencia sustitutiva, pues invita a contenerse de responder al daño hecho por el vecino y a conformarse con la idea de que tendrá su merecido en una futura vida”.<sup>36</sup>

Por último, otro factor que ha contribuido a obstaculizar el éxito económico y democrático se encuentra en el marxismo y los infortunados gobiernos que inspiró en la India. La desastrosa región bengalí mencionada anteriormente fue dirigida, entre los años 60 y 70, por doctrinarios marxistas que originaron “una proporción ilimitada de imprevisión y corrupción”.<sup>37</sup> Con la llegada de la Madre Teresa y ante la población empobrecida y necesitada, “el gobierno marxista pareció más interesado en desprenderse de los organismos médicos voluntarios, que concitaban la atención sobre sus fallas, que en resolver el problema fundamental”.<sup>38</sup>

La India parece presa de su propia carga cultural en el fracaso de la construcción de la modernidad. Diversos autores han colocado a la India como “una nación antinatural” o como un “antiestado”. Esto, debido, en primera instancia, a la atomización del poder político y, en segunda, a la riqueza cultural: “no posee una lengua, ni una cultura tradicional o identidad nacional

común; tiene más variedad social y cultural que Europa entera”.<sup>39</sup> Éste es el panorama al cual se enfrentan los *katéchones* y el modelo postsacrificial.

Finalmente, ya sea por razones marxistas o tradicionales, tanto China como la India vieron inhibido su progreso económico y democrático por preferir el colectivismo sobre el mercado. “China optó por el comunismo, incluidas la agricultura colectivizada y la nacionalización total de toda la industria”, mientras que, en la India, se “excluyeron a las fuerzas del mercado mediante elevadas tarifas aduaneras”.<sup>40</sup> En India, se implementaba una economía socialista que asignaba “importancia —de acuerdo con el criterio estalinista convencional— a la industria pesada; incluso su importante y vigoroso sector privado se vio sometido a una intensa reglamentación, que llegó a ser soportable sólo gracias a la difundida corrupción”.<sup>41</sup> El resultado de estas décadas fue caótico para ambos países, donde la sangre y la pobreza se mezclaron con la cotidianidad, donde el sacrificio estéril se convirtió en normalidad.



## CAPÍTULO VII

## EUROPA: DE LA VIOLENCIA AL ORDEN

Jorge Federico Márquez Muñoz & Pablo Armando González Ulloa Aguirre

En el capítulo 17, titulado el “El Lázaro europeo”, Paul Johnson narra la historia de Europa occidental durante la posguerra. Aunque de manera desigual, se puede decir que, en general, fue una región que conquistó la democracia, la prosperidad, el Estado de Derecho y la cooperación diplomática. A estos *katéchones* se sumó el de la autocontención de las élites, que renunciaron a las fórmulas mágicas para alcanzar y retener el poder; que dejaron de halagar a los votantes con soluciones fantasiosas; y, por el contrario, pidieron autosacrificio, esfuerzo, trabajo y disciplina, ofreciendo a cambio que habría crecimiento económico sostenido, orden, justicia, certeza, seguridad y paz.

Claro que aún había chivos expiatorios, pero se consiguió un sacrificio racional, una economización del sacrificio. En la democracia, los contrincantes no se convirtieron nunca en enemigos ni las votaciones, en guerra civil; las víctimas propiciatorias siempre fueron simbólicas. En política exterior, se podía demonizar a los soviéticos, pero no al punto de la guerra. La amenaza nuclear era un *katéchon* suficientemente poderoso. La seguridad de Europa occidental se había dejado en manos de los estadounidenses. La envidia ideológica internacional existía, pero estaba bajo control y, sobre todo, en el terreno de la rivalidad entre estadounidenses y soviéticos. Esto convertía a los europeos en meros espectadores. Vivían su propia violencia ideológica en la competencia partidista, que se desarrollaba en el marco de la Ley, de la civilidad democrática. Con cada campaña se desataba una liminalidad controlada; ritual, no natural.

La estabilidad de la política doméstica e internacional se vio reforzada por el respeto al Estado de Derecho, lo cual, a la vez, trajo prosperidad. La

envidia banalizada dominó, durante la mayor parte del tiempo, la vida de los europeos.

Paul Johnson describe así los dos polos de la cultura europea de la posguerra: 1) el cristianismo mixto/liberalismo conservador y 2) la filosofía radical, nietzscheana/marxista —sobre todo, de Sartre—.

### 7.1 El radicalismo filosófico: violencia, pero...

De ese segundo aspecto, Johnson contrasta dos escenas: 1) la reacción del público, el 26 de octubre de 1945, durante el estreno del nuevo ballet en el Théâtre des Champs Elysées, cuando “la caída del telón realizado por Picasso mereció una silbatina del numeroso público formado por individuos de la alta sociedad. Éste era el viejo París”; 2) la segunda escena, tres días después, sucedió

en el Club Maintenant, donde Jean-Paul Sartre pronunció una conferencia: “El existencialismo es un humanismo”. Éste era el nuevo París. También, en esta ocasión, la sala estaba atestada. Los hombres y las mujeres se desmayaban, forcejeaban para conseguir asiento, destrozaron treinta sillas, gritando y alborotando. La conferencia coincidió con la aparición de *Les Temps Modernes*, la nueva revista de Sartre, donde sostenía que la cultura literaria, que la *haute couture* de las tiendas de moda, eran ahora las únicas cosas que Francia había dejado —a decir verdad, un símbolo de Europa— y que él creaba el existencialismo para ofrecer a la gente un poco de dignidad y preservar su individualidad en medio de la degradación y el absurdo. La reacción fue abrumadora. Como dijo su compañera, Simone de Beauvoir: “Nos asombró el furor que provocamos”.<sup>1</sup>

La filosofía de Sartre, radical, titánica, destructiva, en realidad, también sirvió como un *katéchon* pacificador por dos razones:

1) Por una parte, en Europa, su filosofía se tomaba como una moda intelectual, que implicaba el titanismo de las lenguas, de las charlas de café, no de la acción política. El titanismo existencialista, nietzscheano o marxista, voluntarista con tal de ir contra el *statu quo*, era capaz de admirar a Stalin. Por fortuna, este polo de la cultura no fue dominante, más que al nivel de la imaginación y los diálogos académicos. La mayor parte de los europeos ya había tenido bastante con Lenin, Hitler... y algunos otros titanes paranoicos.



2) Por otra parte, su filosofía estaba más cercana al pensamiento alemán que al francés y, en ese sentido, tendía un puente entre ambos pueblos. Como explica Johnson, “Sartre era medio alsaciano —Albert Schweitzer era su primo— y se había criado en la casa de su abuelo, Karl Schweitzer”. Sartre poseía tanta cultura alemana como francesa y sus ideas eran “producto de la escuela berlinesa de filosofía, sobre todo, de Heidegger”.<sup>2</sup>

Si bien la filosofía de Sartre, en este contexto, tuvo un efecto positivo, en otras latitudes, sobre todo en Indochina, sus ideas, al tomarse como programa de acción por los comunistas, provocaron un enorme daño. Acerca de dichas ideas, sintetiza Gardner:

Para Sartre, el existencialismo es la filosofía como drama: la política es el escenario en el cual el pensador se presenta a sí mismo como un héroe. El individuo entra en sociedad, donde lucha contra las miradas amenazantes de los otros, a quienes necesita para ser. Incluso la intimidad es un *agón* de egos: “Lo personal es lo político”. Las demandas de justicia y la “búsqueda de ser” como escritor “comprometido” lo llevaron al culto a la violencia y al fetichismo de la revolución [...]. En el prefacio a *Los desdichados de la Tierra* de Frantz Fanon (1963), un clásico del terrorismo del Tercer Mundo, Sartre afirma que la violencia confiere ser a un individuo al quitárselo a otro.<sup>3</sup>

*El Hombre rebelde* de Camus brindó a Sartre la oportunidad de declarar lo que se había estado gestando durante mucho tiempo: su progresión hacia la órbita del estalinismo y el ultraizquierdismo. Sartre atacó salvajemente a su examigo:

Las diferencias subterráneas los habían dividido; y, ahora, se exhibían sin piedad [...]. Sartre siempre había admirado celosamente el prestigio de Camus como editor de *Combat*, el periódico clandestino durante la Ocupación, y su paso hacia la política revolucionaria fue un intento a la vez de imitarlo y desplazarlo. Sartre estaba empeñado en convertirse en un escritor revolucionario, por medio de su voz literaria y filosófica. En 1945, fundó *Les Temps modernes*, su propia revista de política filosófica, dedicada a la idea marxista de “compromiso” ampliada más tarde en *¿Qué es la literatura?* (1948). Soñaba con “comprometerse” en el mundo de los Hombres reales, un escritor que pudiera correr riesgos heroicos en causas “proletarias” consideradas representativas de la “emancipación” histórica. Lo que antes lo atrajo a Camus fue el prestigio de este último

como héroe de la Resistencia; ahora, estaba en condiciones de vencerlo. Después de la Ocupación, la imagen de la Resistencia adquirió dimensiones míticas en la imaginación literaria de Sartre, dando a su filosofía un aire dramático y engrandeciendo tácitamente su propio papel. Esta figura exagerada, el héroe de la Resistencia, se convirtió en un ideal cuasi político, inextricablemente entrelazado con su noción de ser auténtico. Sartre tomó a Camus como su paradigma, inflando su estatura para, asutadamente, inflar la suya. En la imaginación existencialista, apenas había diferencia entre el combate real y la edición de un periódico clandestino con ese nombre. La exigencia de que el escritor se “comprometiera”, de hecho, convirtió al escritor en un héroe en su propio drama.<sup>4</sup>

La trayectoria del pensamiento de Sartre fue también impulsada por su ansia de ser, de autenticidad; un ansia de rebelarse contra el cautiverio burgués mediante la imaginación literaria de su infancia, descrita en *Las palabras* (1964). Sartre se contrastaba con Camus. Se consideraba a sí mismo el hombre de acción, inmerso en la historia “concreta”, en contraposición con el argelino, el romántico político cuyo retraimiento moral en sí mismo servía de pretexto para la abstención y de disculpa tácita del *statu quo*. Las biografías de ambos mostraban que, en realidad, era todo lo contrario. Sartre, el filósofo que cómodamente se había adaptado a la ocupación nazi y Camus, el héroe de la Resistencia.

Desde hacía mucho tiempo, “su amistad buscaba ocultar la rivalidad subyacente. Camus era orgulloso y sensible, quizás por su origen argelino de clase trabajadora, pero Sartre era celoso, aunque podría enmascarar esto con generosidad y camaradería”. Sartre encontró en Camus todo lo que él no era: “atractivo, espontáneo, valiente, comprometido políticamente desde la juventud, de clase trabajadora, etcétera, un verdadero hombre para los estándares sartreanos. Camus era ferozmente independiente, no calculaba sus posiciones políticas y no se dejaba intimidar moralmente por sus riesgos”.<sup>5</sup>

Sartre cayó en el ciclo de la envidia: buscó humillar a quien consideraba su humillador. Destruyó personalmente a Camus con la controversia sobre *El Hombre rebelde*. De ese modo, “se creó a sí mismo como el auténtico héroe, el verdadero hombre de acción”. La envidia de Sartre era tan profunda que no se conformaba con arrancarle algo a su rival, quería arrancarle la esencia de su ser, quería ser él. Y, para lograrlo, estaba dispuesto a todo, en el plano de la rivalidad intelectual, claro está:

Sartre pudo haber estado inactivo durante la Ocupación, mientras Camus estaba arriesgando su vida para distribuir un periódico. Después de

la guerra, las cosas cambiaron: ahora era Camus quien era, implícitamente, el colaboracionista. Camus fue presentado, primero, por Jeanson, el esbirro de Sartre, y, luego, por el propio Sartre, como un “alma hermosa”, un romántico que exigía lo imposible para no actuar, en complicidad secreta con la inmoralidad real: lo último en mala fe. El hombre de compromiso original ahora fue expuesto como un impostor. Peor aún, su anticomunismo fue estigmatizado como una colaboración tácita con la derecha.<sup>6</sup>

En el contexto de la Guerra Fría, el enfrentamiento entre Sartre y Camus parecía político, pero, en realidad, era personal. La violencia banalizada era demasiado vulgar para Sartre; había que convertirla en violencia ideológica y había que darle una dimensión de política mundial. Así,

El choque de la democracia y el totalitarismo no sólo agravó las diferencias de carácter y temperamento en Camus y Sartre; expuso oposiciones irreductibles en sus principios básicos y ambiciones espirituales. Desde un punto de partida común, lo que Sartre llamó “náusea” y Camus, el “absurdo” de la existencia, se movieron en direcciones antitéticas. Para Sartre, suponía una filosofía de la libertad radical en la que ni la naturaleza ni la razón tenían un papel rector, el cual, luego, tradujo en una política cuasi revolucionaria con la ayuda de categorías tomadas del primer Marx. Para Camus, implicó moderación, solidaridad nacional y la autolimitación de la libertad como condición de la Humanidad. Para el primero, disolvió la existencia en Historia; para el segundo, devolvió a la naturaleza como contrapunto a la Historia, una versión moderna del humanismo clásico. El paso de Sartre de la filosofía y el psicoanálisis existencial a la política fue el resultado constante de una intuición de la existencia nunca alterada fundamentalmente, sólo expandida. El desarrollo artístico de Camus exhibe, por el contrario, algo parecido a una conversión, como resultado de lo cual comenzó a deshacerse de sus ilusiones literarias y moralistas. Así, la disputa dio cuerpo a las implicaciones prácticas del existencialismo, su ética y su política [...]. Sacó a relucir la violencia latente en su teoría de las relaciones humanas, al migrar a su hábitat natural, el radicalismo de los intelectuales; y dio sustancia a la repetida negación de Camus de que era un “existencialista”.<sup>7</sup>

Lo que se saca a la luz al reproducir, hoy, la colisión de Sartre y Camus son los delirios “literarios” de la política existencialista:

Interpretada en literatura y filosofía, los protagonistas y su elenco secundario se tramaron a sí mismos y entre sí en sus novelas, obras de teatro y memorias. El existencialismo de posguerra está profundamente moldeado por dramatizaciones rivales de Camus, Sartre y De Beauvoir. Todos aparecen como personajes en las obras literarias de los demás. Llama la atención hasta qué punto sus choques obedecen a las leyes del quijotismo. El error tentador a cometer, sin embargo, es ver las obras literarias como dramatizaciones de ideas filosóficas. Eso sugiere que las ideas se originan por separado y, luego, inspiran dramas y novelas. Es más probable que ocurra lo contrario. El existencialismo es un reflejo de las demandas teatrales de la cultura democrática, un mundo público en el que los particulares deben demostrar su “auténtica” libertad. Para ello, la filosofía es ya un drama en el que el pensador se imagina a sí mismo como el héroe de una tragedia. La filosofía se encarna como el filósofo, actor de un cuento, genio revolucionario que ha descifrado el libro de la Historia para salvar al proletariado.<sup>8</sup>

## 7.2 La moderación política

El otro polo de la cultura europea de la posguerra fue la moderación política. Por fortuna, Sartre era el filósofo y De Gaulle, el político.

La moderación fue la corriente dominante entre la élite y la mayor parte de los votantes. Era una cultura conservadora, que valoraba a la familia, el Estado de Derecho, la estabilidad y la democracia. En este polo estaban el cristianismo y el liberalismo, que cristalizaron en algunas generaciones de políticos prudentes. Este polo cultural contribuyó a la estabilidad, la prosperidad y la paz.

Paul Johnson se concentra en los personajes que hicieron posible el orden de posguerra, benéfico y duradero para las mayorías y para las élites. Los llama titanes; titanes, sin embargo, acotados por el cristianismo y la prudencia política, que concentraban un enorme poder y que utilizaron para hacer grandes cambios; si bien su ingeniería social estaba orientada a la liberación y no a la construcción de sociedades cerradas.

Alcide de Gasperi, en Italia; Konrad Adenauer, en Alemania; Robert Schuman, primero, y Charles de Gaulle, después, en Francia; lograron la unidad de Europa occidental mediante la buena voluntad, el acuerdo y el mutuo beneficio, no mediante el sometimiento, el engaño ni las armas. Estos titanes estaban contenidos por el “cristianismo mixto” al que se refiere

Bergson, un cristianismo donde no todo es autosacrificio, sino que hay cierto margen para el uso de chivos expiatorios blandos.<sup>9</sup>

De Gaulle fue derrotado por Pétain; Adenauer, por Hitler; y De Gasperi, por Mussolini. Es decir, los titanes de posguerra habían sido vencidos por sus dobles miméticos fascistas, pero el tiempo les ofreció una revancha. De Gasperi gobernó en coalición y logró una Italia próspera y respetada por Occidente; también instauró el Estado de Derecho en la mayor parte del territorio italiano y la democracia. En Alemania occidental, el camino al orden democrático, al Estado de Derecho, a la prosperidad capitalista y a la prudencia internacional había sido preparado por la ingeniería constitucional de los británicos, donde el poder estaba fragmentado, de tal manera que no había quien pudiera convertirse en dictador. Lo contrario ocurría en la Alemania oriental prosoviética, cuyos gobernantes se jactaban de contar con un Estado fuerte. La dramática división de Alemania es también la de los dobles miméticos, la de los hermanos enemigos, que encarnaban la lucha mundial entre democracia y totalitarismo.

La competencia mimética avanzaba también en el terreno personal. Adenauer, uno de los padres de la estabilidad y el éxito germano, fue también un crítico de la República de Weimar y, después, un crítico feroz de Hitler. Tras un difícil ascenso, el *Bundeskanzler* no sólo fue un gobernante exitoso, sino que también cimentó varios periodos de éxito para su partido, la Unión Demócrata Cristiana. El gobierno keynesiano liberal de Adenauer trajo estabilidad y crecimiento; su madurez política lo colocó como árbitro frente al Bundestag, que en ocasiones se polarizaba y luchaba vulgarmente por el poder.

El *Bundeskanzler* fue, en cierta forma, el padre de la constitución de la República Federal Alemana, que se basaba en el equilibrio de poderes y un sistema federado que inhibía todo intento de centralización del poder. Se trató de la consolidación del *katéchon* del Estado de Derecho y la democracia. Adenauer consiguió que la sociedad y la política alemana dejaran de pensarse en términos de lucha de clases. Tuvo la suerte, asimismo, de que sus consejeros británicos le advirtieron de los excesos del sindicalismo que se vivía en el Reino Unido. El democristiano promovió un nuevo diseño de política sindical: en primer lugar, se separaron las huelgas de la política de los partidos; en segundo lugar, las decisiones sindicales se tomaban por votación secreta, lo que provocó que los siempre intimidantes radicales, los expertos en la envidia ideológica, los pirómanos, perdieran la relevancia que les daban las asambleas.

En política exterior, Adenauer pensaba en Europa antes que en Alemania, pero lo hacía como una forma de protección para los alemanes. Consi-

deraba que, cuando los germanos habían pensado de modo egoísta, se habían comportado de una manera suicida. Respecto a los soviéticos, los despreciaba por no respetar la Ley.

La democracia cristiana fue derrotada, en 1969, a manos de la socialdemocracia, que, para ese entonces, ya no era marxista, sino una versión del liberalismo keynesiano.

La partición debilitó a Alemania, pero fue justo esa debilidad la que permitió a los franceses aceptar a Alemania occidental como su socio. Sólo una Alemania no amenazante pudo construir una diplomacia *katéchonica* con los franceses. Del lado francés, Schumann gobernaba y era el interlocutor ideal para cimentar la Comunidad Económica Europea. Después, De Gaulle también se entendió muy bien con Adenauer.

Sin embargo, antes Francia había de pasar por dos suplicios: el de la polarización de posguerra y el de un gobierno socialista. En la posguerra inmediata, Francia estaba dividida entre los colaboracionistas y los integrantes de la Resistencia. De Gaulle consiguió la Presidencia, pero no pudo procesar la diversidad de intereses y visiones al interior de la coalición de su gobierno, que estaba integrada lo mismo por la centroderecha que por la izquierda. Además, estaba el problema colonial de Argelia e Indochina. El héroe de guerra renunció a dirigir el país en 1946.

Entonces, los comunistas y socialistas tomaron el poder y crearon la IV República, la cual estaba mal diseñada, era inviable y tenía poca legitimidad. No obstante, en esta época, al menos se registró un gran progreso: el ascenso de los tecnócratas que establecieron una economía de “planeamiento indicativo”, es decir, voluntario. Es decir, era la medida justa del titanismo, el prudente keynesismo liberal.

La Francia de la posguerra ganaba seguridad en sí misma. Su economía estaba dirigida por tecnócratas, titanes keynesianos liberales, enemigos de toda la charlatanería de las soluciones mágicas. Estaba lista para formar un gran proyecto europeo, de prosperidad y colaboración sobre las bases del Estado de Derecho, la democracia y la diplomacia cooperativa. Sin embargo, la debilidad de la IV República aún le hacía titubear en algunos aspectos.

Paul Johnson narra brevemente la formación de la Comunidad Económica Europea. Si bien había antecedentes exitosos de la creación de mercados comunes, como la *Zollverein* (1818-1934). El punto de partida fue el acuerdo entre Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo de 1949. La Comunidad como tal comienza con el Tratado de París (1951), como una ampliación del Benelux a Francia, Alemania e Italia. En 1957, se expandió aún más con el Tratado de Roma. Los primeros convenios implicaron sacrificios económicos para todas las partes, pero también ganancias.

La Comunidad Económica tenía sus críticos en Alemania y Francia, donde la debilidad de la IV República producía un nacionalismo por inseguridad. Las dudas que aún quedaban en Francia sobre la conveniencia de la Comunidad se despejaron en 1958, con el regreso del general De Gaulle al Palacio del Eliseo, quien llegó decidido a luchar contra el viejo colonialismo en Argelia y a fortalecer la democracia. Además de un héroe de guerra, era un intelectual. Pensaba que Francia necesitaba un Estado fuerte y, para construirlo, utilizó su fuerza política. Instauró la democracia plebiscitaria y consiguió la formación de la V República, legítima y fuerte.

La Francia de De Gaulle era estable y, gracias a ello, se modernizó, se abrieron los mercados y tanto en la economía como en la demografía hubo un crecimiento sostenido. Ante las mejoras y el bienestar, cada vez mayores segmentos de la población se encontraban satisfechos. Francia crecía segura, generosa y abierta. El Presidente le había hecho ganar seguridad. Para ello, claro está, también fue muy importante la debilidad de una Alemania dividida.

De Gaulle se entendía muy bien con Adenauer. Ambos planificaron juntos el eje francoalemán para la formación de una Europa unida, próspera, pacífica. Paul Johnson capta muy bien los aspectos políticos de esta unión, pero Girard entrevisté con mayor profundidad que se trató también de una unión espiritual, donde mucho tuvieron que ver los dos titanes:

El modelo racional que evocamos es muy complejo. En la versión que propone Germaine de Staël, parece querer conciliar a dos adversarios: los católicos y los protestantes, por una parte; y los alemanes y los franceses, por otra. Es político, literario y espiritual. Dos encuentros vienen espontáneamente a mi pensamiento. El primero tuvo lugar entre Baudelaire y Wagner; el segundo, entre De Gaulle y Adenauer. Podemos inscribirlos sin más en la línea de Germaine de Staël y en el ámbito que ella abrió. El primer encuentro se sitúa en el terreno estético y literario; el segundo, en el político [...]. Estos [...] ejemplos se inscriben, claramente, en lo que podría denominarse el “catolicismo” de Germaine de Staël, noción que en esta autora es más cultural que estrictamente confesional [...].

Comencemos por el ejemplo político. Lo que hay de bueno en el encuentro entre De Gaulle y Adenauer, en Colomby-les-Deux-Églises, durante el año 1958, es que ambos ven que Europa ha de ser perdonada, en cierta forma, por todo aquello en que ha pecado. Se encuentran después de esa inaudita explosión de la II Guerra Mundial, sobre las ruinas de dos países que se habían imitado tanto y cuya imitación exacerbada había provocado lo peor. Ya no recuerdo exactamente dónde estaba yo

cuando se produjo el *Te Deum* de Reims, el 8 de julio de 1962, pero recuerdo haber vivido con mucha emoción ese acontecimiento. ¡Konrad Adenauer, que, en la víspera, se hace servir los mejores Bollinger y Heidsieck, homenaje a la Champaña tan cercana a las aldeas renanas, y que, al día siguiente, se muestra absorto en su misal, junto al *Général*. Todo eso, en la catedral donde Juana de Arco hizo coronar a Carlos VII y que había recibido trescientas bombas alemanas hacia 1914. La Iglesia es la organizadora del oficio, consagrando la voluntad de mutuo perdón de los dos países y su marcha hacia la reconciliación: el Tratado de Amistad y de Cooperación francoalemán será firmado meses más tarde, el 22 de enero de 1963. Durante su discurso en el Hôtel de la Ville, De Gaulle no dudó en decir que “era esencial que el alma popular expresase su aprobación de esta orilla del Rin”. Por su parte, Adenauer evocó, de modo más prosaico pero no menos preciso, la “fosa colmada” entre ambos países. Ese encuentro tiene una larga historia. Debió de requerir que los dos hombres renunciasen a gran cantidad de apriorismos antes de reunirse en Colombey. Por ese entonces, Adenauer sentía una enorme aprehensión de encontrarse con De Gaulle. Se lo presentaban como un nacionalista agresivo [...]. Recuerdo que el intérprete hablaba de que esos dos hombres habían tenido un auténtico “cuerpo a cuerpo” y de las “chispas” producidas por cada uno de sus encuentros. Hoy en día, no se mide la formidable hazaña política que fueron esas reanudaciones de vínculos, el heroico esfuerzo requerido por esa *Aufhebung*. Los Ejércitos alemán y francés desfilaron en la ciudad donde fue bautizado Clovis, en 496.<sup>10</sup>

Gran Bretaña, por su relación especial con Estados Unidos, era vista como una potencia atlántica, lejana de Europa. Macmillan, al igual que Churchill en el pasado, pensaba que el Reino Unido habría de dirigir la unidad europea. El primer ministro de la posguerra intentó ser protagonista en el proceso, pero fracasó. Buscó, entonces, acercarse a la URSS y también falló. De Gaulle y Adenauer excluyeron a los británicos de sus planes.

En 1961, MacMillan solicitó el ingreso de su país a la Comunidad Económica Europea, pero fue rechazado. Gran Bretaña fue finalmente admitida sólo hasta 1973, pero su economía estaba rezagada. El Partido Laborista, que dominó el parlamento desde la posguerra, otorgó privilegios a los sindicatos. Estos privilegios se sumaron a los de 1906 y 1913, que les otorgaban el derecho a huelga, inmunidad por daños civiles y derecho a participar en actividades políticas. En 1945, los laboristas promovieron la nacionalización de importantes compañías, las cuales quedaron en manos de los sindicatos. En



los sesenta y setenta, acumularon aún más privilegios. El resultado: alentaron el crecimiento económico y endeudaron al país.

Para pagar sus deudas, en 1976, Gran Bretaña tuvo que someterse a los dictámenes del Fondo Monetario Internacional. En 1979, llegaron al poder los conservadores, quienes aprovecharon el descubrimiento de enormes yacimientos de petróleo, limitaron los privilegios de los sindicatos y estabilizaron la economía, dando comienzo a una era de crecimiento.

Los países nórdicos estaban en malas condiciones económicas en los años veinte y a inicios de los treinta, pero, en la segunda mitad de los treinta, comenzaron a crecer bajo la égida de los partidos socialdemócratas. Habían encontrado los *katéchones* de la prosperidad liberal-keynesiana, democrática, del Estado de Derecho y de la prudencia diplomática. Una situación que, claro está, se vio parcialmente interrumpida con la guerra. Empero, a finales de los cuarenta, ya se habían recuperado.

Sin embargo, en los años setenta, los países escandinavos estaban en crisis, provocada por las exigentes demandas del Estado Benefactor, los altos impuestos y la escasez energética. En los años ochenta, sortearon la crisis con medidas que equilibraron las demandas sociales con las capacidades reales del Estado y la economía.

España, Portugal y Suiza, por su parte, tenían gobiernos conservadores, economías que crecían lentamente, aunque estables. Paul Johnson les llama “gobiernos negativos”, en tanto que se oponían a la ingeniería social brusca y al titanismo imprudente.

En Suiza, el *katéchon* democrático se lograba con un “equilibrio conservador”, de la mano del *Bürgerblock*, que limitaba la influencia de los socialistas y evitaba excesos en cualquier dirección. En cuanto al *katéchon* económico, la clave fue la banca, muy desarrollada desde el siglo XIX, que financió la industrialización del país.

Respecto a los países mediterráneos, Paul Johnson se concentra en Portugal, España y Grecia. El primero tuvo una larga dictadura, de 1928 a 1970, pero, a diferencia de los líderes fascistas, el líder portugués, António de Oliveira Salazar, era un conservador, que buscaba estabilidad, no liminalidad; la economía crecía lentamente, pero de manera continua. Sólo se aplicaban pequeñas dosis de represión a los opositores.

Más que un gobierno de militares, el gabinete de Salazar estaba conformado por catedráticos. En lugar de una dictadura de grandes titanes desbordados, era un gobierno de personas prudentes. Lo espectacular no cabía y así fue también como terminó la dictadura. Salazar se cayó de una mecedora y perdió sus facultades mentales. La catedraticocracia terminó en 1974, junto con la policía secreta y el imperio portugués en África. Comenzó la demo-

cracia, aunque fueron años de confusión. En 1977, finalmente, retornó el salazarismo económico, que, de nueva cuenta, implicó estabilidad y crecimiento lento.

En 1974, en España, Francisco Franco trasladaría el poder al infante don Juan Carlos, quien fue proclamado rey un año después, tras la muerte del “Caudillo”. El dictador consideró que su país debía de transitar a otra forma de gobierno y que la monarquía era la que menos dividía a los españoles. Las expectativas en España iban en ascenso. La transición a la democracia comenzó con un gobierno de centroderecha, continuista, el de Adolfo Suárez. Se elaboró una nueva constitución, en 1977, y se restablecieron las condiciones para el pluralismo político, el Estado de Derecho y las libertades. En los años ochenta, una España estable vio llegar al Partido Socialista al poder, sin ningún exabrupto.

El último caso que Paul Johnson analiza en el capítulo 17 es el de Grecia, sumamente complejo desde el inicio. Para empezar, vivió una I Guerra Mundial más larga que el resto del mundo: de 1912 a 1922. En 1923, Ioannis Metaxás, jefe del Estado Mayor, dio un golpe de Estado, cuyo gobierno se extendió hasta la II Guerra Mundial.

Así como hubo una I Guerra Mundial larga en Grecia, también la II se extendió durante la década de los cuarenta. El mariscal de campo Papagos derrotó a los comunistas en una guerra civil catastrófica. La estabilidad se alcanzó hasta 1952, cuando el propio Papagos consiguió una abrumadora victoria electoral. Al morir, fue electo Presidente Constantinos Karamanlís, un político de derecha. En 1963, Yorgos Papandréu, líder de una coalición de centroizquierda, derrocó a Karamanlís y, en medio de la confusión, el Ejército, liderado por Papadópoulos, dio un golpe de Estado.

En Grecia, el Ejército, gracias al prestigio de haber derrotado a los fascistas, se concebía a sí mismo como la institución más nacionalista. Éste inhibía a los partidos y, de plano, en 1968, el gobierno militar aprobó una constitución autoritaria y se instauró un régimen de terror. En 1974 cayó Papadópoulos, depuesto por sus propios hombres, y los militares organizaron el gobierno. No conformes con la larga liminalidad al interior de Grecia, llevaron la lucha al exterior. La Junta Militar declaró la guerra a Chipre, pero Grecia fue derrotada y el gobierno perdió su legitimidad. Regresó Karamanlís con un triunfo electoral abrumador. Los griegos, cansados de las aventuras políticas y militares del siglo XX, finalmente, conquistaron la estabilidad constitucional, la vida democrática y el crecimiento económico. Comenzaron a gozar del orden europeo, de una combinación de *katéchones* funcionales, del sacrificio racional.

Sin embargo, las décadas de prosperidad, democracia, nomocracia y diplomacia cooperativa en Europa occidental albergaban una paradoja: este orden benéfico estaba enmarcado por la Guerra Fría y dependía, fundamentalmente, de Estados Unidos para su defensa frente a la Unión Soviética.



## CAPÍTULO VIII

# LA TRAICIÓN DE LA OPULENCIA Y EL SACRIFICIO DE ESTADOS UNIDOS

Jorge Federico Márquez Muñoz

João Cezar de Castro Rocha revela el vínculo entre la obra de René Girard y el medio internacional:

El contexto en el cual René Girard creció, se formó y produjo la primera parte de su obra es la atmósfera de la II Guerra Mundial y de la Guerra Fría. [...], una época marcada por la posibilidad inminente de destrucción del mundo, en virtud de un complejo dinamismo político. Esto es, la más importante rivalidad mimética de los tiempos modernos: la disputa entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Ese ambiente es indispensable para una comprensión adecuada del pensamiento girardiano y que aclara la centralidad de la violencia en la formación misma del autor [...]. Girard [...] es fruto de una generación que creció en esa atmósfera, conviviendo con el escándalo de la revelación de lo que ocurrió en los campos de concentración en Alemania. He ahí el contexto biográfico de René Girard. Ahora bien, *La violencia y lo sagrado* representa una reflexión potente sobre ese instante histórico. ¡Instante que hoy en día parece pertenecer literalmente a otro universo! Sin embargo, recuérdese que la Guerra Fría, como fenómeno de determinación de lo cotidiano de millones y millones de personas en todo el Planeta, duró de 1947 a 1991. Más de una generación, por tanto, plasmó su comprensión del mundo en tal espíritu.<sup>1</sup>

El capítulo 18 de *Tiempos Modernos* se divide en diadas miméticas: Kennedy contra los viejos políticos; Estados Unidos contra Castro; Estados Uni-

dos contra Perón; Johnson contra Hồ Chí Minh; y Johnson contra Máo. La única de estas diádas que logró superarse fue esta última, de la mano del Presidente Nixon, quien se colocó por encima del conflicto y lo resolvió. Mas éste no pudo hacer lo mismo en su conflicto contra los liberales de la Costa Este.

Este apartado se titula “El intento de suicidio de Estados Unidos”; en él, Paul Johnson hace referencia a esto con dos momentos:

1) El primero, provocado por una visión equivocada de la economía estadounidense inspirada por la obra *La sociedad de la abundancia* de John Kenneth Galbraith. Esta imagen falsa llevó a los presidentes Kennedy y Johnson a embarcarse en dos proyectos que superaban las capacidades económicas reales del país, las cuales, además, fueron contraproducentes y que, a mediano plazo, provocaron una crisis mundial. Dichos proyectos fueron: la expansión de la intervención internacional, sobre todo, en América Latina y en el Sureste Asiático y la expansión del Estado Benefactor.

2) El segundo “intento de suicidio de Estados Unidos” se refiere al sabotaje en contra de la presidencia de Richard Nixon y el ascenso de dos presidentes débiles, Gerald Ford y Jimmy Carter. Después de la *hýbris* de los dos mandatarios demócratas de los sesenta, el republicano Nixon logró resolver el problema internacional. Con mano firme, devolvió a la diplomacia el mayor peso, sacó a los estadounidenses de Vietnam y consiguió la normalización de las relaciones con China, lo cual quitó una enorme presión a la política exterior y a la economía estadounidense. Después de Nixon, empero, tanto la situación económica como la política internacional volvieron a complicarse.

### 8.1 La *hýbris* de Kennedy

El capítulo 18 comienza con el contraste entre la presidencia de Eisenhower y la de Kennedy respecto a la noción del gasto. El primero, sencillamente, no creyó en la tesis de Galbraith, que sostenía que Estados Unidos era la sociedad de la abundancia. De acuerdo con la tesis del intelectual canadiense, en ese momento, el problema a resolver era la desigualdad. El gobierno debía, pues, enfocarse en la redistribución y no en la productividad.

Eisenhower no creyó nada de esto. Para él, la economía estadounidense era frágil, ya que, desde su perspectiva, gastaba mucho en programas sociales

y armamento. Sin embargo, al llegar los años sesenta, grandes segmentos de la población de Estados Unidos sentían que su país se estaba quedando atrás, que había sido gobernado por viejos con ideas anticuadas, como el propio Eisenhower. Era el momento de una nueva generación de políticos... como John Kennedy.

Éste era un experto en relaciones públicas, mientras que Robert, su hermano, lo era en el uso de la maquinaria política —que, claro está, incluía operaciones turbias—. El trigésimo quinto Presidente de Estados Unidos parecía un hombre superfluo que, con su esposa Jackie, fundó una “Nueva Camelot”, más apto para revistas de modas que para dirigir un país. Mas su programa político era muy ambicioso e implicaba una dosis importante de violencia ideológica. Quería conmover a la nación, y lo logró, aunque no siempre las cosas tomaron la ruta que él deseaba. Sus fracasos lo convirtieron en un titán fallido, pero también en un mártir.

JFK benefició enormemente al complejo militar-industrial y se mimetizó en materia de política internacional gracias a su secretario de Estado, Dean Rusk, quien era un entusiasta de la Guerra Fría. Si bien con Harry Truman y Dwight Eisenhower el concepto de interés nacional se había ampliado a cada rincón del mundo, con JFK, se amplió aún más. No porque abordara una mayor geografía, sino porque Kennedy estaba más dispuesto a intervenir en asuntos de otros países. Tenía un espíritu competitivo y creía que podía evitar, en cada rincón del mundo, la expansión del comunismo.

La rivalidad entre Jrúshchov y Kennedy se agravó en la medida en que avanzaba el proceso de descolonización y las guerras de liberación en África y Asia producían una liminalidad que bien podía terminar en gobiernos aliados de las democracias o del totalitarismo. Se intensificó así la competencia mimética entre EE. UU. y la URSS por llevar a los nuevos países a la órbita de una u otra potencia.

En América Latina, la Doctrina Monroe (1823), primero, y la Enmienda Platt, más adelante (1900), daban a Estados Unidos el marco ideológico para inmiscuirse en los asuntos regionales. Mas, en el periodo entreguerras, la lógica fue la inversa. Como producto de la doctrina wilsoniana de la “auto-determinación de los pueblos” y la política del “buen vecino”, el intervencionismo se redujo considerablemente. Todo esto cambió con Kennedy, quien luchaba por la fidelidad de los pueblos pobres y comenzó una diplomacia activa, aunque olvidando la lección del Imperio Británico: los imperios pueden mantener la estabilidad, pero no provocar dinamismo, porque esto lleva al caos y a la pérdida de poder del propio imperio. El intervencionismo universalista de Kennedy era, así, muy débil. Estados Unidos no tenía capacidad, en realidad, de intervenir indiscriminadamente en tantos lugares a la vez.

Es interesante notar que este argumento de Paul Johnson, sobre lo conveniente de la prudencia imperial en las relaciones internacionales, tiene un paralelismo en la obra de René Girard, misma que, justamente, es contemporánea de John Kennedy. En *Mentira romántica y verdad novelesca*, publicado originalmente en 1961, escribió las siguientes líneas, que, en cierta forma, pueden leerse como una descripción del propio Kennedy: “*El curioso impertinente* (de Cervantes) y *El eterno marido* (de Dostoievski) sugieren una interpretación no romántica de don Juan. Anselmo y Pavel Pavlovich se enfrentan a los maestrillos charlatanes, engreídos y ‘prometeicos’ que abundan en nuestro siglo. El orgullo es lo que crea a Don Juan [...]. El verdadero don Juan no es autónomo; es incapaz, por el contrario, de prescindir de los Otros”.<sup>2</sup> Más allá de las propias pretensiones donjuanescas de JFK, Girard desnuda la necesidad de buscar héroes en la Modernidad:

Nuestros héroes son nuevas mentiras románticas destinadas a prolongar los sueños prometeicos a los que se aferra desesperadamente el mundo moderno. Dostoievski revela un deseo que nuestra ficción y nuestra crítica no hacen más que reflejar. Nuestra ficción nos oculta al mediador en la existencia cotidiana. Nuestra crítica nos oculta a este mismo mediador en la obra escrita expresamente para revelar su presencia. Amparándose en Dostoievski, esta crítica introduce, sin saberlo, un lobo feroz en el aprisco existencialista.<sup>3</sup>

## 8.2 El populismo como *katéchon*

Paul Johnson comienza con Argentina, a propósito de la diada Perón *vs.* Estados Unidos. Por el tamaño y características de su población y territorio, aquélla pudo haber sido un país con un desarrollo similar al de Canadá. De hecho, entre 1900 y 1914, era uno de los países más ricos del mundo. Sufrió una crisis económica entre 1929 y 1933, como todo el mundo, pero después retomó la senda de crecimiento. Era una economía de mercado con poca intervención estatal. El gobierno y la población, en general, respetaban la Ley. Había una prensa libre y una ciudadanía laboriosa y bien formada. Tras la II Guerra Mundial, el desarrollo continuó.

Mas, a la sombra del *katéchon* liberal, estaban los militares, que habían dado varios golpes de Estado durante el siglo XIX y durante el siglo XX habían inhibido el sindicalismo, que tendía radicalizarse y ralentizar la economía.



Con el golpe de Estado de 1943, ocurrió la peor mezcla posible: el ascenso de Juan Domingo Perón, que implicó la alianza entre militares y sindicatos. Antes de llegar a la Presidencia, había sido ministro del trabajo. Con esta alianza creó su propio movimiento de masas, los descamisados, grupos de choque para intimidar a sus enemigos.

A Perón lo inspiraban de la misma forma el marxismo que el fascismo. Sus dobles miméticos eran Hitler, Stalin, Lenin, Mussolini y Franco, de quienes tomaba prestadas algunas frases e ideas. Al igual que los miembros de la generación Bandung, era un maestro con las palabras; llamó a su filosofía de gobierno “justicialismo”, la cual implicaba que su concepto de “justicia” estaba por encima de la Ley.

El titanismo de Perón destruyó la economía. La debilidad del Estado de Derecho, la arbitrariedad, el manejo irresponsable de las finanzas públicas, la falta de una visión estratégica del crecimiento económico, la subordinación de la política económica a los resultados electorales y a castigar a los “capitalistas” llevaron a la hiperinflación, al desabasto, al quiebre de empresas, al desempleo y a la pobreza.

En la primera mitad de los cincuenta, la riqueza de Argentina estaba agotada y comenzó un periodo caótico que justificó el paso a la dictadura militar, que endureció las medidas contra los opositores y, en general, contra la población. Perón, como un típico ejemplar de los autócratas de la posguerra, era muy hábil para crear enemigos públicos y designar chivos expiatorios. Quizás el mayor de ellos fue “el imperialismo estadounidense”, con sus supuestos aliados en la oligarquía local. Sus pandillas de activistas siempre estaban listas para llevar a cabo el sacrificio de los opositores.

En 1955, eligió, sin embargo, un chivo expiatorio equivocado: atacó al catolicismo en un país abrumadoramente católico, y los militares lo derrocaron. La situación económica, empero, no mejoró mucho, pues el peronismo había consolidado demasiados intereses que impedían el crecimiento. En 1968, Perón retornó al poder, ahora, por mayoría de votos. Después, el dictador y sus secuaces implementaron una fórmula para retener el poder: manipulación de las masas con medidas populistas, sobornos a cambio de los votos de los pobres y creación de numerosos chivos expiatorios. Claro está, el costo de estas políticas fueron la pobreza y la incertidumbre. Argentina no logró estabilizar su economía y se convirtió en un país atrasado y violento. El poder paseaba entre la democracia populista y los militares. La creación de chivos expiatorios llegó demasiado lejos hacia 1982, cuando los disparates de los militares llevaron al país a una guerra contra Gran Bretaña.

Perón y el peronismo fueron económica y socialmente un fracaso, si bien, políticamente, para la élite peronista, fueron un éxito. Otros líderes y partidos de la región lo imitaron y, hasta la fecha, algunos aún lo hacen.

### 8.3 El totalitarismo tropical como *katéchon*

Desde principio del siglo XX, Cuba era una próspera semicolonias estadounidense que, en teoría, era un Estado independiente. Esta situación causaba confusión e irritación a muchos de sus habitantes.

En 1933, Gerardo Machado, el último dictador con ideas liberales de la isla, fue derrocado. Ascendió al poder Fulgencio Batista, un militar comunista que odiaba a Estados Unidos. En ese momento, era un ídolo popular. Para llegar al poder y, luego, para afianzarlo, utilizó a un grupo de estudiantes radicales, liderados por Grau San Martín, quien estaba al frente del Movimiento Revolucionario Auténtico, que competía en radicalismo revolucionario con el partido de los Ortodoxos.

En los cuarenta y los cincuenta, Cuba perdió la tradición de dominio estadounidense, que había impuesto tiranos liberales y, en comparación a lo que se vería después, honestos. El gobierno se volvió inestable, por lo que la violencia y la corrupción arrastraron al país a la liminalidad. En ese contexto, los movimientos estudiantiles, pandilleros que admiraban al fascismo, al marxismo y al peronismo, cobraron gran relevancia en la vida política. Las pandillas ideológicas peleaban en las calles, se mataban y herían unos a otros y recordaban a las riñas callejeras entre fascistas y comunistas, en la Alemania de los veinte y los treinta.

Entre estos estudiantes pistoleros estaba Fidel Castro. Su padre era un español conservador que también odiaba a Estados Unidos, aunque trabajaba para la United Fruit Company y tenía un negocio próspero. Castro, como estudiante, era un activista. Como provenía de una familia rica, se unió a los Ortodoxos de Eduardo Chibas en contra de Batista. Chibas era un crítico de la corrupción del régimen.

Castro, desde muy joven, comenzó una violenta carrera: participó en la invasión a Dominicana, en 1947; en la Conferencia Panamericana; también en una balacera en Bogotá, en la que murieron tres mil personas. Poco después, en Cuba, se involucró en actividades clandestinas y fue acusado de matar al ministro del deporte.

Batista intentó cooptar a Castro, pero no lo logró. Su ansiedad por el poder iba más lejos. En 1952, Chibas se suicidó y Castro tomó el mando del movimiento. Batista prohibió los partidos y se proclamó dictador. Castro

huyó a la sierra y comenzó una lucha de guerra de guerrillas y de terrorismo urbano.

La guerra en Cuba trascendía lo local. Herbert Matthews, del *New York Times*, ofreció una imagen favorable de Castro a los estadounidenses. El Departamento de Estado y la CIA estaban contra Batista y decidieron apoyar al revolucionario. Sin embargo, Earl Smith, el embajador en La Habana, advirtió que Castro no respetaría los acuerdos. En Washington no le creyeron y siguieron enviando armas a los guerrilleros al tiempo que le cortaron el suministro a Batista.

En 1958, el apoyo del Departamento de Estado a Castro era enorme. La economía cubana decaía cada vez más. La guerra se reducía a batallas poco cruentas, pero bien publicitadas, en una campaña de propaganda que siempre favorecía a los revolucionarios.

Batista luchaba en contra de Estados Unidos, de Castro y de las bandas urbanas no castristas. El gobierno cubano no podía con tantos frentes a la vez y, en noviembre de 1958, se derrumbó. El Año Nuevo de 1959, Batista abandonó el país.

Cuando Castro llegó al poder, la liminalidad continuó. Quería modificar profundamente la correlación de fuerzas: siguió usando la violencia de las bandas callejeras y dirigía directamente al Ejército y a la policía. Una vez derrotados o convertidos en castristas los seguidores del antiguo gobierno, Castro se encargó de todos aquellos que se le oponían, incluido un grupo importante de enemigos de Batista.

Castro gobernaba por decreto, sin interesarle la Ley ni la competencia democrática. Abolió los partidos políticos y las elecciones, excluyó del gobierno a los liberales y a los demócratas; todo el pastel era para él y para sus leales compañeros guerrilleros. Actuó con gran crueldad contra sus enemigos, organizó cortes marciales y usó el terror para gobernar.

En política exterior, Castro se acercó a la Unión Soviética y la economía cubana comenzó a depender de la URSS. Estados Unidos se convirtió en el enemigo por excelencia, en el chivo expiatorio. Dado que el nuevo régimen no contaba con el *katéchon* de la prosperidad, construyó un totalitarismo asesino, del que fueron víctimas aun algunos de sus más cercanos compañeros, como Camilo Cienfuegos. Al igual que Stalin, Castro comenzó a purgar el partido de sus viejos camaradas, pues no soportaba a sus iguales, no soportaba la competencia y quería sólo admiración; buscaba víctimas propiciatorias para justificar el mal desempeño de la economía y el gobierno.

La decisión de Castro de aceptar ser un satélite de la Unión Soviética afectó la geopolítica mundial. La cercanía física de Cuba a Estados Unidos convertía a la isla en una amenaza. En 1959, Eisenhower no hizo nada al

respecto, pero, en 1961, Kennedy decidió apoyar a los exiliados cubanos para derrocar a los comunistas. Sin embargo, los planes para dicho propósito fueron un fiasco. Castro salió fortalecido, se erigió como una víctima del imperialismo y justificó su permanencia en el poder.

La opinión pública estadounidense se sintió ofendida por el fracaso de Bahía de Cochinos, en abril de 1961. En septiembre y octubre, el gobierno soviético elaboró el plan de colocar misiles en Cuba y garantizar la permanencia de Castro. Jrúshchov se hallaba sumamente presionado por el Politburó, pues no podía “perder” ante Estados Unidos. Además, Castro costaba mucho a los soviéticos, motivo por el cual lo obligaron aceptar los misiles. Sin embargo, el plan era absurdo. Se trataba de dar más seguridad a la Isla, pero parecía justo lo contrario.

Un avión espía estadounidense U-2 detectó los misiles. El gobierno de Kennedy se vio dividido sobre qué hacer al respecto. Los “halcones”, liderados por el secretario de Estado, Dean Acheson, pedían un ataque directo mientras que las “palomas”, con Robert MacNamara, secretario de defensa, a la cabeza, pedían un bloqueo.

Kennedy se decidió por el bloqueo. Puso un plazo corto a Jrúshchov y negoció quitar los misiles estadounidenses en Turquía a cambio de no llevar más a Cuba y retirar los que ya estaban ahí —todo esto, bajo la amenaza de invasión—. La resolución de la crisis de los misiles le ganó el respeto nacional e internacional a Kennedy. Jrúshchov, por el contrario, fue censurado por sus camaradas y su mando se vio debilitado hasta que fue destituido en 1964.

Castro se molestó por el retiro de los misiles. ¡Había considerado a Kennedy un rival al que podía derrotar! No tenía ningún sentido racional, aunque sí lo tenía desde la lógica de la escalada en los extremos, del mimetismo negativo.

De cualquier manera, Jrúshchov y Castro lograron una salida decorosa y Kennedy, que pudo haber exigido mucho más, cometió el error de prometer no intervenir en los asuntos cubanos. Esto condujo a una difícil relación que ha durado varias décadas.

Castro sobrevivió porque la crisis de los misiles lo elevó al rango de estadista mundial, de héroe prometeico, debido a los titubeos de Kennedy. La Cuba comunista, envalentonada, decidió ir un paso más allá y comenzó a exportar la revolución a América Latina.

Por su parte, la izquierda estadounidense, cada vez más radical, aunque, en términos electorales, insignificante, apoyaba al autócrata cubano. Mientras tanto, los cubanos se empobrecían y sufrían del régimen opresor. El *katéchon* totalitario se consolidaba. Gran cantidad de cubanos votaban con los

pies, y, a principios de los ochenta, más de una quinta parte de la población cubana había huido de la dictadura comunista.

Paul Johnson nos conduce, entonces, hacia la guerra de Vietnam, con la actuación de Kennedy en Cuba como punto de partida: “El modo en que el Presidente Kennedy trató a Cuba sugería una comprensión imperfecta de los intereses vitales de Estados Unidos y cierta incapacidad para distinguir entre la imagen y la realidad. Estos defectos, que eran característicos del enfoque de relaciones públicas que hacía Kennedy de la política, se manifestaron en otros campos y, sobre todo, en el programa espacial y en Vietnam”.<sup>4</sup>

## 8.4 Competencia entre titanes

Además de luchar por los corazones del Tercer Mundo, Kennedy y Jrúshchov estaban obsesionados por el programa de cohetes de largo alcance. Eisenhower no se había enganchado en la costosa carrera hacia el espacio, pero su sucesor la tomó como un reto nacional y, también, personal.

Con la colaboración de científicos alemanes capturados durante la guerra, la URSS dedicó enormes recursos a su programa de armas nucleares y al de cohetes pesados de largo alcance. La competencia nuclear entre estadounidenses y soviéticos pasaba por el alcance de los cohetes y los satélites, pues muy pronto se convirtieron en el mejor el vehículo de las temidas armas atómicas.

Como resultado, “el 4 de octubre de 1957, los estadounidenses se asombraron cuando la URSS puso en órbita al *Sputnik I*, un satélite de 83 kg”.<sup>5</sup> Un mes después, “siguió otro, mucho mayor, con un peso de 500 kg, llevando en su interior a la perra Laika”.<sup>6</sup> Estados Unidos puso en órbita su primer satélite, el *Explorer I*, el 31 de enero de 1958, pero pesaba solo treinta libras. “Un general estadounidense expresó: ‘Capturamos a los generales equivocados’. De hecho, Estados Unidos también estaba fabricando grandes cohetes, entre ellos, el enorme *Saturno*, desarrollado por Wernher von Braun, en Huntsville, Alabama. La misma importancia tuvo el progreso estadounidense en el campo de la miniaturización”.<sup>7</sup>

Cuando Eisenhower escuchaba que el programa espacial ayudaría al prestigio de Estados Unidos, se convencía de que no había que hacer una gran inversión al respecto. Odiaba la palabra “prestigio” y, más aún, cuando se le usaba para justificar la desorganización de las finanzas. “No prestó atención al pánico que siguió al *Sputnik*”;<sup>8</sup> Ike era un titán sereno.

Kennedy era muy distinto. Como ya hemos dicho, era muy competitivo. Encargó a Lyndon Johnson, el vicepresidente, el programa espacial. A la

vez, éste eligió a James Webb como director de la Administración Nacional Aeronáutica y del Espacio (NASA). Era un experto en publicidad; y eso es lo que agradaba a Kennedy.

El espíritu competitivo de JFK se encendió el 12 de abril de 1961, el día que la URSS puso en órbita a Yuri Gagarin, con lo cual confirmó una neta ventaja en la carrera espacial. Al respecto, hay un registro revelador de una reunión en la Casa Blanca, el 14 de abril, cuando un Kennedy frenético gritó: “¿Podemos alcanzarlos en algún punto? ¿Qué podemos hacer? ¿Podemos circunnular la Luna antes que ellos? ¿Podemos poner a un Hombre en la Luna antes que ellos? [...] ¿Podemos avanzar a saltos? [...] ¿Qué alguien me diga cómo alcanzarlos! Encontramos alguien, a quien sea. No me importa que sea ese portero que está allí, si sabe cómo hacerlo”.<sup>9</sup>

Días después fue el desastre de Bahía de Cochinos. Kennedy bombardeó a Johnson y sus colaboradores del programa espacial con esta serie de preguntas:

¿Tenemos la posibilidad de derrotar a los soviéticos colocando un laboratorio en el espacio, mediante un movimiento alrededor de la Luna, con un cohete que descienda en la Luna o con un cohete que vaya a la Luna y regrese con un Hombre? ¿Hay otro programa espacial cualquiera que prometa resultados dramáticos y que nos permita triunfar?”. El fraseo era característico: “derrotar”, “resultados dramáticos”, “triunfar” [...]. En cierto sentido, Kennedy era un deportista profesional, un propagandista y un promotor político más que un estadista. En mayo, comprometió públicamente a Estados Unidos con el programa *Apollo*, cuyo propósito era depositar una nave espacial tripulada sobre la Luna “antes de que termine esta década”. Fue un proyecto típico de la ilusión de los años sesenta, en vista de su desprecio por los aspectos financieros y su premisa de que los recursos eran ilimitados. El programa comenzó en 1963 y, durante los diez años siguientes, Estados Unidos gastó hasta 5,000 millones de dólares anuales en el espacio. Por supuesto, se alcanzó el objetivo. El 20 de julio de 1969, la misión del *Apollo XI* puso a Neil Armstrong y Edwin Aldrin sobre la Luna. Hubo cinco alunizajes más antes de que se cancelara el programa, en 1972. A esa altura de las cosas, Estados Unidos y la URSS habían lanzado más de 1,200 satélites y sondas espaciales, con un costo combinado de aproximadamente 100,000 millones de dólares. En las condiciones más austeras de mediados de los años setenta, el esfuerzo espacial se desplazó de la propaganda al pragmatismo, a los laboratorios y los transbordadores espaciales. En 1981, la NASA produjo la primera nave espacial auténtica, el transbordador;

por su parte, los soviéticos construyeron un carguero de 90 m, capaz de soportar 1,000 kg en una órbita terrestre baja. La etapa exhibicionista de los viajes espaciales había concluido.<sup>10</sup>

## 8.5 La Guerra Fría destruye Vietnam

Kennedy, histérico y fascinado por su rival mimético, Jrúshchov, despreciaba los costos financieros del programa espacial. Sin embargo, la rivalidad por la carrera espacial los trascendió a ambos y se convirtió en una obsesión nacional. Mas el programa espacial era a largo plazo y Kennedy necesitaba un éxito inmediato para humillar a los soviéticos. Pensó que lo encontraría en Vietnam, cuya situación era problemática de antemano.

Desde la ocupación japonesa durante la II Guerra Mundial, Indochina no había dejado de ser una zona de guerra. Los errores de Estados Unidos en la región tampoco comenzaron con Kennedy. Se remontaban a Franklin Roosevelt, quien había ofrecido la región a China. Al morir, los entusiastas anticolonialistas de la Oficina de Servicios Estratégicos, la antecesora de la CIA, apoyaron a los nacionalistas de izquierda, liderados por Hồ Chí Minh. Sólo tres semanas después de la rendición japonesa, comenzó la “Revolución de agosto”, que derrocó al emperador de Vietnam y erigió a Minh. Archimides Patti, un agente de la OSS, prácticamente, lo coronó.

La política de Estados Unidos en Indochina era un objetivo secundario plagado de indecisiones. Harry Truman decidió intervenir para apoyar a los colonialistas franceses en 1946. Éstos lograron expulsar a Hồ Chí Minh a la jungla. Los galos, que coronaron al nuevo emperador, Bảo Đại, buscaban recuperar su imperio y crearon tres naciones títeres: Laos, Camboya y Vietnam. Los gobiernos de los tres países luchaban contra la expansión soviética, China y su instrumento, Hồ Chí Minh. La guerra escaló, al tanto que los comunistas recibían armas soviéticas y los franceses, estadounidenses.

En 1953, los franceses estaban muy debilitados, pero el apoyo estadounidense los mantenía en la lucha por Indochina. En mayo de 1954, bien armados y pertrechados por chinos y soviéticos, los hombres de Hồ Chí Minh tomaron la fortaleza francesa de Điện Biên Phủ. Los franceses reclamaron la intervención directa de Estados Unidos. Eisenhower rechazó la petición y Pierre Mendès France pactó la paz. Las negociaciones se llevaron a cabo en julio, en Ginebra. Vietnam se dividió en dos: el norte sería comunista, el sur seguiría bajo la influencia de Occidente y se prepararía el terreno para unas elecciones que reunificarían al país. Eisenhower también se mantuvo distante de las negociaciones y, por ello, no tenía autoridad ni ante Hồ Chí Minh ni ante Ngô Đình Diệm, el líder de Vietnam del Sur, para pedirles la democra-

tización. Ninguno de los dos era un demócrata. Diêm, al menos, no era un personaje titánico; por el contrario, apostaba a la autocontención cristiana y budista, por el *katéchon* del autocontrol axial antes que por las armas o las ilusiones comunistas.

Eisenhower ofreció su apoyo a Diêm aun en ausencia de un proceso democrático. Ante la falta de elecciones, Hồ Chí Minh organizó el Việt Cộng y comenzó la guerra en el Sur.

Pero no nos confundamos: los errores de Eisenhower no fueron decisivos para el inicio de la guerra, sino solamente un elemento. Lo decisivo fue “la decisión de Hồ, sus colegas y sucesores, de dominar el país entero, incluidos Laos y Camboya [...]”, la cual, “desde 1945 en adelante, impulsó el dinamismo principal de la lucha y sirvió como causa final de todo el derramamiento de sangre. Los errores de Estados Unidos fueron, simplemente, un factor coadyuvante”.<sup>11</sup>

Al llegar Kennedy a la Casa Blanca, la intervención estadounidense en Vietnam ya era un compromiso adquirido. JFK no intentó volver a los acuerdos de Ginebra ni democratizar Vietnam. Simplemente, envió soldados, si bien la ayuda a Diêm fue limitada. El Presidente estadounidense lo culpó de cada derrota, opinión que compartían muchos en su equipo cercano. Como las cosas no iban bien en Vietnam, Kennedy apoyó la destitución, por parte de una junta militar, de Diêm, quien era un político civil y, en ese momento, también un chivo expiatorio del caprichoso Presidente estadounidense. La realidad de los fracasos radicaba en la falta de un apoyo decidido por parte de Estados Unidos. La URSS y China, por otro lado, apoyaban abiertamente al Việt Cộng.

Lyndon Johnson, como Presidente interino, también mostró indecisión. Fue a las votaciones con la promesa de que Estados Unidos no se involucraría más en Vietnam, lo cual, electoralmente, le fue provechoso. Una vez que ganó las votaciones, en 1965, y después del incidente de Tonkín, escaló el conflicto. Sin embargo, la escalada no implicó un despliegue de tropas para una invasión en toda regla, sino que se concentró en bombardeos aéreos. Lo anterior, por razones de política interna. A Johnson le faltó voluntad para vencer.

Por el contrario, los norvietnamitas no vacilaban. Querían el control de todo el país sin importar el costo ni cuántas atrocidades y crímenes de guerra habrían de cometer. Convirtieron a los civiles en blancos militares. A pesar de la guerra, en Vietnam del Sur, la población aumentó, entre otras cosas, por los programas médicos estadounidenses.

El Presidente Johnson perdió la guerra de propaganda. Si bien, al inicio, la prensa liberal lo apoyaba, hacia 1966, eso comenzó a cambiar:



Lo que el gobierno estadounidense vino a temer no fue la censura editorial, sino la presentación tendenciosa de las noticias. En ciertos casos, los medios de difusión estadounidenses adoptaron una actitud muy partidista. Con mucha frecuencia, se los engañaba hábil e intencionadamente, o bien, se autoengañaban. Una fotografía muy difundida de un prisionero arrojado desde un helicóptero estadounidense, de hecho, estaba trucada. Las versiones acerca de las “jaulas de tigres” estadounidenses en la isla Côn Sơn eran inexactas y se las presentaba con ribetes sensacionalistas. Otra foto muy usada, de una joven quemada por el napalm, originó la impresión, en realidad completamente falsa, de que muchos miles de niños habían sido incinerados por los estadounidenses.<sup>12</sup>

La prensa repitió una y otra vez la idea de que el triunfo del Việt Cộng era inevitable. Se publicitó la Ofensiva del Tét como una gran victoria de los norvietnamitas, aunque, en realidad, fue, para ellos, una derrota militar. Los medios liberales de la Costa Este estaban en contra de Johnson, aunque, en general, la opinión pública estaba a favor de la guerra:

Fue mucho más elevado el número de estadounidenses que criticaron a Johnson porque hacía demasiado poco que quienes lo hicieron porque hacía demasiado. El concepto de que hubo un gran cambio en virtud del cual la opinión pública vino a repudiar la guerra y, sobre todo, el axioma de que los jóvenes se oponían, fue una invención. De hecho, el apoyo al retiro nunca superó el veinte por ciento, hasta después de la elección de noviembre de 1968, cuando ya se había adoptado la decisión de retirarse. El apoyo a la intensificación de la guerra fue siempre mayor en los individuos menores de treinta y cinco años que en las personas de más edad; los varones jóvenes de raza blanca fueron el grupo que con más consecuencia apoyó la escalada.<sup>13</sup>

En 1967, tras la Ofensiva del Tét, el gobierno dudó en continuar con la guerra. Johnson creía lo que leía en la prensa liberal y que el pueblo lo instaba a abandonar Vietnam. Sin embargo, la baja en la popularidad del Presidente se debió más a las críticas de los halcones que a las de las palomas: los primeros, de hecho, captaban mejor el sentido de la opinión pública estadounidense.

## 8.6 Se debilita el *katéchon* de la prosperidad

En 1968, Lyndon Johnson no tenía más fondos para la guerra y comenzó la crisis del dólar. Había excedido la capacidad real de la economía estadounidense, pero no sólo por la guerra, sino por sus ambiciosos programas sociales.

Kennedy y Johnson cambiaron los criterios en el gasto de gobierno. Truman y Eisenhower habían buscado siempre el equilibrio entre los ingresos y los egresos. Por el contrario, los presidentes de los sesenta pensaron el gobierno como el gran solucionador de problemas, independientemente de si había recursos para ello.

Kennedy se planteó una tarea titánica: luchar contra el sufrimiento humano. Johnson continuó y amplió los programas y leyes para luchar contra la pobreza. Era muy hábil en sus negociaciones con el Congreso y consiguió una aprobación vehemente de leyes y un aumento constante del gasto social. Sin embargo, el incremento del gasto no iba acompañado de un alza de impuestos. La solución fue imprimir más dinero y la economía se debilitó aún más.

Casi al final de su mandato, Johnson consideró un error haber aumentado el gasto social. Se percató de que sus programas habían beneficiado más a la clase media que a los pobres. Peor aún, éstos, ahora, estaban más insatisfechos. Los programas sociales habían mejorado las condiciones de los pobres, pero no en la medida en que ellos lo esperaban, pues las expectativas aumentaron más rápido que los beneficios. Como producto de los cambios sociales y psicológicos derivados de la relativa abundancia de las clases bajas, aumentó el número de ancianos abandonados y el de divorcios. Los matrimonios de los pobres se volvieron inestables y, junto con ello, aumentó también la pauperización.

De acuerdo con la TM, la prosperidad es un *katéchon* que produce estabilidad y atenúa los conflictos. Para luchar contra la escasez, el liberalismo propone la prosperidad. ¿Cómo producirla? Al estimular “la vanidad, la envidia, el lujo y todos los vicios reprimidos por la moral tradicional”; es decir, aplicando la fórmula mandevilliana: “vicios privados son virtudes públicas” o, lo que es igual, de la suma de egoísmos brotará el bien común.<sup>14</sup>

Con la envidia, la vanidad y la competencia entramos al terreno de la verdad cruda, novelesca: el mimetismo interno, la competencia. Surge, entonces, la pregunta: ¿qué da a la sociedad de mercado la capacidad no sólo de resistir, sino también de alimentar y exacerbar el fenómeno de la mimesis conflictiva? La TM ha respondido a esta pregunta con los argumentos que sintetizamos a continuación:

- 1) La fascinación de los dobles que produce exterioridad de los terceros y rompe los vínculos solidarios conlleva al individualismo y, con ello, los conflictos no rebasan el ámbito de lo privado, por lo cual dejan de ser socialmente peligrosos.

- 2) La atracción por la fortuna de los ricos y la vergüenza de ser pobre. A pesar de envidiar a los primeros, los pobres simulan que no los envidian, porque eso implicaría admitir que son poco atractivos. Los pobres se preocupan tanto por parecer felices que terminan, en cierta forma, siéndolo y, sobre todo, terminan no enfocándose en el resentimiento de clase.
- 3) La valoración de las mercancías, todas ellas intercambiables por un equivalente general que, si bien no termina con los conflictos, al menos, los vuelve más impersonales y fríos.
- 4) La desviación de los deseos hacia mercancías dispersas, lo cual obstaculiza a los Hombres acordar quién o quiénes son los culpables y, por lo tanto, sólo surgen rivalidades miméticas banales, no importantes ni asesinas.
- 5) La economía de mercado ofrece a los individuos y a la sociedad un orden basado en un “punto fijo externo”, que promete abundancia futura; esto se logra, en buena medida, debido a la expansión del crédito.

En cuanto a la exteriorización de los terceros, Dupuy escribió que la economía de mercado, en cuyo corazón yace la exterioridad de los terceros, es

contemporánea al debilitamiento generalizado del sistema de prohibiciones y obligaciones de solidaridad [...]. Una vez que los lazos de solidaridad [...] se han marchitado, la intensificación de las rivalidades miméticas deja de polarizarse en contra de una sola víctima sacrificial para superar la crisis. La gente está más fascinada que nunca por sus dobles, a los que envidian, pero estas rivalidades no abruma el total del espacio social. Los terceros están demasiado atrapados en sus propias fascinaciones y, por ello, son capaces de sentirse externos a las rivalidades de los otros. En éstas, ellos no tienen que tomar partido y pueden ver con claridad la verdad de la violencia, es decir, su reciprocidad. Nada más que su odio divide a un rival de otro. Al menos, ellos ven esta verdad donde otros están afectados aun si son incapaces de verla en ellos mismos.

La gente se mantiene como un tercero, un agente externo ante los conflictos de los demás. Debido a que todos evaden sus obligaciones de solidaridad, pues están demasiado distraídos con sus fascinaciones privadas, nadie pone atención a los perdedores producidos por los antagonismos de los otros. El orden económico es la construcción social de

la indiferencia por la infelicidad de los demás. En este mundo no es la relación entre rivales la que está marcada por la mayor violencia, sino la relación de cada uno de ellos con los otros, es decir, la relación con los terceros. Es la negación de los terceros para apoyar a los perdedores —mucho más que los golpes que reciben de los ganadores— lo que sanciona su derrota y la transforma en una sentencia de muerte social y, a veces, incluso física.<sup>15</sup>

Dumouchel analizó en estos términos la revolución industrial del siglo XVIII en el Reino Unido y la resultante reorganización de la propiedad de la tierra. La competencia mimética entre los dobles, que terminan fascinados el uno con el otro, suele implicar que se ignore a los terceros —a quienes están fuera de la competencia—, es decir, que hay “indiferencia por los terceros”. Esta competencia, cuando ocurre entre particulares, produce la situación típica del liberalismo. Es el tipo de economía que comenzaba a ocurrir en el Reino Unido durante el período que preludia a la Revolución Industrial. Implica la disolución sistemática de las comunidades y villas, herederas de la Edad Media y el ascenso del individualismo. El episodio es bien conocido: el movimiento de los cercamientos, una vasta empresa en la que fueron cerrados a las comunidades los campos abiertos y los comunales, ocurrido entre los siglos XV y XIX, transformó la vida de las comunidades y el paisaje de la campiña inglesa. Más adelante, continúa Dumouchel: “La expulsión de terceros de las tierras comunales es el resultado de las rivalidades entre los cercadores. Las expulsiones se acompañan de la indiferencia, el abandono de las obligaciones tradicionales de solidaridad bajo el signo de la racionalidad instrumental”.<sup>16</sup>

Encontramos, aquí, por una parte, la envidia entre competidores y, por otra, el esquema de la indiferencia. Vemos, así, la rivalidad exacerbada entre los dobles —en este caso, los cercadores o los burgueses— y, por otro lado, la indiferencia, que evita la rivalidad endémica. Como en el mundo moderno lo sagrado pierde su valor redentor, la exteriorización de los terceros adquiere un papel relevante. Al no poder sacralizar ni a los objetos ni a las personas, al no poder construir chivos expiatorios, las sociedades capitalistas recurren a un nuevo mecanismo sacrificial: la indiferencia. Y el cultivo de la indiferencia lleva también al de la banalización de las pasiones.

Agreguemos a la indiferencia un mecanismo antiguo, pero que sigue funcionando en el mundo moderno: la repulsión de clase.<sup>17</sup> Debido a que la competencia hace vulnerable la posición social, surge la ansiedad por el estatus. Una forma de enmascararla y controlarla es el orgullo de clase. Así como en la India unas castas consideran repulsivo lo que hacen las demás y,

así, no piensan nunca en envidiarlas, en el mundo moderno, las clases altas consideran repulsivas a las clases bajas; pero hay una diferencia fundamental: mientras que, en las sociedades jerarquizadas, las castas bajas también sienten repugnancia por las castas elevadas, en la Modernidad, *los pobres sienten admiración o envidia por las clases altas*; o bien, una mezcla de admiración y envidia:

La “simpatía” por el éxito de los poderosos no tiene nada que ver con la benevolencia, lo que se verifica una vez más —de la misma manera que no hay, evidentemente, compasión para con los desgraciados—. Esta simpatía no se distingue del deseo de apropiarse de lo que poseen. El deseo de parecerse a ellos es, inevitablemente, deseo de tener lo que ellos tienen. De manera que la mirada que se dirige al modelo es, para éste, a la vez, un bien, porque consagra el valor de su posición, y un mal, porque contiene una amenaza velada. Para aquellos que dirigen la mirada, ésta es, a la vez, un bien, porque por ella encuentran la orientación que les falta, la indicación de aquello que tiene valor y mérito para ser procurado, y un mal, pues encubre los tormentos de la envidia. El mal está en el bien, el gusano en la fruta es la corrupción de la moralidad.<sup>18</sup>

Como afirmó el propio Jean Pierre Dupuy, años más tarde, en *Economy and the Future*:

La mejora de nuestras circunstancias económicas (“mejorar nuestra condición”, en la frase de Smith) depende de ser capaz de atraer la “simpatía” de los demás: si deseamos la riqueza, no es por las ilusorias satisfacciones materiales que puede dar; es porque la riqueza nos trae la admiración de los demás, una admiración teñida fatalmente por la envidia. Entonces, inevitablemente, el precio de la prosperidad pública es la corrupción de nuestros sentimientos morales.<sup>19</sup>

Además de la competencia causada por la fascinación de los dobles y la indiferencia hacia los terceros y de la admiración por los ricos, Dupuy describe un mecanismo adicional del mundo moderno para contener la envidia: “El objeto, con Girard, es siempre único y no divisible. Pon, dijo, varios juguetes, todos idénticos, en una habitación vacía, ponlos en compañía del mismo número de niños: hay poca probabilidad de que la distribución se realice sin peleas”.<sup>20</sup>

Todos se precipitan hacia el infierno mimético por la misma estrecha puerta. Sin embargo, Girard y los novelistas que estudia están interesados sólo en algunos tipos de objetos, justamente aquellos que, en principio, cues-

ta trabajo compartir; como en *El eterno marido* de Dostoievski o en la rivalidad por Julien Sorel, que se presenta en un contexto en el cual no hay nadie que lo pueda sustituir:

La posesión de estos objetos no es realmente concebible más que en términos de todo o nada, compartirla es impensable. Y, si la singularidad se mantiene en parte debido a las asombrosas propiedades del deseo mimético, también se debe a la misma naturaleza del objeto. El objeto que construye el pensamiento económico y las formas de la realidad económica son de una naturaleza significativamente diferente.

El objeto de la economía es una mercancía [...]. No tiene valor en sí mismo, sólo en relación con otros objetos con los que podemos siempre cambiarlo. La lógica abstracta de equivalencia y valor del intercambio parece en total oposición a la lógica de la mimesis de propiedad. Las mercancías son conmensurables para cualquiera que posea el valor de cambio en las plazas comerciales.<sup>21</sup>

Concluye Dupuy, entonces, que la economía de mercado es la clave de la resistencia del mundo moderno a las presiones miméticas. La economía es la institución de la guerra de todos contra todos

y, quizás, la más violenta, pero también es esta tubería de diámetro creciente en la cual el desbordamiento de la energía mimética se derrama, impidiendo que se llene el tanque que contiene enfrentamientos entre Hombres. Esta “ambivalencia” de la economía, un dispositivo que tiende a frustrar la violencia y conduce a otra violencia —es, sin embargo, totalmente ajeno a la ambivalencia de lo sagrado— [...]. Lejos de redifinir el tejido social, la extensión del reinado de la mercancía destruye cada vez más las diferencias que separan a los Hombres.<sup>22</sup>

Sin embargo, en el mundo de las mercancías, la imitación del deseo del otro, generalmente, no lleva a conflictos abiertos; éstos se pueden

evitar con una simple desviación lateral. Basta que el Sujeto adquiera *el equivalente del objeto poseído o deseado* por el Otro para no sentir los tormentos de la envidia. Puesto que todas las mercancías son conmensurables entre sí, la rivalidad mimética es reducida a la lucha de todos por su parte de un pastel llamado riqueza nacional, papilla formada por la mezcla indistinta de valores de cambio. El modelo, al ser menos obstá-

culo, es también menos modelo [...]. El conflicto es un simple conflicto “económico”.<sup>23</sup>

En lugar de la escasez de los objetos, en la economía de mercado, el problema, el obstáculo al deseo, es el dinero, es decir, el objeto de objetos, el equivalente general. Sin embargo, el dinero es abstracto, fluido y móvil, por lo cual, difícilmente, trae tranquilidad duradera; se trata de un movimiento que da esperanza a unos y coloca a la defensiva a otros. Además, el dinero es frío y, aunque en principio es accesible a todo el mundo, no lo es en las mismas proporciones, claro está. Con el dinero-obstáculo, “no nos enfrentamos a un rechazo cruel e incomprensible de un ser admirado, sino a barreras anónimas: precio, salarios, rentas, tipos de interés, inflación [...]. El obstáculo no tiene rostro”.<sup>24</sup>

Planteadas así las reglas de la competencia, las rivalidades miméticas son más frías, más superficiales. Se ejerce violencia y se sufre envidia, pero de un modo banalizado. La vanidad no nos permite admitir abiertamente una envidia profunda. Nos presentamos en sociedad simulando que poseemos más de lo que en realidad tenemos:

Dominio del tener, la economía es, paradójicamente, el lugar donde la mímesis de apropiación adquiere las características de una mímesis de representación. Esto se debe a que los Hombres imitan comportamientos, formas de aparentar que están adquiriendo los bienes económicos necesarios para la representación que dan a sus semejantes. El deseo hegeliano del reconocimiento de los demás se convierte en la estrategia individual dominante; tanto es así que viene a tapar el deseo mimético que la funda. El universo que describimos de esta manera es consistente con la tabla dada por los teóricos del consumo conspicuo y la sociología de la moda. [...]. La lucha de los Hombres es comparable a una competencia por mejores lugares en una sola escala vertical, que mide todos los seres, todo y cualquier lugar en términos de valor de cambio. Los competidores no se retan cara a cara, se camuflan.<sup>25</sup>

La envidia por las mercancías es la envidia banalizada, endémica, pero menos funesta que la envidia sacra y mucho menos que la envidia espontánea, natural. Según Dumouchel, la envidia se resuelve de dos formas: mediante una implosión que polariza la violencia hacia un chivo expiatorio y mediante una explosión que disgrega la presión del deseo sobre diversos objetos equivalentes. El primero es el método comúnmente adoptado por las tradiciones que aceptan el sacrificio y el segundo es el método practicado por

las sociedades modernas; una vez más, la envidia prohibida se distingue de la envidia superflua, promovida.<sup>26</sup>

Finalmente, en cuanto a la economía como un punto fijo externo, Dupuy nos explica:

La desacralización del mundo que es la característica sobresaliente, quizás incluso el destino, de la Edad Moderna y la mirada racionalista que es tanto su causa como su consecuencia dieron origen a un nuevo régimen del mal. Empiezo por mostrar que la economía, compañera de este nuevo régimen, se adelantó al lugar que dejó vacante el retiro de lo sagrado. Como lo sagrado antes que ella, la economía contiene la violencia en los dos sentidos de ese término: levanta una barrera contra la violencia por medios violentos. Es este mecanismo de autoexteriorización el que permite que la violencia “buena” supere la violencia “mala” y nos permite, a su vez, comprender por qué Montesquieu y otros pensadores depositaron tanta fe en el comercio, lo único que creían que era capaz de poner fin a las espantosas guerras de religión que consumieron Europa durante el período moderno temprano.<sup>27</sup>

Esta peculiar lógica de exteriorización Dupuy la ha analizado en la filosofía y la sociología. Es similar al mecanismo girardiano de lo sagrado, pero con una diferencia importante: en el caso de lo sagrado, la exteriorización se concibe como trascendencia de algo más —*i. e.* de los dioses—, mientras que, en el caso de las disciplinas modernas, la trascendencia se percibe como “autotrascendencia” de lo social; es una diferencia que implica el paso del encapsulamiento al encapsulamiento artificial y del holismo al falso holismo.

En el caso de las sociedades de mercado, lo que permite que la auto-trascendencia se convierta en un *katéchon* benevolente es la confianza de los agentes económicos —desde los consumidores comunes y corrientes hasta las altas finanzas y las bancas centrales—. La confianza se coloca, justamente, en una idea del futuro, un punto fijo externo, “que permite resolver un problema que de otro modo sería insoluble [...], a saber, dar cuenta de la existencia de nociones tan evanescentes como la confianza y la confianza en la infinitud del futuro, sin las cuales el capitalismo no podría funcionar”.<sup>28</sup>

## 8.7 La revolución de las expectativas como liminalidad

Uno a uno, los elementos que convierten a la sociedad de mercado en un *katéchon* eficaz fueron minados en los años sesenta. Para comprender cómo



sucedió esto, Johnson agregó un elemento a la crisis: la contraproductividad de la expansión del sistema educativo.

En los sesenta, se difundió la ilusión liberal de que democratizar la educación en todos los niveles mejoraría a la sociedad. De hecho, derivado de esa creencia, la administración de Lyndon Johnson expandió asombrosamente el gasto educativo, en la persecución de la educación universal. El resto de los países occidentales imitaron esta política.

Los resultados esperados eran: crecimiento económico, reforma moral y social y aburguesamiento de los trabajadores. Todo esto produciría países de clase media, estables... pero ocurrió lo contrario. Desde finales de los sesenta, era notable cómo había bajado el nivel de la educación, en parte, por la inclusión de las minorías. Asimismo, también se hizo evidente que la expansión del sistema educativo no resolvía los problemas sociales, a menos que fuera acompañado de crecimiento económico y oportunidades laborales para los egresados; sin ello, la educación no acababa con el crimen, y tan sólo producía criminales con años en las aulas.

En los setenta, se había perdido la confianza en la educación, en tanto que, por una parte, los grados universitarios dejaron, en general, de significar mayores remuneraciones y, por otra, en tanto que aumentaba el número de desempleados entre los graduados. Peor aún, el crecimiento del sector educativo se estaba convirtiendo en un elemento de inestabilidad política y social. El aumento de las expectativas provocaba una pérdida de las distancias simbólicas y sociales; los líderes radicales en las universidades se convirtieron en pirómanos que odiaban al gobierno y cada vez más capas de la población asumían la mediación interna de la envidia ideológica. Se trató de una tendencia que comenzó a finales de los cincuenta y que se convirtió en violencia estudiantil en 1964. En 1967 y, sobre todo, en 1968, la Guerra de Vietnam se convirtió en el centro de la vida universitaria.

En 1968, la violencia estudiantil no sólo estuvo presente en Estados Unidos, sino en prácticamente todo el mundo. Parecía que los radicales estaban imponiendo su agenda. Sin embargo, justo ese año ocurrió lo contrario. Las manifestaciones de la izquierda asustaron e indignaron a enormes sectores del electorado estadounidense, que eligió, abrumadoramente, a Richard Nixon, crítico de las protestas estudiantiles.

Paul Johnson concluye que el efecto duradero de la violencia estudiantil fue la degradación de la academia y la desmoralización de los profesores. En efecto, la violencia estudiantil fue uno de los efectos no deseados del crecimiento del sector educativo promovido por gran cantidad de gobiernos desde los años sesenta. Se esperaba que mayores niveles de educación traerían

mejores condiciones económicas y sociales y que éstas contribuirían a la estabilidad política. Ocurrió lo contrario.

No obstante, la contraproductividad no fue exclusiva de la política educativa. También ocurrió en otras políticas sociales. En cuanto a la promoción de mejoras para los afroamericanos, *Tiempos Modernos* menciona la promoción de los derechos civiles por parte de los presidentes Kennedy y Johnson. Mas, una vez que las minorías alcanzaron el derecho al voto, se hizo más evidente la desigualdad económica. Los afroamericanos montaron en cólera. Entre 1962 y 1968, se multiplicaron los disturbios violentos. Paradójicamente, mientras más concesiones se les daba a las minorías, más se incrementaba la violencia. Al final, hubo que enviar a las fuerzas armadas para sofocar dichas manifestaciones.

En 1968, con un país incendiado por la revolución de las expectativas, Lyndon Johnson se sintió derrotado. Decidió no participar en las próximas elecciones. Los estudiantes, los afroamericanos, los intelectuales y los medios de comunicación lo odiaban. La Costa Este lo detestaba por defender la autoridad de su investidura.

Hasta mediados de los sesenta los medios de comunicación habían apoyado al Presidente por encima del Congreso, pero esto cambió con Lyndon Johnson, desde la decisión del Golfo Tonkín, comienzo formal de la Guerra de Vietnam.

En 1969, los medios y algunos vociferantes de la oposición, comenzaron la campaña de destitución del Presidente Nixon, en parte, para probar su propia fuerza. El nuevo mandatario odiaba la cultura de la Costa Este y los medios de comunicación. A pesar de ellos, ganó la presidencia, en 1968. Los enormes aciertos de Nixon fueron siempre minimizados por la prensa y la inteligencia. Resolvió el conflicto de Vietnam y logró un acercamiento a China que despresurizó la situación en Asia. La tensión mimética entre Estados Unidos y China en la región contribuyó a dos monstruosas guerras, una en Corea y la otra en Vietnam. Esto se superó gracias a la diplomacia del trigésimo séptimo presidente.

Ya en 1969, Nixon planeó que debía de lograr un acuerdo con China, porque sería una súperpotencia en el futuro. En 1973, el acercamiento con los chinos hizo posible la paz en Vietnam. Mas ese mismo año estalló el escándalo de Watergate.

En Estados Unidos, hay un gusto morboso de la prensa y la sociedad por los escándalos, es decir, por los chivos expiatorios mediáticos. Muchos en los medios odiaban la popularidad del californiano, que hablaba a la “mayoría silenciosa”, a quienes no tienen espacios mediáticos.

En 1972, Nixon se presentó a su reelección. La campaña fue contra George McGovern, un candidato típico de la Costa Este, quien no representaba en absoluto a la mayoría de los estadounidenses, pues era demasiado liberal. Su derrota fue también la de los medios de comunicación.

De nueva cuenta, los medios comenzaron una campaña que buscaba la destitución del Presidente y Nixon les facilitó el trabajo, recurriendo a una vieja tradición de la democracia estadounidense: las trampas y el espionaje. Todo esto, claro está, era una práctica común tanto del Partido Demócrata como del Republicano.

Hasta entonces, los medios de comunicación solían proteger a los presidentes. Se sabía de sus trampas y del espionaje, pero no se les daba importancia; más aún, se ocultaban. Nixon no tuvo esta protección. El californiano, por consejo de Henry Kissinger, llevó el aparato de espionaje política a una mayor escala. Cuando, en 1971, la prensa obtuvo documentos secretos del Pentágono, debido a la Cuarta Enmienda, tuvo el derecho para publicarlos. Así, en 1972, comenzó el escándalo de Watergate:

En sí mismo, quizás el caso no habría sido grave. No consiguió impedir la gran mayoría conquistada por Nixon, pero atrajo la atención de John Sirica, un juez federal hambriento de publicidad, a quien llamaban “Máximo John” por la severidad de sus sentencias y un hombre que en otras circunstancias cualesquiera no hubiera gozado de la aprobación de la prensa liberal. Cuando los ladrones comparecieron ante él, les aplicó sentencias provisionales de cadena perpetua para obligarlos a aportar pruebas contra los miembros del gobierno. Que hablaba en serio lo demostró el hecho de que sentenció al único hombre que se negó a colaborar, es decir, Gordon Liddy, a veinte años de cárcel, más una multa de 40,000 dólares, por un primer delito de ingreso ilegal con fractura, un episodio en que no se robó nada y no se ofreció resistencia a la policía. Este acto de terrorismo judicial, que habría sido imposible en otro país durante el imperio de la Ley, sería lamentablemente típico de la caza judicial de brujas, que permitió que los miembros del gobierno de Nixon fuesen perseguidos, condenados —en ciertos casos, se declararon culpables para evitar el desastre financiero de una defensa cara— y sentenciados. Empero, tuvo el efecto deseado y “desencadenó” el escándalo de Watergate; es decir, permitió que el mecanismo de la investigación del Congreso —donde los demócratas tenían la mayoría— realizase un ataque frontal a la “presidencia imperial”. En este proceso, el concepto del privilegio del Ejecutivo, otrora defendido tan calurosamente por los medios de difusión liberales, fue anulado. Ciertamente, en el deseo

abrumador de destruir a Nixon, se desecharon todas las consideraciones relacionadas con la seguridad nacional.<sup>29</sup>

Nixon no era inocente, pero no era más culpable de espiar a sus rivales que otros presidentes. Lo que buscaban sus acusadores era el escándalo. Girard aclara sobre este término: “el escándalo, lo más típico de las relaciones miméticas, exalta el carácter ambivalente, de atracción y rechazo, del deseo humano. Y ya que el escándalo hace tropezar, siempre en la misma piedra, a aquellos que están implicados en él, su obsesiva repetición termina por propagarse entre ellos igual que un verdadero contagio”.<sup>30</sup>

El escándalo rodeó al Presidente y lo convirtió en un chivo expiatorio, aunque, como lo fue de una democracia con Estado de Derecho, sólo fue una víctima sacrificial blanda. Nixon asumió su papel de víctima propiciatoria, decidió no defenderse y renunció, en 1974. Su caída dio mayor poder al Congreso, algo que se reflejó, sobre todo, en la política exterior.

## 8.8 El sacrificio estéril de Indochina

Las primeras víctimas de este nuevo protagonismo de la Cámara Baja que limitaba al Ejecutivo fueron millones de vietnamitas. Fue decisión del Congreso reducir la ayuda a Vietnam del Sur. En 1975, ante los triunfos de los comunistas, el Presidente Gerald Ford pidió al Congreso autorización para incrementar la ayuda a los survietnamitas. Los diputados rechazaron la petición y, finalmente, todo Vietnam cayó presa del Ejército norvietnamita, para, posteriormente, apoyar a los comunistas en Laos y Camboya:

Las élites comunistas que tomaron el poder por la fuerza en Indochina entera, en abril de 1975, iniciaron, inmediatamente, programas nacionales de ingeniería social que recordaron la colectivización de los campesinos realizada por Stalin, aunque en ciertos aspectos fueron incluso más inhumanos. El proceso mejor documentado es la “ruralización” ejecutada en Camboya por los Jemeres Rojos comunistas, que entraron en la capital, Nom Pen, a mediados de abril; la embajada estadounidense había sido evacuada el día 12. Las atrocidades comenzaron el 17 de abril y estuvieron a cargo, sobre todo, de soldados campesinos analfabetos, pero todo fue planeado dos años antes por un grupo de ideólogos de clase media que se autodenominaban *Angkar Loeu* (“la Organización Superior”). Los detalles del plan habían sido obtenidos por Kenneth Quinn, un experto del Departamento de Estado, que lo difundió en un

informe fechado el 20 de febrero de 1974. El esquema era un intento de condensar, en un golpe terrorífico, los cambios sociales promovidos a lo largo de veinticinco años en la China de Máo. Debía de procederse a una “revolución social de carácter total”. Todo lo que pertenecía al pasado era “anatema y tiene que ser destruido”. Era necesario “reconstruir psicológicamente a los miembros individuales de la sociedad”. Esto implicaba “desintegrar, mediante el terror y apelando a otros medios, las bases, las estructuras y las fuerzas tradicionales que han plasmado y orientado la vida del individuo” y, después, “reconstruirlas de acuerdo con las doctrinas del Partido, sustituyéndolas con una serie de valores nuevos”. La *Angkar Loeu* estaba formada por unos veinte intelectuales que eran políticos profesionales, sobre todo, docentes y burócratas. De los ocho líderes, todos rondaban la cuarentena, cinco eran docentes, uno era una mujer, uno era profesor universitario, uno era economista, uno era burócrata, todos habían estudiado en Francia durante los años 50 y allí habían absorbido la doctrina de la “violencia necesaria” predicada por la izquierda radical: eran los hijos de Sartre. Es notable que, mientras este grupo de ideólogos predicaba las virtudes de la vida rural, ninguno hubiese realizado trabajos manuales o tuviese la más mínima experiencia en la creación de riqueza. A semejanza de Lenin, eran intelectuales puros. Simbolizaban la gran fuerza destructiva del siglo XX: el fanático religioso reencarnado en la figura del político profesional. Lo que hicieron ilustró el implacable carácter final de las ideas. En otra edad o en otro lugar cualquiera, los planes de esos pedantes salvajes hubiesen permanecido circunscritos a sus imaginaciones febriles. En Camboya, durante el año 1975, era posible llevarlos a la práctica.<sup>31</sup>

Johnson describe la violencia con la que fueron prácticamente vaciadas Nom Pen y otras ciudades. La emigración forzada llevó a la población a las aldeas, donde cruentas leyes eran rígidamente aplicadas.

La violencia de los Jemeres fue un sacrificio natural, liminalidad que parecía no terminar. Pretendía ser una “economización de la violencia”, es decir, una violencia ritual, sacrificial; una violencia ejemplar para evitar violencias posteriores, pero la brutalidad no cristalizó en un *katéchon* eficaz. La religión, la tradición, la virtud individual, el mercado, el Estado de Derecho y la democracia como métodos de contención de la violencia fueron suprimidos. Todo esto convirtió el régimen en el ejemplo perfecto, para Paul Dumouchel, de “sacrificio estéril”, es decir, de aquella violencia que no pacifica, que no genera un orden. En primer lugar, el contexto mismo de la toma de poder de los Jemeres Rojos, en 1975:

después de cinco años de guerra civil en los que los estadounidenses, por razones relacionadas con su participación en Vietnam, habían arrojado sobre Camboya casi tres veces más bombas, en tonelaje bruto, que las que cayeron sobre Japón durante toda la II Guerra Mundial. Al final de la guerra civil, Camboya tenía alrededor de un millón de refugiados internos, lo que representaba casi una cuarta parte de la población total. La mayoría de ellos se encontraba en la zona de Nom Pen, cuya población, durante el mismo período, había aumentado de 600,000 a un millón de habitantes. Las relaciones sociales y familiares se vieron trastocadas por la guerra y la ola de refugiados. Además, los Jemeres agregaron un nuevo trauma tan pronto como tomaron el poder, al ordenar a la población que abandonara las ciudades. Hicieron un esfuerzo político consciente para aumentar aún más la ruptura de los vínculos fundamentales de la sociedad precedente.<sup>32</sup>

Así, a una dislocación social, el desarraigo al que fueron sometidos los refugiados, se sumó otra más: la del vaciamiento de las ciudades. Para los comunistas, esto era vital en aras de llevar a cabo su ingeniería social:

El Partido Jemer ordenó la evacuación de las ciudades tanto para asegurar su control sobre el poder como para instituir un orden social radicalmente nuevo. Querían no sólo transformar a los habitantes de las ciudades en campesinos, sino también destruir ciertas instituciones centrales de la sociedad tradicional camboyana, en particular, la religión y la familia. Se prohibieron todas las prácticas religiosas y se ejecutó a miles de monjes budistas. Las familias no fueron formalmente abolidas ni prohibidas, pero las relaciones que las constituían y mantenían se devaluaron y se hicieron difíciles de mantener. Así, varones y mujeres fueron asignados a diferentes grupos de trabajo y, muy a menudo, los cónyuges no se veían durante días o incluso semanas. Las comidas se hacían en común y no en casas individuales y los niños eran separados de sus padres desde una edad temprana. Se les enseñó que su primer deber era el Estado o *Angkar*. Asimismo, se alentó a los adultos, incluidos los cónyuges, a denunciar las “malas acciones” de los demás y se elogió a los niños por denunciar a sus padres [...].

En Camboya, las relaciones sociales normales están estructuradas por sistemas de patrocinio que se superponen parcialmente a las relaciones familiares y se piensan y representan en términos de parentesco. Por lo tanto, la palabra que designa al patrón en una relación de patrocinio significa “abuelo” y los clientes se denominan “nietos”. Las relaciones

de patrocinio reproducen la estructura de las relaciones familiares y las extienden más allá del alcance de lo propiamente genealógico [...]. Los grupos estaban gobernados por relaciones de poder desiguales, que eran ejemplos de las mismas relaciones “feudales” que los Jemereros Rojos querían reemplazar con la igualdad para todos los ciudadanos, es decir, con un Estado moderno.<sup>33</sup>

Los miembros del Jemer eran violentos nacionalistas y buscaban que Camboya fuera autárquica. Tan pronto como tomaron el poder, rechazaron cualquier ayuda internacional. “La expulsión de los habitantes de las ciudades fue parte de este programa. Se suponía que se convertirían en campesinos y se suponía que su trabajo aumentaría la producción de arroz para hacer que el país fuera autosuficiente en alimentos”.<sup>34</sup> Sin embargo, el igualitarismo de los totalitarismos, como ya hemos visto, implica ¡muchas desigualdades! Más aún, establece jerarquías sin legitimidad, sobre la base del terror, produciendo un encapsulamiento artificial:

los Jemereros Rojos instituyeron nuevas distinciones sociales y recrearon una sociedad jerárquica. Una nueva división social distingue a las *nuevas personas*: los antes habitantes de las ciudades que habían sido expulsados y ahora vivían en el campo, se distinguían de los *ancianos* u aquellos que siempre había sido campesinos y que se consideraron más a favor del nuevo régimen. Sin embargo, muy a menudo, la única cosa que diferenciaba a la *nueva gente* de las *personas de edad* era su lugar de residencia en el momento en el cual el Jemer había tomado el poder. Por supuesto, había algunos comerciantes, burgueses e intelectuales entre los habitantes de la ciudad que habían sido expulsados, pero relativamente pocas personas pertenecían a esas categorías sociales en Camboya [...]. Muchos de ellos habían sido ejecutados tan pronto como el Jemer tomó el poder. En realidad, la mayoría de los “habitantes de la ciudad” supervivientes era campesina, que se había refugiado en Nom Pen por la guerra o que había llegado recientemente a la ciudad con la esperanza de mejorar sus perspectivas. En otras palabras, la distinción entre las *nuevas personas* y las *personas de edad* [...] fue arbitraria. Correspondía solamente a una diferencia política (si apoyaba o no al nuevo régimen) que era más imaginaria que real. Por encima de los dos “pueblos”, estaban el Partido y el Ejército, que formaban una sola organización. En el fondo de la jerarquía nacional había camboyanos de origen vietnamita y miembros de las minorías cham y vietnamita.<sup>35</sup>

El totalitarismo de los Jemeres Rojos rápidamente fracasó. Se habían propuesto la autarquía y la construcción de una sociedad igualitaria y ocurrió lo contrario. Mas en algo sí son expertas las élites comunistas: en transferir la culpa hacia chivos expiatorios. Por lo demás,

La producción de arroz se derrumbó muy rápidamente, el hambre golpeó gran número de regiones y el Ejército de los Jemeres estaba perdiendo todas las batallas contra Vietnam. Sin embargo, dado que estos objetivos definían el sentido mismo de su política [...], no podían ser cuestionados. Según los líderes del Jemer, estos fracasos no podían derivarse de errores políticos de su parte. Debían deberse a acciones de traidores, enemigos internos en la nómina de los estadounidenses u otras potencias imperialistas.<sup>36</sup>

No obstante, el traslado de la violencia hacia víctimas sacrificiales no es suficiente. El totalitarismo busca mitificar esta violencia y crear consenso sobre la culpabilidad de los acusados. Claro está, todo se lleva a cabo como autoengaño, como falso autoconvencimiento:

¿Qué importancia y qué significado deberíamos de dar a la explicación y justificación de los Jemeres Rojos de la violencia, de que había traidores que eran agentes pagados de potencias extranjeras y que saboteaban la revolución? ¿Lo creyeron realmente los autores del genocidio [...]?

Piensen, como Sartre, que la culpabilidad del traidor no es necesaria para que su muerte reconstruya la comunidad, que basta con que sea “presuntamente culpable” para que el grupo pueda descargar “toda su violencia” sobre él [...]. Pensar que los Jemeres Rojos creían que sus víctimas eran culpables puede resultarles demasiado generoso. Lo que sí creían con certeza era que los “traidores” tenían que ser considerados culpables. Por eso, fue fundamental que los acusados admitieran y confesaran sus “crímenes” [...]. La pregunta no es lo que Pol Pot y sus asociados realmente pensaban en el fondo. ¿De verdad creían que todos los “traidores” eran realmente culpables o pensaban que, simplemente, había unos “huevos” que tenían que romperse para crear el *omelette* revolucionaria? El Partido [...] nunca aceptó el menor desafío a su política y cualquier crítica fue inmediatamente considerada una traición. La institucionalización de la ceguera fue intencional y eliminó la diferencia moral entre el que era considerado traidor y quien era realmente traidor. Esta ceguera iba a jugar más tarde un papel importante en el desarrollo del genocidio, pues la ejecución de los “traidores” nunca logró cumplir



la condición fundamental de la unanimidad: la convergencia de toda violencia contra un solo enemigo. Además, este fracaso reiterado de restablecer la armonía doméstica y restablecer el grupo sólo podía explicarse por el hecho de que todavía había “traidores”, lo que dio motivo para nuevas ejecuciones.<sup>37</sup>

El mismo Paul Johnson, en *Intelectuales*, tiene un interesante comentario sobre el autoengaño interesado, la mala fe sartreana de Noam Chomsky, a propósito del monstruoso régimen del Jemer:

Un grupo de intelectuales marxistas, educados en el París de Sartre y ahora al frente de un ejército formidable, llevaron a cabo un experimento de ingeniería social, despiadado incluso según las pautas de Stalin o Máo. La reacción de Chomsky ante esta atrocidad es instructiva. Fue compleja y retorcida. Significó la eyección de mucha tinta confusionalista [...]. Estados Unidos era, según definición de Chomsky —que a estas alturas había alcanzado la categoría de hecho metafísico—, el villano en Indochina. En consecuencia, no podía reconocerse que hubiera tenido lugar masacre alguna en Camboya hasta que se encontraran los medios para mostrar que Estados Unidos era, directa o indirectamente, responsable de ellas [...]. Fue así como la respuesta de Chomsky y sus colegas pasó por tres etapas: (1) No hubo masacres; eran un invento de la propaganda occidental. (2) Pudo haber matanzas en pequeña escala, pero el “tormento de Camboya ha sido explotado por los humanitarios occidentales cínicos, desesperadamente ansiosos de superar el ‘síndrome de Vietnam’”. (3) Las matanzas eran más extensas de lo que primero se creyó, y fueron el resultado del embrutecimiento de los campesinos por los crímenes de guerra estadounidenses. (4) Chomsky, finalmente, se vio llevado a citar a “uno del puñado de auténticos estudiosos camboyanos”, quien, con una habilidosa manipulación de la cronología, podía “probar” que las peores masacres ocurrieron no en 1975, sino “a mediados de 1978” y tuvieron lugar por “razones tradicionalistas, racistas, antivietnamitas” y no marxistas. Para ese entonces, “el régimen había perdido cualquier color marxista que una vez tuviera” y se había convertido en “un vehículo para el híperchovinismo del campesinado pobre”.<sup>38</sup>

Dumouchel explica que la “violencia política” de los Jemer es puede explicarse por dos fenómenos apolíticos: “Primero, el resentimiento, frustración y miedo con respecto a las personas contra las que uno era impotente (los propios líderes del Partido o los anónimos soplones que podían ponerlo a

uno en el banquillo de los acusados) se transformó en violencia contra otros que estaban indefensos”.<sup>39</sup>

Cabe mencionar la importancia de la incertidumbre para instaurar el terror. Nadie sabía si él o ella no se convertiría, repentinamente, en sospechoso e, inmediatamente, en culpable, ya que

el *Angkar* nunca cometió un error, acerca de crímenes de los que él o ella no estaba al tanto, pero que tendría que confesar [...]. De hecho, para convertirse en sospechoso, bastaba con que su nombre apareciera en la confesión de alguien, que se mencionara durante el interrogatorio de un sospechoso o que estuviera vinculado de una forma u otra a un líder local que había sido detenido. [...]. La violencia excesiva de los interrogadores fue una forma de descargar, contra las víctimas impotentes, su frustración, miedo y odio, que no podían expresar directamente contra aquellos o aquello que realmente los amenazaba; el miedo que cada interrogador se tenía el uno al otro, pues cada uno podía “obtener” una denuncia que podía poner en peligro a cualquier otro colega.<sup>40</sup>

Respecto a la segunda explicación de la violencia de los Jemeres, cabe mencionar que había rivalidades privadas, “odios y conflictos entre vecinos; disputas de herencia que habían estado hirviendo durante años; celos, envidias y rivalidades ordinarias: en resumen, deseo mimético”.<sup>41</sup> En situaciones normales, “mientras impere el monopolio de la violencia legítima, las rivalidades entre colegas y los conflictos entre familiares y vecinos sólo conducen a una animosidad moderada”,<sup>42</sup> pero, en cuanto las condiciones lo permitan, los conflictos de este tipo juegan un papel fundamental en la violencia política:

el orden instituido por los Jemeres Rojos permitió a muchas personas “saldar viejas cuentas”. Por ejemplo, permitió que el nuevo jefe de la aldea se vengara del antiguo, que solía humillarlo o que había fallado en su contra al resolver una disputa entre los aldeanos. El nuevo orden dio poder a quienes habían sido oprimidos y víctimas de todo tipo de molestias y tenían muchas razones [...] para sentir resentimiento. Por último, al abolir el dinero y la propiedad individual, el régimen de Pol Pot redujo a una sola dimensión el dominio donde se podía expresar la rivalidad entre agentes: el poder político. En la Kampuchea Democrática, nada más tenía valor. No había forma de resolver una disputa ni de obtener una ventaja más que al convertirse en miembro de una red de patrocinio, pero esa membresía también era peligrosa por definición.<sup>43</sup>

Los Jemeres Rojos debilitaron los *katéchones* y provocaron una liminalidad extendida. No lograron establecer el sacrificio como método de contención de la violencia. Su fracaso convirtió la carnicería y el terror en “sacrificio estéril”. No sólo permitieron a los individuos y grupos específicos explotar la violencia política en su propio beneficio,

sino que institucionalizaron la confusión de los conflictos personales y políticos. Al abolir no sólo la propiedad privada, sino también la propiedad individual y, especialmente, al “retirar” el dinero, al prohibir el uso de dinero en cualquier lugar de Camboya —lo que hacía casi imposible entablar relaciones comerciales o acumular riqueza—, transformaron a todos camboyanos en servidores del Estado sin rasgos distintivos aparte de su posición dentro del aparato gubernamental. Con ello redujeron a una única dimensión, la del poder político, el ámbito en el que podían darse y resolverse las rivalidades. [...] Para empeorar las cosas, también negaron [...] cualquier forma de trascendencia del poder o del Estado [...]. Rechazaron igualmente el sistema judicial, la institución del Derecho separada de las decisiones individuales de los responsables [...]. Instituyeron una crisis de diferencias, hicieron que todas las rivalidades convergieran sólo en el nivel político [...] y destruyeron cualquier posibilidad de distinción entre violencia pública y privada [...].

La explotación racional de la violencia política por parte de cada individuo y de cada grupo corresponde a la imposibilidad de trasladar la violencia de todos hacia un solo adversario. Cuando el número de “traidores” crece, es un signo de la incapacidad para “reconstruir la comunidad” [...]. Esta incapacidad es resultado directo de los esfuerzos de individuos y grupos para aprovechar la violencia oficial, y se deriva de la violencia de cada uno, de la cual ya no se puede distinguir la violencia política. La violencia pierde, así, su capacidad de volverse propiamente política, de formar a los individuos en grupos distintos. Se fragmenta en el individualismo del estado de naturaleza. Se vuelve infinito y su poder para protegernos de sí mismo se evapora.<sup>44</sup>

Paul Johnson dimensiona la matanza organizada por el totalitarismo camboyanos, que había comenzado en abril de 1976, cuando la jefatura del Estado la tomó el líder de la *Angkar Loeu*, Khieu Samphan; y que empeoró, poco después, cuando otro intelectual fanático de la clase media, llamado Pol Pot, alcanzó el poder:

Como jefe de Estado, Khieu asistió a la conferencia de las naciones presuntamente no alineadas en Colombo, en agosto de 1976, y, en una confusa entrevista con una revista italiana, pareció reconocer que un millón de “criminales de guerra”, como los denominó, habían perecido desde que el Jemer asumiera al poder. Por esa época, los asesinatos en gran escala continuaban. De acuerdo con una serie de cálculos, basados en entrevistas a más de 300 testigos y la obra del erudito francés, François Ponchaud, que interrogó a muchos más, alrededor de 100,000 camboyanos fueron ejecutados, 20,000 murieron mientras intentaban huir, 400,000 perecieron en el éxodo forzado de las ciudades, otros 430,000 murieron en los campos y las “aldeas” antes de fines de 1975 y 250,000 más en 1976. Por lo tanto, entre abril de 1975 y comienzos de 1977, los ideólogos marxistas-leninistas acabaron con la vida de 1’200,000 personas, es decir, un quinto de la población.<sup>45</sup>

A propósito de la dimensión del genocidio camboyano, Roberto Calasso escribió unas líneas dignas de la TM:

En la jungla entre Tailandia y Camboya vagaba Pol Pot con los suyos. Para la mayor parte del mundo que le rodeaba, él seguía siendo la única legítima autoridad de su país. Los templos derribados por su majestad se extendían en las vastas y numerosas fosas comunes, profundamente excavadas en la tierra. La estratificación de esos muertos resume nuestras Fases Canónicas: en el estrato más bajo los cadáveres muestran jirones de ropas variopintas, son fieles de Lon Nol (el *ancien régime*); luego siguen, de abajo arriba, los bonzos budistas (los sacerdotes refractarios); después unos cuantos paisanos genéricos (la policía de la Salud Pública dirigida contra cualquiera); finalmente, los harapos oscuros de los propios Jemeres Rojos (los verdaderos jacobinos, los verdaderos bolcheviques, conspiradores y renegados). Los sepultureros amontonaban pilas de cráneos de la misma forma en que, desde los tiempos remotos, los campesinos camboyanos solían amontonar su cosecha anual de piñas americanas. Ante las fosas comunes la historia vuelve a ser historia natural.<sup>46</sup>

Dos elementos destacan. El primero, el orden en la fosa es el orden social, compuesto de órdenes sociales anteriores: hasta abajo la aristocracia guerrera del antiguo régimen, que representa el sacrificio ritual; después, los monjes budistas, encarnación del orden del autosacrificio, de la axialidad; más arriba, el pueblo común, que instauro el orden liberal, igualitario, donde el sacrificio suele ser simbólico y que, cuando se vuelve real, es selectivo; finalmente,

están los Jemeres “traidores”, que representan el desorden producido por los propios Jemeres, el sacrificio estéril. En segundo lugar, destaca la liminalidad de las fosas, el sacrificio natural, la maranza que no impone orden, la violencia que no es *katéchon*. ¡He aquí el logro de los Jemeres!

La titánica imposición de la ingeniería social en Camboya ocurrió también en Laos y Vietnam del Sur, colonizado por el Norte comunista. En ambos países, una parte de la clase media fue aniquilada y otra, esclavizada; la más afortunada logró escapar, sobre todo, a Tailandia. En ambos totalitarismos se siguió la política del vaciamiento de ciudades y la reubicación en pequeñas aldeas. El nivel de vida descendió. Como afirmó el secretario general del Partido Comunista vietnamita, Lê Duẩn: “El pueblo del Sur”, dijo, “había alcanzado niveles de vida muy elevados para la economía del país. Esta sociedad de consumo era todo lo contrario de una vida realmente feliz y civilizada”. Junto a la nueva felicidad de la pobreza, también el nuevo gobierno procuró la felicidad de la represión política. A principios de 1977, había en Vietnam más de 200,000 prisioneros políticos y los ejecutados se contaban en millares.

En diciembre 1978, Vietnam invadió Camboya y, dos meses después, logró el control de toda Indochina. El Ejército norvietnamita desplegó 200,000 soldados en Kampuchea y 20,000 en Laos. En 1980, Vietnam tenía un Ejército de más de un millón de soldados y sus fuerzas armadas eran, “junto con Cuba, las más considerables per cápita del mundo. Era una horrible combinación de la *lucha por la liberación*, que ahora ingresó en una nueva fase, con movimientos de guerrillas, apoyados por China y dirigidos contra Hanói, mientras la Unión Soviética suministraba a los imperialistas norvietnamitas los helicópteros artillados que le permitirían mantener su supremacía”.<sup>47</sup>

Se sometió a las poblaciones de la región a una larga liminalidad. Indochina, ahora, era vista, por Estados Unidos y Occidente, con apatía y desilusión. Una desilusión análoga a la desmoralización y la pérdida de importancia de Occidente en la economía mundial. Un síndrome de los años setenta.



## CAPÍTULO IX

# EL COLECTIVISMO, ¿UNA INVENCION?

Mariana Berushka Alonso Albither

Fue en la década de los setenta cuando la teoría mimética tuvo sus mayores desarrollos: de René Girard se publicaron *La violence et le sacré* (1972) y *Des choses cachées depuis la fondation du monde* (1978); de Jean-Pierre Dupuy y Paul Dumouchel, *L'enfer des choses* (1979).

Los setenta, como veremos más adelante, fueron un período muy complicado por la competencia entre la URSS y Estados Unidos. Adam Piette ha escrito que, en buena medida, la teoría de René Girard debe mucho a ese contexto. En su análisis de novelas “paranoicas-sacrificiales” producidas en la Guerra Fría, anota que dichas narrativas

dependen de algo sustancial en la política de la Guerra Fría, a saber, la fusión entre la retórica patriótica de la propaganda belicosa (como en el célebre discurso de despedida de LB Johnson en la televisión: “un Estados Unidos vigilante está listo esta noche para defender una causa honrada, sea cual sea el precio, sea cual sea la carga, sea cual sea el sacrificio que pueda requerir ese deber”) y la doctrina real del sacrificio por poder, según la cual son otros los que pagan el precio por las pruebas de la Guerra Fría (del mismo discurso: “La paz vendrá porque los asiáticos estaban dispuestos a trabajar por ella y a sacrificarse por ella y a morir a miles por ella”) [...]. La forma política de la retórica del sacrificio se mezcla con oscuros impulsos de autosacrificio dentro de la imaginación ciudadana, siguiendo la secuencia lógica esbozada por la teoría de René Girard del mecanismo de chivo expiatorio en la cultura occidental. La escalada mimética entre la URSS y los EE. UU., en la carrera de armamentos

nucleares y las luchas por el Tercer Mundo, se corresponde con lo que Girard llama mediación interna, en la que el ciudadano —paranoico— se imagina a sí mismo como víctima emisaria, objetivo y fármaco necesario en el oscuro drama del temor por la guerra nuclear. La teoría de Girard del chivo expiatorio no podría haber sido concebida fuera de la Guerra Fría: las elaboradas estructuras de la teoría de la violencia imitadora, la estrecha relación que establece entre las ideas de sacrificio político y la necesidad de enterrar la noticia del número real de muertos, la charla de escalada y emulación del enemigo, el deseo mimético escrito en la voluntad colectiva, todas estas características imitan las configuraciones de oposición del imaginario de la Guerra Fría. La víctima sustituta, en las formas de sacrificio de la Guerra Fría [...] canaliza la inquietante violencia para —aparentemente— evitar una catástrofe nuclear, oscureciendo simultáneamente la extraña verdad: que la Guerra Fría es un mecanismo de chivo expiatorio.<sup>1</sup>

En el capítulo 19 de *Tiempos Modernos*, Paul Johnson analiza las causas y los efectos de la crisis internacional de los años setenta, combinando la narración de lo propiamente internacional con lo que sucedía en Estados Unidos y la Unión Soviética, desarrollos que, claramente, tenían consecuencias mundiales.

La crisis de los setenta fue producto de dos desplazamientos: el del titanismo prudente por la *hýbris* y el keynesianismo liberal, por el colectivismo. Asimismo, aunque dicha crisis fue tan profunda como la de los años treinta, había mejores salvaguardas para evitar la guerra mundial: 1) el desarrollo de las finanzas internacionales, 2) el sistema de seguridad colectivo de la OTAN y 3) las armas nucleares. Se trató de *katéches* lo suficientemente poderosos para preservar la paz.

Al acecho estaba la violencia liminal en las formas de 1) la crisis económica, 2) las crisis de Medio Oriente, la de los precios del petróleo y la embestida árabe contra Israel, 3) el terrorismo y 4) el imperialismo soviético.

### 9.1 Las finanzas internacionales: *katéchon* y liminalidad

El *katéchon* económico internacional dependía, en gran medida, de Estados Unidos. El keynesianismo de la posguerra concibió un diseño de finanzas donde las bancas nacionales podrían convertirse en prestamistas internacionales, con lo cual se amplió el crédito. Este mecanismo sirvió como motor de desarrollo, en algunos casos, y, en otros, como tanque de oxígeno que



revitalizó economías enfermas. Todo este sistema dependía de la fortaleza del dólar y de la prudencia y generosidad estadounidenses, pues era este país el que proveyó la mayor parte del crédito durante la posguerra y hasta los años setenta.

Este sistema comenzó su decadencia cuando Estados Unidos no pudo sostenerlo. La crisis fue gestada en los años sesenta debido al avance, en el gobierno y la sociedad, de una “ideología colectivista” que condenaba al capitalismo y al liberalismo y tomaba como chivos expiatorios a los empresarios. El clima de incertidumbre provocó aumento en las tasas de interés, inflación y una caída drástica de la Bolsa de Valores de Nueva York.

En 1961, comenzó la condena a las empresas, primero, por razones ambientales y, después, en nombre de la defensa al consumidor. La cruzada antiempresarial fue creada y seguida por jóvenes profesionistas, recién graduados de universidades que alimentaban el radicalismo. Presionaron al gobierno, desde adentro y desde afuera, y lograron numerosas reformas. Las leyes cambiaron y aplicarlas tuvo un enorme costo tanto para las empresas como para el gobierno. El Poder Judicial se convirtió en un súperpoder contra las corporaciones; en nombre de los derechos civiles, la acción afirmativa y la protección a las minorías, se afectó la economía general.

Además del clima antiempresarial, los tribunales no permitieron que el gobierno decreciera ni que hubiera recortes a los programas sociales, pese a que las condiciones económicas hacían peligroso un andamiaje tan pesado. Se recurrió, entonces, al endeudamiento.

A partir de 1968, producto de la Guerra de Vietnam y de los enormes gastos de gobierno, Estados Unidos no podía por sí mismo cargar más con el sistema financiero mundial. Comenzó, así, el final de la era Bretton-Woods, que había traído prosperidad y paz durante la posguerra.

Ya en 1949, el dólar comenzó a cobrar autonomía frente al gobierno de Estados Unidos, debido a que montos colosales de la moneda salían del país para ser depositados en Europa, motivo por el cual se les comenzó a llamar “eurodólares”. Esta tendencia comenzó con el temor de los comunistas chinos (¡magnates del PC que discretamente habían sacado divisas durante décadas!) de ver bloqueadas sus cuentas por el gobierno estadounidense. La salida de dólares se incrementó en la medida en que el comercio exterior y las reservas de los países crecían, es decir, como un producto de la estabilidad económica.

Hacia 1958, se había producido el primer déficit de Estados Unidos y, en los años sesenta, los gobiernos y los organismos internacionales perdieron el control del sistema financiero. El mercado del eurodólar (el dólar autonomizado) era volátil. Se hacían préstamos sobre préstamos y se prestaba dinero

que no existía. El *katéchon* de la especulación puede resbalar fácilmente, ya que es un doble vínculo: sirve como palanca para el crecimiento, pero también se puede convertir en una frágil burbuja. Pasa de una imitación positiva, en tanto que implica, para unos (los acreedores), diferimiento voluntario en el uso de las cosas deseables —con la ganancia de intereses, claro está— y uso de esas mismas cosas al momento, por parte de otros (los deudores). Es un mercado que permite a dos sujetos tener la misma cosa sin pelear. El truco está en el tiempo: los dos la pueden tener, pero en momentos distintos. Mas, cuando el tiempo deja de producir una sana distancia entre los competidores, se genera una distancia de envidia. Mientras más grande es la burbuja, más grande es el conflicto.

De los eurodólares surgieron también los eurocréditos: una red de doscientos bancos movía las finanzas internacionales y prestaban enormes cantidades de dinero a los gobiernos, incluidos muchos del Tercer Mundo.

Estados Unidos no tenía la capacidad de liderar dicho sistema. Por ello, en 1973, renunció a Bretton-Woods y al control de las finanzas internacionales. Se instauró un sistema de libre flotación, que fue un reconocimiento a la debilidad del dólar y la incapacidad de controlar los grandes movimientos de masas monetarias.

## 9.2 La liminalidad de Medio Oriente se mundializa

La segunda fuente de liminalidad se originó en la dependencia del petróleo barato por parte de las economías occidentales, fenómeno que duró de la posguerra hasta los años setenta. En general, nadie previó que esto podría cambiar. No obstante, los líderes árabes decidieron vender más caro el crudo; en parte, porque creyeron el argumento de los medioambientalistas de que el petróleo se estaba agotando, pero, sobre todo, debido a que querían castigar a Occidente por el apoyo a Israel.

Gamal Abdel Nasser, asesorado por los soviéticos, sabía que la ONU no tomaría represalias en su contra si atacaba a Israel, pues la organización estaba concentrada en una agenda “antioccidental”. Sin embargo, la Guerra de los Seis Días, en 1967, no hizo sino incrementar la frustración de los árabes. En un ataque preventivo, el Ejército egipcio no solamente fue derrotado, sino que, además, los israelíes conquistaron nuevos territorios.

Desde ese momento Nasser planificó, como venganza, un acuerdo con los líderes árabes productores de petróleo para manipular los precios, pero murió en 1970 y no pudo llevar adelante su resentido proyecto. El dictador

de Libia, Muamar el Gadafi, heredó el plan. En 1971, por primera vez, la OPEP elevó los precios del petróleo.

La importancia estratégica de la manipulación de los precios subió en tanto que Anwar el-Sadat, sucesor de Nasser, se distanció de los soviéticos y se concentró en convertirse en el líder del mundo árabe. Logró una coalición con otros dictadores de Medio Oriente y atacó a Israel, en 1973, durante la llamada Guerra del Yom Kippur, en la cual los israelíes salieron victoriosos. Sin embargo, para ganar, Israel necesitó del apoyo de Estados Unidos, gestionado en ese momento no por Richard Nixon, quien tenía bastantes problemas con el asunto Watergate, sino por Henry Kissinger.

La derrota no hizo sino escalar la rivalidad de los árabes en contra de Israel y Estados Unidos. La OPEP usó, entonces, el arma del petróleo y aumentó súbitamente los precios. Los más afectados fueron los países pobres y Occidente. El PIB mundial decreció y comenzó un período de inflación sin crecimiento económico, que agravó el desempleo. El desastre se pudo contener gracias a la solidaridad entre banqueros y a los planes de ayuda en el Reino Unido, pero, en Estados Unidos, Gerald Ford estaba contra la banca. Al final, sólo los bancos más poderosos sobrevivieron.

Quien provoca liminalidad no siempre puede controlarla. El dinero de los árabes obtenido por el alza de precios fue depositado en bancos occidentales que, a la vez, los reciclaron como petrodólares a disposición del odiado Occidente y de los países pobres. El crédito barato regresó y el sacrificio volvió a ser un rito; la violencia, un *katéchon*.

En el período 1974-1977, los árabes tenían la mitad de la liquidez mundial, pero no contaban con una banca sólida. En los ochenta, cuando consolidaron su propio sistema bancario, su participación en la economía mundial ya no era tan grande, pues comenzaron a desarrollarse fuentes alternativas de energía al petróleo. En cambio, una parte muy importante del dinero árabe terminó en manos de gobiernos de potencias medias, como México, Indonesia y Brasil.

### 9.3 La proliferación armamentística: *katéchon* y liminalidad

La carrera armamentística es producto de rivalidades miméticas. Si creció en los años setenta se debió a dos hechos: la lucha, en términos de Guerra Fría, es decir, indirecta, entre Estados Unidos y la Unión Soviética; y la inestabilidad de varias decenas de gobiernos endebles que, por razones diversas, consideraban que declarar la guerra a sus vecinos era políticamente lucrativo.

En los años setenta, la venta internacional de armas alcanzó su récord histórico. Prácticamente todo el mundo conocía los secretos de la energía atómica, en principio, para usos pacíficos. Hasta cierto punto, los acuerdos de no proliferación de armas atómicas fueron respetados por la mayor parte de los países. En cambio, para quienes los desarrollaron, dichos secretos estaban inmersos en una escalada mimética: Estados Unidos con la URSS; China con la URSS y Estados Unidos; India con China; Pakistán con India; Israel con los países árabes; y Sudáfrica con el resto de África.

Francia también desarrolló sus armas nucleares, pero no así Alemania ni Japón, pues se consideraban al amparo del paraguas de Estados Unidos. Argentina, Indonesia, Taiwán, Brasil, Corea del Norte, Irak y algunos otros países árabes también comenzaron a desarrollar sus propias armas de destrucción masiva. Estos países representaban un peligro mayor, pues eran inestables.

Hasta la fecha, el *katéchon* del armamento nuclear ha funcionado, gracias a que produce disuasión. La amenaza del uso de un arma tan destructiva ha evitado muchas guerras, pero, si las armas atómicas son “la marca de lo sagrado”, hay otra carrera armamentística que genera liminalidad. En los años setenta, por ejemplo, se registraron más de treinta guerras convencionales, casi todas en África. En esta época, además, otro modo de crear caos fue el terrorismo internacional.

Hagamos una escala para adentrarnos a dos importantes textos sobre el tema desde la teoría mimética. Para ello, nos referiremos a Stephen Gardner y a Mark Juergensmeyer, ambos, alumnos de René Girard. El primero se refirió al terrorismo en una extensa reseña sobre la diada Jean-Paul Sartre y Albert Camus, quienes,

Primero, cultivaron una amistad en tiempos de guerra y, luego, una amarga disputa por la Guerra Fría. Su historia ofrece un drama revelador en una de las escuelas más importantes del pensamiento del siglo XX, un giro decisivo en su evolución. Fue un momento esclarecedor. Su resultado inmediato fue el descrédito del anticomunismo de izquierda en la figura de Camus y el inigualable ascenso de Sartre como intelectual radical preeminente.<sup>2</sup>

La mimesis conflictiva entre Camus y Sartre ocurrió durante la imposición del imperialismo soviético de la “democracia proletaria” en Europa del Este y la agresión comunista en Corea. Dicha ruptura cristalizó en un “gnosticismo político”, es decir, “una política desencarnada, desprendida del

cuerpo político, una ideología de las pasiones abstractas de la igualdad y de la vanidad filosófica de la emancipación radical”.<sup>3</sup>

El debut político del gnosticismo sartreano durante la Guerra Fría fue la negativa a defender la democracia liberal contra el comunismo, usando el “pretexto de que la sociedad burguesa ciertamente no era mejor, quizás incluso peor, que el despotismo soviético o naciente del ‘tercer mundo’”.<sup>4</sup> Esto significaba que “había un imperialismo bueno” (el soviético, desde luego) y que renunciar al *katéchon* de la soberanía política era no solo viable, sino, incluso, deseable:

La intelectualidad de izquierda abandonó la soberanía política de la “nación” [...] y estaba dispuesta a defender o ceder ante la violencia leninista o la autocracia en otros países, en el nombre de la “paz” o la “libertad”. Filósofos de izquierda como Maurice Merleau-Ponty y Sartre, por ejemplo, elaboraron su apologética de la Unión Soviética justo cuando se hablaba seriamente entre ellos de la posibilidad de una invasión a su país.<sup>5</sup>

La izquierda existencialista estaba dispuesta a defender a Stalin, pues para ella todo giraba en torno al mundo de las ideas; era una “política literaria”, como la llamó Raymond Aron. Aunque, claro, el idealismo es también un modo de mistificar un pleito terrenal, en este caso, el de Sartre con Camus y, posteriormente, el de Sartre contra Aron.

El trasfondo social y político del radicalismo antiliberal, antioccidental, anticapitalista, sartreano, fue, justamente, el liberalismo, Occidente y su capitalismo. Las opiniones contundentes de los radicales no habrían sido toleradas en los países totalitarios que tanto defendían. De hecho, los países liberales europeos habían avanzado tanto en libertades que

Marx y Nietzsche ahora podrían ser venerados como íconos dentro de una cultura burguesa adaptada a la democracia del consumismo emergente (la revuelta como culto, un estilo de vida, el rebelde sin causa). En su época, Marx o Nietzsche habían sido figuras marginales, exiliadas de instituciones respetables —como la universidad—, que atacaron a la sociedad burguesa desde la periferia. Entonces, el intelectual radical resurgió como una criatura del orden, aunque sólo fuera en el ámbito de la cultura popular, como una celebridad, un escritor de gran éxito o en la academia. Sartre era el tipo original. Su rechazo del Premio Nobel, en 1964, muestra cuánto formaba parte del sistema.<sup>6</sup>

Sartre era el paradigma de intelectual revolucionario, que atacaba a la democracia “burguesa”, pero vivía dentro de su ámbito. Destruía con su pluma al liberalismo capitalismo, mas no tenía ningún interés en vivir en un estado comunista.

En 1951, con *El Hombre rebelde*, Camus criticó el nihilismo revolucionario desde Hegel a través de Marx y Nietzsche —y muchos otros—, como “asesinato racional”. “El historicismo del siglo XIX había armado eficazmente la violencia masiva con teorías filosóficas y la había dotado de un aura sagrada. En nombre de la emancipación, convirtió la crueldad y la sed de poder ilimitado en fines en sí mismos [...]. Esta tradición culminaba en el existencialismo”.<sup>7</sup>

Sartre se sentía atraído por la violencia política. Justificaba ese magnetismo con el pretexto de la Historia, como si la violencia fuera la esencia del ser. La “revolución” era atractiva de un modo metafísico, incluso teológico: “insinuaba un orden de realidad superior al de la cotidianidad media”. Mentira romántica, pues. “Con la prematura muerte de Camus en 1960, Sartre expresó el momento revolucionario (como el asalto a la Bastilla) en términos casi religiosos, virtualmente un acto sacrificial que genera una  *fusión grupal*  a través de la violencia colectiva contra un rival común, un opresor humillante. La violencia revolucionaria, de hecho, de las turbas, fue la clave para superar la  *alienación* ”.<sup>8</sup>

Ya en 1943, en *El ser y la nada*, Sartre decía que la alienación era constitutiva de la condición humana, el estado normal de la libertad. Para Sartre, las relaciones humanas contienen, inevitablemente, una violencia al menos psicológica, un terror recíproco o una agresión. En *A puerta cerrada* (1944), representa este hecho. Su paradigma de libertad es la aniquilación del otro, un “opresor”, “un rival humillante, preferiblemente mediante la acción de masas [...]”. La violencia para Sartre es una  *muestra de lo real* , un acto constitutivo de la libertad humana. Es la autocreación del Hombre, una revelación del  *ser* .<sup>9</sup>

En *Crítica de la razón dialéctica* (1960), el odio que impulsa la revuelta encierra la promesa de la solidaridad, la solidaridad que se produce cuando la multitud ha decidido a quién linchar. La emancipación no radica en un estado final ideal del socialismo, sino en una sangrienta insurrección. Marxismo, gnosticismo, intento fallido de reinstaurar el mito que permite sacrificar al prójimo sin sentir culpa... como sea, un intento fallido que no haría más que producir liminalidad.

Camus prefirió escribir *El Hombre rebelde* en lugar de confrontar a su amigo Sartre directamente, pero éste, junto con toda la izquierda intelectual, se ofendió ante la obra del argelino. El argumento del libro no encontró ninguna respuesta y fue, simplemente, ignorado: “Los sartreanos respondieron

tratando a Camus no como un interlocutor serio, sino como la personificación de un tipo. Justificaron esta táctica señalando los errores de Camus como estudioso de la filosofía, sus limitaciones como pensador y las fallas de su estilo [...]. La estrategia principal no fue debatir seriamente, sino acusar, exponer, estigmatizar y ridiculizar. El tema central, la sacralización de la violencia, fue, simplemente, ignorado”.<sup>10</sup>

En *Les Temps modernes*, Sartre entró en el debate sobre el libro, y fue tan áspero que su amistad con Camus se terminó. Poco después, Sartre se convirtió en “un apologista no comunista de la Unión Soviética”; y, más tarde, del maoísmo y del terrorismo del Tercer Mundo. Todo esto, mientras Camus era marginado y ridiculizado por su “anticomunismo”.

En cuanto a Merleau-Ponty, el otro ejemplo que pone Paul Johnson a propósito del terrorismo intelectual, Gardner menciona la traducción al francés de *Oscuridad a mediodía*, en 1946, una novela de Arthur Koestler sobre el canibalismo bolchevique basada en la confesión de Nikolái Bujarin en los Juicios de Moscú:

Merleau-Ponty respondió, polémicamente, con *Humanismo y terror* (1948), tan brillantemente escrito como perversamente argumentado, defendiendo los juicios por haberse dado bajo circunstancias de violencia. Cualquier crimen podría justificarse siempre que se cometiera en nombre de la emancipación proletaria, un argumento tanto más sorprendente por no estar formulado en términos marxistas ortodoxos, sino puramente filosóficos, existencialistas, revestidos [...] de ideas marxistas, como el proletariado, como la “clase revolucionaria”. El problema es que el futuro utópico nunca llega realmente. La emancipación así imaginada es —como sugirió Raymond Aron— una “idea kantiana de la razón” [...]. Por tanto, la justificación de la violencia es, potencialmente, ilimitada. Esta “dialéctica” invirtió, efectivamente, fines y medios, haciendo de la violencia un fin en sí mismo, una expresión del deseo emancipatorio. Legitimó una intensificación exponencial de la violencia en nombre de abolirla por completo, mientras condenaba los intentos liberales de contenerla.<sup>11</sup>

Merleau-Ponty hizo una apología intelectual del terrorismo y del totalitarismo; todo ello, claro está, en nombre de la emancipación y del fin de la violencia. Quería superar los *katéchones* y llevarnos a un terreno de pura liminalidad, con el fin de convencer a Camus de que “el marxismo, el hegelianismo y su progenie del siglo XX fantaseaban con el asesinato filosófico en nombre de la Razón”.<sup>12</sup>

Mark Juergensmeyer, por su parte, elaboró una teoría del terrorismo cuyos rasgos generales nos son de utilidad, aunque la construyó con ejemplos de la Posguerra Fría. Describámosla someramente.

En primer lugar, el contexto. Los terroristas potenciales comienzan por concebir que el mundo se encuentra en un estado alterado, en el cual ellos son las víctimas. De hecho, perciben que su comunidad ya está siendo atacada y su violencia siempre es defensiva.

En segundo lugar, la voluntad. La mayor parte de la gente puede soportar las condiciones de ese mundo alterado, pues, simplemente, no concentran su vida en la política, sino que intentan, así sea en condiciones precarias, hacer su vida privada. La voluntad de aquellos que se enrolan en el terrorismo, como sabemos, proviene, en buena medida, de elegir un mediador capaz de inspirarla. En parte, dicha voluntad viene de sentir intensamente esas condiciones desfavorables, es decir, de vivir obsesionado con cuestiones políticas o religiosas, de enfocar la mirada de un modo ideológico, no banalizado. Los potenciales terroristas no están desesperados; de hecho,

insisten en la esperanza de que finalmente puedan hacerse cambios a través de medios habituales: eligiendo a nuevos líderes, solicitando cambios en la política pública y reuniendo apoyo público. Los pocos que forman parte de culturas de violencia, sin embargo, no ven posibilidad de mejorar por medio de los canales normales. La sensación de frustración que les produce el mundo que les rodea se experimenta como una posibilidad de fracaso personal y una existencia sin sentido.<sup>13</sup>

En tercer lugar, la satanización del enemigo, de aquellos contra los que se atentará, tanto en lo físico como en lo simbólico; es decir, que se sataniza a quienes se matará en el acto terrorista y también a los gobiernos que se pretende deslegitimar y a las poblaciones que se pretende aterrorizar. La satanización del otro implica convertirlo en chivo expiatorio.

En cuarto lugar, como derivado de la satanización del rival, está la concepción de que el terrorismo se encuentra encuadrado en una guerra cósmica, lo cual le da una dimensión fantástica a los actos terroristas. Algo, por cierto, muy importante para “aquellos que se sienten oprimidos [y] entienden ahora por qué han sido humillados y quién está detrás de su triste situación. Quizá lo más importante es que sienten la euforia de la esperanza; [...] una lucha de dimensiones divinas, donde Dios estará con ellos y, a pesar de que parezca lo contrario, de algún modo pueden llegar a vencer”.<sup>14</sup> O sea, para esos luchadores quijotescos que son los terroristas, el éxito consiste en una embriagadora confianza, propia de quien se cree soldado de una causa



justa, sin importar que, en la realidad, sus batallas se pierdan. Lo importante es estar del lado del bien, en una “guerra cósmica” que transmite “una sensación de importancia y de finalidad a Hombres que encuentran el mundo moderno sofocante, caótico y peligrosamente descontrolado”.<sup>15</sup>

Finalmente, en quinto lugar, el acto simbólico de poder, el acto terrorista en sí mismo, que ha de resultar, al mismo tiempo, “espectacular y espantoso”. Es una teatralización de la guerra cósmica, del sacrificio que busca reordenar el mundo. Para ello, al igual que en un ritual sacrificial, se eligen cuidadosamente el terreno, el tiempo y las víctimas:

Semejantes actos de exagerada violencia son acontecimientos estructurados: son un teatro que aturde, que hipnotiza. En el centro del escenario están las propias acciones (asesinatos ofensivos, asombrosos y anormales, llevados a cabo de un modo que despliega gráficamente el espantoso poder de la violencia), organizadas conforme a un argumento de conflictos y reivindicaciones grandiosos. Matar o mutilar de cualquier forma es algo violento, naturalmente, pero estas acciones sobrepasan las heridas infligidas durante la guerra o la muerte que se lleva a cabo como pena capital, en gran parte, porque tienen un impacto de segundo orden. Su naturaleza espectacular provoca reacciones de revulsión o ira en aquellos que los presencian.<sup>16</sup>

La finalidad de esta violencia teatralizada es “dar una lección gráfica”. No buscan sólo un fin inmediato, terrenal o estratégico, sino también ser “acontecimientos dramáticos que pretenden impresionar dado su significado simbólico. Como tales, pueden analizarse como se analizaría cualquier otro símbolo, ritual o drama sagrado”.<sup>17</sup>

La guerra cósmica, desde la perspectiva del terrorista, vale la pena, porque implica sobreponerse a la derrota y a la humillación humillando a quienes nos humillaron. En el caso de la guerra cósmica, la batalla final aún no se ha librado. Por el contrario,

Sólo cuando eso suceda puede esperarse triunfo y orgullo. Hasta ese momento, el guerrero sigue peleando, a menudo, armado sólo de esperanza. Los relatos personales de infortunio ganan en significado, cuando están unidos a esas potentes historias. Sus sagas de opresión y liberación elevan el espíritu de los individuos y hacen que sus sufrimientos sean explicables y nobles. En algunos casos, el sufrimiento imprime la nobleza del martirio [...]. Las imágenes de guerra cósmica convierten al fracaso — incluso a la muerte— en victoria.<sup>18</sup>

Respecto a la noción de *martirio*, cabe mencionar que es una palabra que deriva del griego antiguo y que significa “testigo”. El mártir es testigo de su fe. El martirio del terrorista es también la realización de un acto religioso, un acto de autosacrificio. Esta dimensión del martirio lo convierte en un hecho fascinante que no sólo conlleva la muerte, sino que también es ennoblecedor.

Para la teoría mimética, la violencia ritualizada cumple una función social positiva, pues contribuye a instaurar o mantener el orden. La víctima propiciatoria, al ser aniquilada, representa la destrucción en la batalla celestial. Sin embargo, para que dicha función se cumpla plenamente, debe de ocurrir en un contexto dominado por el mito. Cuando la violencia ritual se relativiza, el sacrificio pierde su fuerza y, en lugar de instaurar un orden, trae liminalidad y una escalada en el uso de la fuerza.

Paul Johnson se refiere a cuatro vertientes del terrorismo de la década de los setenta: 1) el islamismo político-religioso, sobre todo de la Organización para la Liberación de Palestina; 2) el de Estado, protagonizado por la URSS; 3) el de la intelectualidad europea, impuesto como necesidad moral por autores como Jean Paul Sartre y Franz Fanon; 4) el regional-político, en Túnez y Argelia, apoyado por los gobiernos locales.

Sus conclusiones sobre el terrorismo internacional de los setenta son las siguientes: la red terrorista fue financiada por los Estados comunistas totalitarios; los terroristas aprovecharon las libertades y la confianza que las democracias dan a la población; el terrorismo internacional es un subproducto del relativismo moral, del marxismo, del desprecio por los seres humanos concretos y de clasificarlos en clases y razas.

#### 9.4 La riqueza, señal de culpabilidad

En esa época, la ONU no se ocupaba del terrorismo internacional, pues su agenda estaba impuesta por los países no democráticos. Canalizaba sus esfuerzos a luchar contra Israel, Sudáfrica y Occidente. Era un ambiente hipócrita que se basaba en usar a Estados Unidos como chivo expiatorio, como el culpable de todos los males del mundo.

En dicha atmósfera ganó credibilidad la idea de que los países ricos lo eran porque empobrecían a los demás. Surgió, así, la teoría de la dependencia, un derivado de la doctrina Bandung. Nadie señalaba a las élites árabes que habían hecho un enorme daño a la Humanidad, sobre todo, a los países más pobres, con la manipulación de los precios del petróleo. Lo paradójico de todo esto es que ocurría al mismo tiempo que Occidente daba enormes

sumas de dinero para ayudar al Tercer Mundo, concepto que fue acuñado por el demógrafo francés Alfred Sauvy, quien

escribió un artículo famoso, titulado “Tres mundos, un Planeta”, donde citaba la famosa observación de Sieyès, en 1789: “¿Qué es el Tercer Estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta ahora en el orden político? Nada. ¿Qué pide? Llegar a ser algo”. La Guerra Fría, arguyó Sauvy, era, esencialmente, una lucha entre el mundo capitalista y el mundo comunista por el Tercer Mundo. Éste, “ignorado, explotado, despreciado, como el Tercer Estado, también quiere ser algo”. Poco a poco, la expresión se convirtió en una de las frases formales del período de la posguerra. Nunca se la definió, por la excelente razón de que apenas uno intentaba aclararla, percibía que el concepto carecía de contenido y se derrumbaba, pero ejerció una inmensa influencia, ya que satisfacía el anhelo humano de diferenciaciones morales sencillas. Había naciones “buenas” (las pobres) y naciones “malas” (las ricas). Las naciones eran ricas, precisamente, porque eran malas y pobres, porque eran inocentes. Este concepto se convirtió en el dinamismo de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Condujo a la creación de la Conferencia de las Naciones Unidas acerca del Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), en 1962, que vino a popularizar la falacia. Inspiró el Informe Pearson de 1969, un documento saturado de sentimiento de culpa; allí se examinó la totalidad del programa de ayuda de 1950-1967 y se atribuyó la culpa de sus fallas a la gente que había suministrado el dinero.<sup>19</sup>

Grandes cantidades de personas alrededor del mundo llegaron a creer en la teoría de los malos-ricos y los buenos-pobres. El sentimiento de culpa se expandía al tiempo que avanzaba el empoderamiento de quienes se consideraban las víctimas. Claro está que, en el Tercer Mundo, había víctimas, pero, por lo general, éstas focalizaban equivocadamente sus ataques, pues se consideraban víctimas del imperialismo y de algunas otras abstracciones, antes que de sus propios dictadores locales.

En 1967, Jean-Jacques Servan-Schreiber, un hábil publicista francés, publicó *Le défi américain*. En sus páginas, popularizó la equiparación de las compañías multinacionales, siempre asociadas a Estados Unidos, al Mal. En 1974, el Presidente francés, Giscard d’Estaing, hizo su propia aportación a la victimocracia, con su idea de clasificar a los países como “Norte o Sur”.

Paul Johnson afirma que, a la formación de Estados Unidos como chivo expiatorio, también contribuyó el hecho de que los propios estadounidenses fueran tan autocríticos. Como dice Girard, el chivo expiatorio perfecto es

aquel que es concebido, por consenso, como el mal absoluto. Un consenso en el que está incluida también la opinión de la propia víctima: “la hipótesis de Girard roza una verdad a la que ningún antropólogo se había acercado jamás, toca la herida abierta del sacrificio, impone la pregunta más grave y siempre eludida: *quién inmolará a quién*. Sabemos por Sahagún, el oráculo de Delfos y Baudelaire que, en el sacrificio justo, *es preciso que haya asentimiento y alegría por parte de la víctima*”.<sup>20</sup>

En los años setenta, cuando el colectivismo se convirtió en la ideología de moda, no fue extraño que Estados Unidos, el país individualista por excelencia, fuera odiado.

### 9.5 Estados Unidos, el *katéchon* débil

La crisis de legitimidad de las democracias liberales y la crisis económica, acompañada de la violencia terrorista y de las guerras del Tercer Mundo, no se convirtieron en una crisis sistémica, en parte, gracias al sistema de seguridad colectiva de la OTAN, pero dicho sistema dependía de Estados Unidos, el cual, a la vez, atravesaba un período difícil.

El sucesor de Gerald Ford fue Jimmy Carter, quien ganó por poco margen la elección y fue un Presidente débil. Carter buscaba distender la relación con los soviéticos y logró la firma de un acuerdo de reducción de armamentos nucleares con ellos, el SALT I. Además, colocó en el centro la política de Derechos Humanos, aunque los resultados no fueron los esperados. En primer lugar, porque una agenda tan ambiciosa implicaba compromisos desmedidos. Los activistas detrás de la “Cortina de Hierro” creyeron que tendrían el apoyo de Occidente y se atrevieron a organizarse y manifestarse. En cambio, fueron masivamente reprimidos y arrestados, al igual que lo fueron los disidentes que cayeron en la trampa maoísta de las Mil Flores.

La segunda consecuencia negativa de la política de Derechos Humanos fue que el gobierno de Estados Unidos se convirtió en crítico de muchos de sus viejos aliados del Tercer Mundo, distanciándose, por ejemplo, de Argentina y Brasil y contribuyendo a la caída de Anastasio Somoza, lo cual abrió las puertas del poder a los comunistas en Nicaragua, al tiempo que los fortaleció en Centroamérica. También se abandonó al sha de Irán y se abrió paso al régimen de los ayatolás.

La política exterior de Carter era confusa —el propio hermano del Presidente estaba involucrado con los libios—. Finalmente, en 1980, el gobierno terrorista de Irán provocó la crisis de los rehenes y el gobierno estadounidense no hizo sino aumentar la sensación de falta de control con el fiasco del intento de rescate.

## 9.6 La aparente estabilidad de la URSS

En los años setenta, la URSS estaba al frente en la siniestra carrera armamentística. En número de misiles atómicos logró superar a Estados Unidos. Los dos países se parecían poco en su estructura interna, pero eso no les impidió competir en el terreno de la política exterior. En este rubro eran dobles miméticos.

A los soviéticos, tener más armas nucleares que Estados Unidos les hacía ganar confianza. Mientras tanto, en Estados Unidos y Europa occidental, la contracultura y las universidades creaban un ambiente social supercrítico en contra de las democracias liberales; la legitimidad frente a la URSS, la violencia ideológica que intenta remitificar para producir consensos, se había debilitado como subproducto de la autocrítica.

Del otro lado, los soviéticos habían tenido su propio *mea culpa*, si bien la desestalinización no tuvo el mismo efecto corrosivo que la autocrítica occidental; solamente implicó que pararan las purgas, pues apenas fue un pacto entre los jefes para dejar de perseguirse mutuamente. El totalitarismo continuó. En 1953, poco después de la muerte de Stalin, Lavrenti Beria, jefe de la policía secreta, fue arrestado y, según la versión oficial, fusilado después de un juicio. Beria era el elemento más desestabilizador para la élite después de la muerte del temido líder, pues tenía en sus archivos material para destruirlos a todos y guardaba la llave de los secretos. Tal poder, que podía generar una nueva liminalidad en cualquier momento, fue justo lo que lo convirtió en la víctima propiciatoria perfecta.

En 1955, Nikita Jrúshchov ascendió, maniobrando hábilmente para hacerse del poder. Una vez en él, dejó en claro que no actuaría en contra de quienes había competido. Fue entonces cuando comenzó la desestalinización:

El comienzo de la desestalinización se asocia comúnmente con el discurso de Jrúshchov “Sobre el culto a la personalidad y sus consecuencias”, en una sesión a puerta cerrada del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), el 25 de febrero de 1956. La necesidad de formalizar tal crítica en un discurso inicialmente cerrado, sin embargo, tenía una función en la lucha por la supremacía entre Mikoyán, Malenkov y Jrúshchov.<sup>21</sup>

Según muestra Harald Wydra, la desestalinización comenzó como un pleito entre dobles miméticos que, como detentaban enorme poder, tuvo consecuencias políticas descomunales.

Jrúshchov tenía un programa ambicioso para la Unión Soviética: era totalmente antileninista y quería democratizar al Partido, pero no pudo. Intentó instaurar mayor certidumbre para la población, es decir, el Estado de Derecho, pero los avances hacia un sistema liberal eran siempre titubeantes: suavizó la censura, a la vez que reprimió las manifestaciones de protesta.

Más libertades no siempre implican que el pueblo se conforme; por el contrario, como ya había previsto Alexis de Tocqueville, un pueblo al que se le otorgan libertades se vuelve más inquieto e inconforme, pues desea “más libertades”: “Bajo el gobierno de Jrúshchov, el malestar social aumentó considerablemente y las autoridades tuvieron que reprimir once levantamientos de más de trescientas personas. La desestalinización revivió la categoría *democracia* en la sociedad soviética”.<sup>22</sup>

En 1961, Jrúshchov lanzó un reto mimético: un programa, según el cual superaría el nivel de vida de los estadounidenses. Sus colegas vieron un gran peligro en aumentar de esa manera las expectativas del pueblo soviético. El optimismo del ucraniano, con sus planes espectaculares, traería también fracasos espectaculares.

Cuando, finalmente, cayó Jrúshchov, en 1964, no fue fusilado ni encarcelado: el pacto civilizatorio entre la elite seguía funcionando. Dos ortodoxos pasaron fugazmente por el poder hasta que otro más, Leónid Brézhnev, también ucraniano, logró domar al tigre y se quedó bien asentado en el poder hasta 1982, cuando la muerte lo alcanzó. En un intento de remitificar a la URSS, él simbolizaba la estabilidad; su principal teoría consistía en mantener fuerte a la clase privilegiada e inhibir todo debate y crítica.

En 1981, las metas económicas y sociales de Jrúshchov habían cedido nuevamente en las prioridades soviéticas. No habría más competencia por el nivel de vida con los estadounidenses, pero sí por el armamento. La escalada mimética nuclear, como ya vimos con Jean-Pierre Dupuy, se había convertido en sí misma en un *katéchon*. Mas el armamentismo soviético tuvo un alto costo para el pueblo. La economía, en todo lo demás, se estancó. La Unión Soviética en los sesenta y setenta aún tenía una economía muy rural; la vivienda era de baja calidad y los automóviles, muy pocos. Conforme avanzaban los setenta, incluso comenzaron a escasear algunos alimentos. Nada de esto le importaba a Brézhnev, quien estaba fascinado en su competencia, por su doble mimético, el armamentismo de Estados Unidos. No sólo era indiferente a las carencias de su pueblo, sino que, más aún, consideraba la escasez como estrategia de control social: el líder comunista consideraba que la abundancia produciría una revolución de las expectativas y él lo que quería no era eso, sino la perpetuación del sistema. El régimen de la URSS estaba basado en la fuerza, la propaganda y la amenaza, no en la ley: había un

súpermonopolio del poder. Brézhnev se perpetuó en la cima porque repartió entre la élite los frutos de ese monopolio, lo cual produjo estabilidad.

La pirámide social estaba, en lo general, compuesta de tres escalones: en la base, estaban doscientos sesenta millones de soviéticos comunes; el segundo escalón lo componían quince millones, quienes pertenecían al Partido y tenían unos pocos privilegios; y arriba estaba la élite, compuesta de unos quinientos mil privilegiados. Las jerarquías estaban muy marcadas y las distinciones eran radicales. La élite pidió a Brézhnev el derecho a reelegirse. Él accedió, con lo cual la movilidad en la cúpula, otrora derivada de los caprichos del autócrata en turno, desapareció, y la élite se convirtió en una casta. El encapsulamiento artificial ofendía, pero el temor inhibía a los opositores. Así, las reformas liberales de Jrúshchov, los intentos de instaurar un Estado de Derecho, desaparecieron.

A principios de los setenta, se atenuó la ola de terror, pero, en 1975, como respuesta al desafío que representaba el Tratado de Helsinki, que elevó las expectativas políticas y sociales de los pueblos, la represión se volvió a agudizar, no sólo en la URSS, sino en todos los totalitarismos comunistas. Al reto cartesiano del desencapsulamiento se respondió con un incremento en la violencia.

En los países socialistas, los grupos de supervisión para el respeto de los Derechos Humanos fueron brutalmente reprimidos. La crítica al régimen se consideró traición. Más aún, la disidencia fue clasificada y tratada como una enfermedad mental y la psiquiatría, concebida como un método de castigo. Occidente condenó la psiquiatría soviética, pero las protestas no sirvieron de nada.

La Unión Soviética intercambiaba materias primas por maquinaria anticuada con el Tercer Mundo. A la vez, la URSS vendía dichas materias primas a Occidente. Bajaba los precios mundiales y se convertía en un competidor justamente, ¡del Tercer Mundo al que pretendía ayudar!

Los dobles miméticos de la Guerra Fría vivían situaciones muy distintas en los años setenta: Estados Unidos se sentía débil y cuestionado; la URSS, poderosa, confiada, represiva. No había nada que diera más seguridad a la élite soviética que su armamento.

En 1982, ascendió al poder Yuri Andrópov, quien era ruso. Si ya en los setenta el poder naval soviético era temible, éste fortaleció a la Armada y se valió del Ejército cubano como una fuerza mercenaria para intervenir en distintos conflictos. Cuba estaba en el bloque de los No Alineados, pero en los hechos era prosoviética. Sus intervenciones militares en Angola (1975) y Abisinia (1976) no fueron vistas por el mundo como imperialismo, pese a que la mano dura de los soviéticos era visible también en otros Estados de África que habían optado por el marxismo. Finalmente, la década terminó con la intervención soviética en Nicaragua.





## CAPÍTULO X

# TRANSFORMANDO LA LIMINALIDAD EN *KATÉCHON*

Jorge Federico Márquez Muñoz

Los setenta estuvieron marcados por el pesimismo. Sonaban las alarmas por la crisis del medio ambiente y la escasez de las materias primas. En política, la democracia estaba a la defensiva. Los ochenta, en cambio, para gran parte de los habitantes del Planeta, fueron distintos. El colectivismo había mostrado sus horrores y sus límites; mientras que la democracia, el Estado de Derecho y los mercados ganaban prestigio. El imperio soviético presentaba serios problemas y su élite perdía la voluntad de mantener a su cansada nación como una súperpotencia. A principios de los noventa, incluso, llegó a su fin la sombra de la guerra termonuclear y la URSS se disolvió.

En las democracias, durante los ochenta, se erigieron líderes populares que reflejaban los deseos de los hombres y las mujeres comunes, no los del mundo intelectual. Quedaban atrás los años del titanismo y comenzaba la época de los realistas y los técnicos. En enormes partes del Planeta, el marxismo fue acotado a los centros del radicalismo en que se habían convertido algunas universidades. La envidia ideológica fue relegada a los campi al tiempo que la clase política dejaba de jugar a ser pirómana.

### 10.1 ¿El anticonocimiento mina el *katéchon*?

A lo largo del siglo XX, los enormes avances en el conocimiento implicaban menos certezas. Dice Johnson:

Durante las siete décadas que siguieron a la I Guerra Mundial, el conocimiento mismo se extendió con más rapidez que nunca. Sin embargo, en

muchos aspectos, un Hombre educado de los años noventa tenía un caudal menor de certidumbres que un egipcio antiguo del 2500 a. C. Por lo menos, el egipcio del antiguo reino tenía una cosmología clara. En 1915, Einstein había socavado el universo newtoniano y la cosmología que vino a reemplazarlo era meramente especulativa [...]. Durante los tres cuartos de siglo siguientes, el conocimiento empírico del universo aumentó con impresionante velocidad, sobre todo, durante los años setenta y ochenta, cuando los datos obtenidos por la exploración del espacio comenzaron a llegar a la Tierra en cantidades prodigiosas. La medición de la radiación de microondas que colma el universo indicó la casi seguridad de un *Big Bang*. Como observó lacónicamente un cosmólogo, “nuestro universo es, sencillamente, uno de los miles que existen de tanto en tanto”.<sup>1</sup>

Durante los siglos XVIII y XIX, las élites occidentales creían en la razón. En el siglo XX, la razón se usó poco para atender los asuntos humanos,

como observó, pesaroso, Max Planck: “Generalmente, se presenta una verdad científica nueva de modo que convenza a sus antagonistas, pero sucede, más bien, que éstos se extinguen y una nueva generación se familiariza desde el principio con la verdad”. Tres años después de que la teoría general de la relatividad de Einstein fue comprobada por Edington, destruyendo la creencia en el espacio y el tiempo fijos, Ludwig Wittgenstein, una de las principales figuras del siglo, publicó su *Tractatus logico-philosophicus*, que, en el curso de las décadas, tendió acumulativamente a destruir la confianza en la filosofía como guía de la razón humana. Durante medio siglo, la influencia de Wittgenstein sobre la filosofía académica fue inmensa. Hacia principios de la década de los noventa, se suscitaron dudas acerca de su cordura: ¿era un genio o un loco? A esta altura de las cosas, el daño infligido era grande. Un importante positivista lógico como Sir A. J. Ayer, que, por la época de su muerte, en 1989, era considerado, en general, el principal filósofo del mundo, comentaba con cierta complacencia que la filosofía demostraba que el Hombre era ignorante más que conocedor [...]. El conocimiento popular empírico, denominado “sentido común”, había sido desechado despectivamente por Lord Bertrand Russell como “la metafísica de los salvajes”. Mas, si los filósofos académicos creían que el mundo estaba poblado por tontos, la mayoría de ellos poco o nada hacía para esclarecer los grandes temas contemporáneos [...]. El carácter negativo y destructivo de la filosofía del siglo XX, su obsesión acerca de la ineficacia y las fallas del lenguaje y, sobre todo, su incapacidad para abordar los inmensos problemas de la Humanidad, eran motivo de vergüenza para los pocos que intentaban

plantear esas cuestiones y, entre ellos, sobre todo *Sir* Karl Popper: “No puedo afirmar que me siento orgulloso de que me llamen filósofo”.<sup>2</sup>

Incluso la lógica se convirtió en incertidumbre. En 1800, Kant escribió que “son pocas las ciencias que alcanzan un estado permanente que no acepta más alteraciones. A este grupo pertenece la lógica”. En 1939, A. C. Ewing afirmó: “es posible que los dictadores sean poderosos hoy, pero no pueden modificar las leyes de la lógica y ni siquiera Dios puede hacerlo”. Empero, también en este terreno las certezas se cimbraron: los estadounidenses Willard Van Orman Quine y George David Birkhoff, la francesa Paulette Des-touches-Février y el alemán Hans Reichenbach idearon teorías de la lógica que desafiaban a la lógica tradicional.

¿Estuvimos entonces, de nueva cuenta, hacia finales como a principios del siglo XX, ante un paradigma de confusión? ¿Se convirtió la desestructuración filosófica del orden en una pérdida de diferencias sociales? ¿Produjo desencapsulamiento? No mucho. Las universidades, sobre todo en materia filosófica, cada vez se vieron más aisladas de la sociedad. Más aún, el radicalismo de las mentes, las lenguas y los libros servía como *katéchon* de cafetería, de aula y de asamblea universitaria; es decir, como catarsis, muchas veces inofensiva.

## 10.2 ¿Y la religión...?

Si la filosofía apenas tenía un papel marginal en los ochenta y noventa, ¿qué pasaba con la religión? Explica Paul Johnson:

Para muchos millones de individuos, sobre todo, en las naciones avanzadas, la religión dejó de representar un papel importante y hasta cualquier papel en su vida. El modo en que se llenó este vacío, a través del fascismo, el nazismo y el comunismo, los intentos de utopismo humanista, la eugenesia o la política sanitaria, las ideologías de la liberación sexual, la política racial y la política ambiental... forman gran parte de la sustancia de la historia de nuestro siglo. Para muchos millones más —para la verdadera mayoría de la raza humana—, en cambio, la religión continuó siendo una enorme dimensión de su existencia. Nietzsche, que tan exactamente pronosticó la transmutación de la fe en fanatismo político y en voluntad totalitaria de poder, no atinó a ver que, de un modo absolutamente ilógico, el espíritu religioso podía coexistir con la secularización y, por esa vía, resucitar al Dios moribundo. Lo que parecía anticuado e

incluso risible en la década de los noventa no fue la creencia religiosa, sino la confiada predicción de su derrocamiento formulada anteriormente por Feuerbach y Marx, Durkheim y Fraser, Lenin, Wells, Shaw, Gide, Sartre y muchísimos otros. Hacia el fin de siglo, incluso el término “secularización” estaba en tela de juicio.<sup>3</sup>

El ateísmo militante había terminado Occidente hacia 1880. Quedaron, como quedan hasta la fecha, gran cantidad de agnósticos, pero pocos ateos. Lenin ignoró todo esto, pues era un sobreviviente de otra época, no un innovador. Por una infortunada combinación de azares, pudo imponer su programa de secularización forzada a millones de personas. Sin embargo, a finales del siglo XX, los museos del ateísmo eran simples curiosidades históricas. Las ideologías del siglo XX, las religiones políticas, los radicalismos filosóficos y científicos, en fin, todas las alternativas a la religión, aparecían y desaparecían con gran facilidad.

Por el contrario, la religión se convirtió en una gran fuerza política. La TM distingue entre las religiones sacrificiales, primitivas-arcaicas y antisacrificiales o axiales. La axialidad implica un modo de convivencia que corroe la solidaridad tradicional al debilitar los vínculos comunitarios en tanto que exige “solidaridad universal”, la cual, en los hechos, afloja todo tipo de solidaridad. Evidentemente, una de las solidaridades que se debilitan es la que hace funcional el mecanismo del chivo expiatorio, es decir, la solidaridad que hace creíble quién es el culpable, que produce consenso en torno a las ideas del bien y el mal.<sup>4</sup>

Sin el mecanismo del chivo expiatorio es difícil exteriorizar el Mal. Por ello, la axialidad implica un esfuerzo de autocontrol, conciencia, disciplina, sensatez y algunas otras virtudes difíciles de alcanzar. La axialidad, en realidad, sólo sobrevive en sociedades que cuentan con otros modos de contención de la violencia. La axialidad desmitifica lo sagrado y esto hace que el rito sacrificial pierda efectividad. Sin embargo, como ya hemos visto, la revelación del mito, la desacralización del sacrificio, no implica que renunciemos del todo al mecanismo sacrificial. La axialidad no desaparece, el sacrificio sólo lo vuelve menos eficaz, lo convierte en “marca de lo sagrado”, en tanto que preserva las huellas de sus orígenes;<sup>5</sup> dichas marcas se encuentran disgregadas en diversos hábitos e instituciones, en formas parcialmente útiles de contención de la violencia.<sup>6</sup>

Las religiones axiales mismas tienden a convertirse también en *katécho-nes*, pues se mimetizan como formas organizativas con las instituciones políticas y económicas, con la filosofía y con los hábitos de las sociedades abier-

tas. Las religiones axiales se convierten en instituciones y, por lo tanto, ellas mismas se convierten en un *katéchon*.

Mucho se ha escrito desde la TM sobre la naturaleza de las religiones antisacrificiales o axiales. La revista *Contagion*, en su número del año 2002, fue dedicada a las contradicciones entre doctrinas religiosas de paz (el budismo, el cristianismo, el Islam y el judaísmo) y la realidad histórica de dichas religiones. Michael Kirwan realizó una notable compilación de textos sobre el Islam como doctrina antisacrificial; Brian Collins demostró que la doctrina del hinduismo tiene una vocación pacifista; y William Cavanaugh analizó la relación entre las instituciones no religiosas en el origen de la violencia confesional.

Aquí nos concentraremos sólo en el aspecto al que se refiere Paul Johnson cuando elabora la distinción entre religión institucionalizada y fundamentalismo. La primera se refiere a las religiones axiales convertidas en instituciones que conviven y transigen con las instituciones propias de las sociedades complejas; es promotora del orden en tanto que contribuye a cuatro *katéchones*:

- 1) al estatal, pues transige con el orden legal laico;
- 2) al político, ya que se compromete con la tolerancia y contribuye a la pluralidad;
- 3) al del autocontrol, porque enseña disciplina para una ética de la responsabilidad individual;
- 4) al del orden internacional, debido a sus llamados por la paz mundial y a su capacidad para mediar en conflictos.

El segundo tipo de religión, el fundamentalismo, por el contrario, es un *katéchon* que promueve la liminalidad, pues parte del hecho de que el orden terrenal es impuro, diabólico y que debe de modificarse. A diferencia del anterior, busca desestructurar los *katéchones* y resolver los problemas mundiales mediante el vano pero siempre mágico remedio del chivo expiatorio.

La figura más importante, en esta época, de la religión organizada, fue Karol Wojtyła, cardenal arzobispo de Cracovia, quien se convirtió en el sumo pontífice Juan Pablo II, el 16 de octubre de 1978. Su designación pareció un accidente histórico: “fue el primer papa no italiano elegido desde 1522 y el más joven desde 1846. [...] Un obispo del Este eslavo nunca había sido Papa”. Sin embargo, su elección fue un gran acierto:

Polonia se había convertido en el centro mundial más intenso del catolicismo. Primero, Hitler y, después, Stalin y sus sucesores habían hecho todo lo posible para destruir a la Iglesia polaca. Hitler había clausurado sus escuelas, las universidades y los seminarios y había liquidado a una tercera parte de su clero. En 1945, cuando el Ejército Rojo impuso el gobierno de Lublin, se creía, confiadamente, que la Iglesia desaparecería en el curso de una generación.<sup>7</sup>

Las fronteras de posguerra de Polonia habían creado un país homogéneo: el 95% de la población era polaca y, prácticamente toda, católica. Frente a la invasión estalinista, el catolicismo se convirtió en un símbolo de resistencia. El número de sacerdotes polacos en los años setenta casi se había duplicado frente al número de 1939. En esa misma década, 95% de los niños había hecho la primera comunión, el 90% de los muertos se sepultaba con ritos católicos, tres cuartas partes de las parejas se casaban por la Iglesia y el 50% de la población iba a misa. En ningún otro país había esas cifras.

El catolicismo en Polonia era el modo de llevar una vida cotidiana que retaba al medio totalitario. Apoyó al sindicato independiente Solidaridad, que comenzó a funcionar en los ochenta en los astilleros de Gdańsk, liderado por el católico Lech Wałęsa. Fue proscrito, pero se mantuvo desafiante hasta que, en abril 1989, cuando comenzaba a derrumbarse del régimen socialista, se legalizó.

Poco después, Polonia se convirtió en el primer país del bloque soviético en contar con un gobierno no comunista. El 24 de agosto de 1989, “Tadeusz Mazowiecki, director de un diario católico, ocupó el cargo de primer ministro. Se completó la destrucción del comunismo entre 1990 y 1991, cuando el mismo Wałęsa fue elegido Presidente y se eliminó la totalidad de los restantes impedimentos religiosos”. Fue un cambio de régimen pacífico. Dejó en claro qué tan poderosa “podía ser la alianza entre el anhelo humano de libertad individual y la fuerza de la creencia religiosa”.<sup>8</sup>

Juan Pablo II había sido criado en un Estado ateo, era un filósofo de corriente fenomenológica, apasionado de las formas populares del catolicismo:

Había sido uno de los miembros más activos del Concilio Vaticano II, convocado por el Papa reformador Juan XXIII, en 1962, para promover lo que él llamaba el *aggiornamento* de la Iglesia. Aquél duró cuatro años y emprendió la modernización de todos los aspectos de las actividades de ésta, incorporando una nueva liturgia vernácula y formas de democracia consultiva. El Concilio reflejó el optimismo y las ilusiones de la década de los sesenta. Ese estado de ánimo no sobrevivió al año 1968,

un momento culminante para el catolicismo tanto como para la sociedad secular, cuando un nuevo Papa, Pablo VI, rehusó anular la prohibición impuesta por la Iglesia a los anticonceptivos artificiales, condenados nuevamente en su encíclica *Humanae Vitae*.<sup>9</sup>

La Iglesia decepcionó a mucha gente. Miles de sacerdotes renunciaron a sus votos y se laicizaron, notablemente, los jesuitas. Juan Pablo II era realista y conservador, buscaba restaurar la autoridad de su investidura y dejar atrás la opinocracia. Se dedicó a avivar la fe, a entusiasmar a su feligresía, viajando por todo el mundo, durante los cuales atrajo a las multitudes más nutridas de la Historia. Los católicos eran, en los años ochenta, más de 700 millones de personas, el 18% de la Humanidad. Además, dicha religión era una enorme fuerza cultural y educativa.

Sin embargo, la demografía del catolicismo había cambiado. Tomando a los países donde más se practicaba como criterio, se puede decir que, hasta fines de los sesenta, era una religión predominantemente de los ricos, pero, en los ochenta, de los dieciséis países con más católicos, diez eran pobres. Otro cambio importante: el catolicismo dejó de ser un fenómeno rural para convertirse en megapolitano, sobre todo, en América Latina y el África subsahariana.

Así como el catolicismo avanzaba en el Tercer Mundo, en Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Italia, España y la mayoría de los países avanzados, disminuía su fortaleza, en parte, por las posiciones conservadoras de Juan Pablo II en materia sexual. Mas el catolicismo siguió mostrándose fuerte en Polonia y Alemania.

Desde los años setenta, fue notable el descenso de las Iglesias y organismos religiosos establecidos que racionalizan las creencias y tienen posturas conciliadoras con las sociedades no religiosas. En contraste, se presenció el ascenso de los fundamentalismos, que luchan contra el racionalismo, promueven la fe ciega en la revelación y rechazan cualquier transigencia con las instituciones laicas.

Una manifestación de este tipo de fundamentalismo fue la Teología de la Liberación. Surgida en Alemania, buscaba hacer del activismo católico una fuerza política radical, que operara desde las “comunidades de base”, organizadas como “células comunistas” y que, incluso, llamaban a la violencia para derrocar a los gobiernos opresores de derecha. En los setenta y ochenta, esta corriente floreció en Brasil y Centroamérica.

En Nicaragua, en 1979, cuatro sacerdotes de la Teología de la Liberación se negaron a obedecer a su obispo, que les ordenó regresar a sus misiones pastorales y abandonar su trabajo político. La derecha clerical latinoame-

ricana también se radicalizó, pero ninguna de estas corrientes extremas logró ser muy popular, pues se trataba de un combate entre las élites. “El gobierno sandinista de Nicaragua, encabezado por el marxista Daniel Ortega, que incluía a los partidarios de la Teología de la Liberación que lo apoyaban y colaboraban con él, fue derrotado decisivamente la primera vez que participó en una elección libre, en 1990”.<sup>10</sup>

Durante los setenta y los ochenta, en América Latina, los movimientos religiosos con más éxito fueron los fundamentalistas:

1) El protestantismo evangélico ascendió en América Latina, en parte, porque llegaron a su fin las leyes que daban ventajas a la Iglesia católica. Esto fue aprovechado por los misioneros estadounidenses, que salieron a la búsqueda de nuevos adeptos. Aprovecharon, al igual que en Estados Unidos, los medios de comunicación para formar una “mayoría moral”.

2) En respuesta, la Iglesia católica dio mayor importancia a la fervorosa y devota religiosidad popular, antiintelectual y antipolítica. Juan Pablo II promovió a los santos, a la Virgen de Guadalupe y a otras figuras locales atractivas para los pobres. En un momento de rápidos cambios urbanos y demográficos, esta versión sincrética del catolicismo tuvo mucho éxito, sobre todo, en México, Centroamérica y Brasil. En este último caso, el sincretismo derivó de “la numerosa población negra, cuyos antepasados habían sido esclavos y conservó formas de creencia y culto provenientes de África”. También en África encontró su auge el revivalismo de “sectas extrañas, gnosticismo, evangelismo, sionismo cristiano, ortodoxia ferviente y entusiasmo fanático, más o menos lo que había sido el cristianismo primitivo en Asia Menor y los Balcanes durante el siglo III de nuestra era”.<sup>11</sup>

### 10.3 La liminalidad del fundamentalismo islámico

Los años ochenta vieron crecer el fundamentalismo, que no era una fuerza ordenadora, sino liminal, que buscaba producir caos. Eso lo hacía temible, pues, además, era popular y poderoso entre algunos segmentos de musulmanes. Su avance contribuyó en mucho al fortalecimiento del partido Janata en India, partido antiislámico. En 1991, la violencia se había generalizado en el norte del Subcontinente, por el choque entre radicales por la construcción de mezquitas.



El fundamentalismo islámico encontró también un doble mimético en Nueva York, con la ultraortodoxia judía “bajo la guía del rabino Meir Kahane y luego se trasladó a Israel para promover tanto la expansión de las fronteras *históricas* del reino de David como la transformación de Israel en una teocracia judía”. Se trató de un proceso que “provocó batallas legales y luchas callejeras con las autoridades israelíes y formas más graves de violencia entre los colonos judíos fundamentalistas y los árabes en Cisjordania”.<sup>12</sup>

La militancia islamista estaba muy extendida. Se le veía en el Mediterráneo meridional, los Balcanes, Asia Menor, Medio Oriente, India, Malasia, Filipinas y África, donde se extendía con la ayuda de armas y soldados árabes.

En los setenta, el gobierno de Sudán, que controlaba el norte del país, intentó imponer el Islam al sur cristiano. El dictador libio Muamar Gaddafi intentó islamizar Chad y, para ello, roció de napalm a su población. Idi Amin cometió una masacre en su país, Uganda, también para convertir a su población al Islam.

No sólo la fe de radicales titánicos y sanguinarios hizo crecer al Islam: el petróleo tuvo también un papel importante. Los líderes del Medio Oriente descubrieron su importancia mundial y ganaron confianza en sí mismos. Se convirtieron en patrocinadores del misionerismo y de la fe popular, pagando incluso aviones para transportar peregrinos a La Meca, que regresaban a sus países “inflamados de entusiasmo por el Islam” —e inflamados también por los fuegos de la envidia—. Sin embargo,

Los principales beneficiarios del nuevo fanatismo islámico no fueron los musulmanes sunnitas ortodoxos, que eran la mayoría —sobre todo, entre los árabes— y que representaban el sistema biempensante, conservador y estático del Islam, incluyendo a las dos principales familias gobernantes: los hachemitas y los sauditas. El efecto de tal renacimiento fue revitalizar la dramática bifurcación del Islam durante los siglos VII y VIII, cuando apareció el inconformismo islámico bajo la forma de los chiítas y las numerosas sectas heterodoxas que ellos engendraron, por ejemplo, los drusos, los ismailíes y los alauitas [...].

El Islam chiíta, con su fe mesiánica en el “imán oculto” y su consecuente milenarismo, su culto de los mártires y el sufrimiento, el puritanismo y, lo que es no menos importante, su afición a la violencia (la secta de los “asesinos” era ismailí chiíta) ha sido siempre causa de desorden en el mundo musulmán y, sobre todo, en Siria, el Líbano, Irak —donde son numerosos— e Irán —donde son mayoría—. Afirmaban que, siempre que podían, los sunnitas los trataban como a ciudadanos de segunda clase. El revivalismo islámico los indujo a reclamar un nuevo trato para

ellos mismos y, también, a manifestar una actitud más firme del Islam frente al mundo infiel.<sup>13</sup>

Los chiítas crearon un área crítica, que implicó la destrucción del Líbano, que había contado con los *katéchones* del Estado de Derecho, el democrático y el del autocontrol, mediante acuerdos entre “las élites de los principales grupos religiosos: los maronitas (cristianos orientales en acuerdo con Roma), los cristianos ortodoxos, los sunnitas, los chiítas y los drusos”. Eran convenios “entre caballeros”, viables sólo por “la existencia de normas de autocontrol que frenaban el fanatismo de las religiones y las sectas. La disputa árabe-israelí determinó que ese tipo de moderación fuese cada vez más difícil”.<sup>14</sup> Cada crisis árabe-israelí golpeaba al Líbano. Todo comenzó en 1949, cuando dicho país fue obligado a recibir a

a 300,000 refugiados palestinos, incluyendo 100,000 en quince campamentos principales, de los que cinco estaban alrededor de la capital, Beirut, y controlaban todos los caminos de entrada y salida [...]. En 1958, después de la invasión de Suez, se observó el primer atisbo de guerra civil, que originó una intervención estadounidense a pedido de los maronitas dominantes. La guerra de 1967 duplicó el número de refugiados en Jordania y, cuando, en 1970-1971, el rey Hussein expulsó de su reino mediante la fuerza a los palestinos militantes, éstos se trasladaron al Líbano, desafiando a las autoridades legítimas, y formaron enclaves en el Estado, bajo el gobierno de los terroristas de la OLP.<sup>15</sup>

La confianza de los árabes producida por el papel mundial del petróleo tenía su contraparte en la confianza de los israelíes, con sus victorias militares e, incluso, con la migración masiva de judíos de Sudán, Etiopía y, sobre todo, la Unión Soviética.

Después del fiasco de la guerra del Yom Kippur, Anwar el-Sadat, Presidente de Egipto, buscó un acuerdo. Las conversaciones comenzaron en 1975 y se llegó a la Paz de Camp David, firmada el 26 de marzo de 1979, pero el arreglo no satisfizo a los palestinos. Ya en 1975, la OLP desencadenó una guerra civil en Líbano, donde recibió el apoyo de Siria, gobernada por miembros de una secta chiíta, los alauitas, que deseaban tomar el protagonismo de la lucha antisemita otrora encabezada por Egipto. Esto, a la vez, llevó a la intervención de Israel.

El equilibrio de la política en el Líbano dependía del dominio del Consejo Supremo Musulmán, en manos de sunnitas conciliadores. Al comenzar la guerra, éste fue desplazado por los chiítas y la izquierda secular de la

OLP. Peor aún, todas las sectas contaban con sus propios ejércitos o líderes guerrilleros. En medio del caos, el gangsterismo callejero hacía de las suyas. Los peores combates ocurrieron en 1975-1976, 1982, 1988-1990 y, esporádicamente, durante los intervalos. El saldo: 40,000 muertos, Beirut quedó destruida y Líbano dejó de existir como país independiente. La comunidad cristiana perdió su predominio, aunque se aferró a sus principales áreas de residencia.

En 1982, Israel invadió el Líbano para expulsar a los núcleos duros de la OLP, que huyeron, primero, a Túnez y, después, a Irak. No obstante, por su escandaloso papel en la matanza de palestinos en Sabrá y Chatila, perpetrada por milicias cristianas, Israel tuvo que abandonar Líbano, si bien mantuvo presencia en el sur. El vacío dejado por los israelíes lo llenaron los sirios, pero éstos tuvieron enormes dificultades para mantener el orden. A principios de los noventa, Líbano no era más que un país en ruinas, pobre, sin centro ni unidad.

Además de su papel en el Líbano, los fundamentalistas islámicos buscaron desestabilizar otros países. Entre 1979 y 1981, tomaron el santuario de La Meca e intentaron acabar con la familia real saudita. Tras una semana de encarnizados combates, fueron sacados de sus extensos laberintos subterráneos. En 1981, en Egipto, los fundamentalistas asesinaron a Sadat. En 1987, un grupo de chiítas, durante una peregrinación, intentó apoderarse de La Meca. La policía saudita intervino y, en medio de una enorme multitud de más de 150,000 personas, mató cientos.

El mayor éxito de los fundamentalistas ocurrió entre 1978 y 1979, cuando derrocaron al shá de Irán, cuyo régimen era, aparentemente, fuerte, pues contaba con armamento y aliados de Occidente, sobre todo, estadounidenses y británicos. Era una monarquía tradicional que servía como árbitro entre las diferentes etnias y religiones y, como elemento unificador, hacía del *katéchon* por excelencia. En contraste, los fundamentalistas Qum y Meshed, más su jefe, el ayatolá Jomeini, sólo representaban a los musulmanes. En Irán, Jomeini era amado por unos, odiado y temido por otros. No parecía un rival para la autoridad y el poder de Reza Pahleví, pero éste cometió un grave error: intentó llevar a cabo un proceso de ingeniería social lo suficientemente agresivo como para producir una reacción, aunque no lo suficientemente brutal para acallar dicha reacción.

El padre de Pahleví era un persa, oficial de cosacos, quien tomó el poder, en 1925, y buscó imitar a Atatürk: quería ser el gran secularizador. Más tarde, se volvió admirador de Stalin. Trataba cruelmente a los campesinos y él mismo defenestró a un ministro. En 1944, Reza Pahleví ascendió al trono, siendo sólo un niño, con lo que gobernó a partir de los veintinueve años.

Entonces, se dejó dominar por la *hybris*, durante los años sesenta, cuando los ingresos petroleros le hicieron pensar que podía llevar a cabo cambios titánicos mediante su “revolución blanca”. Se trató de un plan que, poco a poco, se radicalizó. En 1963, el Tercer Plan Quinquenal “implicó ya 2,700 millones de dólares para el período 1963-1968, invertidos en oleoductos, en la industria siderúrgica y petroquímica; y, al pasar al campo social, implicó, por primera vez, la movilización de la gente”. En el Quinto Plan Quinquenal (1973-1978), de plano, estaba ya en su fase estalinista, la cual “inició con un programa de gastos de 36,000 millones de dólares, que saltaron rápidamente a 70,000 millones, cuando se cuadruplicaron los precios del petróleo”. En 1979, el último del gobierno del shá, “se gastaron unos 17,200 millones de dólares sólo en el desarrollo”. En otras palabras, “trescientas veces el costo de todo el plan inicial, más otros 8,500 millones en salud, educación y bienestar, además de 10,000 millones en las fuerzas armadas”.<sup>16</sup>

Los encargados de la planificación eran los *massachusettsi*, egresados del MIT que poseían “la arrogancia de los *apparatchiks* partidarios y una confianza estalinista en la planificación centralizada”. Éstos buscaban la liminalidad, “ansiaban el cambio” y, con ello, creaban un infierno de expansión, sobre todo, de

las industrias extractivas: oro, sal, cal, fósforo, yeso, mármol, alabastro, piedras preciosas, carbón, plomo, zinc, cromo, hierro. Irán tenía la sexta industria cuprífera del mundo, organizada desde cero en Irán central, con 25,000 mineros que vivían en barracas de ladrillo. Se inició la construcción de cuatro reactores nucleares, más una red nacional de fábricas, la producción de automóviles, motores diésel, ascensores, bicicletas, medidores de agua, asbestos, matrices para fundición, glucosa, aluminio, ropas, tractores, máquinas herramientas y armas. El shá se vanagloriaba de que su “revolución blanca” combinaba “los principios del capitalismo [...] con el socialismo, incluso el comunismo [...]. Nunca se había promovido un cambio tan importante en 3,000 años. Está trastocándose toda la estructura”.<sup>17</sup>

Sin embargo, los planes, que, se suponía, traerían prosperidad, implicaban enormes gastos, inflación y empobrecimiento. En lugar de reducir sus titánicos proyectos, el shá buscó chivos expiatorios: culpó a los industriales y a los comerciantes y usó a los estudiantes para atacarlos y arrestarlos. Los jóvenes saborearon la violencia. “Esta política podría no haber importado, pues, antes, los shás habían podido apelar al campo conservador para contener el radicalismo urbano. Empero, el error más grave del shá fue irritar al

campo, cuyos hijos campesinos conformaban su Ejército. Después de haber entregado a los campesinos las tierras reales y las propiedades confiscadas al clero, descubrió, lo que era previsible, que la producción disminuía”. Para 1975, Irán ya no era más un exportador de alimentos, sino “una nación que ahora los importaba”. En ese año, el shá apostó por más liminalidad e inició la colectivización.<sup>18</sup>

La “administración agrícola unificada” provocaba hambre. Los campesinos se convirtieron en proletarios rurales que ganaban un dólar al día y vivían en casas iguales, en “pueblos modelo”, *shahraks*, contruidos sobre los escombros de las aldeas tradicionales, destruidas con maquinaria pesada por el Ejército. El desarraigo provocaba enojo, confusión y reacciones violentas de los campesinos. La ley de junio de 1975 generalizó este modelo y obligó a los campesinos independientes a vivir en “unidades agrocomerciales”, en “corporaciones agrarias” o en “cooperativas”. Al final, fueron destruidas 67 mil aldeas, algunas con más de dos mil años de antigüedad. En su lugar, se construyeron 30 mil, con nuevos nombres y una infraestructura moderna precaria.

Los encargados de todo esto eran los “planeadores agrícolas” y los “justicieros”, que no eran más que arrogantes activistas encargados de terminar con la diversidad tribal, los patriarcas locales, la cohesión familiar, los acentos locales y las lenguas provinciales, los atuendos regionales y, también, con las costumbres y los grupos de interés. Es decir, destruían todo aquello que representara un “desafío” al Estado centralizador.

La reforma agraria convirtió a la Corona en la única propietaria al tiempo que se obligaba a los ancianos a instalarse en las *shahraks*. Sin embargo, cientos de miles de jóvenes campesinos acudían a los centros urbanos para formar turbas de apoyo al ayatolá. Los hermanos de esos jóvenes, reclutados en el Ejército, se negaron a dispararles. Amin Sharifi Isaloo ha ofrecido, desde la TM, algunos elementos para comprender la popularidad del levantamiento:

Los musulmanes chiítas creen que Hussein se sacrificó para redimir a la Humanidad, tal como lo hizo Cristo, pero Hussein luchó contra el opresor en un tiempo y lugar liminal hasta que él y sus compañeros fueron asesinados. Esto se demuestra visiblemente en la actuación de *Ta'ziyeh*, particularmente, cuando el imam Hussein confronta al ejército de Yazid con sus setenta y dos seguidores y los escarifica, al igual que a sí mismo.<sup>19</sup>

*Ta'ziyeh* significa “duelo” y es una obra de teatro ritual que narra la batalla de Kerbala y el día del martirio del imam Hussein, a manos de Yazīd y su ejército, en el siglo VII. Se representa anualmente, el décimo día de Muḥarram. Ese día, el Ashura, los chiítas conmemoran el martirio del imam Hussein y sus seguidores; es comparable a la representación de la Pasión cristiana. En ella, el personaje del imam Hussein es retratado como la víctima inocente.

El *Ta'ziyeh* apareció en el reinado de Mu'izz al Dawla, el rey de la dinastía buyí, en el año 963 d. C. En 1501, la dinastía safávida se estableció en Irán y el chiísmo fue adoptado como religión oficial. Los reyes safávidas se interesaron en el teatro como herramienta para propagar el chiísmo, por lo que el *Ta'ziyeh* se escenifica, desde entonces, al aire libre, en lugares públicos, en los patios de las posadas, en casas particulares y en lugares llamados *Tekiyeh* o *Husseiniyeh*, que se construyen *ex professo* para la celebración: “El *Ta'ziyeh* es la ejecución ritual de un evento liminal que es atemporal y sin espacio, ya que el escenario es un lugar vacío que no es ni Kerbala ni un lugar real. Es una actuación liminal para un evento liminal que sucedió en el pasado. En otras palabras, está entre el mundo real y el imaginario. Incluso la ropa, las herramientas y la recitación de los actores no son de la era del imam Hussein ni de este período”.<sup>20</sup>

El *Ta'ziyeh* ilustra características preaxiales. En su raíz, hay antiguas ceremonias y rituales persas como el ritual sagrado y dramático de *Sogheh Siavash*. En farsi, la palabra *Sogheh* significa “dolor, duelo y pena”. Mientras que Siavash es un antiguo héroe mitológico persa cuyo destino estuvo marcado por la tragedia y se convirtió en símbolo de la inocencia; es una figura importante en la epopeya nacional de Persia, el *Shāhnāmé* de Ferdousí, el Libro de los Reyes. Siavash fue un príncipe persa de los primeros días del Imperio y era hijo del rey Kay Kavus. Después de exiliarse en Turán, al norte de Irán, fue asesinado, pese a su inocencia, por orden del rey Turanian Afrasiab. La muerte de Siavash todavía se conmemora en algunas áreas, como Shiraz. Actualmente, aún hay un interés en ver la representación de la tragedia de Siavash en el teatro persa y reconocer su similitud con la representación de *Ta'ziyeh*. “La actuación de *Ta'ziyeh* es la experiencia de miles de años, que se transformó gradualmente del duelo de Siavash al duelo del imam Hussein después de la conquista musulmana del Imperio Persa”.<sup>21</sup>

Las imágenes y los símbolos del Islam chiíta se han utilizado desde la dinastía safávida para unificar a los iraníes en la guerra contra enemigos externos, para la propaganda, para reforzar los poderes del Estado. También los clérigos revolucionarios usaron su conocimiento de la cultura iraní para em-

plear imágenes y símbolos en el *Tā'ziyeh*, de tal manera que lograron reunir a la multitud para la revolución de 1979:

La gente imitó los deseos de los demás y, luego, las multitudes, consciente o inconscientemente, se dañaron y se sacrificaron para beneficiar a los clérigos revolucionarios [...]. Durante la revolución, los clérigos revolucionarios formaron la esfera pública creando y utilizando imágenes y símbolos de *Tā'ziyeh* a través de diferentes tipos de instrumentos, como carteles, pinturas murales, lemas, consignas, representaciones, películas, banderas, música, discursos y sermones. En todos los medios, se empleó la técnica *goriz* —que relaciona un evento actual con un evento pasado— del teatro iraní y la actuación improvisada para vincular el acto de shá con el acto de Yazīd (el enemigo del imam Hussein) en Kerbala.<sup>22</sup>

El 22 de marzo de 1963, las autoridades del shá atacaron un seminario de la madrasa en la ciudad de Qom, arrestaron y golpearon hasta matar a algunos de los trabajadores. Jomeini usó el recuerdo anual del martirio de Hussein en Kerbala para arremeter contra el shá. Pronunció un discurso en el que usó los símbolos y narraciones del primer mes del calendario islámico, el Muḥarram, especialmente el *Tā'ziyeh*, en el día del Ashura. Esto representó un serio desafío a la autoridad de shá.

Jomeini no fue la primera persona en utilizar los símbolos, imágenes y narrativas de *Tā'ziyeh* para protestar. En 1906, en la Revolución Cultural, los clérigos utilizaron estrategias similares. En 1890, en la Protesta del Tabaco de 1890 del ayatolá Mirza Hassan Shirazi también se usaron. El mesiánico líder utilizó el asalto a la madrasa como punto focal en sus discursos y lo relacionó con el martirio del imam Hussein en Ashura. El siguiente discurso de Jomeini, pronunciado en la madrasa de Fayziya, en la ciudad de Qom, el 3 de junio de 1963, justo el día de Ashura, ilustra cómo atraía las emociones de la multitud:

Ahora es la tarde de Ashura. A veces, cuando recuerdo los eventos de Ashura, se me ocurre una pregunta: si los omeyas y el régimen de Yazīd ibn Mu'āwiya deseaban hacer la guerra contra Hussein, ¿por qué cometieron crímenes tan salvajes e inhumanos contra las mujeres indefensas y los niños inocentes? ¿Cuál fue la ofensa de las mujeres y los niños? Me parece que los omeyas tenían un objetivo mucho más básico: se oponían a la existencia misma de la familia del Profeta. No deseaban que existieran los Hashim y su objetivo era arrancar de raíz este “árbol divino” [...].

Ahora se me ocurre una pregunta similar. Si el régimen tiránico de Irán simplemente deseaba librar la guerra *marja* [referencia religiosa a seguir, ejemplar] y oponerse a los *ulema* [comunidad de estudiosos del Islam], ¿por qué hizo trizas el Corán el día que atacó la Madrasa de Fayziya? De hecho, ¿por qué atacó a la *madrasa* y a sus estudiantes, como el *sayyid* de dieciocho años que fue asesinado? [...] Llegamos a la conclusión de que este régimen también tiene un objetivo más básico: se opone fundamentalmente al Islam y a la existencia de la clase religiosa. No desea que exista esta institución; no desea que ninguno de nosotros exista, tanto los grandes como los pequeños.<sup>23</sup>

Fue un discurso desafiante para el shá que atrajo a las multitudes en Qom. Jomeini fue arrestado a la mañana siguiente, pero las multitudes se reunieron en Teherán y lucharon contra las autoridades. Jomeini fue liberado y expulsado, el 4 de noviembre de 1964, de Irán, con destino a Turquía. Después, se trasladó a la ciudad religiosa chiíta, Nayaf, en Irak. Desde ahí y, más tarde, desde Neauphle-le-Château, un suburbio de París, unió a varios grupos políticos y religiosos, unidos por su reprobación al shá. Todos ellos coincidían en que el shá no otorgaba justicia al pueblo; en que las autoridades oprimían la libertad de expresión y la libertad de prensa; y que la desigualdad, la pobreza y la pérdida de valores resultaron de la occidentalización del país por parte de Mohammad Reza Shá y su padre; mientras las actividades políticas eran reprimidas por la SAVAK, la policía secreta.<sup>24</sup>

El 2 de diciembre de 1978, al comienzo de Muharram, el shá ordenó toques de queda, pero millones de personas tomaron las calles, coreando “Dios es grande, Jomeini es nuestro líder”. El 11 de diciembre, desde París, Jomeini movilizó una multitud para manifestarse contra el shá en Irán. Este día fue el día sagrado, que conmemora el martirio del imam Hussein. “Tradicionalmente, los líderes religiosos estimulaban las pasiones a través de la narración pública (*rowzeh-khani*) y la recreación (*Ta'ziyeh*) del martirio de Hussein”:<sup>25</sup>

Ashura fue el mejor día para reunir a las multitudes, tanto para la conmemoración del sufrimiento, el sacrificio, las heridas y el martirio de Hussein y sus seguidores, como para el recuerdo de los mártires del Viernes Negro en la Plaza Zhaleh, el 8 de septiembre de 1978 [...]. La Plaza Zhaleh se llamó Plaza de los Mártires (*Maydan-e Shohada*) después de la revolución, ya que es un lugar importante donde los manifestantes fueron masacrados por las autoridades del shá. Para honrar este recuerdo, poco después de la masacre, los artistas y escritores comenzaron a crear retratos y describir a los mártires de la plaza Zhaleh [...]. Las multitudes



se movilizaron. Todo el país, desde pequeñas aldeas hasta grandes ciudades, se había levantado para marchar contra el shá.<sup>26</sup>

El shá “no tenía estómago” para la brutal represión que se requiere cuando se colectivizan las tierras. A finales de 1978, justificó su tibieza culpando al Presidente Carter de haberlo abandonado. La traición sin duda existió, pero fue hacia el pueblo iraní. Tanto el shá como sus aliados extranjeros “entregaron una nación, que incluía a muchas minorías indefensas, a un sacerdocio que carecía de tradición o formación para el ejercicio del poder político”.<sup>27</sup>

Las multitudes llamaban al shá Yazīd y a Jomeini, Imam. Este título era una referencia al duodécimo imam, Mahdi (“oculto”), que nació en 869. Los musulmanes chiítas creen que nunca murió, que sólo se escondió y volverá como mesías con Jesús para traer la paz al mundo. Su antepasado es el imam Hussein, seguido por el padre de Hussein, Alí, y su abuelo, el Profeta Muḥammad. Mientras tanto, el shá huyó de Irán, el 16 de enero de 1979, y, a continuación, el 1 de febrero de 1979, Jomeini voló de París a Teherán para liderar directamente la revolución. El 11 de febrero de 1979, consiguió la victoria final.

Ese mes se fundó la República islámica. Los bárbaros fundamentalistas comenzaron su gobierno aterrorizando a enormes capas de la población. En dos años ya habían ejecutado a más de ocho mil “enemigos de Alá”. Jomeini fue brutal contra aquellos a quienes consideraba enemigos de su gobierno, entre quienes estaban incluidos muchos de sus otrora aliados liberales y de izquierda. Claro está, también se usó una violencia ejemplar contra los miembros del antiguo régimen. “Ejecutó a veintitrés generales, a 400 oficiales del Ejército y la policía y a 800 funcionarios civiles”. Que no se trataba de mero fanatismo religioso lo muestra el hecho de que también se persiguió a los ayatolás rivales y se ejecutó a 700 de sus partidarios. Los líderes seculares, al igual que los de las minorías religiosas y étnicas, fueron también blanco de su furia: judíos, kurdos, turcomanos, cristianos, shaijís, sabeanos, bahis, miembros de sectas chiítas disidentes, sunnitas, entre otros, estaban también en las listas de indeseables y fueron perseguidos. Se destruyeron iglesias y sinagogas al tiempo que se profanaban cementerios, se saqueaban y demolían santuarios:

Durante la Revolución de 1979, el país se encontraba en un período liminal. En otras palabras, la sociedad iraní estaba dividida entre dos órdenes: un orden antiguo, que fue abolido, y un nuevo orden, que aún no se establecía [...].

Jomeini utilizó símbolos y técnicas retóricas para movilizar a una multitud considerable. Empleó narrativas culturales, símbolos y lenguaje chiítas para establecer una identidad chiíta colectiva y unificar o movilizar a la población según fuera necesario. De hecho, usó los potentes símbolos de *Ta'ziyeh* en Ashura y la narrativa del Imán Oculto para justificar su autoridad y llamar a la revolución. Jomeini nunca afirmó explícitamente ser el duodécimo imam, pero, al aceptar el título, implícitamente lo hizo. De esta manera, construyó e introdujo el Islam político chiíta a la sociedad, prometiendo resolver los problemas sociales, que identificó con la monarquía anterior a 1979. Su actuación y retórica resultaron en un cambio del orden social existente. La red de mezquitas y la red de comerciantes en las mezquitas de Bazaar y su apoyo financiero, particularmente para la revolución de 1979 [...], ayudaron a Jomeini a usar su posición religiosa como ayatolá para movilizar a una multitud tremenda y poderosa en Irán, una multitud que no era fácil controlar, aunque sí de movilizar; se convirtió en destructora, asesina, torturadora [...]. Cualquier revolución es una época de liminalidad. La violencia y la desobediencia, que fue una de las características innegables de la revolución islámica, se pudo ver en todas partes en Irán, especialmente, en las grandes ciudades. En este tiempo liminal, el orden fue reemplazado por el caos y la anarquía: un período terrible, mortal y estimulante.<sup>28</sup>

Isaloo enfatiza algunos elementos de la TM: “El movimiento sólo necesita un número mínimo de personas para alimentar el frenesí y, luego, impulsar a unirse a la multitud a un número mayor”. El mecanismo del chivo expiatorio unió a la multitud, “incluso si no sabían exactamente cuál era su objetivo y propósito de unirse [...]. El deseo mimético era visible en todas partes”. La turba fue creciendo y, en poco tiempo, una multitud interminable estaba en las calles. “Quemar llantas de autos, disparar y destruir cines y edificios gubernamentales, gritar, disparar y derribar todo lo relacionado con el régimen anterior se convirtió en una actividad placentera diaria para las multitudes”.<sup>29</sup> Así:

Durante este momento liminal, todo el mundo se sentía libre de hacer cualquier cosa; parecían infinitas las posibilidades disponibles, así que no había límites al comportamiento de las masas. Peligrosamente, muchos individuos y grupos tomaron venganza personal, no sólo contra el shá y sus seguidores, sino también contra las personas que, simplemente, no les agradaban [...]. Todo empezó a cambiar, incluso las perspectivas personales. Los varones ahora usaban mangas largas y se dejaban crecer

la barba y a las mujeres se les decía que se cubrieran el pelo y usaran un *hiyab*. [...] Todo lo que reflejaba el antiguo régimen, como los libros, el dinero y las artes, se exigía que fuera destruido y olvidado.<sup>30</sup>

El talante totalitario del nuevo régimen lo ilustra Isaloo con el caso de Bazargan, quien contaba con educación occidental, era nacionalista y profundamente religioso. Creía que

las leyes del Islam podrían coexistir pacíficamente con las leyes seculares del Estado [...] e intentó proponer dos opciones para la gente con el fin de conseguir un referéndum sobre la existencia del voto después de la revolución: un gobierno religioso y un gobierno secular. Sin embargo, Jomeini lo rechazó y ofreció sólo una opción; “sí” o “no” a un gobierno religioso, lo que resultó en el noventa por ciento de los votos a favor de una república islámica, el 30 de marzo de 1979 [...]. Bazargan se enfrentó al Consejo Revolucionario (un grupo de clérigos respaldados por Jomeini) y, en última instancia, a los clérigos que prevalecieron en su búsqueda por tener un solo gobierno islámico. De esta manera, Jomeini y sus aliados ganaron más poder y confianza de la gente que ayudó e impulsó acciones y operaciones adicionales.<sup>31</sup>

Tras el referéndum, el gobierno se radicalizó. Nadie estaba a salvo y cualquiera que criticara o cuestionara a Jomeini y a sus seguidores —especialmente los clérigos revolucionarios— podría ser marcado como “hipócrita” o “infiel” y, en consecuencia, podría ser asesinado, torturado y encarcelado, en un intento por obtener una legitimidad sagrada. Sin embargo, como siempre es difícil remitificar a una sociedad compleja, hacen falta dosis importantes de violencia para mantener el control: gran cantidad de personas fueron asesinadas o encarceladas por su asociación con el antiguo régimen. Así, continúa Isaloo:

Incluso algunas personas que cooperaron con el grupo islámico en la revolución fueron castigadas por su membresía y actividades en grupos revolucionarios como los liberales, nacionalistas y otras fuerzas moderadas. Por ejemplo, incluso miembros de la Organización de los Muyahidines del Pueblo de Irán (MEK o MKO), que jugaron un papel importante en la victoria revolucionaria de 1979, que lucharon del lado de los clérigos contra el shá antes de 1979 y contra los otros grupos revolucionarios después de la revolución, fueron marcados como “hipócritas”. En consecuencia, todas sus oficinas y casas fueron atacadas y sus miembros

fueron asesinados o arrestados [...]. Los partidarios de Jomeini procesaron y encarcelaron a miles de personas [...] y, en muchas ocasiones, sin juicio. Por lo tanto, después de la revolución, las condiciones de vida y las opciones se volvieron extremadamente limitadas y reprimidas, en comparación con la época del shá. Aunque Jomeini afirmó que no era un dictador y actuaba en nombre de la voluntad de Dios y del pueblo, se creó y desarrolló un régimen totalitario bajo su gobierno despótico y su concepto teológico de *velayat-e faqih* (“tutela o providencia del jurista”).<sup>32</sup>

La convulsión no solamente produjo un largo período de liminalidad al interior de Irán. No solamente los *katéchones* político, de Estado de Derecho, de autocontención y económico fueron devastados, sino que también el de las relaciones internacionales comenzó a tambalearse. La violencia se desbordó, dejó de ser contenida al interior de las fronteras y contaminó la relación con el país vecino, Irak:

La persecución a la minoría sunnita de Irán —muchos de ellos, iraquíes—, promovida por Jomeini, y a las minorías chiítas persas en Irak reanudó las disputas limítrofes entre Irán e Irak, que habían envenenado las relaciones entre los dos países desde la creación del segundo por Gran Bretaña, en 1920-1922. En septiembre de 1980, los informes acerca de que casi todos los altos funcionarios iraníes habían sido asesinados o habían huido o de que sus fuerzas armadas, sobre todo, su fuerza aérea en otros tiempos formidable, estaban desorganizadas, tentó a Saddam Hussein, el dictador baazista iraquí, a iniciar una invasión en gran escala de Irán, que comenzó con ataques aéreos sobre Abadán, la refinería más importante del mundo.<sup>33</sup>

Hussein consideró que el caos producido por Jomeini podría ayudarle a controlar Chat el Arab, la principal salida del Tigris-Éufrates al mar y los yacimientos petrolíferos iraníes, pero el líder iraquí se equivocó: no fue una guerra sencilla, sino que duró ocho años y costó más de un millón de vidas. Saddam Hussein no ganó prácticamente nada. Occidente ayudó a Irak, pues despreciaba aún más al régimen de Jomeini, que “había allanado la embajada estadounidense y había retenido en calidad de rehén a su personal —al que liberó sólo a cambio de un rescate—, además de financiar y armar a diferentes grupos terroristas antioccidentales”.<sup>34</sup>

Para Paul Johnson, el apoyo de Estados Unidos a Hussein fue un error, pues se armó a un dictador inescrupuloso. Los soviéticos hicieron lo mismo.

El carnicero de Tikrit compraba enormes cantidades de armamento con el dinero que recibía de los Estados petroleros árabes, dominados por sunnitas y que apoyaban todo lo que debilitara al ayatolá.

Al concluir la guerra, el Ejército de Hussein era el cuarto más grande del mundo y su país seguía recibiendo subsidios de algunos países árabes, además de que contaba con sus propios recursos petroleros. Hacia finales de los años ochenta, Irak era el segundo productor de crudo de Medio Oriente.

En 1981, el régimen del dictador estaba construyendo un reactor nuclear, con ayuda de técnicos franceses, el cual fue destruido por aviones israelíes. Hussein buscó otros medios para obtener armas de destrucción masiva y, a finales de los años ochenta, ya era capaz de producir armas químicas y biológicas. Las usó en 1989, matando a más de cinco mil kurdos en sus aldeas.

Hussein fue un titán desde muy joven, que no comprendía los límites comunes de la convivencia. Nació en un clan de bandidos y, a los diez años, ya tenía su primera arma de fuego y, a los doce, cometió su primer asesinato. Hizo carrera en la policía secreta, la cual dirigió desde 1968. En 1979, consiguió la presidencia de la república. Nunca escatimó esfuerzos en eliminar a sus rivales e, incluso, a los colegas a los que consideraba peligrosos. Los mataba, muchas veces, personalmente y disfrutaba de las atrocidades a gran escala: por ejemplo, mandó ahorcar públicamente a una masa de judíos.

Su cruel titanismo iba más allá de las fronteras iraquíes. Afirmaba que reconstruiría el Imperio Babilónico. Después de la guerra contra Irán, Francia le vendió más armamento, Alemania occidental le transfirió tecnología militar de punta y los soviéticos no sólo le suministraron armamento, sino también expertos militares. La Unión Soviética apoyaba tanto a Siria como a Irak porque consideraba que los baazistas eran sus aliados. Occidente estaba con Hussein para debilitar a Jomeini, quien financiaba el terrorismo internacional, mismo que, entre otras cosas, se dedicaba al secuestro de ciudadanos occidentales en Beirut.

El terrorismo estaba muy diversificado en los ochenta, implicaba a varios gobiernos y grupos especiales y sus motivaciones eran, asimismo, por demás diversas:

Uno de los muchos grupos terroristas indios fue, probablemente, el responsable de la destrucción de un Boeing de Air India en medio del Atlántico y de la muerte de todos los que viajaban en el aparato; los terroristas sijs, sin duda, fueron los que asesinaron a la señora Indira Gandhi, Primera Ministra india, el 31 de octubre de 1984; y un terrorista tamil fue considerado responsable del asesinato de Rajiv Gandhi, perpetrado en mayo de 1991. A principios de los años ochenta, el KGB soviético

aún continuaba entrenando terroristas de diferentes naciones en campamentos especiales de Crimea y otros lugares y el mismo gobierno soviético fue culpable de un acto terrorista, el 1º. de septiembre de 1983, cuando, intencionalmente y sin aviso, derribó [...] un Boeing 747 de Korean Airways [...], que se había desviado de su curso e introducido por accidente en territorio soviético [...].

Algunos actos criminales continuaron siendo un misterio: la policía sueca no pudo descubrir quién mató a Olaf Palme, primer ministro de Suecia, el 28 de febrero de 1986, y el único sospechoso a quien se detuvo fue absuelto. Por otra parte, no hubo dudas acerca de la responsabilidad del Ejército Republicano Irlandés por un intento de matar a todo el gabinete británico, el 12 de octubre de 1984, en un hotel de Brighton, durante la Conferencia del Partido Conservador; y de otro atentado contra el gabinete, en enero de 1991, cuando se hicieron disparos con proyectiles de mortero de fabricación doméstica contra el no. 10 de Downing Street. El IRA conseguía sus explosivos Simtex de Checoslovaquia, el país fabricante; cuando Václav Havel se convirtió, en 1990, en Presidente de Checoslovaquia, informó que los archivos de la Simtex demostraban que el régimen comunista había suministrado al IRA explosivos suficientes como para abastecerlo durante cien años. El IRA recibió también grandes cantidades de armas —algunas interceptadas e identificadas— de la Libia de Gadafi, de otros estados de Medio Oriente y de la OLP. Los grupos apoyados por Irán fueron responsables del que fue quizás el ataque terrorista más exitoso de la época: dos ataques coordinados de carácter suicida en Beirut, el 23 de octubre de 1983, que eliminaron a 241 infantes de marina estadounidenses y a 58 paracaidistas franceses que protegían las respectivas embajadas. Los grupos de Medio Oriente, financiados por Irán, Libia o posiblemente ambos, también destruyeron una discoteca de Berlín occidental frecuentada por soldados estadounidenses, el 5 de abril de 1986; así como un avión 747 de Pan-American sobre Lockerbie, Escocia, el 21 de diciembre de 1988, matando a sus 258 pasajeros y tripulantes y a 11 personas en tierra.<sup>35</sup>

Paul Johnson concluye que, en general, el terrorismo fue un fracaso político. En los ochenta y principios de los noventa, Occidente mejoró su seguridad y algunos países implementaron la política de no negociar con terroristas.

Por su parte, Estados Unidos descuidó a Irak y dedicó excesivos recursos en vigilar a Irán. El país de Jomeini, en realidad, estaba aislado; aun la intelectualidad occidental, tan proclive a adorar todo lo antioccidental, estaba en contra de ayatolá, en buena medida por la persecución contra el escritor Salman Rushdie. Jomeini no tenía amigos en el exterior y los activos de su gobierno habían sido confiscados, con lo cual no podía continuar su ambicioso plan de ingeniería social, pues su régimen era, simplemente, demasiado pobre. En cambio, tenía que encargarse de la guerra con Irak, la baja producción de petróleo, la fuga de la clase media, la desocupación, la quiebra de los servicios sanitarios que agravaban las epidemias y la desnutrición.

La violencia del fundamentalismo iraní no sólo contagió a Irak y al mundo occidental mediante el terrorismo, sino que también tuvo un efecto perverso en Afganistán:

el revivalismo islámico, la caída del shá y el terror fundamentalista contribuyeron directamente al comienzo de la guerra civil en Afganistán, en diciembre de 1979. Aquí se estaba frente a otro intento de ingeniería social que condujo a la barbarie, aunque, en este caso, como sucedió tan a menudo, el intento utópico provino del campo comunista. El episodio fue importante a causa de su impacto colosal sobre todo el imperio soviético. Los británicos habían librado tres guerras afganas (1838-1842, 1878-1880 y 1919), todas con las mejores intenciones; ninguna permitió crear una situación estable en ese país díscolo ni “resolver el problema” afgano. Sin asustarse por esa experiencia, los soviéticos, impulsados por una mezcla de miedo, codicia y buenas intenciones, se zambulleron en el laberinto afgano, y allí se perdieron. Hasta 1979, el gobierno soviético había apuntado a soluciones de largo plazo, apoyando al príncipe no marxista Mohammed Daud Khan cuando éste creó una monarquía constitucional, en 1953, y, otra vez, veinte años después, cuando desplazó al rey y se autodesignó Presidente. Durante los años cincuenta, la URSS le suministró cierta ayuda financiera y, en los sesenta, construyó caminos a partir del norte, que en definitiva fueron usados por sus tropas. En los setenta, concentró los esfuerzos en la creación de un partido marxista unido y realizó su último propósito —o, por lo menos, eso creyó, en 1977— cuando reunió en el Partido Democrático Popular a tres facciones revolucionarias encabezadas por Babrak Karmal, Mur Muhammad Taraki y Hafizullah Amin.<sup>36</sup>

En 1978, Daud fue derrocado por un golpe militar apoyado por la URSS, que consideraba que ya era hora de aplicar la ingeniería social sobre Afga-

nistán. Más aún, los soviéticos desencadenaron una revolución, pero no pudieron controlarla, y el poder quedó en manos de tres personajes siniestros: Amin, Karmal y Taraki. Amin era un profesor de matemáticas que “pasaba entusiastamente de las abstracciones numéricas al derramamiento de sangre en gran cantidad”. Su primer acto de gobierno fue fusilar a treinta miembros de la familia real ante sus ojos; siguió con algunos miembros del gobierno y, finalmente, mató al propio Daud. Mantuvo a doce mil prisioneros sin juicio, permanentemente torturados. Su “plan marxista” era la destrucción de aldeas enteras.

En marzo de 1979, Amin se autoproclamó dictador exclusivo, buscando, con ello, marginar a Karmal y a Taraki. Al primero lo envió de embajador a Praga. Entonces, arreció el terror, debido a que la nueva República Islámica de Jomeini comenzó a financiar a los insurgentes islámicos de Afganistán. El embajador estadounidense fue asesinado. El 12 de agosto de 1979, treinta asesores soviéticos fueron desollados cerca de Kandahar.

El general Alekséi Epishev, un alto jerarca del Ejército Rojo que había atendido los aspectos políticos de la invasión a Checoslovaquia en 1968, fue enviado a Kabul. Se reunió en la embajada soviética con Taraki y Amin, encuentro en el que Taraki fue baleado. El 17 de septiembre, Moscú envió un telegrama felicitando a Amin ¡por haber sobrevivido a un atentado! Amin habló de un “complot contrarrevolucionario” y pidió a los soviéticos tres batallones. El 17 de diciembre, llegaron los paracaidistas, pero, “sin que lo supiera Amin, traían en su equipaje a Karmal; en Navidad, los soviéticos iniciaron una invasión a gran escala, con el empleo de dos de sus siete divisiones aerotransportadas”. Por tierra, llegó una fuerza expedicionaria de ochenta mil hombres, justamente por los caminos previamente construidos por los soviéticos. Amin, su esposa, sus siete hijos, un sobrino y treinta miembros de su personal fueron asesinados dos días después. Entonces,

Viktor Papertin, general soviético a cargo del *Putsch*, se suicidó. Karmal organizó otro gobierno, pero, durante el nuevo año, se reveló que no era más que un títere soviético que debía de enfrentar un alzamiento general [...]. El Ejército soviético inicial de ocupación fue de ochenta mil hombres, el cual, poco a poco, se elevó a 120,000 y, a ratos, alcanzó cifras mucho más altas. La guerra duró una década, aunque los soviéticos y sus aliados nunca pudieron controlar mucho más que las ciudades principales y los caminos estratégicos.<sup>37</sup>

La guerra mató a un millón de afganos, mientras que los soviéticos perdieron dieciséis mil hombres y tres veces más fueron heridos. De una po-



blación de dieciocho millones de afganos, seis millones se convirtieron en refugiados, principalmente en Pakistán e Irán.

Johnson aprovecha este momento para informarnos que los totalitarismos provocaban, en los setenta y los ochenta, una enorme cantidad de refugiados: “Un hecho lamentable fue que, durante los años setenta y ochenta, las medidas adoptadas por la URSS y sus satélites cubano, etíope e indochino agregaron alrededor de doce a quince millones al número total de personas desplazadas, lo que puede compararse con los horrorosos resultados estadísticos de Stalin o Hitler”.<sup>38</sup>

De regreso a Afganistán, Paul Johnson nos recuerda que todos los esfuerzos soviéticos por instaurar orden fueron inútiles. Habían desatado la liminalidad, el sacrificio natural y ya no podían contrarrestarlo, convertirlo en *katéchon*. Los muyahidines, los rebeldes nacionalistas, no fueron derrotados. En 1987, los soviéticos colocaron como dictador al doctor Najibulá y dejaron de dirigir directamente las operaciones militares. El 8 de febrero de 1988, Mijaíl Gorbachov anunció el retiro de las tropas de Afganistán, un movimiento que, finalmente, concluyó, el 15 de febrero de 1991. La Unión Soviética pagó un alto costo por la guerra y la guerrilla islámica se extendió en vastos territorios, acercándose incluso a las fronteras soviéticas de Asia Central.

Los soviéticos no habían comprendido la importancia del problema fundamentalista. Según Trotski, las mujeres de Oriente serían el motor de la revolución y darían la puntilla a su “putrefacta religión”. Stalin, Jrúshchov y Brézhnev intentaron controlar el Islam mediante clérigos manipulables, pero, en los ochenta, el revivalismo islámico alcanzó el territorio soviético. “Los líderes musulmanes quisieron [...] lograr que la práctica musulmana, incluso las plegarias públicas, el Ramadán y otros ayunos armonizaran con las normas soviéticas, para legitimar el Islam de acuerdo con la sociedad comunista”. Alentaban a los musulmanes “a incorporarse a las organizaciones sociales soviéticas *como musulmanes*; los clérigos musulmanes que trabajaban para el shá habían hecho exactamente lo mismo”.<sup>39</sup>

El revivalismo islámico era una anomalía en el imperio soviético, pues éste implicaba un intento de homogenización. Al igual que los impulsos religiosos, los nacionalismos pueden subsistir, en los totalitarismos, sólo como aspectos cosméticos:

el gran imperialismo ruso continuó con las provincias y los territorios zaristas que se transformaron en satélites internos bautizados con el nombre de “repúblicas socialistas”. Durante los años cincuenta, Jrúshchov inició el proceso cosmético de “descolonización”, emitiendo de-

cretos (29 de agosto de 1957, 22 de junio de 1959) que ampliaban las atribuciones de los gabinetes de las repúblicas federales y aumentaban la independencia judicial y administrativa. Sin embargo, algunos de sus colegas no vieron con buenos ojos ni siquiera estas medidas tímidas, que fueron anuladas después de la caída de Jrúshchov. La Constitución de 1977 mantenía un sistema federal de carácter formal en el artículo 70°. e incluía el fantasioso “derecho de secesión” en el artículo 72°, aunque, en todos los restantes aspectos, era un documento monolítico que apuntaba a la centralización, la unidad y el ascenso del “pueblo soviético” como una nueva comunidad histórica. En definitiva, englobaba y se imponía a las cincuenta y tres comunidades nacionales principales de la Unión Soviética.<sup>40</sup>

Los totalitarismos no permiten competencia política ni de organización social. Esto es justo lo que hace el fundamentalismo: competir contra el gobierno. Más aún, el fundamentalismo es un fuerte competidor mimético del radicalismo totalitario, con sus dogmas, sus pirómanos, sus métodos violentos y sus chivos expiatorios.

Johnson aprovecha este momento para hacer una comparación interesante que nos remite a los primeros capítulos: el totalitarismo soviético utilizó métodos de gobierno similares a los de las potencias europeas durante el siglo XIX en África:

En sus aspectos esenciales, la política imperial soviética se asemejaba a la de Francia: era una unión en la que las “colonias” adquirirían gradualmente las ventajas culturales y económicas de la igualdad con los grandes rusos a cambio de la renuncia a sus aspiraciones nacionales. Esta política, como la de Francia, se basaba en elecciones fraguadas y el *Diktat* administrativo, en realidad, mucho más, pues la política imperial estaba determinada por el Partido, que ejercía el monopolio de todo el poder político y de las manifestaciones habladas y escritas, algo que los imperialistas franceses nunca habían poseído o siquiera buscado.<sup>41</sup>

La élite no escatimó esfuerzos para mantener la identidad soviética. Se inhibieron las lenguas locales y las identidades nacionalistas para privilegiar el ruso. En la Constitución de 1977, quedó establecido que los instrumentos de integración del Estado eran las fuerzas armadas y el Partido. Sin embargo, los líderes de ambas instituciones eran, en su inmensa mayoría, eslavos. Éstos también tenían el control de las repúblicas, incluso de las no rusas. Así, la supuesta homogenización soviética, en el fondo, era rusificación:

Como hemos visto, el imperialismo francés orientado hacia la asimilación fracasó, entre otras cosas, por razones demográficas. Una de las lecciones del siglo XX fue que las elevadas tasas de natalidad de los pueblos sometidos son un enemigo mortal del colonialismo. Hasta la llegada del bolchevismo, Rusia tenía una de las poblaciones más dinámicas del mundo. El “déficit demográfico” total provocado por la I Guerra Mundial, la guerra civil, el hambre de Lenin, el hambre de Stalin, las grandes purgas y la II Guerra Mundial representó un total de sesenta millones en el período entero, compensada en parte por los veinte millones agregados por la adquisición de los Estados Bálticos, Besarabia, Carelia, la Polonia soviética, Bukovina y otros territorios. Hubo cierto dinamismo demográfico durante el período 1945-1958 y la tasa anual de crecimiento en el período 1959-1970 fue del 1.34 por ciento, elevada para las normas europeas, aunque estaba descendiendo. Parece que, durante los años setenta, el promedio fue inferior al uno por ciento. Los demógrafos soviéticos preveían que el censo de 1970 arrojaría una cifra superior a los 250 millones. En cambio, el total de 1970 fue de diez millones menos y la cifra de 1979 fue de sólo 262'436,000. Lo que el censo de 1970 reveló por primera vez fue una doble tasa de natalidad: baja en la Rusia eslava y báltica, alta en la Unión Soviética oriental, Asia Central y el Cáucaso. Solamente durante los años sesenta, la población musulmana pasó de veinticuatro a treintaicinco millones y sumó catorce millones más durante los años setenta, de modo que, a principios de los ochenta, había un total de cincuenta millones. A esta altura de las cosas, era evidente que, al doblar del siglo, Asia Central y Caucasia aportarían unos cien millones, es decir, un tercio del total. Incluso hacia 1979, los 137 millones de grandes rusos, una población que estaba envejeciendo acentuadamente comparada con los no eslavos, se sentía en una postura demográficamente defensiva; su índice de crecimiento era bastante inferior al uno por ciento, comparado con el 2.5 al 3.5 por ciento de los musulmanes soviéticos. También era significativo que el conocimiento del ruso entre los musulmanes estaba disminuyendo.<sup>42</sup>

#### 10.4 La explosión demográfica como liminalidad

Los cambios demográficos abruptos, ya sean de aumento o disminución de población, implican liminalidad. Cambian las relaciones de poder, las comunicaciones, la relación con el espacio, las oportunidades, la economía, la sociedad y, finalmente, la política.

El acelerado crecimiento demográfico mundial, durante el siglo XX, en muchas ocasiones, desgastó los *katéchones*; en otras, los hizo por completo inútiles. La mayor parte de las veces, empero, terminaron por adaptarse y producir nuevamente un orden. A lo largo del siglo, la tendencia demográfica mundial fue la siguiente:

<b>Año</b>	<b>Número de habitantes del mundo en millones</b>
<b>1900</b>	1,260
<b>1930</b>	2,000
<b>1950</b>	2,500
<b>1960</b>	3,500
<b>1975</b>	4,000
<b>1987</b>	5,000 (80 millones anuales)
<b>2010</b>	7,000

La transición demográfica ocurre en las sociedades por lo siguiente:

- 1) La medicina y la salud pública reducen la mortandad, pero el índice de natalidad se mantiene muy elevado y, por lo tanto, el aumento poblacional adquiere gran velocidad;
- 2) después, en tanto que el desarrollo modifica los hábitos de las familias, el índice de natalidad y mortandad se equilibran.

Sin embargo, entre el paso 1 y 2 suele haber muchas dificultades, desorden. Es un período donde acecha la liminalidad y, si no es bien contenida por los *katéchones*, lleva a situaciones violentas. En Europa, la etapa de transición ocurrió entre 1760 y 1870 y terminó en los años setenta del siglo XX, incluso en Rusia, Yugoslavia, Portugal y España. En Japón, concluyó incluso antes, en los años cincuenta. El problema fue que, mientras duró el período de transición, eligió contener la violencia con el método violento del totalitarismo. En los años ochenta, China y la mayor parte de los países de América Latina entraron en la segunda fase e India, en los noventa. “Durante los años ochenta y comienzos de los noventa, las áreas de más elevado aumento demográfico continuaron siendo América Central y, especialmente, África”.<sup>43</sup>

Una dosis de prosperidad (aproximadamente, 400 dólares per cápita al valor de 1964) suele ir acompañada de un cambio de mentalidad respecto a la

natalidad. Más aún, los programas de control natal son importantes, pero no decisivos. El uso de anticonceptivos es más síntoma de que se ha alcanzado la segunda fase que promoción para llegar a ella. Lo que más ha de estimularse es el desarrollo económico y social para alcanzar rápidamente la estabilidad.

La Humanidad cuenta con el conocimiento científico-tecnológico-organizativo para alcanzar el nivel de prosperidad necesario para el control demográfico y el cambio de mentalidad hacia una mayor conciencia ecológica. Desde 1945, la agricultura científica produce excedentes alimentarios fantásticos a nivel global, sobre todo, en Estados Unidos, Europa occidental, Canadá, Australia y Argentina. Este tipo de agricultura permite, a la vez, contar con los excedentes suficientes para la industrialización y, posteriormente, para la posindustrialización, es decir, para el crecimiento del sector terciario.

El problema de la escasez de alimentos, durante el siglo XX, dejó de ser un problema técnico para convertirse en uno político. El colectivismo, el odio a los intermediarios y los obstáculos al comercio y la manipulación política provocaron la escasez. En este caso, la fabricación de chivos expiatorios, de soluciones mágicas, en nombre de la pureza moral, fueron los verdaderos responsables de las hambrunas:

Como Marx, Lenin había sido víctima de la “falacia física”: la creencia de que sólo los que producían artículos o cultivaban alimentos eran trabajadores “honestos”; todos los intermediarios eran parásitos. Lenin los había denunciado como “especuladores”, “ladrones”, “saqueadores”, “bandidos económicos” y otros epítetos por el estilo. Tales actitudes persistieron en el sistema soviético y fueron exportadas a Europa oriental y a todas las regiones de Asia, África y América Latina en que se adoptó el sistema colectivista de estilo soviético.<sup>44</sup>

China e India abandonaron el colectivismo económico en los años ochenta y superaron, casi por completo, el problema de la escasez de alimentos. Rusia fue el ejemplo de lo contrario: su persistente colectivismo trajo malos resultados. Antes de 1914, era una potencia exportadora de alimentos; con Lenin, se convirtió en importadora. La política de Stalin acabó con los buenos y muy productivos agricultores que aún habitaban en la URSS. En los treinta, y, después, durante la II Guerra Mundial, el hambre era una experiencia cotidiana para los soviéticos. En la posguerra, las cosas mejoraron, pero, en 1963, ocurrió una nueva catástrofe alimentaria, que padeció incluso la élite en Moscú. Ni Jrúshchov ni Brézhnev cambiaron la política colectivista y el estancamiento continuó y, así, “Durante los años setenta y ochenta,

la carne y los huevos escasearon en los almacenes no privilegiados incluso de Moscú".<sup>45</sup>

A finales de los ochenta, los cambios en la organización del sector primario fueron apenas marginales. No se percibió ninguna mejora, sólo confusión. El desorden de la distribución de la producción agrícola provocaba enormes pérdidas: el 40% de los alimentos no llegaba a los consumidores, se pudría en los depósitos, se desviaba desde los ferrocarriles o se lo comía las ratas. En el invierno 1990-1991, el hambre volvió a asomarse y la URSS tuvo que mendigar comida a Occidente. Cabe destacar que:

Un aspecto característico de las realidades soviéticas fue que, durante el referéndum celebrado el 16 de marzo de 1991 para determinar si la Unión Soviética debía de continuar siendo una unidad, el régimen, con el propósito de alentar una elevada concurrencia, vendió carne y verduras de sus reservas secretas en los lugares de votación, pero incluso estas partidas se habían agotado a la hora del almuerzo. En la raíz de todas las dificultades soviéticas estaba una teoría basada en el empleo deshonesto de los datos estadísticos, completado por la simple ignorancia.<sup>46</sup>

En Polonia, ocurrió algo similar. Antes de ser tomado por los socialistas, el país era un gran exportador de alimentos; el gobierno comunista lo convirtió en importador. Entre 1989 y 1991, con la caída del socialismo, mejoró considerablemente su producción alimentaria.

Nicolae Ceaușescu, en Rumania, exportaba comida para conseguir divisas, pero a costa de matar de hambre a su pueblo. En 1985, Hungría instauró un sistema de mercado en la producción del campo, lo cual implicó importantes mejoras, aunque, en general, los países de la COMECON eran importadores de alimentos.

El drama de la escasez de alimentos provocada por el colectivismo también se vivió en Irak, Siria, Irán, Indonesia, Birmania y muchos países africanos, notablemente, Ghana y Tanzania, otrora grandes productores de comida.

### 10.5 África, ¿terminar con la liminalidad?

África padecía, además del colectivismo, problemas políticos y fronterizos, gobiernos opresores, conflictos tribales, raciales y religiosos. Por ejemplo: Chad y Mozambique sufrieron una larga hambruna en los ochenta; mientras que, en los ochenta y noventa, Sudán vivió una guerra entre el norte y el sur y Etiopía experimentó con la ingeniería social marxista, que desplazó a

enormes masas de campesinos y pastores mediante un cruel bombardeo de sus aldeas y, por si fuera poco, Etiopía también fue a la guerra contra Eritrea y Somalia.

A finales de los ochenta, Costa de Marfil, Kenia y Malawi, estables en los setenta, atravesaron grandes dificultades económicas y una gran inquietud social. A principios de los noventa, Liberia, el país más antiguo del África subsahariana, fundado en 1822, estaba dividido entre tres ejércitos sanguinarios de señores de la guerra que luchaban entre sí. Los vecinos organizaron una “fuerza de mantenimiento de la paz” que, en realidad, no hicieron más que unirse al saqueo y contribuir a la hambruna.

En África, casi todos los estados eran colectivistas y estaban lejos de los mercados internacionales. Sin embargo, en 1988, Mozambique, Angola y Namibia desmantelaron el colectivismo, pidieron a Occidente que invirtiera en ellos, organizaron elecciones libres y se opusieron al radicalismo socialista. La liminalidad comenzó a ceder ante los *katéchones* del autocontrol, la democracia, la prosperidad, el Estado de Derecho y la diplomacia comercial y política. En 1989, el cambio más importante en el África subsahariana llegó con el fin del socialismo étnico, del *apartheid* en Sudáfrica.

Los problemas de Sudáfrica reflejaban el macrocosmos del mundo: el desproporcionado crecimiento demográfico de los no “blancos” y el descenso de los “blancos”. Había treinta millones de los primeros y cinco millones de los segundos:

Los diferenciales sudafricanos de crecimiento demográfico anual oscilaban desde el 0.77 por ciento para los “blancos” y el 1.64 para los “asiáticos”, hasta el 1.89 para la gente “de color” (de “raza mixta”), para alcanzar el 2.39 en el caso de los “negros” (cifras de 1988); y eran análogos a los del resto del mundo. También, a semejanza del mundo, Sudáfrica, con once idiomas principales, no tenía una sola lengua escrita o hablada por la mayoría de sus habitantes. Como el mundo, era la combinación de una economía de Primer Mundo y otra de Tercer Mundo. El poder, incluso el de carácter militar, estaba distribuido entre los “blancos” y los no “blancos” de un modo semejante al que podía observarse en el resto del Planeta. Los coeficientes de ingresos entre los “blancos” y los no “blancos” también eran comparables con los del mundo. La rápida urbanización, que aumentó la proporción de la población de todas las “razas” que habitaban en los pueblos y las ciudades, del 25 por ciento, en 1900, a más del 60 por ciento, en 1989, también se ajustaba al esquema mundial general y originaba consecuencias similares: el crecimiento de enormes barrios bajos megalopolitanos y los horrorosos índices del delito urbano.

Asimismo, como más de cien países de todo el mundo, Sudáfrica había intentado resolver los problemas originados con estos fenómenos ampliando su sector estatal y adoptando una actitud del tipo “economía de mando”, de modo que, simplemente, los había complicado.<sup>47</sup>

En 1989, el decaimiento de la economía sudafricana llevó al Presidente y líder del Partido Nacional, Frederik de Klerk, a comenzar el diálogo con los nacionalistas “negros”, con los líderes del Congreso Nacional Africano, especialmente, con Nelson Mandela. Inició un proceso de desencapsulamiento y de reducción de distancias sociales. Hablaban, finalmente, de hombre a hombre. Sin embargo, ocurrió un evento inesperado: aumentó la violencia entre “negros”, principalmente, entre los xhosas que apoyaban al Congreso y los zulúes del movimiento Inkatha.

De Klerk dismanteló gradualmente el falso holismo del *apartheid*: en los ochenta, se dejaron de prohibir las relaciones sexuales y económicas interraciales —leyes que, por otro lado, habían perdido sentido debido a las presiones demográficas—. En febrero de 1991, se abolieron las limitaciones para los “negros” en materia de movimiento, residencia y propiedad de las tierras y las casas. La única reliquia del viejo sistema de diferencias era el sistema electoral, que mantenía la discriminación “racial”.

De Klerk temía que el método de un hombre-un voto llevara a la guerra civil, como en otros lugares de África. El *katéchon*, la liminalidad controlada de las elecciones —pensaba—, llevaría a una violencia descontrolada. Por otra parte, con votaciones, la tendencia demográfica haría irrelevantes a los “blancos” en el reparto del poder.

Por la fecha de su publicación, *Tiempos Modernos* ya no registró la transición democrática de Sudáfrica, que se consolidó hacia 1994, cuando Nelson Mandela llegó a la Presidencia. Y, como sabemos, la adopción del voto universal no llevó a la guerra civil; más bien, la política funcionó, aunque, como también sabemos, la élite “negra” sudafricana posterior a Mandela ha puesto el sistema al borde del caos. Asimismo, la sociedad desencapsulada vive los peligros de la violencia criminal, ante un gobierno, en ocasiones, incapaz y, en otras, cómplice.

## 10.6 La violencia banalizada en el Lejano Oriente

Algunos países seguían lidiando con las violencias ideológica y temible, ya fuera por herencia de Bandung o por el totalitarismo tradicional; ahí, la liminalidad se mantenía por períodos insoportablemente largos, pero, en algunos



otros países, se apostó por lo contrario: el liberalismo, acompañado de los *katéchones* del autocontrol, el Estado de Derecho, la prosperidad capitalista y la cooperación en lugar del conflicto en el ámbito internacional. Es decir, que renunciaron al recurso simple de usar chivos expiatorios como principal explicación de los problemas.

El contraste entre los sistemas totalitarios y los liberales ya era evidente en los años ochenta y, por ello, muchos países del Tercer Mundo transitaban hacia el sistema de mercado; una transición que, en numerosas ocasiones, también implicó democratización. Tomando como ejemplo a seguir a Japón, Hong Kong —colonia británica—, Singapur —excolonia británica, “con gobierno propio, desde 1959, e independiente, desde 1965—, Taiwán y Corea del Sur, estos territorios comenzaron el período de posguerra con altas tasas de nacimiento y bajos ingresos, rechazaron el colectivismo para organizar su economía y política y apostaron por el sistema de mercado y la democracia, el Estado de Derecho y unas relaciones internacionales responsables. El resultado era ya visible en los años sesenta, cuando su nivel de vida aumentaba más rápido que en cualquier otra región del mundo: “cada uno de esos países ilustró el modo en que la elevación de los ingresos per cápita tendió a originar el descenso de la tasa de natalidad, estimulando de ese modo la ulterior creación de riqueza”. En los setenta, la tendencia continuó y, en los ochenta, se aceleró. En la posguerra, habían tenido, todos, un ingreso per cápita de alrededor de cien dólares anuales. En los ochenta, Hong Kong, pese al flujo de emigrantes pobres de China, estaba cerca de los 10,000 dólares anuales; Singapur acabó la década con cerca de 8,000; Taiwán, con 6,000; y Corea del Sur, con 4,000 dólares. “Estos países estaban dejando rápidamente de ser Estados del Tercer Mundo y se convertían en parte del Primer Mundo”.<sup>48</sup>

Mas, por su dimensión y grado de devastación inicial, el caso más llamativo fue Japón, que, a finales de los cuarenta, comenzó su proceso:

Como en Alemania occidental, en 1948-1949, y en Francia, en 1958, el cimiento fue una constitución excelente [...] La constitución de Japón en la preguerra era un desastre y todo su sistema legal era primitivo e inestable. La ocupación, en cuyo régimen Estados Unidos ejerció el poder exclusivo, *de facto* conferido a un autócrata, el general MacArthur, fue una verdadera bendición. Éste pudo representar el papel de déspota ilustrado para imponer a Japón una revolución desde arriba, semejante a la restauración Meiji de la década de 1860 y, de este modo, lanzó a los japoneses por el camino de la modernidad. La constitución de 1947, elaborada en el cuartel general de MacArthur, no fue un acuerdo interno de los partidos, representativo de un mínimo común denominador político,

sino un concepto homogéneo, que incorporó los mejores aspectos de las constituciones británica y estadounidense y —como la de De Gaulle— impuso una inteligente línea media entre el Ejecutivo y el Legislativo y entre el poder central y el local [...]. Considerada en conjunto con otras leyes de la ocupación, que crearon los sindicatos libres y la prensa libre y restituyeron el control de la policía —las fuerzas armadas como tales fueron abolidas—, la constitución y la “era estadounidense” que aquélla representó lograron destruir el influjo hipnótico que el Estado había ejercido hasta allí sobre el pueblo japonés.<sup>49</sup>

En la nueva Constitución, el Estado es para los ciudadanos, no al revés. La Suprema Corte y el Poder Judicial así lo garantizaron. El individualismo y el ascenso de la familia contrarrestaron lo que quedaba, en los hábitos, del totalitarismo. En lugar de los chivos expiatorios que pretenden resolverlo todo mágicamente, se puso énfasis en la responsabilidad individual. El Estado de Derecho ofreció orden. Terminó el muy largo proceso de liminalidad que habían mantenido alterados a los japoneses durante décadas.

La reforma agraria implicó la entrega de tierra a 4.7 millones de arrendatarios y la superficie entregada representó noventa por ciento del total. Miles de comunidades locales, compuestas de pequeños propietarios, se democratizaron y fortalecieron. El Parlamento se convirtió en baluarte de la estabilidad, gracias a la alianza liberal-conservadora, más tarde, convertida en el Partido Demócrata Liberal. Las facciones internas eran lo suficientemente flexibles para encontrar soluciones y acuerdos en cuestiones básicas, sobre todo, en cuanto a las reglas democráticas, las libertades y a la certidumbre para las empresas. Los demócratas liberales en Japón cohesionaron a las fuerzas políticas, al igual que lo hicieron en Francia, Alemania e Italia.

Shigeru Yoshida, diplomático liberal, defensor del Estado de Derecho, se opuso al totalitarismo. A los sesenta y siete años, se convirtió en primer ministro (1946-1954) y ofreció un titanismo positivo, análogo al de Adenauer, en Alemania; De Gasperi, en Italia; y De Gaulle, en Francia. Cuando Yoshida se retiró, Japón ya era un país estable y reconstruido. Su economía creció diez puntos anuales durante los veinte años posteriores a la guerra. El milagro se basó en el automóvil. A inicios de los años ochenta, los nipones ya producían más coches que Estados Unidos y exportaban la mitad de ellos. En los sesenta, ya producían más radios que los estadounidenses y, en los sesenta, más relojes que los suizos y más cámaras fotográficas que los alemanes. Hacia 1978, eran, en muchos rubros, la principal potencia industrial exportadora. Japón producía tanto acero como Estados Unidos y casi tanto como la Comunidad Económica Europea. Durante los ochenta, era la principal

potencia en múltiples áreas de elevada tecnología “como aviones de reacción, máquinas, herramientas, robots, semiconductores, calculadoras, copiadoras, computadoras, telecomunicaciones, sistemas energéticos avanzados (entre ellos el poder nuclear y la coherencia)”. En esa década, su inversión per cápita era el doble que la estadounidense y llegó incluso a ser superior en términos absolutos, pese a tener una población mucho menor que Estados Unidos.

Aunque en los ochenta el crecimiento económico de Japón dejó de ser tan veloz, su sector financiero siguió avanzando y, en 1987, llegó a ser la mayor nación bancaria del mundo. Los japoneses invertían los excedentes de su comercio en: 1) comprar bonos del Tesoro —así fue como Estados Unidos enfrentó el déficit de ese período—; 2) inversión o absorción de empresas de Estados Unidos —lo que permitió a este país incurrir en un elevado déficit comercial—; 3) inversiones en Australia para la extracción de materias primas; 4) inversión en Gran Bretaña para librar las barreras arancelarias de la Comunidad Europea.

A principios de los noventa, Japón tenía la principal cartera de mundial de inversiones. Su éxito se basaba en:

1) La incapacidad de los extranjeros de entrar en su mercado y en su capacidad de entrar en los mercados de los otros. Se convirtió en la envidia de muchos países y, en muchas ocasiones, fue acusado de tramposo por Estados Unidos y la Comunidad Europea. Mediante cuotas compensatorias, lograron excluir a Japón de algunos negocios, como la reconstrucción de Kuwait después de la invasión iraquí. Japón resistió, pues, al final, era lo suficientemente próspero para soportar algunos castigos y podía, en ocasiones, tolerar ser un chivo expiatorio blando si ése era el costo de mantener algunos privilegios en el circuito económico mundial.

2) Enormes inversiones privadas en educación y tecnología convirtieron a Japón en la segunda economía a nivel mundial. Paul Johnson describe estos logros como “una combinación de Adam Smith con un toque keynesiano”.

3) El alto porcentaje de su economía destinado a capital fijo, bajo porcentaje dedicado a inversión improductiva, bajos impuestos, bajísimo gasto en defensa y sector gubernamental, mucho ahorro personal canalizado a la industria por el sistema bancario, importaciones estratégicas de tecnología, rápido reemplazo de maquinaria —lo cual era posible por la limitación de los salarios—. Todo esto permitía una producción muy

superior a la retribución, lo cual, a la vez, volvía los productos nipones competitivos en los mercados internacionales.

4) La fuerza de trabajo japonesa creció debido a la contracción del sector agrario y a “la educación y especialización excepcionales de los mismos trabajadores porque Japón”, al igual que los otros Estados asiáticos con economías de mercado, “orientaban la expansión educacional [...] en relación estrecha con las necesidades industriales”.<sup>50</sup> En estos países, la revolución de la educación no produjo ideologías radicales y, por lo tanto, el resultado de la expansión de las universidades fue muy distinto al ocurrido durante los sesenta en Occidente.

5) Japón también se benefició de las guerras de Corea y Vietnam, que lo convirtieron en socio estratégico de Estados Unidos y Occidente.

6) El gobierno dio cierto grado de protección externa y apoyo a sus exportaciones, pero lo más importante fue la competencia interna y las políticas benevolentes con la iniciativa privada.

7) El rasgo más original del crecimiento económico japonés fue el antropomorfismo. El modo en que las empresas aplicaron “la nueva tendencia antiolecionista y favorable a la familia para organizar el proceso social y, de ese modo, limitar la influencia destructiva de la guerra de clases”. Claro está, había más de 34,000 sindicatos hacia 1949, que estaban activos y eran eficaces, pero la negociación en la fábrica y las mejoras en la productividad se basaban en la presión originada entre “los compañeros de trabajo más que en la administración”, lo cual determinó que “los índices salariales japoneses aumentaran más en términos reales que los de otros países industriales importantes”. Lograron, así, un “elevado nivel de seguridad en el empleo y mínima desocupación, un promedio de 2.6 por ciento hacia fines de los ochenta”. Fue un modo constructivo de alcanzar elevados índices de igualdad y eliminar la pobreza.<sup>51</sup>

Las empresas japonesas envolvían al trabajador con “una protección familiar que incluía la vivienda, las comidas, la atención médica, la orientación ética, el deporte y las vacaciones”. El antropomorfismo se desarrolló incluso en las fábricas. En

Kubota, donde se producían hierro y máquinas, se enseñaba a los trabajadores a ver en sus máquinas madres y padres, que engendraban hijos

e hijas (los productos acabados de la empresa), los cuales “se casaban” con los clientes —los vendedores eran los casamenteros—. Después, los concesionarios de Kubota suministraban los “cuidados posnatales”, a satisfacción tanto de la “esposa” como del “esposo” [...]. En el producto principal de la compañía, un arado mecánico, la envoltura de la máquina era el cuerpo y el motor era el corazón. Los visitantes de la fábrica eran “parientes o amigos de la familia”.<sup>52</sup>

Los trabajadores escribían poemas en la revista de la fábrica y la propaganda para la producción. Aquí sí triunfó:

el tipo de propaganda para la producción colectivizada, que fracasó tan notablemente en la Rusia soviética e incluso en China. En Japón se lo aplicó con habilidad mucho mayor; fue eficaz en el contexto no totalitario [...], donde se le confirió una escala humana, un impulso voluntario, una imaginaria familiar y, lo que no es menos importante, se percibió que producía beneficios inmediatos y sustanciales en el consumo personal.<sup>53</sup>

Los trabajadores organizaban “comités de perfeccionamiento”, donde acentuaban el espíritu crítico y autocrítico. El sentido de responsabilidad individual acompañaba esta extraña y benéfica forma de falso holismo.

### 10.7 Imitar a Japón

El modelo japonés, en su totalidad, era imposible de imitar, pero algunos aspectos sí eran exportables. Más aún, el éxito nipón generó “un ambiente mercantil dinámico en toda el área del Pacífico: actuó como estímulo directo y por vía de ejemplo”.<sup>54</sup> Así, las economías de Corea del Sur y Taiwán recibieron un estímulo directo de la japonesa.

La primera, a partir de los sesenta, contaba con un elevado y sostenido crecimiento económico y había logrado superar su dependencia de la agricultura y débil balanza de pagos, para convertirse, en los setenta, en una nación de ingresos medios. En Taiwán, en 1949, se impuso el régimen del Guómíndāng. El nuevo país estaba compuesto, en su mayoría, de chinos que huían de la larga liminalidad de la guerra civil, quienes, finalmente, encontraban paz y estabilidad para ser productivos. La economía local era preindustrial, pero de inmediato se llevó a cabo una reforma agraria que repartió noventa por ciento de las tierras a los campesinos. Las ganancias agrí-

colas aumentaron enormemente gracias al estímulo mercantil, la seguridad de la propiedad privada, leyes que hacían casi imposibles las huelgas, bajos impuestos y estímulos a la inversión fabril. Entre los sesenta y los ochenta, noventa por ciento de su PIB provenía del sector exportador y la tasa de crecimiento sostenido era de más de diez puntos anuales. Su fuerza provenía de los “astilleros, los textiles, la petroquímica y el equipo electrónico”.<sup>55</sup>

Por otra parte, Hong Kong absorbió cinco millones de chinos refugiados que huían de la guerra, de Máo y el comunismo. El gobierno colonial británico aportó estabilidad y un buen ambiente para los negocios. En Singapur, sobre todo a partir de 1959, el Partido de Acción Popular de Lǐ Guāngyào (Lee Kuan Yew) promovió un sistema de libre empresa atemperado con filosofía socialista, lo cual permitió al país superar el hambre y prosperar. Y, aunque, en los ochenta, la oposición acusó a Lee de poseer rasgos autoritarios, después de treinta años en el poder, se retiró, en 1991, como uno de los estadistas más exitosos de la posguerra.

Todas estas naciones tenían como ventaja decisiva su mano de obra eficaz, pues se criaban personas para la envidia banalizada —en tanto que se alentaban valores que atraían a los individuos a la vida familiar—, para la competencia, el consumo y la producción, no para la envidia ideológica.

La influencia japonesa llegó más lejos en Asia. La sana competencia, los *katéchones* de la prosperidad, la democracia, el Estado de Derecho, la cooperación internacional y el autocontrol mostraron sus beneficios frente a las absurdas soluciones mágicas del abuso del mecanismo del chivo expiatorio, de los políticos populistas y los regímenes autoritarios.

A finales de los cincuenta, el gobierno de Tailandia, inspirado en el de Japón, adoptó un sistema de mercado. Durante las siguientes décadas, alcanzó un sorprendente crecimiento sostenido de nueve puntos anuales. El contraste con Birmania, que adoptó el socialismo, es elocuente. El ingreso per cápita de los tailandeses era, en los ochenta, equivalente a cuatro veces el de los birmanos. En Malasia, la combinación de estabilidad política y realismo económico ayudaron a explotar los recursos naturales de modo eficaz y los malayos gozaron, en los ochenta, de crecimiento constante. Indonesia también adoptó el modelo proempresarial y comenzó a recuperarse del desastre dejado por Sukarno. En Filipinas, pese al saqueo del régimen de Marcos y los choques entre fanáticos religiosos y la guerrilla, también la orientación hacia el mercado permitió cierta recuperación económica.

La imitación positiva a Japón fue más allá de Asia. De hecho, desde 1965, el Pacífico se convirtió en la mayor área de desarrollo comercial. Aun diminutas excolonias como Fiyi, Nueva Caledonia y Nauru se enriquecieron con el modelo de mercado.

## 10.8 Chile supera el colectivismo

Pinochet sacrificó el *katéchon* democrático, pero se valió de los *katéchones* de la prosperidad capitalista, el Estado de Derecho y las relaciones internacionales cooperativas para instaurar orden y superar la violenta y costosa liminalidad impuesta por los socialistas. Johnson comienza esta historia con el ascenso de Salvador Allende, quien comenzó la ruta hacia el socialismo, pero fue detenido por un golpe de Estado.

En Chile, durante los años sesenta, el gobierno Demócrata Cristiano de Eduardo Frei dio gran impulso al mercado, pero la inflación crónica (de entre veinte y treinta por ciento anual), derivada de enormes gastos gubernamentales y una mala política de emisión de moneda, provocaron inestabilidad.

La crisis permanente fue usada por Salvador Allende para llegar al poder, en 1970. Sin embargo, el voto combinado de los antisocialistas era de sesenta y dos por ciento. Eso hacía que el gobierno de Allende fuera débil. Lo que no obstó para que comenzara una política de nacionalizaciones en gran escala. Parecía no comprender que había ganado una elección, no una revolución, generando expectativas enormes entre los fanáticos de izquierda y desatando una fuerza que, al final, no pudo controlar. Jugó al pirómano, pero se quemó los dedos. Además, sus aliados estaban divididos y los más radicales de ellos, los “revolucionarios”, escapaban a su control.

Las nacionalizaciones llevadas a cabo por el gobierno de Allende apartaron a Chile de los mercados mundiales. Los militantes de izquierda no querían limitarse por el constitucionalismo; querían, al igual que los leninistas, una profunda y larga liminalidad, un periodo caótico para sentar las bases de un nuevo orden. En lugar de las leyes, apelaron al poder popular, organizaron grupos para tomar las tierras y las fábricas y atacaron al parlamento. Allende intentó moderarlos, pero no lo logró.

El presidente tenía en contra a los extremistas de izquierda, a la clase media y al Ejército —que se había ido politizado como respuesta al ascenso de la izquierda y acabó teniendo, finalmente, una actuación similar a la del Ejército franquista durante la Guerra Civil española—.

Cuando Allende llegó al poder, a principios de 1971, la inflación había aumentado considerablemente, a veintitrés por ciento. En 1972, ya estaba en 163 por ciento y, en 1973, en 190: era una hiperinflación, el índice más elevado del mundo. Y “esto sucedió antes de que se cuadruplicaran los precios del petróleo: la inflación de Allende fue obra enteramente suya”. Hacia finales de 1971, Chile “declaró una moratoria unilateral de sus deudas externas”. De inmediato, “los bancos cortaron el crédito y el capital huyó; como el caos reinaba en las explotaciones agrícolas, que producían poco, y las fábricas

estaban ocupadas y producían aún menos, desaparecieron las exportaciones, aumentaron las importaciones y éstas, al cabo, también desaparecieron cuando se acabó el dinero”. No había productos en las tiendas y la clase media amagó con una huelga general. “Los trabajadores, que comprobaron que sus salarios habían descendido en términos reales, también lucharon”.<sup>56</sup>

Comenzó, entonces, un mercado negro masivo. Ya desde 1971, la izquierda chilena había usado las redes de la economía informal para contrabandear armamentos. Los grupos comunistas entre la guerrilla contaban con más de treinta mil armas, una cantidad considerable si se toma en cuenta que el Ejército chileno contaba apenas con 26,000 efectivos. Allende vaciló en usar a la policía para contener la oleada violenta de la izquierda; con ello, perdió el monopolio de la fuerza, es decir, la base del Estado de Derecho. Peor aún, “también apoyó un plan destinado a armar a las guerrillas izquierdistas y, el 4 de septiembre de 1973, permitió una manifestación de 750,000 personas en el aniversario de las elecciones”.<sup>57</sup>

Una semana después, el general Augusto Pinochet dio un golpe de Estado, con un saldo de 2,800 muertos. La resistencia la ofrecieron, en su mayoría, grupos de extranjeros radicales que se habían refugiado en Santiago y que ascendían a trece mil. Ni los trabajadores ocuparon las fábricas ni los campesinos se apropiaron de las tierras; más aún, ni las bandas revolucionarias lucharon: había poco entusiasmo por defender a la izquierda. Allende fue asesinado o se suicidó. La oposición a Pinochet venía, casi toda, del exterior, apoyada por Moscú, pero ni siquiera a los soviéticos, que habían negado dar crédito a Allende, les entusiasmaba intervenir.

Una vez en el gobierno, Pinochet contuvo el crecimiento del sector público y abrió la economía al mercado, ofreció garantías a las empresas y construyó un Estado que, más que represivo, era un Estado mínimo, regulador de los mercados —lo mismo que hizo la mayoría de las economías exitosas del Pacífico—. La reconstrucción en Chile se llevó a cabo en un trasfondo de crisis mundial. El gobierno disminuyó la inflación, en un proceso doloroso e impopular de estabilización de las finanzas, pero que logró el reflote de la economía con préstamos del Fondo Monetario Internacional, primero, y comenzó, después, un largo periodo de crecimiento económico.

En 1980, Pinochet ganó con sesenta y nueve por ciento de los votos el referéndum que preguntaba sobre la conveniencia de mantenerse en el poder, si bien, justo en los ochenta, comenzaron también a aumentar las demandas de libertad política y, en 1983, hubo una manifestación que terminó con dieciocho muertos. Durante dieciséis años de dictadura, la Dina, la policía política de Pinochet, fue responsable de matar a más de mil personas y de desaparecer a otras 900.



En 1989, en respuesta a una nueva ola de protestas populares, se llevó a cabo otro referéndum, el cual acabó con la dictadura. Ese mismo año, Patricio Aylwin ganó la elección con cincuenta y dos por ciento de los votos. El gobierno surgido del *katéchon* democrático comenzó una investigación sobre las víctimas de la dictadura, aunque Pinochet se mantuvo como líder del Ejército y el programa económico continuó siendo el mismo.

### 10.9 Gran Bretaña y Europa occidental superan el colectivismo

El éxito de las economías de libre mercado dio nueva confianza al capitalismo. En los setenta, la mayor parte de la intelectualidad había estado convencida de que el capitalismo había entrado en decadencia: se hablaba del “crecimiento cero”, del “capitalismo tardío” y del “postcapitalismo” —todos, términos que se mostraron inadecuados para describir los ochenta—. En los setenta,

la forma de gobierno que concitaba más aprobación en Occidente era la llamada “sociedad mixta”, en la que el sector oficial absorbía entre el cuarenta y el sesenta por ciento del PBN, administraba los servicios de bienestar en escala cada vez más elevada y reservaba el papel concreto de creación de la riqueza al sector privado, que administraba, aproximadamente, la mitad de la economía. Sin embargo, el carácter insatisfactorio de esta fórmula euroamericana se reflejaba en los bajos índices de crecimiento, en el fenómeno denominado “estancación”, que caracterizó a la mayoría de esas economías a medida que avanzó la década, y en la evidencia de una amplia insatisfacción popular reflejada en el creciente número de huelgas. Hacia el fin de la década, cuando los artículos de elevada calidad y bajo precio de los japoneses —y los surcoreanos y los taiwaneses— comenzaron a penetrar cada vez más en los mercados occidentales, se manifestó una creciente demanda de cambios que aportaran la eficiencia de estilo japonés.<sup>58</sup>

En el invierno de 1979, en Gran Bretaña, las empresas del sector público experimentaron numerosas huelgas. El descontento por la estancación fue el trasfondo del ascenso de Margaret Thatcher, cuyas convicciones en contra del crecimiento del gobierno y en favor del libremercado eran sólidas y, también, su idea de no hacer alianza con el Partido Laborista. Su gobierno comenzó por debilitar a los poderosos gremios de trabajadores, siempre con cambios graduales. Durante su largo período como Primera Ministro, acabó con los privilegios ilegales de los sindicatos. La “dama de Hierro”, como la llamó el gobierno de Brézhnev, dejó atrás la laxitud en la aplicación de la Ley

en favor de las organizaciones de trabajadores. Por el contrario, Thatcher no vaciló en reprimir las huelgas ilegales.

Los sindicatos habían destruido los gobiernos de Harold Wilson (1970), Edward Heath (1974) y James Callaghan (1979). Habían logrado instaurar cierta dosis de liminalidad, del “caos” que los marxistas intentan imponer a las sociedades para “construir un nuevo orden”; mismo que, en realidad, nunca llega, pues, cuando los comunistas triunfan e instauran el totalitarismo, luchan con la inestabilidad.

En el Reino Unido, especialmente poderoso era el Sindicato Nacional de Mineros, que utilizaba las agresivas tácticas de Arthur Scargill, líder en Yorkshire. En 1946, con la finalidad de propiciar la paz social, las minas habían pasado a ser propiedad pública, pero el sindicato odiaba tanto a los administradores privados como a los de gobierno. Hacia 1984, la Junta Nacional de Carbón cerró veinte explotaciones e incurrió en enormes pérdidas. Scargill organizó una huelga ilegal, pero encontró su doble mimético en la Primera Ministro, quien se valió de los mineros de Nottinghamshire, que habían creado la Unión de Mineros Democráticos. El líder sindical vio, así, mermada su fortaleza: la Unión mantuvo abiertas numerosas minas a pesar de la intimidación del Sindicato Nacional.

La huelga de Scargill de 1984-1985 intentó derribar al gobierno, pero sufrió derrotas decisivas en los tribunales. Thatcher no vaciló en hacer cumplir la Ley utilizando la fuerza pública. El pirómano había logrado cerrar casi todas las minas mediante actos intimidatorios e intentó cerrar algunas otras industrias. La policía lo impidió y, al final, resultó claro que la huelga había sido perjudicial para el gobierno, para los trabajadores y para la población en general. El costo sumó “2,750 millones de libras esterlinas a las erogaciones oficiales, 1,850 millones a las pérdidas de la Junta Nacional del Carbón; costó 300 millones a la British Steel, 250 millones a la British Rail y 2,200 millones a la industria productora de electricidad”. Más aún, también fue “muy violenta y costó cinco vidas: el 16 de mayo de 1985, dos mineros de Gales del Sur fueron declarados culpables de asesinar a un taxista que llevaba rompehuelgas al trabajo, aunque en la apelación se redujo el cargo a homicidio”. En 1984, “se acusó de diferentes delitos a 7,100 huelguistas y [...] se ventiló un total de 3,483 casos, con 2,740 condenas; el costo de la actividad policial por sí solo se elevó a 300 millones de libras esterlinas”.<sup>59</sup>

Thatcher encabezaba un gobierno con una enorme voluntad de resistencia, lo cual hizo inútil la huelga. Además, la Junta Nacional del Carbón contaba con suficientes reservas porque ya preveía las acciones de Scargill. De cualquiera manera, los sindicalistas radicales tenían también mucha fuerza y fondos ilegales del dictador libio, Gadafi. Al final, el *katéchon* del Estado

de Derecho se impuso y, en febrero de 1985, los trabajadores regresaron a sus labores. Finalmente, el 5 de marzo, los sindicatos aceptaron la nueva correlación de fuerzas, recibieron grandes multas, confiscación de algunos de sus fondos y se despidió a más de treinta mil huelguistas violentos. El sindicato de mineros de Gran Bretaña, que había llegado a ser el más grande de Europa occidental, no sólo estaba empobrecido, sino que también se había dividido y le quedaban sólo ochenta mil miembros.

En 1990, Scargill fue acusado de usar fondos libios para comprar una casa lujosa y llegó su fin político. Se dijo que había comenzado con un sindicato grande y una casa pequeña y que, ahora, las cosas habían cambiado, pues tenía un sindicato pequeño y una gran casa. Thatcher dijo haber acabado con el “enemigo interno”. Los mineros, en su mayoría, siguieron trabajando y aprendieron, al igual que los trabajadores de otras áreas, que el sindicalismo radical no llevaba a ninguna parte.

Otro sindicato poderoso era el de los impresores de Londres, “formado, principalmente, por las asociaciones gráficas nacionales (composición) y la Sociedad de Trabajadores Gráficos y Afines o SOGAT, que incluía a otros trabajadores manuales de la industria”. En relación con su productividad, gozaba de salarios muy elevados, tenía duras condiciones de ingreso y exceso de personal; además, se había convertido en censor de cierta información que no le convenía. En 1983, comenzó una huelga del *Financial Times*, el cual dejó de salir durante dos meses; después, se extendió a todos los periódicos británicos y, por algunos días, éstos dejaron de publicarse.

En diciembre de 1983, con una nueva legislación, los sindicatos gráficos sufrieron una grave derrota. Debieron de pagar una enorme multa por una huelga ilegal que intentaba impedir la publicación de un nuevo diario, *Today*, fundado por un Eddy Sha y que se publicaría con métodos modernos de impresión, ajenos a las labores sindicales. Rupert Murdoch era el propietario de gran cantidad de diarios británicos y editor del *Times*, el *Sunday Times*, el *News of the World* y el *Sun*, que, sumados, llegaban a once millones de ejemplares. Entre 1984 y 1986, construyó en secreto una imprenta de alta tecnología. Al estallar una huelga, despidió a todos los trabajadores y trasladó sus diarios a Wapping, en el este de Londres. Ahí, tenía acuerdos con los sindicatos locales de electricidad, electrónica, telecomunicaciones y plomería; ellos se encargaron de la maquinaria. Los sindicatos contrarios usaron la fuerza y comenzaron una serie de combates callejeros, pero la planta había sido construida para resistir asedios. Mientras tanto, Murdoch triunfó en los tribunales y la policía tuvo que intervenir contra los huelguistas. La derrota del Sindicato Gráfico significó el fin de la censura y que los diarios pudieran

operar con ganancias. Surgieron, entonces, nuevos periódicos, entre ellos, en 1986, el *Independent*.

Después de estos dos casos, los sindicatos fueron más cautelosos y las huelgas ya no serían comunes en la industria. La confianza capitalista regresó y, con ella, también la prosperidad. Durante los años ochenta, la economía británica se expandió cuatro puntos anuales e, incluso, durante varios años, tuvo la tasa de productividad más elevada de toda Europa.

Otro factor del éxito de Thatcher fue su política de privatizaciones. La reducción del sector estatal implicó menores pérdidas para el gobierno y, por lo tanto, se aligeró la carga para los contribuyentes: bajaron los impuestos y se redujo la deuda nacional. Se privatizaron industrias que habían nacido de la iniciativa privada pero que habían sido nacionalizadas, como Cable & Wireless, British Steel, British Telecommunications, British Gas y, también, las encargadas del suministro de agua y electricidad. Estas nuevas empresas comenzaron a cotizar en la Bolsa de Valores; los pequeños ahorradores se vieron alentados a invertir y comenzó “el capitalismo democrático”. De esta manera, la prosperidad benefició a grandes capas de la clase media.

Thatcher fue recompensada en las urnas, reeligiéndose en 1983 y en 1987. Desde 1832, ningún primer ministro había logrado ganar tres elecciones.

El éxito de “la Dama de Hierro” fue imitado en otros países. Una oleada de privatizaciones llegó lo mismo a América Latina que a África y a Australia. Japón privatizó su red ferroviaria, en 1987. Los años ochenta fueron una década de conservadurismo, incluyendo, en muchos países, a los socialistas. En Francia, François Mitterrand fue elegido Presidente, en 1981, e intentó implementar una política colectivista que mostró rápidamente ser un fracaso; corrigió hacia la derecha, con lo que su país se mantuvo estable y próspero y su Presidente, popular.

A finales de los años ochenta, en política económica y defensa, había ya poca diferencia entre la izquierda y la derecha. La socialdemocracia, en Alemania; Mario Soares, en Portugal; Felipe González, en España; y los laboristas, en Australia; eran económicamente tan capitalistas y políticamente tan celosos del Estado de Derecho como sus contrapartes de la derecha. Todo ello, al cobijo del electorado que los elegía y los reelegía. Había cierto grado de satisfacción con el hecho de que la política no interfiriera en sus vidas privadas permanentemente. Hubo un regreso a los pequeños goces privados, gracias a que la política democrática funcionaba bien. La envidia banalizada dominaba la escena por encima de la envidia ideológica; ésta sólo aparecía en tiempos electorales y durante crisis internacionales e incluso, en estos casos, acotada; el sacrificio era simbólico, nunca violento.

Los laboristas de Gran Bretaña, en particular, aprendieron que el electorado valoraba la estabilidad y la prosperidad y que, si querían volver a ganar elecciones, necesitaban adoptar la ortodoxia liberal. En general, los viejos socialistas en Occidente aceptaron el liberalismo económico, aunque atenuado, como forma de proteger a los pobres —cosa que también aceptaba la derecha: el ministro de Hacienda durante el gobierno de John Major, Norman Lamont, afirmó, en marzo de 1991, que le agradaba la expresión “mercado social”—. Se decía que, ahora, el gobierno existía “no para hacer por sí mismo las cosas, sino para permitir que la gente hiciera las cosas en beneficio propio”.<sup>60</sup>

### 10.10 El mercado social en América del Norte

México, también por la influencia de las exitosas economías empresariales del Pacífico, avanzó en la ruta del liberalismo. El presidente Luis Echeverría defendió el colectivismo estatal y, en su intento, llevó al país a la hiperinflación y a una crisis de la balanza de pagos. Su sucesor, José López Portillo, tomó el país con una economía en el caos e intentó devolver a México a los mercados internacionales, ayudado por descubrimientos de importantes yacimientos de petróleo. De cualquier manera, era difícil salir por completo del colectivismo y la deuda se hizo inmanejable, al punto que el país llegó a tener una deuda externa mayor que la de Brasil. El gobierno mexicano no pudo afrontar el pago de los intereses e intentó una solución que resultó peor que la enfermedad: nacionalizó la banca.

Sin embargo, a partir de diciembre de 1982, los gobiernos mexicanos fueron decididamente liberales. Entre 1985 y 1990, la economía regresó a los mercados internacionales y, poco a poco, recobró la confianza de los capitales. Desde 1985, la economía mexicana comenzó a fusionarse con la del Noreste del Pacífico, formada por la región occidental de Estados Unidos, Canadá y Alaska. Crecieron de manera sostenida las importaciones y exportaciones en la región al tiempo que también ocurría una transformación demográfica: una de cada siete familias en California era de origen mexicano y una de cada tres en Nuevo México era hispana. Por si esto fuera poco, la economía mexicana también se integró a la estadounidense desde el Caribe, aunque con menor profundidad que con la del Pacífico.

La fusión de la economía mexicana a la internacional fortaleció el *katéchon* de la prosperidad, que estabilizó la economía desde finales de los ochenta, durante los noventa y las primeras décadas del siglo XXI, un período este último que Paul Johnson ya no estudia. Este *katéchon* económico

incentivó a la vez la mejora de otros más: el de la cooperación internacional, el del Estado de Derecho y el de la competencia democrática. Todos ellos, claro está, imperfectos e insuficientes para una sociedad con expectativas cada vez más elevadas, pero la ruta quedó establecida y, con ello, se fortaleció la gobernabilidad.

En Estados Unidos, el poder económico se trasladó del Noreste al Suroeste. Además de la potencia de la economía del Pacífico, este traslado estuvo influido por los precios de la energía, que era más barata en el Sur que en el Norte, gracias a una menor necesidad de calefacción. Esto implicó una mudanza masiva tanto de las empresas como de la población: el cinturón frío comenzó a perder la población que ganaba el cinturón del sol. El cambio demográfico y económico también implicó una evolución de la geografía política:

Durante la elección de Kennedy, en 1960, el cinturón frío tenía 286 votos en el colegio electoral, comparados con 245 del cinturón de sol. Hacia 1980, éste tenía una ventaja de cuatro. Las proyecciones de la Oficina del Censo demostraron que, en la elección de 1984, el cinturón de sol contaría con una ventaja de veintiséis. El cambio marcó el fin de la antigua coalición intervencionista de Roosevelt, que prevaleció durante dos generaciones, y el ascenso de una coalición entre el Sur y el Este, unida al mercado libre.<sup>61</sup>

Ya en 1972, la victoria de Richard Nixon señalaba la tendencia de esta nueva alianza triunfadora y, aunque la tendencia se vio interrumpida por Watergate, el inequívoco triunfo de Ronald Reagan la reestableció. Reagan fue apoyado por la poderosa industria californiana del Cine. En los ochenta, California no sólo era el estado más rico de la Unión, sino también el más poblado. Jimmy Carter fue el primer Presidente derrotado en su intento de reelección desde la época de Hoover.

Reagan, mimetizado de Thatcher e inspirado en el espíritu de la época, se oponía al gobierno grande y apostaba por la libre empresa. El exactor fue muy popular entre el electorado, que lo reeligió con un enorme margen: perdió únicamente en un estado. Sólo se oponían decididamente a él los “negros”, los judíos y los sindicalistas. No obstante, la popularidad de Reagan superaba por mucho a la de su partido, que nunca logró mayoría en la cámara baja, dada la

dicotomía cada vez más acentuada en la política estadounidense: la tendencia a elegir presidentes republicanos y representantes demócratas. El partido de Reagan controló durante un tiempo el Senado, pero nunca

la Cámara de Representantes. En efecto, en esta última, el dominio demócrata se acentuó durante los años ochenta. A medida que aumentaba el costo de la campaña electoral, disminuía la posibilidad de desplazar a un representante en ejercicio; de esta forma, hacia fines de la década, el movimiento interno era inferior al diez por ciento y la ocupación de una curul en el Congreso dependía, en medida cada vez mayor, de la capacidad para satisfacer a los grupos de intereses a través de la erogación federal. Por lo tanto, excedía el poder de Reagan e incluso el de su sucesor republicano George H. W. Bush disminuir el gasto federal interno. Lo que Reagan podía hacer y, en efecto, hizo fue disminuir los impuestos, con el resultado del crecimiento constante del déficit en el presupuesto.<sup>62</sup>

Por el aumento del gasto interno creció el déficit y, acompañado del desequilibrio comercial, provocó una fuga masiva de tenedores de bonos e inversionistas, sobre todo, hacia Gran Bretaña y Japón. De cualquier manera, la doctrina económica apodada como “reaganomics” dio un dinamismo a la economía no visto desde Eisenhower: logró frenar la tendencia de los años setenta y comenzar una era de crecimiento económico y de creación de nuevos empleos:

En el curso de seis años, de 1982 a 1987, el PBN (corregido por referencia a la inflación) aumentó un veintisiete por ciento; la manufactura, un treintatrés por ciento; los ingresos medios, un doce por ciento —comparados con una disminución del 10.5 por ciento durante los años setenta—. Fueron creados, aproximadamente, veinte millones de empleos nuevos. Más aún, Reagan consiguió difundir a nivel popular la idea de que Estados Unidos era de nuevo una nación dinámica y eficaz, después de las dudas de los años setenta [...]. Estados Unidos como nación comenzó a recuperar la confianza en sí misma, perdida durante el intento de suicidio de los años setenta. También los pronósticos afirmaban que el dinamismo se mantendría.<sup>63</sup>

### 10.11 Estados Unidos y Reino Unido, ¿policías del mundo?

Cabe preguntarse si las intervenciones internacionales de Estados Unidos y el Reino Unido durante los años ochenta provocaron más violencia que la que inhibieron o al revés. ¿Produjeron un *katéchon* o un sacrificio estéril? Paul Johnson responde con claridad: fue un período corto de liminalidad para instaurar un orden menos violento que aquel que suprimieron.

En el caso de la guerra de las Malvinas, no sólo se evitó una invasión ilegal por parte de Argentina, sino que, además, la victoria británica provocó la caída de la brutal dictadura de Galtieri y el inicio de la democracia. En cuanto a la intervención estadounidense en Granada, se trató de evitar la expansión del estalinismo tropical de los cubanos, lo cual, sin duda, ahorró mucho sufrimiento a los granadinos. Y, en el caso de Panamá, Estados Unidos evitó que el narcodictador Noriega retuviera el poder, reestableciendo la democracia.

La mayor autoestima de Estados Unidos le permitió actuar más en el ámbito internacional. También en esto la maestra de Reagan era Thatcher, quien mostró gran voluntad de poder en los asuntos externos. Así ocurrió en las Malvinas:

El viernes 2 de abril de 1982, sin advertencia ni declaración de guerra, grandes fuerzas anfibas argentinas invadieron y ocuparon el territorio de la Corona británica en las Falklands. También ocuparon las Georgias del Sur, hacia el Este. Estas islas, denominadas Malvinas por los argentinos, habían sido disputadas durante dos siglos [...]. Sin embargo, todos los habitantes eran de origen británico, descendientes de colonos que habían llegado durante la década de 1820 y, por lo tanto, eran nativos por el derecho de seis generaciones de posesión. El general Leopoldo Galtieri, jefe de la junta militar argentina, era —como se vio— un inmigrante europeo de segunda generación, distinción que compartía —un hecho bastante interesante— con Ian Smith, jefe de los “blancos” rhodesianos y con Fidel Castro, el dictador cubano. De este modo, las pretensiones argentinas en el sentido de que se trataba de un acto de liberación anticolonial sonaban a hueco y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas votó por diez contra uno en favor de una retirada argentina inmediata (resolución 502) [...]. Margaret Thatcher, acompañada por su gabinete, decidió recobrar las islas, mediante la diplomacia si era posible y, en caso de necesidad, recurriendo a la fuerza.<sup>64</sup>

Dos días después de la invasión, partieron los primeros buques de guerra de Gran Bretaña y, unos días más tarde, los portaviones *Invincible* y *Hermes*. Las operaciones anfibia y aérea británicas fueron un éxito: la aviación argentina fue derrotada y el crucero pesado ARA *General Belgrano* fue hundido por el submarino británico HSM *Conqueror*, con la pérdida de 385 vidas y la consecuencia de que la Armada argentina se retirara definitivamente del conflicto. El 21 de mayo, el Ejército británico estableció una cabeza de playa en San Carlos y, días más tarde, los paracaidistas tomaron Puerto Darwin y



Ganso Verde. Finalmente, el 14 de junio, la guarnición argentina se rindió. En tierra, se perdieron 255 vidas británicas y 652 argentinas.

Galtieri inició la liminalidad con la guerra: pensó que podía convertir en “enemigo común” a los británicos, pero no tenía control sobre el mecanismo del chivo expiatorio, pues se enfrentó a un enemigo demasiado poderoso. En lugar de la violencia ritual, abrió la puerta a la violencia natural; en lugar de sacrificar a los británicos, él terminó en la picota; el juego de las sustituciones no le favoreció. Tras la derrota en la guerra, Galtieri fue derrocado y se restauró la democracia. En 1983, Raúl Alfonsín fue elegido Presidente y el gobierno comenzó una investigación de los desaparecidos durante la dictadura militar. Galtieri y otros importantes militares fueron condenados a largos períodos de prisión.

La guerra de las Malvinas tuvo un poderoso efecto sobre Reagan, quien sintió que su país tenía la misión de ser el defensor mundial de la democracia. En 1983, intervino en Granada, cuando el primer ministro, Maurice Bishop, fue asesinado durante un golpe de Estado de la izquierda con intervención cubana. Éste fue denunciado por Jamaica, Barbados, San Vicente, Santa Lucía, Dominica y Antigua, es decir, los vecinos de Granada, que pidieron ayuda a Estados Unidos, en tanto que vieron amenazados sus propios gobiernos democráticamente elegidos. “Reagan, informado por el Estado Mayor Conjunto de que podía organizarse una *operación de rescate* en cuarenta y ocho horas, dijo: ‘Háganlo’. Se temía la aparición de mayores refuerzos cubanos, además de que, en Granada, “había 800 estudiantes de medicina estadounidenses”, que se convirtieron en potenciales rehenes. La operación se realizó en secreto. “Las tropas estadounidenses desembarcaron el 25 de octubre, restauraron la autoridad constitucional y comenzaron a retirarse, el 2 de noviembre”.<sup>65</sup>

En 1985, Reagan fue explícito y amenazó a la “coalición de Estados terroristas”, conformada por Corea del Norte, Irán, Cuba, Nicaragua y Libia. En 1986, el gobierno de este último país hizo explotar una bomba en una discoteca en Berlín occidental, para atacar a un grupo de militares estadounidenses. De inmediato, Estados Unidos respondió con un bombardeo contra Libia, lo cual inhibió las actividades terroristas de Gadafi.

El Presidente George H. W. Bush heredó de Reagan la disposición a intervenir militarmente: así lo hizo en Panamá, para atrapar al Presidente Manuel Noriega, un dictador dedicado al narcotráfico. Después de la intervención, las tropas estadounidenses se retiraron rápidamente y la democracia se restableció.

Las intervenciones generaban liminalidad, sí, pero, a diferencia de lo ocurrido en Vietnam, las nuevas intervenciones ocurrían en lugares donde se

calculaba que la posibilidad de triunfo era muy elevada y, sobre todo, donde el costo, tanto militar como económico, era muy bajo. Por lo tanto, fueron intervenciones muy populares entre los estadounidenses y contribuyeron a frenar a otros dictadores de cometer atrocidades. De cualquier manera, fueron odiadas por la intelectualidad.

En el terreno de los triunfos sin guerra directa, la política más importante de Ronald Reagan fue contra la Unión Soviética. El estadounidense estaba dispuesto a recuperar terreno psicológico y físico frente a los soviéticos, por lo que Estados Unidos aumentó cincuenta por ciento su gasto militar y renovó el interés por los misiles soviéticos en Europa. Para nivelar dicha situación, Reagan colocó misiles estadounidenses en Gran Bretaña e intentó hacer lo mismo en otros países de la OTAN, pero algunos gobiernos, sobre todo los de izquierda, se negaron. Como sea, se logró colocar algunos misiles en Europa; el punto es que se trató de demostrar a Moscú que no habría más indecisión.

Además de la colocación de misiles en el “Viejo Continente”, Reagan comenzó un programa de rearme con nuevas tecnologías que, entre otras cosas, incluía bombarderos *Stealth*, indetectables para los radares. Asimismo, se inició el ambicioso proyecto de la “Guerra de las Galaxias”, que incluía una gama “de misiles de elevada tecnología guiados por láser” y “armas antibalísticas”. Todo esto, claro está, tuvo un costo en cuanto al aumento del déficit público.

### 10.12 La crisis del *katéchon* soviético

El programa de rearme reaganiano implicó: 1) para Europa, la demostración de Estados Unidos del compromiso con la seguridad colectiva, lo cual trajo una reacción positiva entre la mayoría de los gobiernos de Occidente; 2) para la Unión Soviética, una enorme presión en medio de una mala situación económica y moral, ante el empantanamiento de la guerra de Afganistán; lo cual generó, al mismo tiempo, dudas sobre la doctrina Brézhnev, que afirmaba que “una vez creado un Estado socialista, por ejemplo Cuba o Vietnam, una amenaza a su gobierno debía de interpretarse como una amenaza a los intereses vitales de la URSS”.<sup>66</sup>

En 1982, murió Brézhnev y ascendió Yuri Andrópov. En 1983, Reagan sostenía un discurso amenazante en el que llamó a la Unión Soviética “el Imperio del Mal”. Esto se sumó a la crisis de liderazgo al interior de la URSS: Andrópov, apenas siete meses después, falleció. En 1984, ascendió Konstantín Chernenko y, un año más tarde, también falleció. La gerontocracia

perdía legitimidad y quedaba claro que con gobernantes ancianos no se podría generar estabilidad en la élite. Fue entonces cuando el politburó decidió arriesgarse y eligió a un político joven como secretario general del PCUS: “Mijaíl Gorbachov, de 52 años, *apparatckik* del Partido, nacido en el Cáucaso, pero de origen ucraniano —por el lado de su madre—, que había ascendido bajo la protección de Andrópov”.<sup>67</sup>

El nuevo líder soviético hizo cambios en el personal de gobierno en todos los niveles, pero, a partir de 1987, sus órdenes comenzaron a ser, en ocasiones, ejecutadas sólo a medias y, en otras ocasiones, de plano, ignoradas; además, se adoptaron medidas sin su aprobación. El Partido lo veía como un liberal, pero Gorbachov rechazaba el multipartidismo; intentó reformar el sistema, pero preservando el comunismo.

En noviembre de 1989, Gorbachov, sin poder resistirse al espíritu de los ochenta, anunció que la URSS entraría al mercado internacional. Hizo una reforma en el campo, con un éxito total: el cinco por ciento de las tierras privatizadas comenzaron a producir el cincuenta por ciento de la comida del país, tornando evidente el fracaso de las granjas colectivas.

La segunda ola de reformas de Gorbachov le otorgó más poder y responsabilidad a los industriales y les quitó los subsidios. Esto tuvo un impacto negativo, pues disminuyó drásticamente la producción de artículos de consumo y resultó en el crecimiento del mercado negro y el trueque a una escala enorme.

Gorbachov también llevó a cabo una reforma política: *glasnot* o transparencia. Consistía en que el gobierno se abría a la crítica y la sociedad podía pedirle que rindiera cuentas. Se limitaron los superpoderes del KGB, se abrieron los archivos y las tumbas colectivas que databan de la época de Stalin. Se reconoció a Bujarin y a otros dirigentes soviéticos ejecutados en 1938; también se redujo notablemente el número de psiquiátricos y presos políticos. La atmósfera de terror comenzó a superarse. Se aflojó la disciplina y los trabajadores empezaron a ausentarse de sus trabajos, al tiempo que las huelgas, el alcoholismo y la delincuencia aumentaron. El *katéchon* totalitario estaba siendo desmantelado, pero no existían los *katéchones* de la prosperidad ni del Estado de Derecho para tomar su lugar.

La crisis de las diferencias llegaba por todos lados. La población estaba desmoralizada y los desastres naturales iban acompañados de los desastres humanos. La explosión de uno de los reactores nucleares de Chernóbil, en abril de 1986, fue el más dramático de todos, aunque no el único. Ese mismo año, el 31 de agosto, el buque de pasajeros *Almirante Najimov* se hundió y perdieron la vida más de 400 personas. El 6 de octubre, el submarino nuclear *K-219*, con dieciséis misiles intercontinentales a bordo, desapareció en el

Atlántico. Dos años más tarde, en diciembre de 1988, un terremoto azotó Armenia y mató a más de 20,000 personas. El 4 de junio de 1989, explotó un gasoducto en Siberia y voló dos trenes de pasajeros que pasaban cerca: murieron 800 personas.

Las catástrofes exhibían un sistema que estaba derrumbándose. La *perestroika*, “el remodelado”, parecía solucionar muy poco los problemas de la economía soviética e, incluso, en ocasiones, parecía agravarlos. El fracaso económico y tecnológico de la URSS incluía también las áreas de salud y energética.

El programa reaganiano de rearme presionó aún más a la escuálida economía comunista. La élite soviética perdió la voluntad de competir en materia armamentística con Estados Unidos. El agotamiento desenganchó a los soviéticos de su doble mimético. En lugar de una carrera a la destrucción, comenzaron las negociaciones para limitar la enloquecida escalada nuclear. Así, en noviembre de 1985, Reagan y Gorbachov comenzaron las negociaciones. Se pactó la reducción de las armas nucleares, terminando, de una vez por todas, una era de tensión.

La estrategia de presión armamentística de Reagan y Thatcher, así como el despliegue militar en Europa, tuvieron su mérito en todo esto, pero más lo tuvo la voluntad del líder soviético, quien se ganó la confianza de los líderes occidentales al anunciar el retiro de las tropas soviéticas de Afganistán y al afirmar que, de perder el poder los comunistas en los países de Europa oriental, la URSS no intervendría, a diferencia de lo ocurrido en el pasado.

Mas esto tenía un costo interno: en la medida en que Gorbachov era más querido por Reagan, Thatcher y, después, por Bush, perdía popularidad en la URSS.

### 10.13 El comunismo en crisis

La caída de los regímenes comunistas en Europa oriental era una clara prueba del fracaso de la economía colectivista. No obstante, el catalizador de esta crisis se encontraba, paradójicamente, en una disfunción del capitalismo. El período de crecimiento del thatcherismo y la “reaganomics” impulsó un elevado valor, injustificado, de las acciones en la Bolsa. Las líneas de crédito también se extendieron sin justificación en la economía real. Sobrevino, entonces, un peligroso auge de especulación, la cual, como hemos visto, implica tomar decisiones con una “falta información” que, a la vez, intenta suplirse con “copiar a los demás”, quienes “parecen sí tener buena información” y sirven como “espejos”. El asunto es que se suele imitar, justamente, sin ele-

mentos que demuestren que los imitados son dignos de ser copiados. Se les imita por pura ambición, pues se piensa que “conocen valiosos secretos”. De tal suerte que, en este dinamismo, se suelen generar burbujas de valor y, una vez que alguno o algunos empiezan a dudar del valor real de sus acciones, las venden, con lo que, ahora, son los vendedores quienes son imitados. La jauría los sigue, pero ya no por ambición, sino por pánico, a perder lo que habían ganado. Al igual que en 1929, esto ocurrió con el índice Dow Jones cuando explotó, en 1987.

Los años 1990-1991 terminaron con el periodo de expansión, en buena medida, porque las líneas de crédito se habían extendido injustificadamente. En tal expansión del crédito y dada la laxitud de Gorbachov, los países de Europa del Este comenzaron a pedir préstamos a la banca occidental, que les otorgó demasiados, muchos más de los que podían realmente pagar. El desastre se aceleró porque los bancos mismos entraron en crisis y ya no pudieron refinanciar las deudas de dichos países. Por el contrario, los intereses subieron y los financieros comenzaron a presionar para que tales gobiernos pagaran. Así fue como Europa oriental entró en crisis: había menos artículos de consumo, subieron los precios y los pueblos comenzaron a irritarse. Las expectativas de la gente habían crecido de manera desmedida, pero el capitalismo implica esfuerzo y disciplina y tiene auges y caídas: el mercado no era lo que habían imaginado; se trataba de una libertad que no resolvía la pobreza por arte de magia, que no enriquecía a nadie sin hacer un gran esfuerzo. El *katéchon* de la prosperidad capitalista llegaba lentamente y con traspies, pero la mediocre economía socialista desaparecía con rapidez.

En general, los gobiernos comunistas de Europa, en este momento, ya no tenían voluntad de reprimir, de gobernar mediante la fuerza. No se habían consolidado ni el *katéchon* democrático ni el del Estado de Derecho, pero el totalitario ya no existía.

En 1989, la izquierda mundial planeaba el aniversario de la Revolución Francesa, pero las revoluciones que iniciaron ese año fueron en contra del marxismo-leninismo. En marzo de 1989, China aplastó una serie de disturbios iniciados durante el funeral del “líder comunista Hú Yàobāng, que había sido popular entre la masa, pero fue depuesto, en 1987, por los partidarios de la línea dura”. Como en el totalitarismo están prohibidas las manifestaciones políticas, los estudiantes aprovecharon un evento oficial para reunirse y protestar. El 27 de abril, tomaron la plaza de Tiān’ānmén; también se llevaron a cabo otras manifestaciones simultáneas.

El 4 de junio, comenzó la represión, ejecutada por el Ejército Rojo, compuesto, desmedidamente, por campesinos de regiones distantes en cuya ideología dominaba la idea de lo impuro de la ciudad y el odio a los estudian-

tes. Fueron asesinados 2,600 manifestantes y heridos más de 10,000; hubo también miles de encarcelados.

En Europa, Hungría tomó la iniciativa de ingresar al mercado, lo cual debilitó el mando del gobierno totalitario. En 1988, fue destituido el aborrecido dictador János Kádár. En 1989, el Partido Comunista Húngaro se autodisolvió. Se organizó, entonces, un sistema multipartidista y se tomaron decisiones políticas que levantaban el “telón de acero”, retirando, literalmente, la valla que separaba a Hungría de Austria y permitiendo el libre tránsito. El cambio húngaro influyó en otros satélites soviéticos, ahora, liberados de la URSS, por decisión de Gorbachov.

En junio de 1989, en Polonia, el Partido Comunista fue derrotado y, el 12 de septiembre, llegó al poder el primer gobierno no comunista en décadas. Alemania oriental siguió los ejemplos húngaro y polaco: muchos alemanes ya habían comenzado a pasar a Alemania occidental vía Hungría, y Alemania oriental se desestabilizó. Mientras que unos huían, otros se movilizaban contra el régimen. El dictador germano, “grotescamente impopular”, el anciano estalinista Erich Honecker pidió a Gorbachov que enviara tanques para luchar contra los manifestantes. El líder soviético rechazó la petición. Honecker, entonces, pidió a sus colegas de partido que autorizaran a las tropas abrir fuego contra los manifestantes. También en esta petición fue rechazado y, por este motivo, el 18 de octubre, renunció. El sucesor de Honecker fue Egon Krenz, que sólo duró siete semanas en el cargo. El 4 de noviembre, una marcha hacia Berlín oriental congregó a un millón de personas y, cinco días más tarde, se anunció que el gobierno no detendría a quienes quisieran abandonar el país. Inició entonces la caída del Muro de Berlín.

Lo mismo en el retiro de la valla húngara que en el fin de la prohibición de la movilidad hacia Alemania occidental, vemos cómo el encapsulamiento artificial del régimen totalitario había desaparecido. Las ilegítimas distancias del falso holismo también se colapsaron. La pérdida de distancia entre los líderes totalitarios y el pueblo se disolvió en Checoslovaquia. Aquí, las manifestaciones duraron ocho días. El contagio era inmediato: en ese mismo momento, comenzaron también las marchas contra el régimen de Bulgaria.

La apuesta de los manifestantes implicaba, claro está, un momento peligroso, indiferenciación, liminalidad. Los rebeldes comenzaban un proceso que no sabían si terminaría en la liberación, en la nada o en la brutal represión estalinista, pero los aires de libertad influían incluso en los más duros. La caída del dictador búlgaro, Todor Zhivkov, ocurrida el 17 de noviembre, “fue seguida, el 16 de diciembre, por una declaración del Partido Comunista [...] que renunciaba a su monopolio del poder político y abría paso a un sistema multipartidista”. En Checoslovaquia, “el 24 de noviembre, después

de manifestaciones casi permanentes en Praga, toda la dirección comunista renunció, abriendo paso a la formación de un gobierno no comunista encabezado por el escritor Václav Havel, después elegido Presidente”.<sup>68</sup>

En la mayoría de los casos, la caída de los sistemas comunistas ocurrió sin violencia, pese a los ánimos de revancha por los crímenes de los gobiernos prosoviéticos. La única excepción fue Rumania, pero aun ahí la liminalidad terminó pronto. Casi en todos los casos, se establecieron sistemas democráticos y de mercado, aunque, claro está, con muchas carencias y deficiencias, si bien era evidente que se trataba de un mejor modelo que el totalitario. En algunos casos, los criminales de los regímenes totalitarios fueron llevados a juicio y, en Rumania, de plano, se recurrió a un juicio sumario.

En Alemania oriental, la temida Stasi no sólo había sido brutal contra la población, sino que participaba en actividades de terrorismo internacional y en el tráfico de drogas a Occidente, cuyas jugosas ganancias terminaban en los bancos suizos. Algunos de los líderes de esta trama criminal fueron llevados a juicio: “El mismo Honecker se salvó al ingresar en un hospital militar, en una zona militar controlada por las fuerzas soviéticas, de donde fue enviado a Moscú, a principios de 1991”.<sup>69</sup> Otro dictadores-títeres de los satélites soviéticos, como el búlgaro Zhikov, fueron arrestados y, en algunos casos, sometidos a juicio.

Respecto al uso de la violencia en la revolución anticomunista, Rumania fue un caso excepcional. Tanto los gobiernos de Nicolae Ceaușescu como el de su predecesor, Gheorghe Gheorghiu-Dej, fueron brutales y corruptos. La policía secreta, la Securitate, que reclutaba a sus agentes en orfanatos, ejerció un dominio salvaje. En Rumania, había una política muy represiva en cuanto a la natalidad: se prohibían los anticonceptivos, se perseguía a las mujeres que abortaban y se tenía a los solteros por sospechosos; como resultado, había una gran cantidad de niños no deseados e ilegítimos. Los huérfanos, llenos de odio, se convertían en cadetes fanáticos del régimen y, al ingresar a la Securitate, adquirían privilegios: tenían sus propios tanques, aviones, cuarteles y un complejo de túneles. Con esta fuerza, los gobernantes rumanos llevaron a cabo una terrible ingeniería social que se ensañó con las pequeñas aldeas, de las que se destruyeron más de ocho mil. Sin embargo, el dictador rumano no era impopular en Occidente, ya que pagaba puntualmente sus deudas a los banqueros —al costo, por supuesto, de matar de hambre a su población—. En 1988, cuando se conoció la magnitud de su brutalidad, las democracias dejaron de apoyarlo.

En 1989, la Securitate reprimió despiadadamente a los manifestantes de la población de Timișoara, mayoritariamente de habla húngara. Más tarde, se encontró una fosa clandestina con casi cinco mil víctimas del régimen.

No obstante, Ceaușescu, hasta el último momento, estuvo confiado en que su gobierno resistiría; ofreció un discurso de cinco horas y fue ovacionado sesenta y siete veces por una multitud “bien preparada”. Comenzó una visita oficial a Irán, pero, al enterarse de que la revuelta, sobre todo, de la minoría húngara, había crecido demasiado, regresó a su país. Entonces,

El 21 de diciembre, habló a la multitud reunida frente al palacio presidencial. En general, los ciudadanos de Bucarest escuchaban en silencio la oratoria de Ceaușescu; los vivas y los aplausos provenían de los discos conectados a los altavoces y todo era parte del surrealismo político que caracterizó a su terrible régimen. En esta ocasión, la multitud gritó y aulló insultos, y Ceaușescu, acompañado por su encolerizada esposa, Helena, tan odiada como él, volvió al interior del palacio; fue una escena electrizante, reflejada en video. Al día siguiente, tuvo que huir del palacio en helicóptero. Lo que sucedió después es un misterio. Es evidente que sus planes de refugiarse en un reducto de la Securitate fracasaron y es posible que los colegas más cercanos lo abandonaran, porque entendían que la impopularidad personal de Ceaușescu era una amenaza a sus propias vidas; su sucesor, Ion Iliescu, era uno de ellos. De todas formas, el “*Conducator*”, como se autodenominaba, fue capturado junto con Helena: ambos fueron juzgados por un tribunal militar en Navidad, acusados de “crímenes contra el pueblo”, genocidio y el asesinato de 60,000 hombres, mujeres y niños; y fueron condenados y ejecutados inmediatamente por un pelotón de fusilamiento —hechos que también fueron registrados en video—. <sup>70</sup>

La caída de Ceaușescu fue posible por un cambio de actitud del Ejército, que decidió desobedecer ante la orden de dispararle a la multitud. En lugar de eso, atacó a la Securitate, que

se mantuvo fiel a su jefe, incluso después de muerto, con lo que los combates continuaron durante una quincena en los túneles y los búnkeres, mientras el Ejército imponía gradualmente su control [...] El resultado de estos combates fue de 1,000 muertos. Al final, “los oídos del mundo entero se sintieron conmovidos al escuchar, en Navidad, las campanas de Bucarest, que resonaban por primera vez en cuarenta y cinco años, para celebrar la muerte del “anticristo”, como se lo denominó.” <sup>71</sup>

La liminalidad conllevó a la violencia. El sacrificio, en este caso, no fue simbólico, sino real: se derramó la sangre de las víctimas propiciatorias y de



algunos inocentes. No obstante, en el nuevo sistema de partidos en Rumania y Bulgaria, la vieja nomenklatura conservó el poder: los viejos comunistas ahora se presentaron como demócratas y, apoyados por el Ejército, la policía y los medios de comunicación, lograron conservar el poder en la elección de 1990.

En Albania, por su parte, el desorden comenzó en 1991 y el cambio quedó inconcluso, si bien el caso que más interés suscitó fue el de Yugoslavia, donde “el régimen comunista federal se había complicado por las divisiones regionales”:

el candente odio de las diferentes “razas” que formaban esta unión de eslavos meridionales había sido lamentado por su arquitecto, el profesor Seton-Watson, ya durante la década de los veinte. La muerte del mariscal Tito, en 1984, eliminó la única figura que imponía respeto o, por lo menos, temor, y, hacia fines de los años ochenta y principios de los noventa, el país se hundió lentamente en la bancarrota y el caos. El núcleo del comunismo yugoslavo perduró en Serbia, que controlaba el setenta por ciento del Ejército federal.<sup>72</sup>

En 1990, las economías más avanzadas eran las del Norte, las de Eslovenia y Croacia. Allí ganaron las elecciones gobernantes nacionalistas y anticomunistas y, al año siguiente, declararon la independencia. El gobierno central serbio envió tropas y tanques a invadir los nuevos países. Alemania, empero, los reconoció y, en 1992, las hostilidades se extendieron a Bosnia, donde también los ánimos independentistas habían llegado y donde se reproducían los odios étnicos entre croatas, serbios y musulmanes. *Tiempos modernos*, publicado a inicios de los noventa, no alcanzó a registrar la cruenta guerra que llevó a la desintegración de Yugoslavia.

En la primavera de 1991, Alemania oriental ya no existía. De la mano del canciller Helmut Kohl y con el permiso de Gorbachov, los líderes de Occidente y, sobre todo, de la Comunidad Económica Europea, Alemania fue reunificada. Al mismo tiempo, en Polonia, Hungría y Checoslovaquia, se llevaban a cabo cambios profundos, logrando una nueva estabilidad democrática, liberal y capitalista.

La reunificación alemana pasó por ciertas dificultades. La industria de la parte oriental era ineficaz y, con la unión, se desmoronó por completo, lo cual trajo desempleo masivo. También la unión monetaria de ambos países produjo estragos durante algún tiempo. Karl Otto Pohl, Presidente del Bundesbank, se opuso. Al final, la estabilidad y la prosperidad alcanzada, incluso en la otrora Alemania oriental, han dado la razón a Kohl.

A principios de los noventa, los líderes de Europa occidental discutían si checos, eslovacos, eslovenos y croatas debían de entrar o no a la Comunidad Económica. Las democracias tenían el compromiso de ayudar a los nuevos gobiernos democráticos, pero había dudas sobre el costo que esto implicaría, dado el atraso en su infraestructura, transporte, educación y algunos otros rubros, además de que eran países con enormes deudas. Estados Unidos le condonó la suya a Polonia, pero esto no ocurrió en todos los casos.

La propia Unión Soviética estaba controlada por la temible élite rusa, pero, conforme se fue atenuando el terror, la disciplina también se aflojó. En la mayoría de las repúblicas, los súbditos comenzaron a rebelarse. La asunción del mercado provocó una serie de problemas económicos que dificultaron al centro hacerse cargo de la economía y las regiones deseaban manejar sus propias economías. En Asia Central, la economía estaba dominada directamente por el KGB: ahí se mantenía el orden. No obstante, en 1989, en las repúblicas bálticas comenzó la agitación social: en 1991, Estonia, Letonia y Lituania celebraron elecciones, donde los partidos no sólo pedían más autonomía, sino independencia. Dado que los tres países habían sido integrados a la Unión Soviética como parte del pacto germano-soviético, buscaban recobrar su libertad. Simultáneamente, Georgia y Ucrania pidieron abiertamente su independencia. Al sur del Cáucaso, comenzó la lucha entre los armenios cristianos y los musulmanes azeríes y fue necesario enviar tropas soviéticas para evitar una guerra civil.

Las regiones de la URSS, en general, se consideraban explotadas por Rusia, si bien ésta, a la vez, pensaba que hacía mucho por ellas. Todos se victimizaban y convertían a las demás repúblicas en sus chivos expiatorios. En realidad, todos eran víctimas de un sistema inefcaz y brutal. La verdadera explotadora era la nomenklatura, casta que Gorbachov no abolió y que mantuvo intactos sus privilegios. De manera que

la Unión Soviética continuó englobando a dos naciones: la clase gobernante y la clase de *hoi polloi*, exactamente como una sociedad antigua. La familia de Gorbachov gozaba de esos privilegios: en Nueva York, durante la cumbre Gorbachov-Reagan en Washington, en el mes de diciembre de 1987, la señora Raísa Gorbachova salió de compras con una tarjeta American Express Gold, cuya posesión era ilegal para los soviéticos, por lo que podía ser condenada con una larga pena de cárcel, pero ella era una mujer privilegiada, que estaba por encima de la Ley; era una esposa de la nomenklatura.<sup>73</sup>

El encapsulamiento artificial sin la disposición de la élite por utilizar el terror se debilitó. Más aún, la baja popularidad de Gorbachov contrastaba con la de Borís Yeltsin, quien renunció a los privilegios de la nomenklatura y pedía que las reformas liberales se aceleraran. En marzo de 1989, Yeltsin se presentó en la elección para diputado y ganó abrumadoramente, con el noventa por ciento de las preferencias, en un distrito que congregaba a más de siete millones de votantes. En junio de 1991, fue elegido, con el sesenta por ciento de los votos, Presidente de la República Rusa, pese a los intentos de sabotaje de Gorbachov. “La escena estaba preparada para una crisis constitucional que, como en Yugoslavia, tenía indicios de *Putsch* o, posiblemente, de guerra civil”.<sup>74</sup> La liminalidad acechaba.

Gorbachov era más popular en Occidente que en Rusia. Después de todo, había sido sólo elegido por la Junta del Partido Comunista y nunca había ganado una votación democrática. Defendía la concentración de poder del centro. Yeltsin, en cambio, con la legitimidad de los votos, defendía el regionalismo. El enfrentamiento entre Yeltsin y Gorbachov se convirtió, así, en una competencia de interdividualidad colectiva. El conflicto entre estos dobles miméticos se salió de control.

El Ejército, la burocracia y el KGB volvieron a la línea dura, centralista, e ignoraron las órdenes tanto de Gorbachov como de Yeltsin. Estas instituciones llevaban a cabo acciones sin el consentimiento ni del líder comunista ni del nacionalista. Una de las más dramáticas de estas acciones fue la ocupación de estaciones radiodifusoras y de las sedes de los diarios. En 1991, las líneas de autoridad no estaban claras, pero el Ejército no dio un golpe de Estado. Por el contrario, también se sentía desmoralizado, ya que estaba compuesto, en buena medida, por militares que habían dejado la comodidad de sus cuarteles en Europa oriental. Gorbachov intentó negociar un nuevo tratado: el centro tendría menos poder, pero se mantendría la unión. Letonia, Lituania, Estonia y Georgia rechazaron el acuerdo y se declararon independientes; incluso la Rusia de Yeltsin se mostró escéptica ante el ofrecimiento del gobierno central.

En agosto de 1991, Gorbachov se encontraba en Crimea y planeaba firmar, a su regreso a Moscú, el nuevo tratado, pero los comunistas de línea dura veían el nuevo acuerdo como el inicio de la desintegración de la URSS. El KGB puso a Gorbachov bajo arresto domiciliario. Se anunció por radio que estaba enfermo y que el poder lo tomaba el vicepresidente. Se formó, entonces, el Comité de los Ocho, conformado por el ministro de defensa, el jefe del KGB, el ministro del interior y otras figuras con poder de estado o sindical; todos ellos, “hombres de confianza de Gorbachov”. Este grupo se formó, según ellos mismos afirmaron, con el propósito de salvar al país de los

conspiradores. Con el apoyo de los medios de comunicación oficiales, restableció la censura. Occidente, claro está, desaprobó el golpe de Estado y las medidas, pero el Comité fue un fiasco, ya que nunca tuvo legitimidad, pues creía merecer el poder simplemente porque tenía bajo su control a las fuerzas armadas y la policía. Sin ideología ni liderazgos, comenzó la división interna.

Gorbachov tuvo buenas condiciones durante su detención y escuchó por radio a la BBC informar que el intento de gobierno de los Ocho estaba fracasando y se negó a firmar un tratado con ellos. El Comité no logró capturar a Yeltsin, quien desafió a los golpistas y se dirigió al Parlamento ruso, la Casa Blanca. Recibió el apoyo de John Major y George Bush. Los tanques estaban en las calles, pero los militares no tenían órdenes claras. Se acercaron a la Casa Blanca y dijeron estar con los parlamentarios. Entretanto, Yeltsin anunció que se juzgaría a los conspiradores.

El 20 de agosto, los vehículos blindados abrieron fuego en contra de unos manifestantes cerca de Moscú. De ahí en adelante, el Ejército se negó, sistemáticamente, a obedecer las órdenes del Comité. Comenzó, entonces, la independencia *de facto* de las repúblicas bálticas. Los golpistas vacilaron y la aventura terminó con su arresto. Todos, con excepción del ministro del interior, quien se suicidó, fueron juzgados. Yeltsin tuvo la voluntad, la fuerza y la legitimidad para poner fin al desorden: “se hizo cargo del gobierno y, pronto, todos los tanques abandonaron las calles”. Unos días más tarde, “Gorbachov regresaba al Kremlin en la condición de hombre libre y los siete miembros del Comité que aún vivían se hallaban arrestados”.<sup>75</sup> El 23 de agosto, Gorbachov retomó formalmente el poder e intentó continuar con sus reformas gradualistas. Sin embargo, la situación había cambiado: las regiones y Yeltsin ahora tenían más fuerza que nunca.

El final de la Unión Soviética se estaba gestando a nivel del poder terrenal, pero también al nivel de los símbolos. Del 21 al 23 de agosto, se

revirtió la revolución leninista realizada setenta y cuatro años antes. El cambio se caracterizó por gestos simbólicos y evocó escenas observadas en 1989 en los antiguos satélites, sobre todo, la destrucción de la gigantesca estatua de Feliks Dzierżyński, fundador de la policía secreta de Lenin, que estaba frente a Lubianka, el cuartel general del KGB en Moscú. En respuesta a las exigencias de la multitud, que amenazó derribarla con las manos desnudas, fue retirada por grúas del Departamento de Obras Públicas de la ciudad de Moscú y arrojada a la calle que corre frente al parque Gorki, donde se le unieron enormes imágenes de Yákov Sverdlov, Mijaíl Kalinín y algunas cabezas de Stalin que habían sobrevivido a anteriores accesos de iconoclasia. En varias repúblicas, se procedió a

remover las estatuas de Lenin, se adoptó la decisión de clausurar su sepulcro en la Plaza Roja y retirar su cuerpo embalsamado para sepultarlo nuevamente junto a los restos de su madre; la misma Leningrado retornó a su nombre histórico de San Petersburgo, después de un referéndum entre sus ciudadanos.<sup>76</sup>

Había un nuevo comienzo: los héroes del pasado habían sido desenmascarados y, ahora, eran vistos como villanos. Los sacrificadores se convirtieron en sacrificados.

El 23 de agosto, en un evento televisado, Gorbachov explicó en el Parlamento, junto a Yeltsin, el intento de golpe de Estado, pero Yeltsin afirmó y demostró que los conspiradores fueron los propios seguidores de Gorbachov. Aquí ocurrió el traspaso de la autoridad de Gorbachov a Yeltsin. El primero firmó que “suspendía al Partido Comunista en toda la República Rusa y que ordenaba la confiscación de sus propiedades y el secuestro y examen de sus documentos por las autoridades”. Todo esto, entre vivas de los parlamentarios rusos.

Durante los quince días siguientes, se concretó la suspensión del Partido: los cinco mil edificios, las cuentas bancarias y los archivos que poseía pasaron a manos del poder público. Al KGB se le hizo lo mismo. Se redujeron las funciones del gobierno central y Gorbachov destituyó a todo su gabinete para nombrar funcionarios liberales. El poder del jefe de la URSS se desdibujaba gradualmente y el Parlamento aceptó las nuevas medidas. Aún quedaba una mayoría de línea dura, pero los tiempos habían cambiado e incluso ellos cambiaron de opinión. Se declararon independientes Letonia, Lituania y Estonia. Les siguió Ucrania y, después, las demás repúblicas. Gorbachov propuso crear una confederación flexible en lugar de la Unión Soviética, pero Rusia no tenía siquiera fuerza para mantener esta nueva unión.

La economía soviética estaba en crisis. Como anunció el Golspan, el organismo de planeación soviética, el desorden de los últimos años había provocado una caída económica catastrófica. Era necesario entonces importar alimentos, pero el gobierno no tenía divisas para ello. Y ni Estados Unidos ni Gran Bretaña querían ayudar a la URSS, pues desconfiaban de ella. No obstante, después de una cumbre a bordo de una nave frente a Malta, el 3 de diciembre de 1989, el vocero soviético, Guennadi Guerasimov, dijo: “La guerra fría terminó hoy, a las 12.45”. Poco después,

se disolvió el Pacto de Varsovia e incluso se habló de ampliar la OTAN para convertirla en un organismo mundial de seguridad, que compartiera algunas de las responsabilidades con las repúblicas soviéticas. La idea

de una guerra termonuclear entre las dos superpotencias retrocedió hasta el dominio de la imposibilidad práctica. Indudablemente, hacia el otoño de 1991, ya no era posible concebir una entidad contraída y dividida, es decir, la Rusia soviética, como una auténtica súperpotencia; en la práctica, Estados Unidos quedó como la única.<sup>77</sup>

### 10.14 El final de Tiempos Modernos

En las últimas páginas de *Tiempos Modernos*, Paul Johnson aclara que aún existen regímenes totalitarios: a principios de los noventa, en China, había todavía veinte millones de prisioneros políticos utilizados como esclavos.

A lo largo del siglo XX, los regímenes comunistas habían provocado más de cien millones de muertos. El fracaso económico y social del totalitarismo, según Paul Johnson, daba la impresión de que su caída era cuestión de tiempo. En realidad, China se adaptó al sistema de mercado, mientras que Cuba y Corea del Norte mantienen sus regímenes de terror hasta la tercera década del siglo XXI. Más aún, una versión de totalitarismo *light*, el populismo, encontró, desde los años noventa, nuevas formas de reproducción en países tan variados y distantes como Venezuela, Hungría y la India.

El segundo punto de la parte final de *Tiempos Modernos* se refiere al orden internacional posterior a la Guerra Fría. En este escenario unipolar, Occidente, bajo el liderazgo de Estados Unidos, tomó riesgos mayores como policía del mundo. Johnson describe la primera guerra contra Irak, a propósito de la invasión de Kuwait, como un éxito y como el principio del establecimiento de un nuevo orden internacional. Mas no esperaba que dicho *katéchon* fuera a durar tan poco. En ese breve período, el Consejo de Seguridad de la ONU funcionó como fue concebido, es decir, como un instrumento capaz y eficaz contra los gobiernos agresores.

Este nuevo *katéchon* comenzó a formarse en julio de 1990, cuando Irak, con un gran ejército, invadió Kuwait. Saddam Hussein quería formar una nueva Babilonia e invadió a su pequeño vecino por varias razones: 1) una disputa territorial por la frontera, que incluía enormes yacimientos de petróleo; 2) la reclamación de Kuwait a Irak por los préstamos otorgados durante la guerra contra Irán; y 3) como medida ante una supuesta conspiración de otros países de Medio Oriente junto con Estados Unidos, para bajar los precios del petróleo. De hecho, el 27 de julio, la OPEP, por presión iraquí, elevó el precio del crudo. La reacción de Estados Unidos fue suspender los créditos agrarios para Irak y prohibir la transferencia de tecnología. El 31 de

julio, cien mil soldados iraquíes arribaron a la frontera con Kuwait y, poco después, comenzó la invasión.

Bush y Thatcher se reunieron en Aspen y llegaron a la conclusión de que debían de intervenir para evitar que Hussein avanzara hacia Arabia Saudita. Con esos recursos, Irak tendría acceso a más armas —incluso nucleares— y contaría también con los medios para arrojarlas sobre Israel, Europa y Estados Unidos.

Bush y Thatcher decidieron liberar Kuwait y contener a Hussein mediante operaciones militares en una amplia coalición, donde incluso Rusia cooperó —en parte, claro está, porque necesitaba ayuda económica—. El 25 de agosto de 1991, el Consejo de Seguridad pidió el uso de la fuerza contra Irak para liberar Kuwait. Sólo “dos miembros marxistas no permanentes, Cuba y Yemen, votaron en contra, aunque, por supuesto, carecían de poder de veto”:

La guerra del Golfo pudo demostrar la eventual eficacia del Consejo de Seguridad para resistir a un agresor y obligarlo a retirarse, siempre que —y se trataba de una condición decisiva— los Estados Unidos, en su condición de súperpotencia democrática, y sus principales aliados, por ejemplo, Gran Bretaña, estuviesen dispuestos a afrontar sus responsabilidades con la Carta de las Naciones Unidas.<sup>78</sup>

En Estados Unidos, en Gran Bretaña y Francia, los mandatarios que decidieron ir a la guerra tuvieron el apoyo de sus respectivos poderes legislativos y del público. Japón y Alemania apoyaron la intervención de la coalición y cooperaron con dinero. Hussein lanzó misiles contra Israel para provocar un ataque judío y minar el apoyo de los árabes a la coalición, mas Israel no cayó en la trampa —en buena medida, gracias a que Bush le suministró defensas antimisiles de última generación—. El gobierno de Irak pidió la solidaridad de los pueblos árabes, pero también en esto fracasó.

La operación contra los iraquíes, “Tormenta del Desierto”, fue un éxito militar y político. En esta guerra, televisada en vivo, se usaron armas de precisión y hubo pocas víctimas civiles. “Las cifras preliminares indicaron que los iraquíes habían tenido 50,000 muertos y 175,000 estaban desaparecidos o capturados. Las bajas aliadas fueron de 166 muertos, 207 heridos y 106 desaparecidos o capturados”.<sup>79</sup> Kuwait fue liberado y el poder de Hussein se redujo. La intervención aliada, no obstante, no fue más allá:

deseoso de respetar los términos del mandato de las Naciones Unidas y poco dispuesto a entrar en Bagdad y verse arrastrado a la política interna

iraquí, Bush ordenó un cese del fuego provisional, el 28 de febrero, con la condición de que Irak aceptase todos los términos de los aliados, lo que Saddam aceptó hacer tres días más tarde [...]. De esta forma, una agresión no provocada se vio frustrada decisivamente por una dirección firme de las potencias civilizadas, en el marco riguroso de las Naciones Unidas y en plena concordancia con el Derecho internacional. Este hecho era un buen augurio para el futuro de la seguridad colectiva, no sólo durante los años noventa, sino en el siglo XXI, y sugería que, por lo menos, algunas de las lecciones del siglo XX al fin estaban siendo asimiladas.<sup>80</sup>

El optimismo de Johnson se vio desmentido pocos años más tarde. Irak no era Panamá ni Granada; tampoco Hussein era Galtieri. El régimen de terror de Hussein duró doce años más. Cuando, finalmente, Estados Unidos emprendió una intervención para derrocar al dictador, provocó un conflicto que duró más de una década y que sembró el odio social no sólo en Irak, sino en vastas regiones de la civilización islámica. Una de las muchas consecuencias de este resentimiento fue la creación del temible Estado Islámico.

El último párrafo de *Tiempos Modernos* revela un optimismo moderado, ensombrecido con algunas dudas:

Así, aunque hemos aprendido algunas lecciones importantes en los últimos años del siglo XX, las pruebas sugieren que, en los comienzos del nuevo milenio, tendremos que enfrentarnos a peligros totalmente nuevos y aún más graves. El nuevo siglo prometía ser bueno en muchos sentidos. El mundo ha vivido sin una guerra mundial durante cincuenta y cinco años, el período de paz más largo de toda la Historia. La existencia de una única súperpotencia bajo la forma de la república democrática de los Estados Unidos, una sociedad que vive bajo el imperio de la Ley [...], representaba una poderosa razón para creer que este período sin precedentes de paz general continuaría. Mas los males humanos señalados que hicieron posibles los catastróficos fracasos y tragedias del siglo XX (el surgimiento del relativismo moral, el declive de la responsabilidad personal, el rechazo de los valores judeocristianos y la no menos importante creencia arrogante de que los hombres y las mujeres podrían resolver todos los problemas y misterios del universo gracias a su propio intelecto) aún están profundamente arraigados en la sociedad mundial. ¿Podrán ser erradicados o, al menos, atenuados? De eso dependerían las posibilidades de que el nuevo siglo llegue a ser una era de esperanza para la Humanidad.<sup>81</sup>



Por desgracia, en las últimas décadas, la esperanza sigue ensombrecida. El triunfo del mercado —legal o ilegal, formal o informal— en casi todo el mundo ha puesto al descubierto nuevos problemas. La igualdad producida por el “equivalente general”, es decir, por la economía de mercado, conlleva un aumento en las expectativas. Jeffrey Sachs ha demostrado que existe, a nivel mundial, una tendencia a reducir la brecha de la desigualdad.<sup>82</sup> Sin embargo, la desigualdad del presente se vive con mayor desesperación y rabia.<sup>83</sup> Esto, aunado a que el ascenso vertiginoso de los mercados ha provocado también el crecimiento de la economía delincinencial, que amenaza seriamente al Estado de Derecho.

Esa rabia, a la vez, ha sido canalizada políticamente por los enemigos del liberalismo. La democracia no avanza de un modo homogéneo en el Planeta. En algunos lugares, funcionan bien, pero, en otros, las elecciones se manipulan; en otros más, el Estado de Derecho no es más que una simulación; y la mentalidad del autocontrol y la asunción de las responsabilidades de cada cual, del individuo, de la sociedad y el gobierno, tampoco ha logrado derrotar a las ideologías simplistas, a las religiones políticas (*i. e.* el populismo), que presentan soluciones fáciles y falsas ante los problemas y los males. Es decir, el mecanismo del chivo expiatorio aún es utilizado por gobiernos, partidos, sociedades e individuos, para evadir sus responsabilidades, encontrar “atajos”, que, en lugar de resolver problemas, provocan más.

El error del optimismo de Johnson en torno al triunfo de la democracia y el mercado se relaciona con un diagnóstico precipitado: piensa que la gente ha perdido la fe en el Estado y en los políticos profesionales. Por un lado, si bien el Estado ha cedido en muchas áreas frente al mercado, en otras, como la salud y la educación, ha aumentado su intervención en las últimas décadas. Por otro, el crecimiento del mercado también va acompañado de más Estado; no porque los gobiernos se hagan de las empresas, sino porque ofrecen el marco (jurídico, de infraestructura, de seguridad...) en el que las empresas pueden operar.

Finalmente, los políticos populistas, con su oferta de soluciones mágicas, con su capacidad para crear chivos expiatorios, con su megalomanía, se han multiplicado en las últimas décadas: Hugo Chávez, Vladímir Putin, Evo Morales, Narendra Modi, Viktor Orbán, Donald Trump... son sólo algunos ejemplos de este tipo de políticos que nublan el panorama del siglo XXI.



## NOTAS

### CAPÍTULO I

- 1 JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos: la historia del siglo XX desde 1917 hasta nuestros días*, trad. Aníbal Leal, Barcelona: Vergara, 2000, p. 379.
- 2 *Ibid.*, p. 379.
- 3 *Ibid.*, p. 380.
- 4 *Ibid.*, p. 379.
- 5 *Id.*
- 6 *Ibid.*, p. 380.
- 7 *Ibid.*, p. 381.
- 8 WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, Cambridge: Cambridge University Press, 2015, p. 141.
- 9 *Ibid.*, pp. 51 & 52.
- 10 Nolte, citado en: GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, trad. L. Padilla López, Buenos Aires: Katz, 2010., p. 559.
- 11 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 378.
- 12 *Id.*
- 13 *Ibid.*, p. 379.

- 14 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Anatomía de la Teoría mimética. Aportaciones a la filosofía política*, Ciudad de México, UNAM-Aliosventos, 2020, p. 101.
- 15 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 378.
- 16 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Op. cit.*, p. 53.
- 17 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 379.
- 18 *Ibid.*, p. 383.
- 19 *Id.*
- 20 *Ibid.*, p. 385.
- 21 *Ibid.*, p. 384.
- 22 *Id.*
- 23 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos, ed. cit.*, p. 77.
- 24 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 385.
- 25 WYDRA, Harald, *Op. cit.*, p. 142.
- 26 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 385.
- 27 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos, ed. cit.*, p. 110.
- 28 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 385.
- 29 *Ibid.*, pp. 386 & 387.
- 30 *Ibid.*, p. 388.
- 31 WYDRA, Harald, *Op. cit.*, p. 160.
- 32 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 384.
- 33 *Ibid.*, p. 389.
- 34 *Ibid.*, p. 388.
- 35 *Ibid.*, p. 389.
- 36 *Ibid.*, p. 390.
- 37 *Ibid.*, p. 391.
- 38 *Ibid.*, p. 392.

- 39 *Id.*
- 40 *Ibid.*, p. 393.
- 41 BERMAN, MORRIS, *Belleza neurótica: Un extranjero observa Japón*, trad. Pablo Duarte, Ciudad de México, Sexto Piso, 2017, p. 77.
- 42 *Id.*
- 43 *Id.*
- 44 *Ibid.*, p. 72.
- 45 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 394.
- 46 BERMAN, MORRIS, *Op. cit.*, p. 72.
- 47 *Cfr.* JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 391.
- 48 *Ibid.*, p. 394.
- 49 *Ibid.*, p. 395.
- 50 *Ibid.*, p. 396.
- 51 *Id.*
- 52 BERMAN, MORRIS, *Op. cit.*, p. 73.
- 53 *Cfr.* JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 397.
- 54 *Ibid.*, p. 396.
- 55 *Ibid.*, p. 397.
- 56 *Id.*
- 57 BERMAN, MORRIS, *Op. cit.*, p.77.
- 58 Citado en: *Id.*
- 59 Citado en: *Id.*
- 60 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 400.
- 61 *Id.*
- 62 *Id.*

## CAPÍTULO II

- 1 *Ibid.*, p. 405.
- 2 *Ibid.*, p. 406.
- 3 *Ibid.*, p. 407.
- 4 *Ibid.*, pp. 407 & 408.
- 5 *Ibid.*, p. 410.
- 6 *Id.*
- 7 Cfr. DUPUY, Jean-Pierre, “*Nuclear Apocalypse: The Balance of Terror and Girardian Misrecognition*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015, pp. 19-21 & 27.
- 8 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 411.
- 9 *Ibid.*, pp. 412 & 413.
- 10 *Ibid.*, p. 414.
- 11 Citado en: *Ibid.*, p. 416.
- 12 *Ibid.*, p. 418.
- 13 GIRARD, René, *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica: diálogos con Jean-Michel Oughourlian y Guy Lefort*, trad. Alfonso Ortiz, Salamanca: Sígueme, 1982, p. 156.
- 14 ID., *Veo a Satán caer como el relámpago*, trad. Francisco Diez del Corral, Barcelona: Anagrama, 2002, p. 222.
- 15 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 418 & 419.
- 16 *Ibid.*, p. 422.
- 17 *Ibid.*, p. 423.
- 18 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, trad. Mary Baker, East Lansing: Michigan State University, 2011, pp. 4 & 5.
- 19 *Ibid.*, pp. 27 & 28.
- 20 *Ibid.*, p. 29.
- 21 *Ibid.*, p. 30.

- 22 *Ibid.*, pp. 30 & 31.
- 23 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 424 & 425.
- 24 *Ibid.*, p. 426.
- 25 *Ibid.*, p. 427.
- 26 *Ibid.*, p. 429.
- 27 *Ibid.*, p. 430.
- 28 DUPUY, Jean-Pierre, "Nuclear Apocalypse: The Balance of Terror and Girardian Misrecognition", *ed. cit.*, pp. 264 & 265.
- 29 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 432.
- 30 *Ibid.*, pp. 432 & 433.
- 31 *Ibid.*, p. 436.

## CAPÍTULO III

- 1 DUPUY, Jean-Pierre, “*Nuclear Apocalypse: The Balance of Terror and Girardian Misrecognition*”, *ed. cit.*, pp. 255 & 256.
- 2 *Ibid.*, p. 256.
- 3 *Ibid.*, p. 257.
- 4 *Id.*
- 5 *Ibid.*, p. 258.
- 6 *Ibid.*, p. 259.
- 7 BOEING-LIPTSIN, Margo. “*The Intermediary Case*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015, p. 270.
- 8 *Ibid.*, p. 271.
- 9 *Ibid.*, p. 272.
- 10 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 440 & 441.
- 11 *Ibid.*, p. 445.
- 12 *Ibid.*, pp. 441 & 442.
- 13 *Ibid.*, p. 443.
- 14 *Id.*
- 15 *Id.*
- 16 *Ibid.*, p. 444.
- 17 *Id.*
- 18 *Ibid.*, p. 446.
- 19 *Ibid.*, p. 447.
- 20 *Ibid.*, p. 446.
- 21 *Ibid.*, pp. 446 & 447.
- 22 *Ibid.*, p. 448.
- 23 *Id.*



- 24 *Ibid.*, pp. 448 & 449.
- 25 *Ibid.*, p. 455.
- 26 *Id.*
- 27 *Id.*
- 28 *Ibid.*, p. 449.
- 29 *Ibid.*, p. 450.
- 30 *Id.*
- 31 *Ibid.*, p. 451.
- 32 *Ibid.*, p. 452.
- 33 *Id.*
- 34 *Ibid.*, p. 453.
- 35 *Ibid.*, p. 454.
- 36 *Id.*
- 37 *Id.*
- 38 *Id.*
- 39 *Ibid.*, p. 456.
- 40 *Id.*
- 41 *Id.*
- 42 *Cfr. Id.*
- 43 *Ibid.*, p. 457.
- 44 *Ibid.*, pp. 456 & 457.
- 45 *Ibid.*, p. 457.
- 46 *Ibid.*, p. 459.
- 47 *Ibid.*, p. 460.
- 48 *Ibid.*, p. 461.
- 49 *Ibid.*, p. 462.

50 *Ibid.*, p. 463.

51 *Ibid.*, p. 464

52 *Ibid.*, pp. 465 & 466.

53 *Ibid.*, p. 466.

54 *Ibid.*, p. 467.

55 *Ibid.*, p. 468.

56 *Ibid.*, p. 470.

## CAPÍTULO IV

- 1 *Ibid.*, pp. 473 & 474.
- 2 *Ibid.*, p. 474.
- 3 DUPUY, Jean-Pierre, “*Nuclear Apocalypse: The Balance of Terror and Girardian Misrecognition*”, *ed. cit.*, p. 353.
- 4 *Ibid.*, p. 476.
- 5 *Ibid.*, p. 477.
- 6 *Ibid.*, p. 480.
- 7 *Ibid.*, p. 481.
- 8 *Ibid.*, p. 482.
- 9 *Ibid.*, p. 480.
- 10 *Ibid.*, p. 482.
- 11 *Ibid.*, p. 483.
- 12 *Ibid.*, p. 518.
- 13 *Ibid.*, p. 484.
- 14 *Ibid.*, p. 485.
- 15 *Cfr.* KONNER, Mel, “*Girardian Reflections on Israel and Palestine*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015, p. 217.
- 16 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 487.
- 17 *Cfr.* KONNER, Mel, *Op. cit.*, p. 218.
- 18 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 490.
- 19 *Ibid.*, p. 491.
- 20 *Ibid.*, p. 492.
- 21 *Ibid.*, p. 493.
- 22 *Ibid.*, p. 495.
- 23 *Ibid.*, p. 497.

- 24 *Ibid.*, p. 498.
- 25 *Ibid.*, p. 499.
- 26 *Ibid.*, p. 499.
- 27 *Ibid.*, p. 501.
- 28 *Ibid.*, p. 502.
- 29 *Ibid.*, p. 503.
- 30 *Ibid.*, pp. 505 & 506.
- 31 *Cfr. Ibid.*, p. 508.
- 32 *Id.*
- 33 *Ibid.*, pp. 508 & 509.
- 34 *Ibid.*, p. 510.

**CAPÍTULO V**

- 1 *Ibid.*, p. 513.
- 2 *Ibid.*, p. 515.
- 3 *Ibid.*, p. 518.
- 4 *Ibid.*, p. 519.
- 5 *Ibid.*, p. 520.
- 6 *Ibid.*, p. 522.
- 7 *Ibid.*, p. 527.
- 8 *Ibid.*, p. 531.
- 9 *Id.*
- 10 *Ibid.*, p. 532.
- 11 *Ibid.*, pp. 535 & 536.
- 12 *Ibid.*, p. 537.
- 13 *Ibid.*, p. 538.
- 14 *Ibid.*, pp. 543 & 544.

## CAPÍTULO VI

- 1 ASSMAN, Jan, “*Cultural Memory and the Myth of Axial Age*”, en: Robert BELLAH & Hans JOAS [eds.], *The Axial Age and its Consequences*, Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2012, pp. 375, 398 & 400.
- 2 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 550.
- 3 *Id.*
- 4 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Op. cit.*, p. 11.
- 5 *Id.*
- 6 *Ibid.*, pp. 14 & 15.
- 7 Citado en: JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 551.
- 8 *Id.*
- 9 *Cfr.* MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, UNAM-SITESA, 2013, p. 54.
- 10 *Ibid.*, p. 57.
- 11 *Ibid.*, p. 66.
- 12 *Ibid.*, p. 55.
- 13 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Op. cit.*, p. 18.
- 14 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 558.
- 15 *Ibid.*, p. 564.
- 16 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *The Keys of Governance. A Political Science Review of History*, *ed. cit.*, p. 60.
- 17 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 564.
- 18 *Ibid.*, p. 564.
- 19 *Ibid.*, p. 565.
- 20 *Ibid.*, p. 566.
- 21 *Ibid.*, p. 569.

- 22 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, ed. cit., p. 65.
- 23 *Id.*
- 24 *Ibid.*, p. 68.
- 25 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 570 & 571.
- 26 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, ed. cit., p. 109.
- 27 *Id.*
- 28 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 572.
- 29 *Ibid.*, p. 578.
- 30 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, ed. cit., p. 99.
- 31 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 576 & 577.
- 32 DANDEKAR, V. M. & RATH, Nilakantha, "Poverty in India I: Dimensions and Trends", en: *Economic and Political Weekly* VI/1 (1971), p. 24.
- 33 *Cfr.* World Data Lab, *World Poverty Clock*, 2021. Disponible en: <https://worldpoverty.io/map>.
- 34 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, ed. cit., p. 105.
- 35 *Ibid.*, p. 92.
- 36 *Ibid.*, p. 90.
- 37 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 578.
- 38 *Id.*
- 39 MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, ed. cit., p. 98.
- 40 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 577.
- 41 *Id.*

## CAPÍTULO VII

- 1 *Ibid.*, p. 579.
- 2 *Ibid.*, p. 560.
- 3 GARDNER, Stephen L., “*The Cult of Violence Revisited*”, en: *Springer Science + Business Media* (07/08/2007), p. 80.
- 4 *Id.*
- 5 *Id.*
- 6 *Ibid.*, p. 81.
- 7 *Id.*
- 8 *Id.*
- 9 Cfr. PALAVER, Wolfgang, *Transforming the Sacred into Saintliness. Reflecting on Violence and Religion with René Girard* Wolfgang, Nueva York: Cambridge University Press, 2020, p. 48.
- 10 GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, ed. cit., pp. 248 & 249.



## CAPÍTULO VIII

- 1 DE CASTRO Y ROCHA, João Cezar, *¿Culturas shakespearianas? Teoría mimética y América Latina*, Guadalajara, Cátedra Eusebio Francisco Kino, SJ-ITESO, 2017, p. 91.
- 2 GIRARD, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, trad. Joaquín Jordá, Barcelona: Anagrama, 1985, p. 51.
- 3 *Ibid.*, p. 233.
- 4 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 632.
- 5 *Id.*
- 6 *Id.*
- 7 *Id.*
- 8 *Id.*
- 9 Citado en: *Ibid.*, pp. 632 & 633.
- 10 *Id.*
- 11 *Ibid.*, p. 636.
- 12 *Ibid.*, p. 639.
- 13 *Ibid.*, p. 640.
- 14 DUMOUCHEL, Paul & DUPUY, Jean-Pierre, *L'enfer des choses. René Girard et la logique de la l'économie*, París, Éditions du Seuil, 1979, p. 140.
- 15 DUPUY, Jean-Pierre, "Rodeo y sacrificio: Illich y Girard", trad. Jorge Márquez Muñoz, en: MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge Federico [comp.], *El otro titán: Iván Illich*, Ciudad de México, Editorial Tomo, 2003, pp. 164 & 165.
- 16 DUMOUCHEL, Paul, *The Ambivalence of Scarcity and Other Essays*, East Lansing, MI: Michigan State University, 2014, p. 90.
- 17 *Cfr.* MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *The Keys of Governance. A Political Science Review of History*, *ed. cit.*, p. 44.
- 18 DUPUY, Jean-Pierre, *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social*, trad. Juan Gutiérrez & Carlos Alberto Martins, Barcelona: Gedisa, 1998, p. 11.
- 19 DUPUY, Jean-Pierre, *Economy and the Future. A Crisis of Faith*, trad. M. B. DeBevoise, East Lansing: Michigan State University Press, 2014, p. 12.

- 20 DUMOUCHEL, Paul & DUPUY, Jean-Pierre, *Op. cit.*, I.1.
- 21 *Id.*
- 22 *Id.*
- 23 *Id.*
- 24 *Id.*
- 25 *Id.*
- 26 DUMOUCHEL, Paul, *The Ambivalence of Scarcity and Other Essays*, *ed. cit.*, pp. 40-45.
- 27 DUPUY, Jean-Pierre, *Economy and the Future. A Crisis of Faith*, *ed. cit.*, p. XV.
- 28 *Id.*
- 29 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, p. 654.
- 30 GIRARD, René, *Aquél por el que llega el escándalo*, trad. Ángel Barahona, Barcelona: Caparrós, 2006, p. 67.
- 31 JOHNSON, Paul, *Op. cit.*, pp. 657 & 658.
- 32 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *ed. cit.*, p. 97.
- 33 *Ibid.*, p. 95.
- 34 *Ibid.*, p. 96.
- 35 *Ibid.*, p. 97.
- 36 *Ibid.*, p. 100.
- 37 *Id.*
- 38 JOHNSON, Paul, *Intelectuales*, trad. Clotilde Rezzano, Buenos Aires: Vergara, 1990, p. 349.
- 39 DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice*, *ed. cit.*, p. 103.
- 40 *Ibid.*, pp. 103-105.
- 41 *Ibid.*, p. 104.
- 42 *Ibid.*, p. 105.
- 43 *Ibid.*, pp. 103 & 104.
- 44 *Ibid.*, pp. 105 & 106.

- 
- 45 JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos, ed. cit.*, p. 659.
- 46 CALASSO, Roberto, *La ruina de Kasch*, trad. Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 2001, p. 10.
- 47 JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos, ed. cit.*, p. 660.

## CAPÍTULO IX

- 1 PIETTE, Adam, *The Literary Cold War. 1945 to Vietnam*, Edimburgo: Edinburgh University Press, 2009, pp. 13 & 14.
- 2 GARDNER, Stephen L., *Op. cit.*, p. 77.
- 3 *Id.*
- 4 *Id.*
- 5 *Id.*
- 6 *Ibid.*, p. 78.
- 7 *Id.*
- 8 *Id.*
- 9 *Id.*
- 10 *Id.*
- 11 *Ibid.*, p. 79.
- 12 *Id.*
- 13 JUERGENSMEYER, Mark, *Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa*, trad. Mónica Rubio Fernández, Madrid: Siglo XXI, 2001, p. 216.
- 14 *Id.*
- 15 *Ibid.*, p. 220.
- 16 *Ibid.*, p. 141.
- 17 *Ibid.*, p. 143.
- 18 *Ibid.*, p. 195.
- 19 JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos, ed. cit.*, pp. 693 & 694.
- 20 CALASSO, Roberto, *Op. cit.*, p. 161.
- 21 WYDRA, Harald, *Op. cit.*, p. 164.
- 22 *Ibid.*, p. 166.

## CAPÍTULO X

- 1     JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos, ed. cit.*, p. 858.
- 2     *Ibid.*, p. 859.
- 3     *Ibid.*, p. 860.
- 4     Cfr. DUMOUCHEL, Paul, *The Barren Sacrifice, ed. cit.*, cap. 5.
- 5     Cfr. DUPUY, Jean-Pierre, *The Mark of the Sacred*, Stanford: Stanford University Press, 2013, p. xv.
- 6     Cfr. MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Op. cit.*, caps. 2.8 & 2.9.
- 7     JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos, ed. cit.*, p. 861.
- 8     *Id.*
- 9     *Ibid.*, p. 862.
- 10    *Ibid.*, p. 866.
- 11    *Ibid.*, p. 867.
- 12    *Id.*
- 13    *Ibid.*, p. 868.
- 14    *Ibid.*, p. 869.
- 15    *Id.*
- 16    *Ibid.*, p. 872.
- 17    *Ibid.*, pp. 872 & 883.
- 18    *Ibid.*, p. 873.
- 19    ISALOO, Sharif, "Liminality and Experience: The 1979 Revolution in Iran and Shia Religious Symbols", en: *The Journal of the Irish Society for the Academic Study of Religions* 6 (2018), p. 65.
- 20    *Ibid.*, p. 66.
- 21    *Ibid.*, pp. 66 & 67.
- 22    *Ibid.*, p. 67.
- 23    Citado en: *Ibid.*, p. 68.

- 24 *Ibid.*, p. 67.
- 25 *Ibid.*, p. 68.
- 26 *Ibid.*, pp. 68 & 69.
- 27 JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos, ed. cit.*, p. 874.
- 28 ISALOO, Sharifi, *Op. cit.*, p. 73.
- 29 *Ibid.*, p. 71.
- 30 *Ibid.*, pp. 73 & 74.
- 31 *Ibid.*, pp. 74 & 75.
- 32 *Ibid.*, pp. 75 & 76.
- 33 JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos, ed. cit.*, p. 875.
- 34 *Id.*
- 35 *Ibid.*, pp. 876 & 877.
- 36 *Ibid.*, p. 880.
- 37 *Ibid.*, p. 881.
- 38 *Ibid.*, p. 882.
- 39 *Ibid.*, p. 883.
- 40 *Ibid.*, p. 884.
- 41 *Id.*
- 42 *Ibid.*, p. 885.
- 43 *Ibid.*, p. 887.
- 44 *Ibid.*, p. 888.
- 45 *Ibid.*, p. 890.
- 46 *Id.*
- 47 *Ibid.*, p. 893.
- 48 *Ibid.*, pp. 894 & 895.
- 49 *Ibid.*, p. 895.

- 50 *Ibid.*, p. 899.
- 51 *Id.*
- 52 *Ibid.*, p. 900.
- 53 *Id.*
- 54 *Ibid.*, p. 901.
- 55 *Id.*
- 56 *Ibid.*, p. 903.
- 57 *Id.*
- 58 *Ibid.*, p. 906.
- 59 *Ibid.*, pp. 907-909.
- 60 *Ibid.*, p. 914.
- 61 *Ibid.*, p. 916.
- 62 *Ibid.*, p. 917.
- 63 *Ibid.*, p. 918.
- 64 *Ibid.*, pp. 918 & 919.
- 65 *Ibid.*, p. 920.
- 66 *Ibid.*, p. 923.
- 67 *Ibid.*, p. 924.
- 68 *Ibid.*, p. 930.
- 69 *Id.*
- 70 *Ibid.*, p. 932.
- 71 *Id.*
- 72 *Ibid.*, p. 933.
- 73 *Ibid.*, p. 937.
- 74 *Ibid.*, p. 938.
- 75 *Ibid.*, p. 941.

- 76 *Ibid.*, p. 942.
- 77 *Ibid.*, p. 945.
- 78 *Ibid.*, p. 948.
- 79 *Ibid.*, p. 951.
- 80 *Id.*
- 81 *Ibid.*, p. 968.
- 82 Cfr. SACHS, Jeffrey, *Economía para un planeta abarrotado*, trad. Ricardo García Pérez, Bogatá, Random House Mondadori, 2008, pp. 36ss.
- 83 Cfr. MISHRA, Pankaj, *The Geopolitics of Mimicry*, 2017, disponible en: [https://www.youtube.com/watch?v=gu\\_Ld\\_BNQS0&t=1723s](https://www.youtube.com/watch?v=gu_Ld_BNQS0&t=1723s); & IGNATIEFF, Michael, “Which way are we going”, en: *The New York Review of Books* (06/04/2017).



## BIBLIOGRAFÍA

- AGLIETTA, Michel & ORLÉAN, André, *La violencia de la moneda*, trad. Ángel de la Vega Navarro, Ciudad de México: Siglo XXI, 1990.
- ANTONELLO, Pierpaolo, “*The Origins of Cultural Order, the Default Mechanisms of Survival, and the Pedagogy of the Sacrificial Victim*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- ARON, Raymond, *En defensa de la libertad y de la Europa liberal*, Barcelona: Argos Vergara, 1977.
- ASSMAN, Jan, “*Cultural Memory and the Myth of Axial Age*”, en: Robert BELLAH & Hans JOAS [eds.], *The Axial Age and its Consequences*, Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2012.
- AVERY, Vanessa, “*From the Sacred to the Holy in the World’s Religions: Judaism, Christianity, Islam, Hinduism, Buddhism*”, en: James ALISON & Wolfgang PALAVER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017.
- BADIE, Bertrand & Guy HERMET, *Política comparada*, trad. Mercedes Córdoba, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BANDERA, Cesáreo, *Juego sagrado. Lo sagrado y el origen de la literatura moderna de ficción*, trad. Esther Hernández de Álvaro, Sevilla: Universidad de Sevilla, 1997.
- BARON, T., “*Understanding Political Conversion and Mimetic Rivalry*”, en: *Totalitarian Movements and Political Religions*, X/3 (2019), pp. 241-264.
- BARSH, David, “*The Three R’s: Retaliation, Revenge and (Especially) Redirected Agression*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *How We Became Human. Mimetic Theory and the Science of Evolutionary Origins*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.

- BERMAN, MORRIS, *Belleza neurótica: Un extranjero observa Japón*, trad. Pablo Duarte, Ciudad de México, Sexto Piso, 2017.
- BRAUN, CARLOS. *Panfletos Liberales II: Reflexiones de un economista audaz*. Roosevelt y Keynes. Córdoba: Editorial Almuzara, 2005.
- BOEING-LIPTSIN, MARGO. "The Intermediary Case", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- BUBBIO, PAOLO DIEGO, *Intellectual Sacrifice and Other Mimetic*, East Lansing: Michigan State University Press, 2018.
- BURLEIGH, MICHAEL, *Causas sagradas. Religión y política en Europa. De la I Guerra Mundial al terrorismo islamista*, trad. José Manuel Álvarez Flórez, Ciudad de México, Taurus, 2007.
- VON BUSCH, OTTO, "Mimesis, Clothed in Violence", en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* XXV (2018), pp. 79-94.
- CALASSO, ROBERTO, *La ruina de Kasch*, trad. Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 2001.
- CAMPBELL, JOHN C., "Modern Times: The World from the Twenties to the Eighties by Paul Johnson", en: *Foreign Affairs* LXII/1 (otoño 1983), p. 211.
- DE CASTRO Y ROCHA, JOÃO CEZAR, ¿Culturas shakespearianas? Teoría mimética y América Latina, Guadalajara, Cátedra Eusebio Francisco Kino, SJ-ITESO, 2017.
- COLDWELL, SCOTT, *René Girard and Secular Modernity. Christ, Culture and Crisis*, South Bend: University of Notre Dame Press, 2013.
- COLLINS, BRIAN, *The Head Beneath the Altar. Hindu Mythology and the Critique Sacrifice*, East Lansing: Michigan State University, 2014.
- COUSINEAU, THOMAS J., "The Great Gatsby: Romance or Holocaust?" en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* VIII (2001).
- DANDEKAR, V. M. & RATH, NILAKANTHA, "Poverty in India I: Dimensions and Trends", en: *Economic and Political Weekly* VI/1 (1971), pp.25-25, 29-48.
- DORANTES, GERARDO, *Internet, sociedad y poder*, Ciudad de México, UNAM, 2016.
- DUMONT, LOUIS, *Ensayos sobre el individualismo. Una perspectiva sobre la ideología moderna*, trad. traducción R. Tusón Calatayud, Madrid: Alianza, 1987.
- DUMOUCHEL, PAUL, "Misrecognition of Misrecognition", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- DUMOUCHEL, PAUL, *The Ambivalence of Scarcity and Other Essays*, East Lansing, MI: Michigan State University, 2014.
- DUMOUCHEL, PAUL, *The Barren Sacrifice*, trad. Mary Baker, East Lansing: Michigan State University, 2011.

- DUMOUCHEL, Paul & DUPUY, Jean-Pierre, *L'enfer des choses. René Girard et la logique de la l'économie*, París, Éditions du Seuil, 1979.
- DUPUY, Jean-Pierre, *Economy and the Future. A Crisis of Faith*, trad. M. B. DeBevoise, East Lansing: Michigan State University Press, 2014.
- DUPUY, Jean-Pierre. *El pánico*, trad. Marta Bris Marino & Ramón Ardell Argilés, Barcelona: Gedisa, 1999.
- DUPUY, Jean-Pierre, *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social*, trad. Juan Gutiérrez & Carlos Alberto Martins, Barcelona: Gedisa, 1998.
- DUPUY, Jean-Pierre, "Nuclear Apocalypse: The Balance of Terror and Girardian Misrecognition", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- DUPUY, Jean Pierre, "Panic and the Paradoxes of the Social Order", en: Wolfgang PALAVER & Petra STEINMAIR-POSEL [eds.], *Passions in Economy, Politics, and the Media. In Discussion with Christian Theology*, Viena: LIT, 2005.
- DUPUY, Jean-Pierre, "Rodeo y sacrificio: Illich y Girard", trad. Jorge Márquez Muñoz, en: MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge Federico [comp.], *El otro titán: Iván Illich*, Ciudad de México, Editorial Tomo, 2003.
- DUPUY, Jean-Pierre, *The Mark of the Sacred*, Stanford: Stanford University Press, 2013.
- FARNETI, Roberto, *Mimetic Politics. Dyadic Patterns in Global Politics*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- FERGUSON, Niall, *The Cash Nexus: Money and Power in the Modern World, 1700-2000*, Nueva York, Perseus Book Group, 2006.
- FERGUSON, Niall, *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*, trad. Francisco J. Ramos, Barcelona: Debate, 2007.
- FIGES, Orlando, *The Whisperers. Private Life in Stalin's Russia*, Nueva York, Allen Lane, 2007.
- FORNARI, Giuseppe, "Figures of Antichrist The Apocalypse and Its Restraints in Contemporary Political Thought", en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* XVII (2010).
- FOSTER, George, *Tzintzuntzan. Los campesinos mexicanos en un mundo en cambio*, trad. Porfirio Martínez, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- GARDNER, Stephen L., "Democracy and Desire in The Great Gatsby", en: Wolfgang PALAVER & Petra STEINMAIR-POSEL [eds.], *Passions in Economy, Politics, and the Media. In Discussion with Christian Theology*, Viena: LIT, 2005.
- GARDNER, Stephen L., *Myths of Freedom. Equality, Modern Thought, and Philosophical Radicalism*, Westport: Greenwood Press, 1998.
- GARDNER, Stephen L., "The Axial Moment and Its Critics: Jaspers, Bellah, and Voegelin", en: James ALISON & Wolfgang PALAVER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017.

- GARDNER, Stephen L., “*The Cult of Violence Revisited*”, en: *Springer Science + Business Media* (07/08/2007).
- GIFFORD, Paul, “*Homo Religious in Mimetic Perspective. An Evolutionary Dialogue*”, en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD, *How We Became Human. Mimetic Theory and the Science of Evolutionary Origins*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- GIRARD, René, *Aquél por el que llega el escándalo*, trad. Ángel Barahona, Barcelona: Caparrós, 2006.
- GIRARD, René, *Clausewitz en los extremos*, trad. L. Padilla López, Buenos Aires: Katz, 2010.
- GIRARD, René, *Cuando empiecen a suceder estas cosas... Conversaciones con Michel Treguer*, trad. Ángel Barahona, Madrid: Ediciones Encuentro, 1996.
- GIRARD, René, *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica: diálogos con Jean-Michel Oughourlian y Guy Lefort*, trad. Alfonso Ortiz, Salamanca: Sígueme, 1982.
- GIRARD, René, *La violencia y lo sagrado*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama: Barcelona, 1983.
- GIRARD, René, *La ruta antigua de los Hombres perversos*, trad. Francisco Diez del Corral, Barcelona: Anagrama, 1989.
- GIRARD, René, *Los orígenes de la cultura. Conversaciones con Pierpaolo Antonello y João Cezar de Castro Rocha*, trad. José Luis San Miguel de Pablos, Madrid: Trotta, 2006.
- GIRARD, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, trad. Joaquín Jordá, Barcelona: Anagrama, 1985.
- GIRARD, René, *Resurrection from the Underground. Feodor Dostoevski*, trad. James Williams, East Lansing: Michigan State University Press, 2012.
- GIRARD, René, *Shakespeare. Los fuegos de la envidia*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama: Barcelona, 1995.
- GIRARD, René, *Veo a Satán caer como el relámpago*, trad. Francisco Diez del Corral, Barcelona: Anagrama, 2002.
- GIRARD, René & VATTIMO, Gianni, *¿Verdad o fe débil? Diálogo sobre cristianismo y relativismo*, trad. Rosa Rius Gatell, Barcelona: Paidós, 2011.
- GOLSAN, Richard J., *René Girard and Myth. An Introduction*, Nueva York: Garland Publishing Inc., 1993.
- GONZÁLEZ, Pablo, MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge & IGLESIAS, Alma, *Sociedad, poder y violencia I*, Ciudad de México: UNAM-SITESA, 2011.
- GOTOH, Reiko & DUMOUCHEL, Paul, *Social Bonds as Freedom. Revisiting The Dichotomy of the Universal and the Particular*, Nueva York: Berghahan, 2015.

- GREENFELD, Liah, *The Spirit of Capitalism. Nationalism and Economic Growth*, Cambridge: Harvard University Press, 2001.
- HAMERTON-KELLY, Robert [ed.], *Politics & Apocalypse*, East Lansing: Michigan State University Press, East Lansing, 2007.
- IGNATIEFF, Michael, "Which way are we going", en: *The New York Review of Books* (06/04/2017).
- ISALOO, Sharif, "Liminality and Experience: The 1979 Revolution in Iran and Shia Religious Symbols", en: *The Journal of the Irish Society for the Academic Study of Religions* 6 (2018).
- IVES, Christopher, "Dharma and Destruction: Buddhist Institutions and Violence", en: *Contagion. Journal of Violence, Mimesis and Culture* IX (primavera 2002), pp. 171-174.
- JAYNES, Julian, *El Origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, trad. Agustín Bárcena, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- JOHNSON, Paul, *Intelectuales*, trad. Clotilde Rezzano, Buenos Aires: Vergara, 1990.
- JOHNSON, Paul, *Tiempos modernos: la historia del siglo XX desde 1917 hasta nuestros días*, trad. Aníbal Leal, Barcelona: Vergara, 2000.
- JUERGENSMEYER, Mark, *Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa*, trad. Mónica Rubio Fernández, Madrid: Siglo XXI, 2001.
- KAPUŚCIŃSKI, Ryszard, Ébano, trad. Agata Orzeszek, Barcelona: Anagrama, 2001.
- KIRWAN, Michael & ACHTAR, Ahmad [eds.], *Mimetic Theory and Islam. The Wound Where Light Enters*, Londres: Palgrave-Macmillan, 2019
- KISSINGER, Henry, *Diplomacy*, Nueva York: Simon & Schuster, 1994.
- KONNER, Mel, "Girardian Reflections on Israel and Palestine", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- LAWTOO, Nidesh, *The Phantom of the Ego. Modernism and Mimetic Unconscious*, East Lansing: Michigan State University Press, East Lansing, 2013.
- LOCKARD, Craig A., "Modern Times: The World from the Twenties to the Eighties by Paul Johnson", en: *The History Teacher* XVII/4 (1984), pp. 609-611.
- MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud*, trad. Amelia Valcárcel, Barcelona: Crítica, 1987.
- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Envidia y política*, Ciudad de México, Lamoyi editor, 2008.
- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Más allá del Homo economicus*, Ciudad de México, Galma, 2006.
- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *Sociedad, violencia y poder II*, UNAM-SITESA, 2013.
- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, *The Keys of Governance. A Political Science Review of History*, trad. Marcela Reynoso, Lexington, s/e, 2012.

- MÁRQUEZ MUÑOZ, Jorge, PALACIOS, Andrea & CÁRDENAS, Arturo, *Anatomía de la Teoría mimética. Aportaciones a la filosofía política*, Ciudad de México, UNAM-Alios-ventos, 2020.
- MISHRA, Pankaj, *The Geopolitics of Mimicry*, 2017, disponible en: [https://www.youtube.com/watch?v=gu\\_Ld\\_BNQS0&t=1723s](https://www.youtube.com/watch?v=gu_Ld_BNQS0&t=1723s).
- MOZINA, Andrew, *Joseph Conrad and the Art of Sacrifice. The Evolution of the Scapegoat Theme in Joseph Conrad's Fiction*, Nueva York: Routledge, 2001.
- ORLÉAN, André, *The Empire of Value. A New Foundation for Economics*, trad. M. B. DeBevoise, Cambridge: MIT Press, 2014.
- OUGHOURLAIN, Jean-Michel, *Psychopolitics*, East Lansing: Michigan State University Press, 2010.
- OUGHOURLAIN, Jean-Michel, *The Mimetic Brain*, trad. Trevor Cribben Merrill, East Lansing: Michigan State University, 2016.
- PAHL, John & WELLMAN, James, "Empire of Sacrifice", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- PALAUER, Wolfgang, "Carl Schmitt's Apocalyptic Resistance against Global Civil War", en: HAMERTON-KELLY, Robert [ed.], *Politics & Apocalypse*, East Lansing: Michigan State University Press, East Lansing, 2007.
- PALAUER, Wolfgang "Envy or Emulation: A Christian Understanding of Economic Passions", en: Wolfgang PALAUER & Petra STEINMAIR-POSEL [eds.], *Passions in Economy, Politics, and the Media. In Discussion with Christian Theology*, Viena: LIT, 2005.
- PALAUER, Wolfgang, "From Closed Societies to the Open Society: Parochial Altruism and Christian Universalism", en: Pierpaolo ANTONELLO & Paul GIFFORD [eds.], *Can We Survive Our Origins?*, East Lansing: Michigan State University Press, 2015.
- PALAUER, Wolfgang, "Hobbes and Katéchon. The Secularization of Sacrificial Christianity", en: *Contagion: Journal of Violence, Mimesis, and Culture* II (1995), pp. 57-74.
- PALAUER, Wolfgang, "Mimesis and Nemesis: The Economy as a Theological Problem", en: *Telos* 117 (1999), pp. 79-112.
- PALAUER, Wolfgang, "Monotheism and the Abrahamic Revolution: Moving Out of the Archaic Sacred", en: James ALISON & Wolfgang PALAUER [coords.], *The Palgrave Handbook of Mimetic Theory and Religion*, Nueva York: Palgrave-MacMillan, 2017.
- PALAUER, Wolfgang, *René Girard's Mimetic Theory*, trad. Gabriel Borrud, East Lansing: Michigan State University Press, 2013.
- PALAUER, Wolfgang, *Transforming the Sacred into Saintliness. Reflecting on Violence and Religion with René Girard Wolfgang*, Nueva York: Cambridge University Press, 2020.

- PALAUER, Wolfgang, “*Vox populi, vox Dei: The Pantheistic Temptation of Democracy*”, en: Vern Neufeld REDEKOP & Thomas RYBA [eds.], *René Girard and Creative Mimesis*, Lanham: Lexington Books, 2014.
- PIETTE, Adam, *The Literary Cold War. 1945 to Vietnam*, Edimburgo: Edinburgh University Press, 2009.
- PLUTSCHOW, Herbert, “*Archaic Chinese Sacrificial Practices in the Light of Generative Anthropology*”, en: *Anthropoetics I 2* (1995); disponible en: <http://anthropoetics.ucla.edu/ap0102/china/>
- PLUTSCHOW, Herbert, “*Tragic Victims in Japanese Religion, Politics, and the Arts*”, en: *Anthropoetics VI/2* (invierno 2000); disponible en: <http://anthropoetics.ucla.edu/ap0602/japan/>
- PLUTSCHOW, Herbert, “*Xunzi and the Ancient Chinese Philosophical Debate on Human Nature*”, en: *Anthropoetics VIII/1* (primavera 2002); disponible en: <http://anthropoetics.ucla.edu/ap0801/xunzi/>
- SACHS, Jeffrey, *Economía para un planeta abarrotado*, trad. Ricardo García Pérez, Bogatá, Random House Mondadori, 2008.
- SHEIDEL, Walter, *The Great Leveler, Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2017.
- SHINNICK, Julia W., “*Hinduism and Mimetic Theory: A Response*”, en: *Contagion. Journal of Violence, Mimesis and Culture XXV* (2018), pp. 140-145.
- STENDEL, Richard, “Entrevista a Paul Johnson”, en: Christopher SILVESTER [ed.], *Las grandes entrevistas de la historia (1859-1992)*, trad. Herminia Bevia & Antonio Resines, Madrid: Santillana, 1997.
- World Data Lab, *World Poverty Clock*, 2021. Disponible en: <https://worldpoverty.io/map>
- WYDRA, Harald, *Communism and the Emergence of Democracy*, Nueva York: Cambridge University Press, 2007.
- WYDRA, Harald, “*Human Nature and Politics: A Mimetic Reading of Crisis and Conflict in the Work of Machiavelli*”, en: *Contagion. Journal of Violence, Mimesis and Religion VII* (2000).
- WYDRA, Harald, *Politics and the Sacred*, Cambridge: Cambridge University Press, 2015.
- WYDRA, Harald, “*The Liminal Origins of Democracy*”, en: *International Political Anthropology II/1* (2009), pp. 91-109.

# POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU

LA PRIMERA EDICIÓN DE

*TIEMPOS MIMÉTICOS*

*DE LA II GUERRA MUNDIAL AL DESMEMBRAMIENTO DE LA URSS*

DE JORGE FEDERICO MÁRQUEZ MUÑOZ,

SE TERMINÓ DE PREPARAR PARA IMPRESIÓN BAJO DEMANDA EN SEPTIEMBRE 2022.

EN SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON FUENTES

DE LAS FAMILIAS AKTIVE GROTESQUE Y CARDO.



El siglo XX fue al mismo tiempo violento y creador de los más sofisticados mecanismos para controlar la violencia: vio el advenimiento y el desarrollo de los regímenes más opresivos que el ser humano haya inventado jamás, pero también fue testigo de la propagación sin precedentes de las democracias y el reconocimiento de viejas y nuevas libertades. El historiador británico Paul Johnson (Mánchester, 1929-) intentó captar su complejidad política en una obra ya clásica, **Tiempos Modernos**, pero lo hizo sin un andamiaje teórico explícito ni claro. Es la narración genial de un biógrafo e historiador, no la de un analista de las ciencias sociales.

Este libro, en dos volúmenes, llena ese vacío. Los autores de **Tiempos Miméticos** eligieron el marco conceptual de la teoría mimética porque se enfoca en el conflicto, así como en los métodos de resolución y contención de la violencia, el sacrificio, las pasiones humanas, la envidia y la admiración. En cierta forma, esta obra es la continuación del único texto que René Girard escribió de historia política, **Clausewitz en los extremos**. Se trata, a la vez, de una original lectura girardiana del siglo XX y de una glosa mimética de la monumental obra de Johnson.

**Jorge Federico Márquez Muñoz** (CDMX, 1973-) es licenciado en Relaciones Internacionales, maestro en estudios políticos y sociales y doctor en ciencia política. Ha sido autor, coautor o coordinador de, entre otros, los libros: *Anatomía de la Teoría Mimética* (UNAM-Aliosventos, 2020), *Más allá del Homo Oeconomicus* (Galma, 2006), *Envidia y política*, (Lamoyi, 2008) y los tres volúmenes de *Sociedad, poder y violencia* (UNAM-SITESA, 2013).

